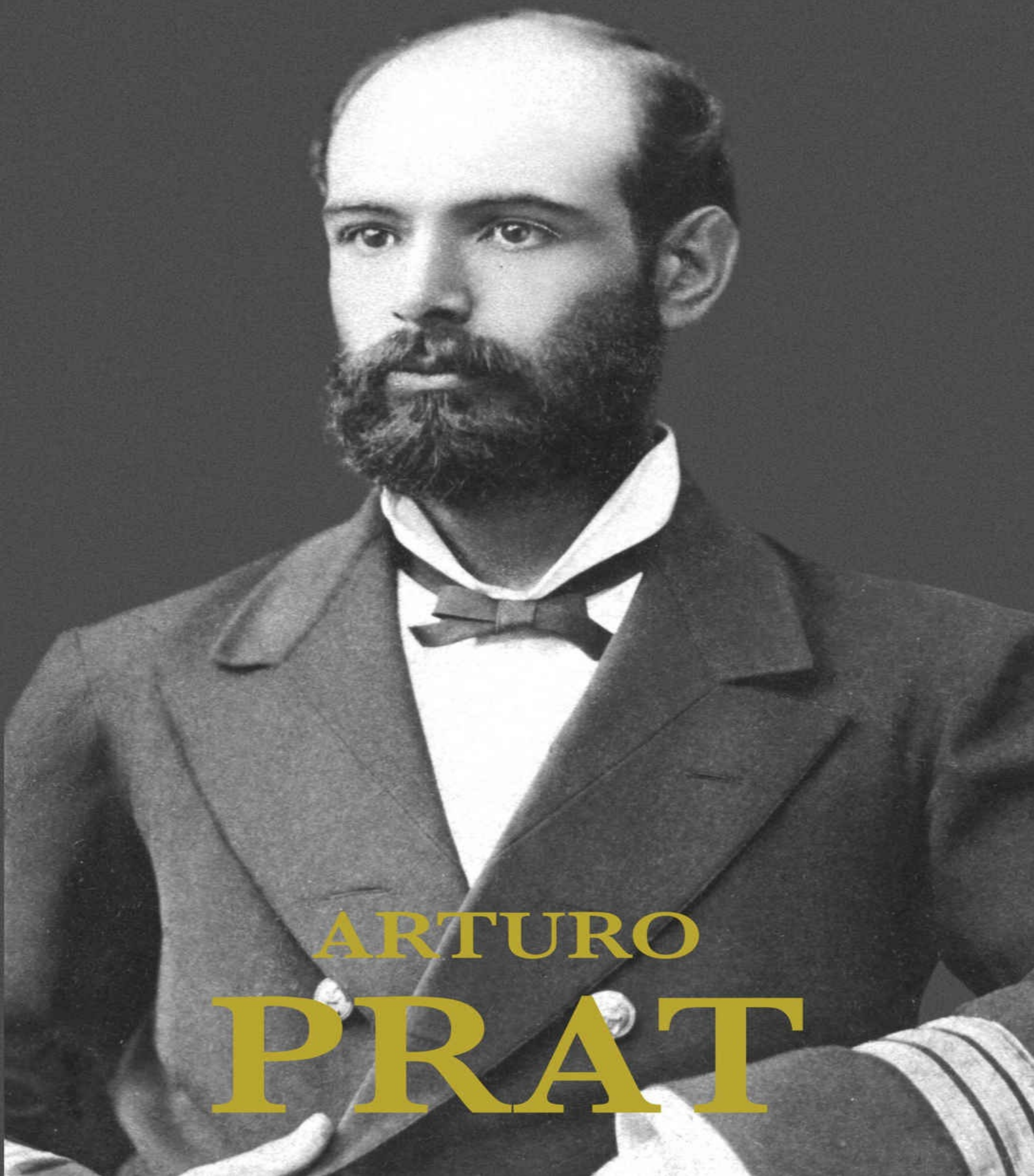
UNA BIOGRAFÍA DE

GONZALO VIAL CORREA



ARTURO PRAT

Una biografía de
GONZALO VIAL CORREA

ARTURO PRAT



"No tengo ninguna mezquina ambición, ni los honores ni la gloria me arrastran, pero creo que puedo servir a mi país tanto del uno como del otro modo"

Arturo Prat

Primera reedición: mayo 2021

Gonzalo Vial Correa (Q.E.P.D.)

Registro de propiedad intelectual
Inscripción N° 92.611, año 1995
Santiago, Chile

Editores: Revista de Marina

Equipo técnico
Editor General: Arturo Undurraga
Diseño y diagramación: Mario Medina
Editor de texto: Carlos Lepe
Administrativo: Francisco Burgos
Finanzas: Jesús Zaragoza
Digitadora: Ana Medina

Dirección: Academia de Guerra Naval
Av Jorge Mont 2400
Viña del Mar

www.revistamarina.cl

Imágenes pertenecen a colecciones particulares de los señores Walter Grohman, Roberto Verdugo, Juan Eduardo Undurraga, familia Prat, Renato Valenzuela, Comandancia en Jefe de la Armada, Corporación Arturo Prat, Museo Marítimo Nacional y Museo Corbeta Esmeralda.

ISBN: 978 - 956 - 8278 - 08 - 3
Impreso en Chile por GSR, Valparaíso

La Armada de Chile estará siempre agradecida de Don Gonzalo Vial (Q.E.P.D.), no solo por la importancia que tiene Arturo Prat para la institución y el país entero, sino también, por constituir esta obra una excelsa biografía sobre nuestro héroe.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

Los portentosos años setenta

La década comenzada el año 1871 fue muy importante para Chile.

La clase dirigente -la misma desde fines del siglo XVIII, aunque constantemente renovada, a lo largo del XIX, por la incorporación selectiva de individuos destacados- seguiría siendo, durante aquella década, la protagonista decisiva de nuestra política, nuestra economía y nuestra cultura.

Pero este grupo rector adoptó, entre los 60 e inicio de los 70, ciertos rasgos nuevos y característicos, que perdurarían. Se volvió urbano y santiaguino. El aristócrata tradicional, provinciano y campesino, pasó a segundo plano, exceptuadas algunas familias de Valparaíso y Concepción que por lo demás, corrientemente, también concluyeron viviendo en la capital. Cundió el lujo. Cundió asimismo la ostentación, dirigida a la "galería" de los pares. Común sería la insuficiencia de recursos para mantener semejante tren de vida, consumiéndose al efecto los capitales, a través de hipotecas sobre los predios agrícolas, según acertada- mente narró Blest Gana en *Los trasplantados* Y sería igualmente común que, en todo cuanto no viera el vecino, la existencia continuara siendo modesta y hasta estrecha...

Aquí, un personaje de Edwards Bello. Cuando llegó a Santiago desde Valparaíso, lo deslumbraron los palacios capitalinos. "Sin embargo, vine a Europa y después de muchos años regresé a Chile. ¡Qué desilusión! Los palacios eran de adobes revestidos de mampostería y yeso ... Yo vi demoler un palacio célebre y era de adobes, todo de adobes y cornisas de lata. El salón de baile, famoso en la capital, tenía tabiques de bambú. ¡De bambú! Al demoler dicho palacio, salieron nubes asfixiantes de polvo y legiones de ratas. ¡Lo he visto!" (Edwards, 1973)[1]

¿Por qué tal ostentación? Simplemente porque la habían impuesto los nuevos ricos de la minería, el alto comercio y la banca que, esos mismos años, se incorporaban al sector directivo de la sociedad, instalándose por igual en Santiago. La vieja aristocracia, tras asimilarlos, debió hacerles el peso, socialmente hablando, aunque careciera del respaldo económico necesario a ese fin.

El sector opulento de la clase alta -fuere la opulencia real o ficticia- no era, es probable, el mayoritario. Muchas familias aristocráticas en Santiago, y casi todas en provincia, continuaron viviendo de un modo parecido al tradicional, y mirando con escándalo y aun con desprecio el carnaval de la ostentación. Pero éste sería lo más visible y, por tanto, lo más influyente sobre la sociedad como un todo.

El éxodo a Santiago y el nuevo estilo de existencia, segregaron a la acaudalada (o

seudoacaudalada) aristocracia capitalina, la tradicional inclusive, del resto de la sociedad. Se tornó distante y distinta de sus propios pares y parientes provincianos y de los escasos mesócratas -englobados por ella, todos los anteriores, bajo el despectivo rótulo de "siúticos"-; y sideralmente alejada de los "rotos"...el pueblo urbano y minero, que le era desconocido; y el pueblo campesino que dejara abandonado a su suerte.

Residiendo en Santiago, centro del manejo político y burocrático -la Presidencia, el Congreso, la Corte Suprema, las máximas jefaturas partidistas y administrativas, funcionaban allí-, centro igualmente de la economía y de la cultura, la aristocracia capitalina incrementó todavía más su poder; éste se tornó inmenso.

Ella, además, no había sido aún desgarrada por los dos grandes conflictos que, el decenio siguiente, habrían de golpear a Chile con singular violencia: la pugna "doctrinaria" en torno al influjo y prerrogativas de la Iglesia y Religión Católica, y la lucha para reducir el autoritarismo y atribuciones presidenciales.

El primer conflicto ya estaba vivo hacia los 70 en la intelectualidad, la prensa y la política, y su detonante -la sucesión del arzobispo santiaguino, monseñor Rafael Valentín Valdivieso, fallecido el año 1878- quedó formalmente encendido durante la presidencia Pinto (1876-1881), al rechazar la Santa Sede el candidato a la arquidiócesis propuesto por el Gobierno, monseñor Francisco de Paula Taforó. Mas la guerra religiosa propiamente tal, culminada con las leyes "laicas" de matrimonio y registro civil y de cementerios (1883-1884), estallaría durante la presidencia siguiente.

Cosa parecida puede decirse sobre el esfuerzo en orden a recortar los omnímodos poderes del Supremo Mandatario. Los 70 fueron los años de las reformas constitucionales y legales, planteadas y aprobadas con ese objeto. Sin embargo, la básica entre éstas, la "libertad electoral" -vale decir, que el Presidente y sus funcionarios no manipularan las elecciones-, era una cuestión de hecho, no jurídica. Ella desataría, en los 80, una ola de violencia física y espiritual, culminada el 91 con la Guerra Civil.

Pero, reiteremos, en la década 1871-1880 estos desgarramientos internos de la aristocracia santiaguina se hallaban toda- vía latentes. No afectaban, pues, a su abrumador mando y peso social.

Mando y peso reconocidos por los otros grupos, incluso por la aristocracia de provincia. No detentaba ésta, entonces, el poder electoral que adquiriría post-1891; podían los santiaguinos, pues, menospreciarla y postergarla impunemente. Ni poseía la clase media el contingente numeroso (comprendida la inmigración extranjera) y la importancia económica, política, burocrática e intelectual que le traería el cambio de siglo. El pueblo campesino continuaba en su silencio y obediencia seculares. Y el urbano y minero, sólo tras la Guerra del Pacífico -mediando los revolucionarios vientos europeos, y el desarrollo capitalista del salitre, los puertos, las obras públicas, el carbón,

etc.- adquiriría la masa, la organización y las ideas que necesitaba para enfrentarse al *establishment*. Enfrentamiento cuyo campanazo inicial sería la seguidilla huelguística de 1890.

El cambio de mentalidad y costumbres en la aristocracia santiaguina y su simultáneo ascenso a un reforzado poder y preeminencia, tuvieron como telón de fondo y causa por lo menos parcial un repentino y considerable enriquecimiento entre los años 60 y los 70.

Este aflujo de riqueza, que originó o favoreció los fenómenos descritos, no derivaba sino en parte del crecimiento natural experimentado por el país..., crecimiento sostenido y ordenado, pero modesto, fruto de los decenios autoritarios. A él se unió, súbita y pasajeramente, el auge de la plata. Caracoles -mineral boliviano, pero explotado por chilenos, descubierto en 1870- lo provocaría. Era una sierra entera, una "comarca de plata" maciza y casi pura, que se explotó con gran facilidad y fulminante rapidez, generando y haciendo circular riquezas increíbles en cortísimo espacio de tiempo para luego agotarse y apagarse con idéntica velocidad. Tuvo el esplendor y la vida fugaz de un fuego artificial, aunque siguió produciendo cantidades menores algunos años más. Los ocho de su primer e intenso laboreo (1871- 1878) significaron unos 850.000 kilos de plata, avaluados en 31 millones de pesos de 48 peniques.

Aquí nacieron las fortunas chilenas de los años 70: mineros de la plata; banqueros que financiaban el negocio de aquéllos (a menudo como "aviadores", es decir, participando en el riesgo y-por ende- compartiendo las pérdidas o ganancias que generase la explotación); y comerciantes que lo abastecían de todo, desde alimentos hasta herramientas, pasando por los maderámenes de los piques e instalaciones. Otros comerciantes nacionales, o radicados en Chile, aprovecharon las divisas generadas de tal modo, para importar mercaderías; también a éstos, indirectamente, los enriqueció Caracoles. Entre 1860 y 1880 los derechos de aduana pagados por importaciones aumentaron su monto global un 50%.

Concuerdan los memorialistas -por ejemplo, Ramón Subercaseaux- en que el mundo dirigente, así transformado, experimentó un paralelo y fuerte cambio espiritual, que iba más allá del enriquecimiento, el lujo y la ostentación. Advino una fiebre de negocios. Se abrieron dos o tres nuevos bancos y, calle Huérfanos, "los primeros escritorios de juego de Bolsa". Se formaban cada día flamantes sociedades anónimas, para diversísimas y hasta entonces nunca vistas empresas. Estas sociedades, los corredores y los bancos desataron (1871-1873) una fiebre bursátil, la primera de muchas en nuestra Historia. Una gran liviandad, con visos de pillería, presidió la efervescencia económica: "negociados incorrectos... especulaciones poco honestas". Los bancos carecían de respaldo oro suficiente para sus billetes, que entonces podían emitir ellos mismos con mucha holgura, pero debiendo convertirlos a metálico contra su sola

presentación. Además, los bancos prestaban sin garantía a los directores y amistades, y no les cobraban nunca. Las anónimas se constituían desprovistas de objeto efectivo y de capitales, únicamente para ganar porcentajes colocando sus acciones, y hacer diferencias especulativas comprando y vendiendo aquéllas. Políticos, gobernantes y hombres de empresa eran un clan aristocrático de buenos amigos, que se protegían y estimulaban en negocios fáciles y a menudo dudosos:

> "El buen ánimo se hacía general. Ud. pasaba, anocheciendo, por la calle Morandé. De una casa brillantemente iluminada salían en oleadas sonidos jubilosos: risas, con- versaciones estentóreas, canto, acordes de piano y violines Se acercaba Ud.: una ventana entreabierta permitía ver al intendente Benjamín Vicuña Mackenna, al ministro de Hacienda, Ramón Barros Luco, y al dueño del Banco Mobiliario, Francisco Subercaseaux, asidos por los cordones de la cortina y bailando solos, burlescamente, *La Belle Hélène*, cuadrilla de Offenbach..."

Esta vida ostentosa, liviana y un sí es, no es desaprensiva, repercutió en el corazón de la aristocracia capitalina, alcanzó a la familia misma: "asuntillos escabrosos... amoríos de un género nuevo en Santiago".

No cabía imaginar que, en el clima descrito, la religiosidad tradicional se mantuviese incólume. A su decadencia contribuyó, desde otro ángulo (no relacionado necesariamente con el primero), el auge del liberalismo filosófico. Dos generaciones atrás, un agnóstico estilo José Miguel Infante era en Chile una curiosidad; un ateo, simplemente un excéntrico; y los liberales de doctrina, unos cuantos muchachos cabezas locas. Ahora el liberalismo dominaba la política y cuasi monopolizaba la intelectualidad y sus bastiones; florecían los agnósticos (ejemplo egregio: el Presidente Aníbal Pinto), no faltaban los ateos, y los indiferentes eran legión... aun entre quienes cumplían con las formas externas del catolicismo.

Resume Subercaseaux, escribiendo ya avanzado el siglo XX:

> "Creo que, hasta el día de hoy, fue por aquellos años de 1872 y 1873, cuando se pudo notar la mayor transformación de orden moral que haya sufrido Santiago desde la Independencia". (Subercaseaux R. , 1936)[2]

Corta sería la euforia; la crisis económica le pondría gradual pero inexorable fin.

¿Cuál fue el origen de la crisis? En parte, la propia especulación... las anónimas carentes de capital y objetivos verdaderos; los bancos debilitados por un exceso en la emisión de billetes y otro exceso de créditos incobrables; el alto endeudamiento particular, muchas veces sin finalidad económica, sino destinado a mantener el tren de vida, etc. Asimismo, contribuyó el agota- miento de Caracoles. Este mineral produjo largos años, pero los excepcionales fueron sólo de 1872 a 1875; durante ellos, se le ex- trajeron 600.000 kilos (y recordemos que entre 1871 y 1878 dio 850.000 kilos).

La causa principal de la crisis, sin embargo, fue exterior (regla casi invariable de las nuestras).

En general, los fenómenos externos -de todo orden- llegaban fatalmente a nuestras playas, pero con retardo... un retardo de quince o veinte años.

Así, 1870 sería el año de la victoria germana sobre Francia -Sedán-, que iniciaría la preeminencia o importancia de Alemania en muchos campos: el industrial, el militar, el colonial o imperialista, el pedagógico... También Gran Bretaña, y la misma Rusia de los Zares, se verían amagadas por la expansión germana, sembrándose las semillas de la Primera Gran Guerra. De otro lado, Europa era recorrida -según dijera Marx- por el "fantasma" del socialismo, en todas sus variantes, inclusive la ácrata y la comunista; lo alimentaban el malestar obrero y las inquietudes intelectuales y sociales de una mesocracia emergente. Pero nada de esto haría mayor mella en el Chile de los 70, presidido aún por la cultura francesa y los negocios ingleses, y socialmente pacífico (salvo explosiones ocasionales). Veinte años después, no obstante, la influencia alemana -bancaria, castrense, sobre la enseñanza- sería aquí muy considerable. Y -mediando los vientos europeos, y el desarrollo capitalista en el salitre, el carbón, los puertos, las obras públicas, etc.- la agitación de los trabajadores se manifestaría con la primera seguidilla de huelgas que apunta nuestra Historia (1890).

Sin embargo, las alteraciones económicas del mundo hacían excepción a la regla anterior; repercutían en Chile casi inmediatamente. Ya que nuestra economía estaba anclada a los precios del mercado internacional para el trigo, el cobre, la plata misma, etc.

Tal sucedería con la llamada "depresión larga" de Occidente, que se inició hacia 1873 y concluyó sólo con el siglo. Durante esos veinticinco años, los precios externos de las materias primas bajaron sin tregua, y los que más bajaron fueron los agrícolas. Añadidos estos factores exteriores a los internos ya relatados, causaron una baja general del ritmo económico, quiebras y cesantía. Los bancos, acosados por una clientela ansiosa -que demandaba masivamente el metálico que sus billetes representaban-, pedían a gritos la inconvertibilidad. Esta fue decretada el año 1878, como "transitoria" hasta 1879. En la práctica, sería permanente y definitiva, salvo dos ensayos breves y fracasados de reconversión (1895-1898 y 1926-1931), y la moneda nacional experimentaría desde entonces un constante, endémico envilecimiento; hoy mismo continúa experimentándolo.

Es difícil recrear el efecto social que provocaron la crisis y especialmente la cesantía, la inconvertibilidad, y la depreciación monetaria derivada de aquella. Se temió -exagerando, es probable- un alzamiento popular... que Chile reeditara la "commune" parisina de 1871. Abdón Cifuentes hablaría de "manifestaciones subversivas", que la policía lograba, apenas, "sofocar a medias"; Augusto Orrego, de las "doctrinas más

disolventes, que flotaban en la atmósfera". "Los arrabales se presentaban a desafiar a la fuerza pública en el corazón mismo de Santiago; partidas de bandoleros recorrían los campos; la policía estaba al acecho de incendiarios". Lentas pero seguras, según Luis Orrego, avanzaban las "tendencias socialistas". (Vial, 1980)[3]

Contemporáneo de los precedentes, Ramón Subercaseaux escribió: "Después he creído que si no hubiera habido guerra, habría tenido lugar algún trastorno interior". (Subercaseaux R., 1936)[4]

Cuando vino la guerra -tras la euforia de la plata, y en medio de las angustias de la crisis- nuestro país era, de hecho, físicamente más pequeño que hoy. Las tres regiones septentrionales, Atacama, Tarapacá y Antofagasta, no le pertenecían. Al sur del Reloncaví, disputábamos con Argentina títulos y posesiones de territorios semivacíos. En Punta Arenas flameaba la bandera patria, pero el Estrecho, la Tierra del Fuego, y la vasta Patagonia (que en definitiva perderíamos) también se discutían con la poderosa república de allende los Andes.

Era Chile, además, un país poco poblado... apenas dos millones y pico de habitantes, divididos casi exactamente por mitades entre hombres y mujeres. (Cruchaga, 1878)[5] La aristocracia, vimos, había iniciado el éxodo hacia Santiago, pero el mundo rural concentraba todavía el 65% de los habitantes (71% diez años atrás). La natalidad bordeaba cada año el 40 por mil, y la mortalidad, el 25 por mil de la población, dejando una diferencia -o crecimiento vegetativo- del 15 por mil. Casi un 60% de los muertos eran niños menores de siete años. De los chilenos mayores de esta misma edad, dos de cada tres hombres y tres de cada cuatro mujeres, no sabían leer.

Vivían en Chile unos 27.000 extranjeros, de 38 distintas nacionalidades, prevaleciendo -en este mismo orden- los argentinos, alemanes, ingleses, franceses, italianos, españoles, norteamericanos y peruanos.

Los oficios y actividades de los habitantes de Chile, en 1875, dan alguna luz sobre la sociedad de los 70. Las más elevadas cifras son para los "agricultores" (173.746), "gañanes" (188.530) y "labradores" (13.384) -en el mundo rural-, con predominio masculino, y en el sector urbano para los "cocineros" (32.145), "lavanderas" (44.034), "sastres y costureras" (116.446), y "sirvientes" (55.543), con mayoría de mujeres. Los mineros alcanzan a 30.000; los comerciantes, a 25.000; los "hilanderos y tejedores", a 37.000. Hay múltiples artesanías de pocos o muchos cultores, desde 15.962 carpinteros, hasta 117 "gasfitters" y 94 encuadernadores. Se anotan casi 11.000 empleados "particulares", y 2.500 para el sector público. Militares y marinos totalizan unos 11.500. Entre las profesiones liberales, señalemos: 624 abogados, 515 ingenieros y agrimensores, 259 médicos-cirujanos, 68 arquitectos y 3 agrónomos; ninguna de estas categorías apunta mujeres. Hay, en cambio, 781 profesoras y 1.003 profesores. 130 hombres y 48 mujeres se declaran artistas; 66 hombres, escultores; 36 hombres y una

mujer, literatos; 27 hombres, periodistas. Los eclesiásticos suman 1.082, y las religiosas 1.131.

Las cifras anteriores excluyen el mundo indígena de la Frontera. Viven allí, hacia 1870, unos cien mil naturales libres. Luego habrá un fuerte drenaje hacia las pampas argentinas. Sobre este mundo va avanzando implacablemente la "civilización", entre un sangriento verano de exterminio (1869) y el alzamiento general de 1881. El año 1875 se funda Los Sauces; el año 1878, Traiguén. En 1870, el telégrafo alcanza la línea del Malleco; en 1873, el ferrocarril llega a Los Ángeles. Los días de la libertad mapuche están contados.

Santiago, con sus 150.000 habitantes, se había transforma- do, al doble empuje que le dieran la riqueza y ostentación aristocráticas, y el intendente Vicuña Mackenna. Inició éste, como se sabe, las colosales obras del cerro Santa Lucía. Abrió el "camino de cintura" y muchas calles nuevas, derribando "ranchos" inmisericordemente. Avanzó en la canalización del Mapocho. Pavimentó. Inauguró el Mercado Central, especie de airoso "meccano" de hierro, importado desde Inglaterra. Intentó traer el agua de Vitacura e instalar alcantarillado (adelantos que esperarían treinta años más). Celebró o preparó exposiciones famosas, como la "del Coloniaje" (1873, en el hoy Museo Histórico), y la Industrial o Universal (1875), en el suntuoso edificio *ad hoc* de la Quinta, dibujado por *Lathoud* "siguiendo las líneas nada menos que del Palacio de la Industria de París". (Subercaseaux R., 1936)[6] A la última exhibición asistieron veintiocho naciones y tres mil expositores; su impacto máximo lo causaron sendas máquinas de escribir y calcular; la segunda multiplicaba "ocho cifras por ocho, en dieciocho segundos". (Encina, 1970)[7] Aparecían, mientras tanto, las majestuosas mansiones de dos pisos y vastos jardines, levantadas por los neo-millonarios y sus emuladores; un Club de la Unión renovado en edificio y muebles (integralmente franceses); un Hotel Santiago, cuyo lujo asiático y supuestamente ancha manga moral, fueron la comidilla de los ociosos -quebró durante la crisis-; el Parque Cousiño, obsequio del Luis de este apellido a la capital; dos sociedades hípicas con sus respectivas pistas de carrera; y el Congreso Nacional, concluido tras larguísima demora... El año 1877, un extranjero anotó la "agradable sorpresa" que Santiago deparaba a un "europeo inteligente". "Pero después -decía-... el acrecentamiento ambicioso y el lujo de la ciudad", "los edificios públicos tan magníficos, residencias particulares tan imponentes, y paseos tan excepcionalmente hermosos", "le parecerán fuera de proporción con el poder y los recursos del país".

Evocó este cronista "la atmósfera de holgura aristocrática" de nuestra capital: "largas y tranquilas calles (de) ...casas particulares (como) ... las pequeñas mansiones de París, y algunas en un estilo más pretencioso"; "aparente somnolencia... (rota a veces) por el rodar de un elegante carruaje, que aventajaría a los del *Bois de Boulogne* (los modelos de la elegancia chilena son todos franceses)"; "mujeres bien vestidas y de

apariencia distinguida"; "veredas bien mantenidas"; "numerosas iglesias... muros blanqueados, largos y bajos... conventos"; "concentración del comercio y... tiendas en las calles principales del centro"; "ausencia de grandes muchedumbres"... Todo (escribiría) fomentaba la idea de ser Santiago la "residencia de una corte ilusionada y tranquila, ortodoxa y amante del lujo".

Pero era, más bien, "la capital ociosa, costosa y artificial... de un país activo y económico". Y -afirmaba- "lugar de chocantes contrastes, porque al lado de construcciones principescas se ven tugurios de la más lúgubre apariencia, donde la miseria luce sus harapos a cada paso y pleno sol... en vez de relegarse a los suburbios alejados". Añadamos que, visitando éstos, el cronista de marras hubiera percibido igual miseria: los "ranchos" que empezaban a proliferar sin orden ni concierto, erigidos con materiales de desecho, y símbolo del éxodo campesino hacia las ciudades. (Rumbold, 1977)[8]

Valparaíso, la segunda urbe del país, sumaba 100.000 habitantes. Como centro bancario, naviero, y comercial de grandes exportadores e importadores, superaba a Santiago; aun, ciertos bancos tuvieron en el puerto sus casas matrices. Post-1879 el salitre afirmaría, algún tiempo, esta situación.

Todo lo porteño exhibía acentuada influencia británica, proveniente de los ingleses y anglochilenos que manejaban aquel mundo económico y social... los Edwards, Lyon, Eastman, Mac Clure, Ross, etc. Influencia que no sólo afectaba a las costumbres mercantiles -parcas, serias, reposadas, y de severa honestidad-, sino al existir íntegro del puerto... la arquitectura financiera y comercial del centro; las casas y jardines "gringos" de Viña y el Cerro Alegre ("...*'cottages'* olientes a tierra cavada y lavándula"); los colegios y escuelas -el Mac Kay, el más famoso-; la actividad intelectual y artística; el deporte; la recreación; las costumbres familiares y sociales; las tiendas, donde se podía comprar chocolates *Cadbury*, figuras *Royal Doulton*, "*tweeds*" y "lanas multicolores"... ¡hasta los bares!

Pero, como señalaba Edwards Bello, había a lo menos dos Valparaíso: el británico o "anglizado", y el popular de los cerros ("el verdadero color de Valparaíso está en los cerros") y de los barrios pobres, a veces bravos, cerca del puerto mismo... La inflamada noche porteña era del pueblo, no de los flemáticos ingleses. (Edwards, 1995)[9]

Y nuestra historia concierne asimismo a un tercer Valparaíso... el de los marinos de la Armada Nacional. De fuerte tradición británica, también, nada tenían que hacer no obstante -ni por sus medios de vida, ni por sus ideales, ni por su origen social- con la

elite económica del puerto. Muchos habitaban casitas confortables pero sin pretensiones, alrededor de la actual Plaza Victoria. Así Roberto Simpson -inglés auténtico, éste-, compañero de hazañas de *Lord Cochrane* y vencedor de Casma; Jorge Montt, líder revolucionario el 91, después Presidente de la República... y el capitán de corbeta efectivo Arturo Prat.

El 20 de mayo de 1879, las grandes figuras del país chile- no, las lumbreras nacionales, eran políticos, intelectuales y al- tos militares y marinos. El culto y moderado Presidente Pinto, que -pacifista decidido-había aceptado a regañadientes la guerra contra Perú y Bolivia. Su canciller, el senador Domingo Santa María (que le sucedería en el mando supremo), un hombre tenaz, ejecutivo, apasionado hasta la arbitrariedad, de ambición sin límites, y personalísimas ideas sobre cómo encauzar el conflicto. El ministro del Interior Antonio Varas, también senador, que fuera brazo derecho de Manuel Montt durante la autoritaria presidencia de éste, converso ahora a un liberalismo suavizado, y el estadista de mayor prestigio moral de la República. Diputados como el brillante y activo liberal José Manuel Balmaceda (futuro Jefe del Estado, igualmente); los no menos brillantes conservado- res, campeones de la Iglesia, Abdón Cifuentes y Carlos Walker; y el radical Enrique Mac Iver, príncipe de los oradores parlamentarios. Otros congresistas se destacaban, más bien, en el ámbito intelectual... el senador José Victorino Lastarria, de vivo talento jurídico y literario, por ejemplo; o el igualmente senador Vicente Pérez Rosales (*Recuerdos del pasado*), sin duda nuestra mejor pluma decimonónica; o el internacionalista Adolfo Ibáñez, ex canciller (senador); o Jorge Huneeus (diputado), versado constitucionalista; o el historiador Miguel Luis Amunátegui (diputado). Personalidad aparte era la abrumadora, ya vista, del senador e intendente -1872-1875- Benjamín Vicuña Mackenna, además prolífico literato, que escribía Historia hasta pasada la medianoche, y a la madrugada estaba en pie, recorriendo Santiago para impulsar sus obras de adelanto.

Fuera del Parlamento, destacaban el diplomático y novelista Alberto Blest Gana, que ya había publicado el exitoso *Martín Rivas*; el geógrafo, historiador y educador Diego Barros Arana -ardoroso liberal y anticlerical-: su contraparte, el administrador apostólico de Santiago y guía del clero tradicional, monseñor Joaquín Larraín, etc.

La guerra, de su lado, había hecho reaparecer a las venerables glorias del Ejército y la Marina. Esperábamos, con fervor, que el almirante Juan Williams, cabeza de la Armada, reeditase las victorias de Papudo y de Abtao; y que el general Justo Arteaga -jefe del Ejército-hiciera, cumplidos ya los 74 años, el último y el mayor de los servicios militares que nos venía prestando a partir de la Patria Vieja...

En la vida económico-social, por completo al margen de la política, existían igualmente personajes destacados, en boca de todos por la fortuna y la distinción y figuración mundanas que les acompañaban. Para muestra, baste citar a Luis Cousiño, el riquísimo amigo de Vicuña Mackenna y donante, según dijimos, del parque santiaguino que llevaba su nombre (y que hoy no lo lleva... regla inexorable de la ingratitud nacional). *Arbiter elegantiarum* durante la euforia de Caracoles, Cousiño fue famoso por su vestimenta, sus coches, sus caballos *pur sang*, sus paisajistas -traídos de Europa-, sus negocios, sus proyectos de desatada fantasía (quiso hacer de Quintero el *Trouville* chileno) y la flor imperecedera que llevaba en el ojal. Temprano, antes de los cuarenta años, lo mató la tuberculosis. Vicuña Mackenna hizo colocar rieles especiales para que la urna con sus restos pudiese llegar, en una locomotora, desde la estación ferroviaria hasta la iglesia de Santo Domingo.

En Valparaíso mismo, era popularísimo el ex intendente Francisco Echaurren, que había transformado el puerto, modernizándolo, como Vicuña Mackenna transformara y modernizara Santiago. Y su sucesor, y después Comandante General de Marina Eulogio Altamirano, podía exhibir una larga y positiva carrera política, caracterizada por la habilidad, la eficacia y la ponderación.

Desde el día siguiente, 21 de mayo de 1879, todas estas figuras -tan importantes y meritorias, tan célebres en el comentario público, la flor y nata de la sociabilidad chilena- palidecerían y pasarían a segundo plano, ante otra entonces completamente desconocida, y ajena al *establishment* político, económico y social; la figura de Arturo Prat. Su singular hazaña y muerte desatarían una ola emocional jamás vista ni vuelta a ver en Chile, mezcla de dolor lacerante, bulliciosa y callejera alegría, asombro casi estupefacto, admiración sin límites y el más exaltado orgullo patriótico. Con los años y hasta hoy -muy injustamente, por cierto-, aquellas otras figuras, e incluso los restantes héroes y triunfadores, civiles y uniformados, del conflicto del Pacífico: un Condell, un Lagos, un Baquedano, un Latorre, un Riveros, un Vergara, un Sotomayor, irían difuminándose en el implacable olvido que trae el tiempo. Pero Prat no. Es esta historia, su historia, la que queremos contar.

***

CAPÍTULO PRIMERO

Lazos de familia

Así, durante los cruciales años 70 -y de la manera que hemos visto-, una parte de la antigua clase dirigente: su sector santiaguino, más algunas familias porteñas y penquistas y ciertas personalidades individuales, se separó y distanció del resto de la misma clase. Fue, según su propio concepto, "la" aristocracia. Aumentó en riqueza, refinamiento y ostentación, quizás también en cultura e indiscutiblemente en poder social y político. Los signos de estos cambios serían múltiples... la emigración definitiva del campo a la ciudad; los palacios urbanos y rurales y sus circundantes jardines y parques; la importación de lujos: carruajes, mobiliario, vestimenta, joyas, vinos y licores; ¡hasta de servidumbre!; las prolongadas estadías en el Viejo Mundo; el europeísmo, extendido a las formas de vida, las artes y las letras; la creciente tibieza religiosa y el debilitamiento de la moral familiar y económica; un clima eufórico y especulativo...

El saldo de la clase rectora -la provinciana- experimentó por igual, sin duda, el embate de estos cambios. Pero, generalmente hablando, no le hicieron tanta mella. Se prolongó en la provincia lo que había sido la vida de toda la aristocracia durante los años finales del siglo XVIII y los primeros decenios republicanos. Vale decir, una existencia más ruda y sobria, cuyo marco religioso y ético lo daba la Iglesia Católica, y que materialmente se asentaba sobre el comercio directo, de mostrador; la agricultura también directa y no "a distancia"; y una línea secundaria pero constante de vocaciones militares y navales. Nada de lo cual encontraba ya eco en la alta clase capitalista: para ésta, tener una tienda (y peor trabajar en ella) era socialmente desdoroso; la vida campesina, monótona y embrutecedora; y llevar uniforme, condenarse a estrecheces y privaciones insoportables.

Pero si la aristocracia provinciana fue mirada con desdén por su paralela santiaguina, tampoco cabe considerarla una "clase media." Esta aún no existía sino embrionariamente, pues faltaban aquellos sectores que le darían después base: profesionales, periodistas, literatos, maestros para la enseñanza masiva, funcionarios para una maquinaria estatal en expansión, inmigrantes extranjeros, etc. Y si la clase rectora de provincias vino a menos -comparada con la capitalina-, no perdió, sin embargo, toda su importancia social; y si incorporó elementos modestos, igual (si bien, probablemente, en menor escala) sucedía con la aristocracia de Santiago.

Es esta aristocracia de provincia la que deberemos examinar, si queremos entender la personalidad y hechos de Arturo Prat en cuanto fuertemente influido -como lo somos todos- por su medio familiar y social y el de su mujer (que eran muy parecidos)

... deberemos mirar a los Prat, los Chacón, los Barril, los Barrios, los Carvajal y los Briones, la materia prima que -trasmutada misteriosamente, pero reconocible- dará origen al héroe.

Los Prat y los Barril

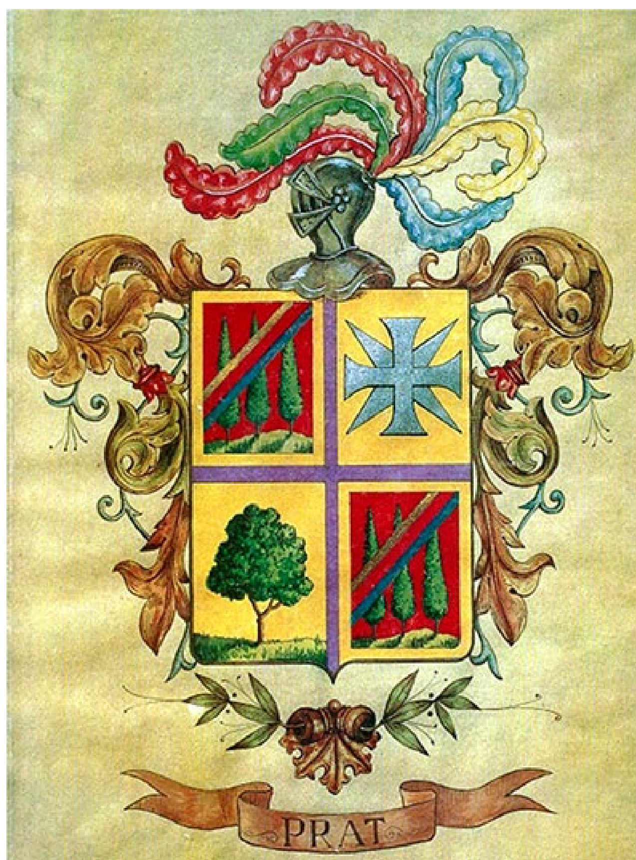
Si de Gerona bajamos hacia la Costa Brava y la capital de Cataluña, por la carretera que cruza sucesivamente Sils, San Celoni y Granollers, a la altura del primer pueblo citado nos hallaremos junto a La Selva, región montuosa en que crecen apretadamente los castaños, los avellanos y los pinos. Si partiendo ahora de Sils nos adentramos en esta "selva", hacia el Poniente, llegaremos a su "capital": ...Santa Coloma de Farnés, un pueblo ya estructurado para el siglo X, quizás para el IX, al cual dominan y dan nombre las ruinas del castillo de Farnés. Esta es la cuna de los Prat, nombre allí muy común, tanto así escrito como en su variante "Prats."

Hay documentos sobre la antigua nobleza de la familia, pero la rama chilena detiene su cuenta en el bisabuelo: Isidro Prat-Camps, cuya sólida y simple vivienda de piedra y madera -típica de payés catalán- se yergue sobre un promontorio, a las afueras de Santa Coloma. La respaldan las últimas estribaciones de la Guillería, y ante ella se abre la vista hasta alcanzar, en la distancia, los llanos mismos de La Selva.

Isidro Prat-Camps era, como sus antecesores, un hombre de la tierra, señor del Manso Camps; había hecho cierta fortuna explotando bosques y labranzas en el valle de Vallors: se le reconocía condecoración y privilegio militar, y casó con María Rosa Guixeras, hija de un notario. Tuvieron cuatro hijos: José, Narciso Salvador, Ignacio y Pedro. El tercero, nacido hacia 1770, fundó la rama chilena de la familia.

Inquieto, su inclinación es el comercio más que la tierra. Comienza mandando géneros a Buenos Aires; hacia 1800, él mismo está en la capital del Plata. De ese año se conserva una carta suya a Narciso Salvador. Se halla aún, entonces, en España; se dirige a Vigo con mercaderías, por tierra (le dice): allí embarcará para el puerto indiano, con un tercio de su cargamento: los otros dos tercios irán por sendas naves separadas. Refleja la carta el temor de los corsarios ingleses, y la recorren ocultas trizaduras familiares. Anticipa también la terca obstinación de los Prat chilenos: "Este plan que ya estoy ejecutando no pienso dejarlo, salvo causa superior; y es cuanto puedo decirte." (Roa y Ursúa, 1945)[10]

Ignoramos cuándo, cómo y por qué pasó Ignacio Prat a Chile. Pero lo hallamos vecino y comerciante de Santiago el año 1811, el mismo de su matrimonio con Agustina Barril en la parroquia de San Isidro. Esta familia Barril, aparecida originariamente en Concepción empezando el XVIII, se hizo luego valdiviana y mostró siempre veta militar. El padre y el abuelo de Agustina fueron soldados; aquel casó tres veces, y de la última, con Tadea Rojas, nació la futura mujer de Ignacio Prat.



Las tres generaciones iniciales de los Prat chilenos, serían visitadas por la desgracia (y sólo la última por la gloria). De sus cuatro hijos, Ignacio vería sobrevivir únicamente a dos: Agustín, el padre de Arturo, y Clara, "la tía Clara", soltera, cuya callada importancia familiar apreciaremos después. Por otra parte, en las turbulencias de la emancipación, su calidad de español peninsular hizo padecer a Ignacio Prat. El año 1817 viajó a Valparaíso tras unos dineros que se le adeudaban. Precavido, llevaba las autorizaciones escritas del caso (el "pasaporte", según se decía entonces). De nada le valieron. El gobernador del puerto lo confinó a Aconcagua junto con otros "godos." Su mujer recurrió al Director Supremo, Hilarión de la Quintana. Ignacio Prat, dijo doña Agustina, no había "delinquido"; tenía "las seguridades de un pasaporte"; le eran ajenas absolutamente "las desgracias de Chile durante el Gobierno Español." Ella, de su lado, quedaba en una "viudedad desesperada." Tuvo que convenir el Gobernador de Valparaíso que no existía "mérito particular" para la confinación de Prat. Y De la Quintana dispuso su libertad. (O´Higgins)[11]

Quizás este episodio lo escaldó; quizás fue por su naturaleza inquieta, vagabunda; quizás en definitiva se le proscribió como peninsular. El hecho es que -sabemos, sin mayores detalles- pasó luego al Perú, en fecha incierta, de donde regresó a nuestro país para morir asesinado (La Serena, 1825).

Dijimos que, de sus hijos, sólo sobrevivieron Agustín y Clara. El primero,

comerciante, abrió tienda en la actual calle Estado.

Cerrando el año 1838, se casaba con Rosario Chacón Barrios. Nuevo Job, empezarían a llover sobre él las calamidades. Un incendio arrasó su local. La prensa santiaguina de la época comentaría el siniestro, agregando que sus colegas mercantiles habían ofrecido amplio crédito y ayuda a Agustín Prat. No debieron materializarse tan consoladoras promesas, pues la joven pareja tuvo que abandonar la capital y enterrarse en la hacienda San Agustín de Puñual, Ninhue, aceptando la generosidad de Andrés Chacón, hermano de Rosario, que explotaba ese predio. Los años siguientes, Rosario dio a luz sucesivamente tres niños... y todos murieron al corto tiempo. El golpe más duro fue una enfermedad crónica e incurable -una especie de parálisis progresiva- que se ensañó lentamente con Prat. "Vivía moribundo", recordó después su mujer. (Vicuña Mackenna B. , 1930)[12]

Los Chacón y los Barrios

Esta, la "mama Rosario" -como la llamaría su nuera Carmela Carvajal-, pertenecía a una extensa y notable tribu familiar, los Chacón Barrios, hijos de Pedro Chacón y Concepción Barrios. Habían sido veinte, y el año 1879 quedaban nueve vivos.

Apenas es posible decidir quién era un personaje más original, si don Pedro, doña Concepción, o alguno de sus hijos, v. gr., Andrés o Jacinto (los de mayor importancia en la vida y personalidad de Arturo Prat, como se verá).

Los Prat mismos eran contadísimos (pensemos que para el 79 sólo ocho personas llevaban el apellido en todo el país), y los Chacón los envolvieron con su amistad generosa y alegre, hecha de permanente cercanía, improvisadas fiestas y tertulias, recíprocos servicios grandes y pequeños, y una preocupación constante de todos por todos... En esta actitud, comprobaremos, Arturo Prat fue el más Chacón de los Chacón.

Jefe del clan era don Pedro, que alcanzó los 95 años en su casaquinta porteña de la Calle del Circo, pegada a los cerros tras la Plaza Victoria, donde se relacionarían el héroe y su futura mujer.

Comerciante santiaguino para los sucesos de 1810, Chacón -acercándose a la cuarentena- es ardoroso patriota, amigo y partidario de O'Higgins y San Martín. Su firma figura en el Reglamento Constitucional de 1812. Exiliado a Mendoza con la Reconquista, suscribe allí un petitorio -que don Bernardo encabeza- urgiendo sean aprehendidos los hermanos Carrera (doña Javiera inclusive) y confiscados sus bienes.



Las familias Prat y Chacón en la quinta de Pedro Chacón y Morales en Valparaíso.

La tienda capitalina de don Pedro estaba en la calle conocida esos años como "Atravesada de La Compañía" (por el cercano templo jesuita); hacia 1817, vendía allí no únicamente telas y ropa, sino folletos independentistas, como *La Revolución de Norteamérica* (20 reales) y *La Revolución de Tierra Firme* (3 pesos). Cada vez que las armas emancipadoras cobraban alguna victoria, la tienda de don Pedro izaba alegremente los colores patrios... y de tal modo la calle cambió su nombre por el actual (Bandera).

Tenía Pedro Chacón mano pródiga en las erogaciones de bien público: 298 camisas para el Ejército, antes de Maipú; 12 pesos para contribuir a mejorar la cárcel santiaguina, eliminando la estrechez e insalubridad de los calabozos; 25 pesos para las fuerzas patriotas que luchaban en Concepción... El año 1819, O'Higgins dispuso un empréstito obligatorio con el fin de equipar la Primera Escuadra Nacional, y lo cuoteó a su criterio entre los vecinos pudientes. El cupo de Pedro Chacón era de 428 pesos. Mas el comerciante lo elevó, *motu proprio*, a 500 pesos, dándole además el carácter de donativo y no de préstamo. Cómo no apoyar -dijo- "una expedición (la libertadora del Perú) que... fijará el destino (de quienes) ... aún yacen oprimidos bajo el yugo de los tiranos" (O´Higgins).[13]

Este patriota fervoroso devendrá "pipiolo", liberal extremo, una vez consolidada la emancipación, siendo elegido diputado por Vallenar el año 29. Triunfantes los pelucones, don Pedro pasa naturalmente a la oposición. Funda *El Día y el Golpe,* periódico de salida irregular, donde colaboran Jotabeche y el coronel Pedro Godoy.

Lastarria inmortaliza la imagen de Chacón periodista y opositor:

> "Era el editor de este papel de título tan significativo, un pipiolo de segunda fila, de semblante torvo y adusto, que parecía revelar una pasión por el golpe que se proponía dar, llegado el día. Hombre de alguna ilustración política, siempre solitario y de poco hablar, hacía todavía la vida pública en la barra de las cámaras, en las imprentas, en los cafés, como el último representante de las agitaciones de los años 26, 27 y 28."

Pero, añade, todo esto "sin ofender ni molestar a nadie." (Lastarria, 1958)[14] Lastarria balancea así las dos características fundamentales de Chacón, que pasarán a sus descendientes: apasionamiento político e ideológico, por un lado, y por el otro ecuanimidad y bondad humana.

Don Pedro no extendía a los negocios sus ilusiones pipiolas. Comerciante sagaz, parece haber hecho una cómoda fortuna, con propiedades en Santiago, Valparaíso y Quillota. El año 1834 compró la chacra después llamada de la Providencia, la cual -según se dirá más abajo- jugaría un papel en la infancia de Arturo Prat, Tenía la chacra sesenta cuadras cuadradas, "casa, jardín y oratorio",[15] y abundante riego del Maipo, el Mapocho, y sus propios manantiales.

Tampoco era pobre Concepción Barrios, la mujer de don Pedro. Por la rama materna le vino la hacienda San Agustín de Puñual -en el dominio de aquélla desde mediados del XVlI-, donde nacería su nieto Arturo.

Los padres de doña Concepción fueron vecinos de la ciudad homónima: Andrés Barrios o del Barrio (que a la verdad no se llamaba de una ni de otra forma, sino Barri) y Angela Bustos de Lara y Sanhueza Palafox. Doña Angela procedía por padre y madre de familias patricias de Concepción, asentadas allí a partir de 1602 (y consecuentemente, es probable, llegadas con el gobernador Ribera). Y Andrés Barri, penquista desde 1800, era... un genovés de Pisa, armador y capitán de su propia nave: *El Carmen,* mediante la cual comerciaba con Buenos Aires doblando el Cabo de Hornos. Doña Angela le acompañaba en tan azarosos viajes, señal indesmentible de temple. De creer a Vicuña Mackenna (quien, por su parte, invoca la autoridad de Barros Arana, cita que no he podido comprobar), Barri murió en el naufragio de *El Uribe,* nave corsaria, fletada contra la reconquista española por los emigrados chilenos a Argentina (1815). Doña Concepción Barrios, hija única, heredó aquel temple, paterno y materno. Ella, Rosario Chacón, Carmela Carvajal y Blanca Estela Prat -es decir, respectivamente, su abuela, su madre, su cónyuge y su hija- serían las mujeres fundamentales en la existencia de Arturo Prat.

De los Chacón Barrios -la progenie de don Pedro y doña Concepción- los más próximos a la familia del héroe e influyentes sobre ella, fueron (ya adelantamos) Andrés y Jacinto, en particular el segundo.

Andrés Chacón, recordemos, la amparó en San Agustín de Puñual, tras el incendio que arruinara a Agustín Prat. Pero, según se verá, la ruina -a su turno- hizo presa de don Andrés junto con nacer Arturo, y los Prat Chacón volvieron al centro del país. Fue entonces don Jacinto el puntal de doña Rosario, su marido enfermo y sus hijos. Muy especial relación tuvo con Arturo; la detallaremos avanzando estas páginas.

Andrés y Jacinto Chacón fueron liberales, como su padre, pero doctrinarios más que políticos. Don Andrés era amigo de Bilbao y participó en el Club de la Reforma; vecino de Concepción (luego de abandonar San Agustín del Puñual), se desempeñó allí como juez y abogado. Actividad política, se le conoce sólo la de haber sido elector presidencial en 1861 -por José Joaquín Pérez-, y una fugaz asomada a la diputación de Itata el mismo año (antes de concluir éste, lo remplazaba su suplente). Falleció en 1870.

Jacinto Chacón lo sobreviviría, y sobreviviría a Arturo Prat. Era un hombre peculiarísimo y contradictorio. En 1879 bordeaba los sesenta años. Su rasgo básico: una honda inquietud religiosa, que lo llevó primero a profundizar la fe católica -el año 1845 se enclaustraba en Santo Domingo para estudiar teología- y luego a un fervoroso deísmo, acompañado por la más firme fe en la inmortalidad humana y la reencarnación. Fue masón (figurando entre los fundadores de la primera logia propiamente chilena, la Unión Fraternal de Valparaíso, el año 1853), bombero (pero no radical) y "espiritualista", es decir, adepto del espiritismo: pertenecía a un círculo porteño de este pensar, junto con su mujer, Rosario Orrego, y el pedagogo, literato y belicoso polemista Eduardo de la Barra. Completaba don Jacinto tan singular cóctel de ideas religiosas y éticas, con una admiración ilimitada hacia Jesucristo, y con la creencia convencida en la ley natural y su inmutable fijeza.

Rosario Orrego, unos quince años menor que su marido Jacinto (quien, sin embargo, también la sobrevivió, casi por dos decenios), era viuda de Juan José Uribe, con quien había tenido a Luis Uribe... amigo y compañero de adolescencia, juventud y carrera naval de Arturo Prat, y partícipe de su gloria. Doña Rosario excedía en originalidad, aunque parezca imposible, a su marido. Copiapina, de comentada belleza, novelista *(Teresa, Alberto, El jugador, Los buscavidas,* etc.), poetisa, colaboradora de varias publicaciones y directora de una: *La Revista de Valparaíso,* a tales actividades añadía la de médium en el círculo espiritista de don Jacinto y Eduardo de la Barra. Tuvo también un salón literario, que frecuentaban el futuro senador y canciller Adolfo Ibáñez, entonces juez del puerto, y el célebre escritor peruano Ricardo Palma, cuando estuvo exiliado en nuestro país.

La religiosidad sin etiqueta del matrimonio Chacón-Orrego ejerció sobre Arturo Prat el influjo que apreciaremos. Doña Rosario dejó una poesía *-Así quiero morir-* muy significativa de sus convicciones. *Quien pudiera morir,* expresaba, *con la suavidad y facilidad de una nube, una estrella, un rayo de la aurora, una flor...*

Mas, yo no soy flor ni nube errante
ni un astro de esos mundos estrellados...
yo tengo un corazón, un alma amante
que han de ser a pedazos arrancados.
Por eso quiero ser átomo leve,
aliento perfumado de la brisa,
para burlar el sufrimiento aleve
y morir exhalando una sonrisa.
Que en tu seno no es más, naturaleza,
la muerte que un desmayo voluptuoso,
un cambio de expresión y de belleza,
pues nada se hunde en eternal reposo.

Don Jacinto no quiso ser menos que doña Rosario, y un poema de la vejez reflejó su pensar sobre estos temas:

Y así en la creación descubre el alma;
que existe un Dios; que una sustancia etérea,
principio-germen; fecundiza el Caos,
anima el Cosmos, e incesante crea;
y que el moral y el físico universo
en gran concierto a perfección se elevan.
¡Sé justa alma inmortal!, ama y advierte
que tú entre dos eternidades vuelas
llevando una tras ti y otra adelante,
que existe un Cristo, una moral eterna,
¡y es la Ley, no el Acaso, quien gobierna! (Medina & Guerrero , 1952) (Figueroa V. , 1928)[16]

Igual que su hermano Andrés, Jacinto Chacón tuvo escasa actividad política: apenas algún discurso como diputado suplente por San Felipe en el período 1885-1888... Se lo puede definir como maestro (oratoria sagrada, literatura, historia), escritor (poesía, historia, religión, derecho público), y editor o periodista de innumerables publicaciones más o menos fugaces, los años 40 y 50; v. gr., *El Semanario de Santiago* (de Lastarria), *El Crepúsculo* (de Bilbao), *El Siglo,* etc., incluyendo una cortísima pasada por *El Mercurio* porteño. Tentó también los negocios -impresor, constructor- con mal éxito.

Los Carvajal y los Briones

Carmela Carvajal Briones, su mujer, es un factor decisivo en la vida del héroe. Desgraciadamente, viene de familias aún más características del Chile interior que los Prat, los Chacón y los Barrios... familias de campo, provincianas, totalmente desprovistas de actuación pública, y desconectadas de las elites que, en un sentido amplio, gobiernan el país. Por eso, sabemos poco de los Carvajal y los Briones, salvo el ser unos y otros antiguos agricultores quillotanos. El padre de Carmela, Diego Carvajal Zamora, es la cuarta generación de su estirpe en la zona; casa con María Briones Insulza en 1832; fallece corridos treinta años, cuando Carmela tiene apenas once; poco después su mujer lo sigue a la tumba; la niña queda entonces completamente huérfana. Diego Carvajal parece haber poseído cierta fortuna, con una quinta en la "calle larga" de Quillota (su hija conservará todavía una parte o sitio de esta quinta el año 1882), aventuras mineras en el Norte y excedentes de dinero colocados a interés.

Carmela, dijimos, tuvo numerosos hermanos. Los de mayor importancia para ella -como se apreciará al correr estas páginas- fueron José Jesús y David, dinámicos agricultores y comerciantes de Valparaíso y Aconcagua (Quillota, San Felipe); el primero, adicionalmente, su tutor, y su consejero económico durante toda la vida; y ambos entrañables amigos de Arturo Prat.

Los Chacón y los Carvajal poseían, según se ha dicho, sendas propiedades, quintas, en Quillota, que ambas familias frecuentaban sobre todo durante el verano. Ello las relacionó y condujo a un primer matrimonio, el de José Jesús Carvajal y Concepción (Conchita) Chacón Barrios, hermana de Rosario -la madre de Arturo Prat- y por ende tía de éste. Los Carvajal fueron así atraídos al alegre y generoso torbellino de la sociabilidad Chacón, tanto en Quillota como en la casaquinta porteña de la Calle del Circo. Sería el origen de un nuevo matrimonio interfamiliar, el de Arturo y Carmela, que empezó a gestarse, veremos, cuando ambos eran adolescentes.

El héroe, así, llegó al mundo muy solo, en las cercanías de Ninhue. Pero su sangre portaba múltiples vocaciones y vivencias... la tienda, de los Prat y los Chacón; la agricultura, de los Briones y los Bustos de Lara; la milicia, de los propios Bustos, los Sanhueza Palafox y los Barril; la navegación, de los Barrios. Espiritualmente, lo aguardaban el robusto catolicismo campesino de los Carvajal -por su mujer- y el liberalismo deísta de los Chacón. Y de todos ellos le vendrían la religiosidad, la seriedad, la tenacidad, la parquedad, la sobriedad, el apego al trabajo y el sentido del deber que el Chile viejo y profundo y sus elites seguían preservando en la provincia.

***

CAPÍTULO SEGUNDO

Infancia del héroe

Si hoy es difícil llegar a Ninhue, a mediados del siglo XIX era una hazaña. Estaba situado a vuelo de pájaro, más cerca de Chillán y aun de Parral que de Cauquenes. Pero la muralla de la cordillera costina exigía dar una larguísima "vuelta del pavo" para acceder a Ninhue. Cruzaba ella, sucesivamente, los tres pueblos arriba mencionados; desde el último, volvía al sur hasta Quirihue -cuna del último corneta de la *Esmeralda,* Pantaleón Cortés- y de allí tomaba hacia el oriente; al topar el sufrido viajero con los cerros de aquella cordillera, se veía en Ninhue. Había otros caminos, más cortos, pero todavía peores que el descrito... y eso que éste era infernal.

Ninhue consistía en "una sola calle de seis u ocho cuadras: tras las casas tejadas, extensos huertos de "dulcísimas naranjas" -Vicuña Mackenna *dixit*- (Vicuña Mackenna B. , 1930)[17] que se vendían en Concepción.

Era necesario caminar un trecho adicional, hasta el estero Ninhue y los faldeos de la serranía, para hallar la hacienda San Agustín de Puñual.

Consistía ésta en unas 1.200 hectáreas de lomajes suaves y secos, dedicados principalmente a viñedos y cítricos, y a pastoreo de ovinos; se sembraban, también, lentejas y trigo; las chacras eran ocasionales, porque había poca agua, salvo en invierno, cuando esteros y arroyos se tornaban torrenciales. La hacienda subsistiría aún como tal por un siglo y pico más, con idénticos cultivos y siembras, hasta su expropiación - reducida ya a 200 hectáreas- por la Reforma Agraria.

Subsistirían también, semiarruinadas, sus antiguas casas patronales.

Databan de mediados del siglo XVIII. Un visitante de inicios del XX (cuando estaban en mejor pie) evocó el "caserón grato y sereno"; sus "fuertes murallones, de adobes macizos... extensos corredores de ladrillos rojos... pilastras labradas en canes tallados, (que) sostenían los dilatados aleros de colihues trenzados en látigo, nido y refugio de golondrinas y palomas... tejas cromas y grises, patinadas por los años... (apoyándose) en las vigas armoniosamente laboreadas... grandes botijos de greda." ¿Qué "extraño arquitecto, sabio y artista acaso sin saberlo" -se preguntaba-, había logrado este "sobrio total"? (Hernández, 1949)[18]

Hoy la casa, museo del héroe, ha sido reconstruida con fidelidad. Forma un rectángulo irregular, de cincuenta metros (frente) por sesenta (fondo), con ventanas al exterior y un patio interno de clausura, empedrado y plantado de naranjos. Lo rodean corredores, y a él acceden las habitaciones -"cuadras" (salas) y dormitorios- los graneros y bodegas. Los postes o pilastras son de pellín, y los canes o basas, de piedra.

Sigue un pequeño huerto y chacra, también de clausura.

El paisaje es agreste, solitario e imponente, pues la casa se halla en los faldeos mismos del cerro Coiquén, mole solitaria y piramidal que se eleva a sus espaldas. Siglo y medio atrás, densos bosques cubrían aquellos faldeos, y llegaban prácticamente al límite mismo del caserón: robles, baldos, litres, peumos, maquis, hualas, arrayanes, avellanos, maitenes, quillayes, que eran "casi todo el año... dormitorios de millones de choroyes." (Vicuña Mackenna B. , 1930)[19]

A esta casa fue convocada con urgencia la partera local, Juana Daza, el 3 de abril de 1848.[20]

Debía atender el cuarto alumbramiento de doña Rosario Chacón de Prat… que no tenía ningún hijo vivo.



"Rosario Chacón de Prat - Agustín Prat Barril, padres del héroe"

Llevaba el matrimonio un decenio o más en la hacienda, y un decenio muy duro. Desde luego, eran simples allegados del dueño de casa, Andrés Chacón, hermano de doña Rosario. Algunos lo dan por dueño del inmueble, regalo nupcial (aseguran) de su madre; sostienen otros que aquel continuaba en el dominio de ésta. Como fuere, don Andrés hacía de "patrón", y su mujer doña Josefa (pariente y del mismo apellido) de "patrona"; para los Prat quedaba poco espacio y ninguna autoridad. Su pobreza, la progresiva enfermedad de don Agustín y los desdichados embarazos de doña Rosario -quien, según adelantamos, había visto morir de corta edad a sus tres primeros hijos-, agravarían a no dudar este cuadro de tristeza, paliado sólo por la innata generosidad de la familia Chacón. ¿Qué harían, el largo día entero, perdidos en aquellas soledades, don Agustín y doña Rosario? Posiblemente, ayudaría él a don Andrés en tareas de oficina, y ella cooperaría con las faenas del hogar.

En tales circunstancias vino al mundo Arturo Prat.

De comienzo, pareció que seguiría el fugaz y melancólico destino de los hermanos

que lo antecedieran. Desde luego, no gritó al nacer, recordaba la matrona Daza. Ella lo supuso mudo -versión inicial- o futuro héroe, y por tanto impasible (versión posterior al combate de Iquique). Mas no era mudo ni, todavía, héroe, era un niño frágil, cuyo final amenazaba ser el mismo de sus hermanos.

Pero la madre estaba decidida a luchar.

Eligió para ello un aliado lejano y desconocido... el granjero de Silesia *Vincent Priessnitz*, que moriría poco después (1851), tras veinte años de publicitar incesantemente las virtudes curativas del agua helada, de la "hidropatía" y los "sudores hidropáticos", en la jerga de su inventor. ¿Cómo supo doña Rosario de Priessnitz, allá en Ninhue? No es un misterio difícil de aclarar; basta leer el encendido elogio que hace Jacinto Chacón del tamaturgo germano. Añade que su hermana estudió a fondo el método Priessnitz, aplicándolo luego "con rigor y esmero" al recién nacido.

Este, mientras tanto, era bautizado Agustín Arturo en la parroquia de Ninhue -puesta bajo la advocación de la Virgen del Rosario y de San Antonio- el 2 de marzo de 1849. El poco usual apellido aparece escrito "Prast." Padrinos fueron Andrés y Josefa Chacón.

Mientras, una nueva tempestad acechaba a los flamantes padres.

Los heriría oblicuamente, a través de la ruina económica de Andrés Chacón, el propio año en que fuera bautizado Arturo Prat.

Llevado por el espíritu fantástico y audaz de su familia, o quizás aburrido con la rutina agrícola de la hacienda, el hecho es que don Andrés dejó que lo tentara -como a numerosos chilenos de la época- el espejismo californiano. Fueron sus socios de aventura dos audaces jóvenes, residentes en Cauquenes: José Manuel Moya y Rafael Sotomayor. Apenas llegaban a los 25 años (Chacón, parece, era algo mayor). Después, Moya tendría una larga y honrosa carrera administrativa, y Sotomayor, por supuesto, sería el glorioso "ministro en campaña" del 79. Quiso el trío de soñadores exportar productos agrícolas al bullente paraíso aurífero de Norteamérica, y aun levantar allí instalaciones fabriles. Es tradición que Sotomayor y Moya viajaron a California para estos efectos (Figueroa P. , 1888) (Ruz, 1980).[21] Mas el negocio resultó un desastre; los partícipes perdieron todo; debió venderse San Agustín del Puñual -el comprador fue Ambrosio Molina, rico estanciero de la zona- y los Prat, víctimas indirectas de estos hechos, vieron desaparecer su alero rural, teniendo que regresar al centro del país.

En el invierno de 1849, abordaron un velero del recorrido Talcahuano-Valparaíso. Don Andrés los acompañaba. Ningún día dejó doña Rosario de aplicar a su hijo (que contaba unos quince meses) el sistema Priessnitz, utilizando la gélida agua del mar.

Los Prat hallaron nuevo amparo en la chacra santiaguina de Pedro Chacón, ya mencionada, luego sede del orfanatorio público -"Casa de Expósitos"- que llegarían a regentar las "monjas de la Providencia." Así se originaron con el tiempo la avenida y comuna actuales de ese nombre. La "casa, jardín y oratorio" de don Pedro ocupaban el mismo lugar que más tarde el establecimiento de los huérfanos y el convento e iglesia de la congregación (que subsisten parcialmente hasta hoy en Avenida Providencia, próximos a la calle Antonio Varas). Allí transcurrió la existencia del héroe, los cinco años siguientes. Para él de gran libertad y contacto con la naturaleza; para sus padres, de estrechez, agravada por el nacimiento de cuatro nuevos hijos. Sobrevivían todos gracias a la chacra, la ayuda de don Pedro (suponemos), y trabajos de preceptora que tomó doña Rosario.

Arturo se fue desarrollando física y espiritualmente. Había sido "de complexión raquítica y endeble... expresión melancólica... aire distraído... (y) apariencia triste y enfermiza." (Peralta, 1949)[22] Retrato tan lamentable proviene de don Jacinto, empeñado en destacar los méritos que -para hacer cambiar lo anterior- asignaba al sistema Priessnitz. Es posible que éste contribuyera, pero lo básico en el cambio debieron ser la libertad, amplitud y posibilidades de desarrollo natural que daba la chacra, y la temprana afición del niño a los ejercicios físicos. Ejercicios que no excluían el pugilato con otros muchachos de su edad. Absorbido por uno de tales entreveros, Arturo Prat llegó -en una ocasión- hasta ser atropellado por un coche, con gran espanto de su madre, pero sin mayores consecuencias. Era -escribiría Carmela Carvajal, recogiendo recuerdos familiares- un niño "vivo y juguetón", (Fuenzalida, 1974)[23] pero dócil; lo singularizaba un apego extremo a doña Rosario.

Pudiera creerse que el padre, don Agustín -cuya parálisis progresaba lenta pero implacablemente-, fue una figura desvaída y secundaria para su hijo mayor. Nada más lejos de la verdad. Veremos, páginas adelante, la honda relación que los unía. Quizás nació de que Arturo estaba permanentemente haciendo preguntas -quería saber el porqué de todas las cosas- y don Agustín se sobreponía a sus males para responderlas con infinita paciencia.

El año 1854 don Pedro vendió la chacra a la Casa de Expósitos. Hubo, así, un nuevo cambio de domicilio -algo endémico en los Prat, como iremos apreciando- a una modesta casita de la calle Nueva San Diego. No imaginaría el niño Arturo Prat que, corriendo el tiempo, esa calle se honraría tomando su nombre.

La Escuela de la Campana

El año 1856, Arturo Prat iniciaba sus estudios en la Escuela Superior de Instrucción Primaria, que dirigía uno de los más notables maestros básicos de la educación chilena, José Bernardo Suárez. Estaba situada muy cerca del hogar familiar, en la tercera cuadra

de la calle San Diego, donde antes funcionara el Conservatorio Nacional de Música. Era conocida como "la escuela de la campana", por aquella que repicaba sonoramente, llamando a clases desde una alta torre también distintiva del establecimiento.

Los registros de la escuela anotan que el pequeño Prat -a su ingreso- sabía algo de aritmética (cálculo mental, cantidades); silabear; hacer "palotes"; responder las preguntas del catecismo (el tradicional Astete); y marcar en el mapa de Chile los límites de las distintas provincias, cuyas capitales recitaba sin error.

Al principio, Arturo fue un niño de buena conducta -salvo "pleitos y travesuras propias de la niñez", decía Suárez-, (Rosales, 1888)[24] pero de pausado progreso, especialmente por distracción; la aritmética constituía su peor escollo y tormento. Doña Rosario estaba inquieta, afligida, "porque él era para mí una esperanza que crecía", en un hogar sin padre desde el punto de vista económico. Pero luego la situación se enderezó; el mismo 1856, el alumno Prat obtenía nota de distinción en varios ramos: religión, lectura, geografía...y hasta aritmética.

Sus relaciones con sus condiscípulos -entre los cuales figuraba Vicente Mutilla, camarada de gloria y de muerte en el combate de Iquique- eran buenas, pero algo distantes. Tenía, dijo después su madre, "una tendencia muy marcada al aislamiento y la reserva"; regresaba de la escuela "haciendo... mil travesuras por el medio de la calle, pero siempre solo" (Vicuña Mackenna B. , 1930)[25] Usaba la fuerza cuando se creía atropellado. Un compañero escribiría de una pelea con Prat por haberse comido aquél una empanada frita en exceso de las que le tocaban, dejando a Arturo sin ella. Otra vez, alumnos algo mayores lo amenazaron armados de palos. Al día siguiente, Arturo Prat se ingeniaba para que un almacenero vecino le prestase el cuchillo o machete empleado en partir los bloques de azúcar. Con él enfrentó a sus enemigos... quienes lo acusaron prontamente ante el director Suárez. "Fue sólo para intimidados", se defendía Prat. El maestro, afirma Vicuña Mackenna, castigó la "cobardía" de los asaltantes y el "arrojo" del asaltado. (Vicuña Mackenna B. , 1930)[26]

Dejó la escuela de la campana el 25 de agosto de 1858; el 28, ya estaba en la Escuela Naval; apenas había demorado el tiempo que entonces consumía el viaje Santiago-Valparaíso. "Aplicación, excelente; capacidad, buena; conducta, buena; asistencia, constante; carácter, inmejorable" -anotó en sus registros José Bernardo Suárez, como despedida del alumno Arturo Prat, y su bagaje intelectual: "Lectura, niños célebres y hombres notables de Chile; escritura pequeña y ejercicios al dictado en pizarra y en papel; catecismo (completo)...; aritmética, reglas generales; gramática, estudio de la sintaxis y análisis lógico; geografía, estudios del Asia, África y Oceanía." (Fuenzalida, 1974) (Infante, 1979)[27]

***

CAPÍTULO TERCERO

Adolescencia de mar y guerra

Desde ese año, 1858, la vida de Arturo Prat se verá unida de muchos modos a la Escuela Naval y por ésta -misteriosa y premonitoriamente-a la corbeta *Esmeralda.*

Cuando ingresa a la primera, es un establecimiento muy inestable. Los poderes públicos jamás se han convencido de que ella satisfaga una necesidad permanente. Creada como Academia de Guardiamarinas el año 1818, en 1822 se la clausura al desarmar Chile la flota y licenciar sus tripulaciones. Freire la restablece bajo el nombre de Academia Náutica (1824) y la desarticula muy luego por economías (1825). Mayor duración tiene con Prieto, que la refunda, llamándola Escuela de Náutica, el año 1836. Desde 1843 funciona en la fragata *Chile.* Experimenta luego una vertiginosa sucesión de medidas y contramedidas: 1844, disolución; 1845, reposición; 1847, nuevo cierre, porque el buque mencionado se requiere para expedicionar a Ecuador...[28]

Una década después, reaparece por decreto de Manuel Montt, rebautizada Escuela de Aplicación. Pero a partir del año siguiente, 1858, fecha de ingreso para Prat, será ya la Escuela Naval, con un director (Julio Feillet) y un subdirector (Anatolio Desmadryl) franceses.

Montt ha creado becas para la Escuela, dos por provincia. Una, de Arauco, toca a Arturo Prat; otra a Luis Uribe; no es aventurado suponer que han sido conseguidas por el padrastro de Uribe y tío de Arturo, nuestro conocido Jacinto Chacón, personaje (hemos dicho) con alguna influencia pública. El primer domingo de salida, se fotografían orgullosamente don Jacinto y los dos muchachos; lucen éstos sus flamantes uniformes náuticos.



“De izquierda ***a derecha, Prat - Jacinto Chacón y Luis Uribe”***

Tampoco es aventurado suponer que los Prat han visto en la Escuela una educación y una carrera para su hijo mayor, que no aflijan el exiguo presupuesto familiar.

Reviven en el aspirante Arturo los tropiezos escolares de su primera niñez; la distracción, las dificultades con las matemáticas... Pero a todo se sobrepone mediante el esfuerzo. Ya al terminar 1859 recibe una medalla de plata por sus logros en el estudio; siguen otras distinciones.

Pero es un niño de doce, trece años. El libro de clases de 1860 registra noticias que el tiempo hará históricas:

“Condell al encierro, por pegarle a Prat.” Y más abajo: “Prat peleó con Condell. Cuatro horas de arresto.”

Y esta otra:

“Clase de gramática castellana... Uribe, por decirle palabras impropias a Amengual (parte). (Firmado) Miguel Manterola.” “Clase de inglés... Prat, no hace nada. Por embustero, dos días de arresto. (Firmado) G. S. Stevenson” (Hernández)[29]

También impresiona el desarrollo físico de Arturo Prat, antes tan débil y enfermizo. Continúa el tenaz ejercicio gimnástico que en aquel es -fuera de un propósito

deliberado- un gusto. Llega a ser un atleta; levanta (rememorará Jacinto Chacón) pesadas barras de hierro, y las soporta largos minutos con los brazos extendidos horizontalmente.

Desde el segundo año de Escuela, comienza el aprendizaje náutico. Fines de 1859: viaje en el vapor *Independencia* a Caldera y, luego, a la costa de Arauco: maniobras de vela y aparejo. Toca después práctica de marinería y artillería; es enero de 1860 cuando, para esos efectos, Arturo Prat aborda la *Esmeralda.*

Se han encontrado el héroe y la nave que será escenario de su gloria, y ella misma, por él, gloriosa y trágica.

La Esmeralda

Se hallaba flamante entonces la corbeta, bautizada hacía cuatro años.



Un decreto de Montt, el año 1852, dispuso adquirirla, o encargarla a algún astillero del Viejo Mundo. Objeto: llenar el "vacío que deja en la marina militar de la República (señalaba el decreto), la falta de un buque a vapor perfectamente guerrero en su construcción y armamento... (y de la) celeridad y fuerza que requiere nuestra posición...." (Vicuña Mackenna B. , 1879)[30] Se destinaban para ese fin 200.000 pesos, tomándolos de las recuperaciones de la deuda peruana con Chile.

Puede sospecharse que, tras los conatos revolucionarios del año anterior, algunos ocurridos en puntos muy distantes, el Gobierno quería disponer de un transporte veloz para sus fuerzas militares.

El capitán de navío Roberto Simpson fue despachado a Europa para preocuparse del "buque a vapor perfectamente guerrero", actuando en conjunto con Blanco Encalada, ministro nacional ante Londres y París. Los comisionados se decidieron por los astilleros de Enrique Pitcher situados en *Northfleet*, pequeña aldea al oriente de Londres, unas treinta millas Támesis abajo; la artillería fue fundida por otra firma inglesa, *Gospel Oak Works*, de Tripton. El astillero cobró 23.000 libras, unos ciento ochenta mil pesos chilenos; dos tercios aproximados por el casco y la arboladura, y el

tercio restante por las máquinas y sus complementos, inclusive repuestos para tres años de uso. Los cañones importaron 25 libras la tonelada fundida; su costo último bordeó, en globo, los 16.000 pesos. Comprendido el gasto del viaje hasta Valparaíso, la nave significaría un desembolso total de 234.000 pesos.

La construcción empezó en diciembre de 1854. Quedaba completa para agosto de 1856. El 18 de septiembre siguiente, *Northfleet* se llenó de banderas y personalidades chilenas: era el bautizo de la nave... la *Esmeralda.* El nombre había sido determinado por un nuevo decreto de Montt expedido en junio anterior. Recordaba el "memorable hecho de armas" (Vicuña Mackenna B. , 1879)[31] ocurrido el año 1820, cuando Cochrane abordara la fragata española de igual apelación, y la sacase fuera del Callao... de debajo mismo de los poderosos fuertes virreinales que la protegían. El lema de la segunda *Esmeralda* fue "Gloria y Victoria", palabras que habían identificado a los dos equipos de abordaje que formara Cochrane.

Era una bella corbeta la *Esmeralda.* Casco de madera y aparejo de tres palos. Desplazaba 850 toneladas; cuatro calderos producían vapor para los 200 HP de sus máquinas, y ello y el velamen le permitían alcanzar una velocidad máxima situada entre las 7 y los 8 millas por hora. Primitivamente, estaba artillada con veinte cañones de 32 libras, más dos de 12, "para botes y señales", fundidos en bronce y llamados "Gloria" y "Victoria", igual que el lema de la nave, cuyo origen ya conocemos.



"Cámara de tripulación"

Demoró todavía algún tiempo en concluir de aperarse la recién bautizada *Esmeralda*. Entre los elementos menores que entonces se adquirieron, figuró el armamento de mano: rifles, revólveres, sables, picas y... veinticinco hachas de abordaje,

que verían la gloria de Papudo e Iquique.

Finalmente, zarpó la *Esmeralda* rumbo a Chile. Simpson era su comandante. Venido especialmente de nuestro país para ello, dirigía la navegación el capitán de corbeta Juan Williams Rebolledo. El 7 de noviembre, a las 8.15 A.M. el buque fondeaba en Valparaíso. Arturo Prat era, entonces, un alumno de la escuela de la campana.

La formación de un marino

A partir de 1860, la *Esmeralda* será la nave en que Arturo Prat haga todo su aprendizaje náutico: marinería y artillería (según dijimos), tiro, embarque y desembarque, simulacros de combate, etc. La mandarán, sucesivamente, diversos oficiales: los capitanes José A. Goñi (para quien años más tarde tendrá Prat duros conceptos -según veremos-, defendiendo en juicio de guerra a Luis Uribe); Manuel Segundo Escala; Galvarino Riveros (jefe de la escuadra el 79, cuando en Angamos sea vengada la *Esmeralda* con la captura del *Huáscar);* Onofre M. Costa, Juan Williams...

Irá Arturo Prat superando así -en tierra y mar- los grados de su carrera. De simple cadete o aspirante, a "guardiamarina sin examen" el año 1861; y de allí, a "guardiamarina examinado" (1864), teniente 2º (1865) y teniente 1º (1869). Los dos últimos escalones ya le significan un sueldo digno de mencionarse -respectivos 60 y 80 pesos mensuales-, con el cual (apreciaremos) ayuda a la subsistencia de sus padres y hermanos.



"Arturo Prat a los 14 años"

En 1861, al adquirir la calidad de guardiamarina, egresa de la Escuela. Esta promoción de 1861 es el llamado "curso de los héroes." Lo forman el mismo Prat, por

supuesto -"primera antigüedad", vale decir, el más distinguido de dicho curso-, Condell, Uribe y Latorre: otros menos famosos, pero que también jugarán importante papel en la Guerra del Pacífico, como Constantino Bannen y Javier Molinas; y finalmente, una figura opacada durante ese conflicto -por su enemistad con Riveros-, pero de imprevisible futuro, culminado en la Presidencia de la República: Jorge Montt, estrecho amigo de Prat.

Mientras tanto, los viajes de práctica -siempre en la *Esmeralda*- menudean, ese año 61 y los siguientes hasta 1864: Talcahuano y la costa más al sur, Chiloé incluido; el norte con Mejillones y Caldera; las islas de Juan Fernández (llevando al ministro Manuel Rengifo, el año 1862) ... Diversas y distintas experiencias jalonan este noviciado del mar. Algunas son dramáticas; otras, amargas; otras, aún, largas y tediosas. Veamos los ejemplos más significativos, sin preocuparnos mayormente de la cronología.

Un buque-pontón de Valparaíso hace que los guardiamarinas conozcan el drama: es el *Infernal;* donde la armada francesa almacena todo lo que necesita en el Pacífico Sur... comprendidos explosivos y municiones. El *Infernal* hace honor a su nombre: se incendia pavorosamente, amenaza estallar y causar grave destrucción. Desde la *Esmeralda* se despachan varios botes y la lancha a vapor de la nave, para procurar hundirlo. Arturo Prat comanda uno de los botes. El *Infernal,* por último, efectivamente se hunde... pero no sin que antes vuele su santabárbara, provocando el daño temido en las naves y los edificios cercanos (1861).

De las vivencias amargas, anotemos el castigo que cae sobre los guardiamarinas - Prat entre ellos- por la "insubordinación" de rechazar que sus ejercicios los dirija un contramaestre a son de pito. Los muchachos lo hallan lesivo para su dignidad, protestan... y son sancionados con un trasbordo de seis meses al *Chile,* asimismo desvencijado buque-pontón porteño (1863).

Y por último están los días y hasta semanas de ocio obligado, enervante, y de aburrimiento. Ejemplo: las "estaciones" en Mejillones, amparando -con la presencia de la *Esmeralda- los* intereses de nuestros connacionales, a menudo amagados por las autoridades bolivianas (1863 y 1864). Hasta 1874, disputábamos con Bolivia el litoral entre los paralelos 23º y 24º. El año 1866, ambos países establecieron sobre aquél una especie de condominio. En 1874 lo reconocimos como exclusivamente boliviano, bajo ciertas condiciones, cuyo incumplimiento, veremos, fue el detonante de la Guerra del Pacífico. Mejillones se hallaba en este territorio, así como Antofagasta.

Otro ejemplo, anterior. El año 1863, en medio de la niebla, la *Esmeralda* choca con las rocas de Totoralillo y se avería considerablemente.

Se decide reacondicionarla en los astilleros del río Sacramento, San Francisco de California. La nave está lista para zarpar, cargada con el carbón que requiere el largo trayecto; aquel ocupa, aun, sectores de la cubierta. El guardiamarina Arturo Prat -que

siempre ansiará conocer el mundo- forma parte de la expectante tripulación... Pero de improviso el viaje se cancela. El río Sacramento es sustituido -como lugar de reparación de la corbeta- por el solitario varadero de Huito, costa oriental de la Isla Grande de Chiloé; el trabajo toma semanas, en una soledad e inacción enloquecedoras para los marinos. Arturo Prat confesará el "pecado" -inconciliable con su carácter serio y laborioso-de haber llegado en Huito hasta leer novelas románticas para matar el tiempo... (1863).

¿Por qué no fue la Esmeralda al río Sacramento? Porque ya el aire estaba cargado de rumores de guerra... guerra con España.

Papudo y la covadonga

En estas condiciones dio Arturo Prat (Valparaíso, 1864) la prueba teórica y práctica requerida para pasar de guardiamarina "sin examinar" a guardiamarina "examinado." Estaba presente su jefe y comandante de la *Esmeralda,* Juan Williams. Hizo de Prat un encendido elogio. También impresionaron los "diarios" del muchacho, relativos a sus viajes de adiestramiento, "con descripciones de puertos, estudios sobre las corrientes, y observaciones y cálculos astronómicos" (Medina & Guerrero, 1952)[32] Desde entonces, Williams se lo llevó consigo de planta a la *Esmeralda.*

El mismo 64, los acontecimientos se precipitaron inexorablemente hacia el conflicto de Chile con la Madre Patria... quijotesca defensa de problemas ajenos, que nadie apreció -ni siquiera el supuesto "defendido", el Perú- y que nos valió la ruina de Valparaíso y la pérdida casi completa de nuestra marina mercante.

Antecedente del conflicto -e intento de evitarlo y solidificar una postura común ante España de los países hijos suyos- fue el Congreso Americano de Lima, celebrado por igual en 1864 (septiembre). Abrigando grandes y erróneas esperanzas sobre su utilidad para esos fines, se le envió una misión de altísimo nivel, a bordo de la *Esmeralda.* El destino quiso juntar -en la nave que años después se haría tan célebre- a un grupo de connacionales de la mayor categoría histórica: el ex mandatario Manuel Montt (presidente de la delegación); su oficial de secretaría, José Manuel Balmaceda; el comandante de la nave, Juan Williams; el guardiamarina examinado Arturo Prat…

Un año justo corrido, Chile declaraba la guerra a España. Sería aquélla, obviamente, sólo marítima y con un enemigo -en ese campo-de abrumadora superioridad. Constituiría el bautismo de fuego para Prat y muchos otros, futuros héroes navales del 79. Casi todos navegaban en la *Esmeralda* y bajo el mando directo de quien, inicialmente, los dirigiría asimismo en la Guerra del Pacífico: Williams Rebolledo. La jefatura superior la tuvo, los años 1864-1866, el venerable almirante Blanco Encalada.

Las primeras actividades combativas, de nuestra parte, fueron poco promisorias. Mientras la escuadra española forzaba máquinas hacia Valparaíso, la nuestra -si cabe llamar "escuadra" a dos naves, de las cuales la sola *Esmeralda* era propiamente de guerra- lo abandonaba, para refugiarse en Huito. De allí, al paso que España hacía alarde de fuerza bloqueando los puertos chilenos, Williams y su mínima flotilla (la *Esmeralda* y el *Maipo,* vapor artillado) enderezaron rumbo con destino a las Chinchas, islas peruanas. La Moneda había dispuesto que en ellas se juntasen los barcos chilenos y los del Perú. La mayoría de éstos se encontraba allí, efectivamente, al mando del almirante Lizardo Montero; su buque-insignia, la fragata *Amazonas,* y las corbetas *Unión* y *América.* Pero Montero manifestó a Williams que no le interesaba operar conjuntamente con Chile y contra los españoles, mientras no se resolviese el enfrentamiento interno que, en ese preciso instante, dividía al Perú; según parece, esta opinión no era tanto de Montero, como de los jefes bajo su autoridad. Mas aquella prevaleció.

Habría sido robustecida (se asegura) por actitudes poco felices de Williams en el trato con sus colegas peruanos. Pero no cabe extenderse aquí sobre el punto.

La situación en el Perú se presentaba de la manera que sigue: el gobierno del general y Presidente Juan Antonio Pezet había suscrito con España un convenio de paz, estimado humillante por la escuadra de Montero y por una parte del Ejército que encabezaba desde Arequipa el coronel Mariano Ignacio Prado. En definitiva vencieron los rebeldes, determinando el repudio oficial del convenio, el mando supremo para Prado y el ingreso peruano a la guerra, junto a Chile.

Prat relató así lo ocurrido en las islas Chinchas:

> "Por la conferencia que el comandante (Williams) tuvo con Montero, supimos que las circunstancias habían variado a causa de nuestra demora, que dio lugar a que el comandante de la *Unión* y oficialidad protestasen alegando que estando ellos en guerra (civil), debían concluir primero sus asuntos personales, antes de mezclarse en los ajenos: razón muy justa si se quiere, pero que debían haberla hecho presente a nuestro gobierno antes que se comprometiera. Quizás debamos felicitarnos de esta ocurrencia, pues habría sido más crítico si... (los peruanos nos dejan) cuando nos encontramos en peligro", (Anónimo, 1880)[33]

Williams y sus naves regresaron a mar chileno, sin aguardar el desenlace del conflicto entre Pezet y Prado. El hábil y audaz comandante de la *Esmeralda* había resuelto atacar "de guerrilla" a la flota hispana. Como para eso el *Maipo* era inútil -y así lo dejaba ver su capitán-, Williams le ordenó "perderse" en los canales del sur: operaría su plan con la sola *Esmeralda.*

El primer intento fue recuperar el vapor nacional *Matías Cousiño* -aprehendido por los españoles- y capturar la nave hispana *Covadonga,* goleta cañonera. Se hallaban

juntos, sosteniendo el bloqueo de Coquimbo, y la *Esmeralda* quería atacarlos sorpresivamente la madrugada del 25 de noviembre. Prat narró a su madre el episodio:

> "Este mismo día (24 de noviembre), a las 6 P.M., fondeamos en Pichidangui y temprano zarpamos con dirección al norte."
>
> "Este día (25), en la noche (madrugada), después de ponerse la luna, debía ser el combate: estaba ya todo arreglado; dos divisiones de abordaje debían atacar, habiendo sido yo elegido para la primera división con el teniente (Manuel) Thomson, y para la segunda el teniente López con Canto."
>
> "La gente estaba muy entusiasmada y dispuesta a combatir. A las 11 (de la noche) llegamos a Tongoy, donde debíamos tomar noticias frescas de la situación de los buques y atacarlos con seguridad; para esto bajó el comandante a tierra a informarse, y a las 12 todavía... creíamos que a las 2 ó 3 de la mañana los buques nombrados serían nuestros."
>
> "Por estos preparativos puede Ud. comprender con cuánto pesar supimos la noticia que nos trajo el comandante de que hacía dos días había llegado la *Blanca* (nave española) y se encontraba en Coquimbo en convoy con los dos vapores que queríamos apresar."
>
> "Con la cabeza gacha pusimos la proa al sur... (pero sin) abandonar la empresa con que habíamos soñado."

Ese mismo 25, creyeron reconocer la *Covadonga.* "Nuevo entusiasmo. Se tocó generala… todo el mundo en su puesto… listo y deseoso de combatir; pero, al acercarse, ¡solemne chasco!... era el *Fósforo*… a la distancia… algo parecido."

"Mas en honra del proverbio que dice: a la tercera es la vencida..." -escribiría Prat-, (Anónimo, 1880)[34] llegó la mañana del 26 de noviembre, hallándose la *Esmeralda* a la cuadra de Papudo. El *Valparaíso,* "vapor de la carrera" -es decir, regular-, le había informado que pronto toparían con la *Covadonga,* y así sucedió pasada media hora. Maldición permanente de ambas naves, una y otra presentaban fallas de máquinas y fondos que disminuían sus respectivas velocidades. Estas eran muy semejantes. (Vicuña Mackenna B. , 1879)[35] Sin embargo, mayor gravedad presentaba la disminución ese momento para el barco español, que para el chileno. No pudo la *Covadonga,* pues, escapar (como Williams temía lo hiciese). La corbeta nacional se le fue aproximando; cuando distaban cuatro millas, ambas izaron bandera: la *Esmeralda,* el pabellón inglés -ardid de guerra, siempre pensando nosotros en prevenir una fuga enemiga- y la *Covadonga,* que no sería engañada por la argucia adversaria, el emblema hispano. Desde que fue posible el duelo de artillería, la cañonera española -de muy inferior poder de fuego- estaba perdida; su resistencia sería sólo de honor:

> "A las 10 A.M. lo tuvimos a tiro de cañón; se le hizo fuego; veinte minutos después arrió su bandera" (Anónimo, 1880).[36]

Simultáneamente, el capitán de la *Covadonga* ordenaba abrir las válvulas de sumersión y hundir el buque.

Pero la partida chilena de abordaje, que mandaba Thomson, fue demasiado rápida para los españoles; chapoteando en el agua -que ya alcanzaba alguna altura en los fondos de la *Covadonga*- el norteamericano Eduardo Hyatt, ingeniero al servicio de Chile, logró cerrar las válvulas e impedir el hundimiento (Hyatt -veremos- perecería junto con la *Esmeralda* el 21 de mayo de 1879).

Tal fue el combate de Papudo. A la distancia, el rol de marinos heroicos y famosos presentes en aquella jornada, parece fantasía; además de Williams, Thomson, Prat y el ingeniero Hyatt, participaron Condell, Latorre, Jorge Montt...

Williams entregó la *Covadonga* a Manuel Thomson; con él, trasbordó Prat. Los daños de la nave hispana eran escasos; nulos los de la *Esmeralda:* tampoco tuvo ésta bajas, mientras que el enemigo sufrió una decena de heridos y casi igual número de muertos. Aquéllos y los prisioneros, más de cien, fueron desembarcados en Papudo.[37]

Abtao

Nuestro objeto, naturalmente, no es historiar la guerra con España, sino el desempeño en ella de Arturo Prat. Recordemos, solamente, que el combate naval de Papudo tuvo, a corto y mediano plazo, cuatro consecuencias importantes. Dos de éstas fueron trágicas: el suicidio del almirante Pareja, jefe de la expedición hispana, y el bárbaro e inútil bombardeo de Valparaíso, estéril venganza que puso término inglorioso a aquella expedición (marzo de 1866).

Las otras dos consecuencias serían la definitiva incorporación de la *Covadonga* a nuestra Armada, y los desesperados esfuerzos que hizo la flota enemiga -antes de destruir Valparaíso- para infligirnos alguna derrota naval que compensara la de Papudo. Aquí también actuó Arturo Prat.

La goleta-cañonera *Covadonga,* o *Virgen de la Covadonga* -el 79, acompañante de la *Esmeralda* en Iquique y triunfadora de Punta Gruesa-, era casi contemporánea de la nave chilena, pues había sido botada el año 1858 por los astilleros de El Ferrol. (Vicuña Mackenna B. , 1879)[38] Tenía casco de hierro y aparejo de tres palos; desplazaba 412 toneladas, la mitad que la *Esmeralda;* llegaba, como ésta, a las 7 millas/hora, gracias a una máquina inglesa de140 HP; y su armamento consistía, aquellos años, en apenas cinco cañones de poco calibre (tres de 68 libras y dos de 18).

Los esfuerzos hispanos para vengar su captura se desarrollaron en Chiloé a comienzos de 1866, antes, ya señalamos, del arrasamiento de Valparaíso.

Casi junto con el combate de Papudo, el Perú -ya Prado a cargo del mando- declaró la guerra contra España, y se reunió en los canales chilotes una escuadra

conjunta de ambos países americanos, que mandaba nuestro almirante Blanco Encalada, viejo, pero aún animoso. Chile aportó la *Esmeralda,* la *Covadonga,* el *Maipo* y un mercante adquirido en el Callao, el *Lersundi,* rebautizado *Lautaro:* vino sin artillería y bajo bandera neutral, por si los españoles lo interceptaban; los cañones viajaron tras él, en las naves de guerra peruanas. Estas fueron, primero, la fragata *Apurimac* y la corbeta *Amazonas,* y después las corbetas *América* y *Unión.*

Williams había escogido un fondeadero de difícil acceso: el estuario de Chayahué, entre el continente y la isla de Abtao. Sus únicas entradas eran los pasos que Prat denominaría -al escribir a doña Rosario- "la boca del puerto" y "la boca chica", abundantes ambos en traicioneros escollos y ayunos de cartas de navegación. La primera baja fue la *Amazonas* peruana, que encalló, perdiéndose completamente, contra los roqueríos de la isla. Luego el *Lautaro* quedó inmovilizado e inservible en el estuario, por el estallido de un caldero.

La base carecía de lanchas carboneras y de provisiones alimenticias. Williams fue por ellas a Ancud con la *Esmeralda.* El *Maipo* abandonó igualmente Chayahué, cumpliendo otra misión. El comodoro peruano Manuel Villar quedó al mando en el fondeadero. Mientras tanto, las fragatas hispanas *Blanca* y *Villa de Madrid* lo habían ubicado, intentando penetrar en él por la "boca del puerto." De haberlo hecho, habría sido (probablemente) el fin de la escuadra aliada, pues el *Apurimac* y el *América* estaban reparándose; la *Unión* carecía de combustible (no había podido cargarlo, precisamente por la falta de lanchones) y el *Lautaro...* ya sabemos su situación. La única nave operativa de la alianza era la modesta *Covadonga,* que comandaba Thomson y en la cual servía Prat.

La fecha, 7 de febrero de 1866.

El combate fue un duelo de artillería y nada más. Pues a la postre -y es plausible que con razón- las naves hispanas no se atrevieron a utilizar el paso que enfrentaban, temiendo encallar. Por otra parte, las baterías españolas no poseían alcance bastante para destruir al enemigo; de lo contrario, éste -desplegado en hilera cerrando la "boca del puerto", y obligadamente inmóvil, excepto la *Covadonga-* hubiese sido un blanco perfecto e indefenso. Ya que su artillería era inferior (56 cañones versus 96, en conjunto).

El elemento imprevisible del combate lo dieron Thomson y la *Covadonga.* Las naves hispanas se habían separado, quedando sola la *Villa de Madrid,* mientras la *Blanca* amagaba penetrar a Chayahué "por la boca chica, es decir, por el otro costado" -afirma Prat. Y continúa:

> "(Avisaron a la *Covadonga)* que la *Blanca* se había varado: inmediatamente salimos para atacarla... Pronto vimos a la *Blanca* que, si había estado varada, ya no lo estaba, pero sí se había tumbado de un lado para remediar averías que había

sufrido. Una pequeña loma de tierra nos separaba, y la distancia no pasaba de 500 a 600 metros. Estábamos a descubierto de todas sus baterías, y no pudiendo hacer uso nosotros sino de un cañón. Entretanto la *Villa de Madrid* se iba retirando, andando para atrás. El fuego que nos hizo la *Blanca* fue terrible, y en justicia, aunque no nos hizo daño... bien dirigido... porque eran tiros por elevación... bastante difícil (es); sin embargo... caían a dos o tres metros de... nuestros costados. La *Villa de Madrid* se unió con la *Blanca...* nos encontramos solos contra las baterías de las dos fragatas. Ya era una imprudencia exponemos por más tiempo, y nos retiramos haciendo virar..."

Este segundo duelo de artillería -la *Covadonga* versus las dos fragatas- se ha verificado, notará el lector, por encima de un istmo (la "pequeña loma de tierra" de que habla Prat) hoy conocido como Thomson, donde la isla Abtao alcanza su máxima estrechez.

Un cañón contra noventa y seis... mejor resumen imposible de la audacia sin límites de Manuel Thomson.

El relato de Prat incluía un discreto semicargo contra la corbeta peruana *Unión:* "debió también ir... en nuestra compañía (de la *Covadonga)."* El cargo, si fue tal, era injusto porque -sabemos- la *Unión* no tenía combustible bastante ni modo de embarcarlo; se hallaba casi inmovilizada. Pudo acopiar improvisadamente cuatro toneladas, al darse la alarma de la presencia hispana; lo mismo hizo la *Covadonga;* pero cantidad tal, adecuada para la pequeña nave chilena, resultaba exigua para el buque peruano. Conviene apuntar el nombre de su comandante: el capitán Miguel Grau. ¿Hablaría alguna vez con el teniente 2º Arturo Prat?[39]

Thomson hizo especial elogio de Prat, por su serenidad y valor en el encuentro.

Así fue el combate de Abtao. Ni los barcos aliados, ni los hispanos, sufrieron averías de consideración. Aquéllos tampoco tuvieron bajas; éstos, dos muertos y unos pocos heridos.

"Hace dos días que (las fragatas hispanas) andan rondando, pero no se han atrevido a entrar otra vez" -terminaba Prat su relación. (Anónimo, 1880)[40] Y a la verdad, los españoles no quisieron, definitivamente, arriesgar los peligrosos pasos de Chayahué, y sin hacerlo no les cabía destruir la escuadra enemiga.

El jefe de la flotilla española, Casto Méndez Núñez, concluyó sin embargo que de haber estado allí presente la *Numancia* -la nave capitana y la más poderosa entre las españolas-, y considerando el largo alcance de sus baterías, el desenlace habría sido distinto. El 1º de marzo, entraba Méndez Núñez, pues, a los canales de Chiloé, con la *Numancia* y la *Blanca.*

Pero Williams, de regreso, había mudado la flota aliada -*Esmeralda* y *Maipo*

inclusive-; ocupaba ahora otro varadero chilote, ya conocido nuestro y de Prat, pues allí había pasado éste largas semanas aguardando la reparación de la *Esmeralda* (y leyendo novelas románticas) el año 1863. Era el varadero de Huito, también a la costa oriental de la Isla Grande y al sur de Abtao. Fortificó Williams su entrada de un modo impresionante, con baterías y tropa de tierra, torpedos, y la cadena de la difunta corbeta *Amazonas* tendida en la boca. Como si todo esto fuera poco, arrastraron los aliados el inservible *Lautaro* (ex *Lersundi)* hasta la misma boca y allí lo hundieron a guisa de obstáculo.

Cuando los barcos españoles, finalmente, ubicaron el nuevo paradero de la escuadra chileno-peruana -delatada por sus humos-, Méndez Núñez comprendió que sería insensato entrar allí con la *Numancia.* Mientras resolvía qué hacer, fondeó su fragata afuera del paso, y la *Blanca* -imprudentemente- en la entrada de éste, a cincuenta metros de tierra. Ocurrió entonces un episodio que Arturo Prat relata así:

> "De Ancud se había mandado un destacamento para impedir el desembarco; pero, observando su capitán Jorge Wood que, desde el monte que dominaba la cubierta de la fragata *(Blanca),* el rifle que llevaba la tropa podía alcanzar, esperó la mañana, y cuando estaba toda la gente formada sobre cubierta pasando revista... principió a hacer fuego sobre ella. Se supone hayan alcanzado a cuarenta sus muertos y heridos, mientras se escondían bajo cubierta. Inmediatamente levaron sus anclas, y tomando distancia principiaron a hacer fuego contra los que lo habían hecho contra ellos, sin conseguir otra cosa que maltratar algunos árboles."

Desde la *Numancia,* Méndez Núñez presenciaba impotente estos hechos. No podía disparar, pues la *Blanca* se hallaba interpuesta. Envió un bote armado, que procurase desalojar de sus posiciones al destacamento enemigo, pero el fuego de la fusilería nacional lo rechazó.

> "Al siguiente día (los barcos hispanos) desaparecieron, lo que hemos sentido, porque deseábamos... dar fin al estado de inacción...." (Anónimo, 1880)[41]

Méndez Núñez había comprendido que en Huito corría aún peor peligro de encallar que en Abtao.

La guerra naval con España, propiamente, había concluido. Ya sólo quedaba, según anticipamos, el oprobioso bombardeo de Valparaíso, y la escuadra española abandonaría el Pacífico.

Esta guerra fue muy importante para Arturo Prat. El 26 de noviembre de 1865, desde luego, tras la captura de la *Covadonga,* nuestros senadores, por aclamación, habían ascendido un grado a todos los marinos participantes en la hazaña. Prat fue así teniente segundo.



"Prat de Teniente Segundo con 17 años"

Por otra parte, le correspondió una cuota en la "presa" de la cañonera hispana, conforme disponían las leyes del mar. Ascendió a 1.169 pesos con diez centavos, una suma respetable -nunca los Prat Chacón habían visto tanto dinero junto-, cuyo destino no muy feliz diremos páginas adelante.

Pero lo principal fue el fogueo guerrero, de marino, y simplemente de relación humana, que la campaña significó para Prat, y que reflejan las cartas escritas durante ella a doña Rosario. Estas cartas tienen todavía, por supuesto, algo de inmaduras -v. gr., el chauvinismo antiperuano-, pero muestran una personalidad definida y atractiva. Están bien redactadas, denotando cultura; son serias, pero con un toque constante de humor; claras para hacer entender lo que quieren describir; y las animan sentimientos nobles y grandes:

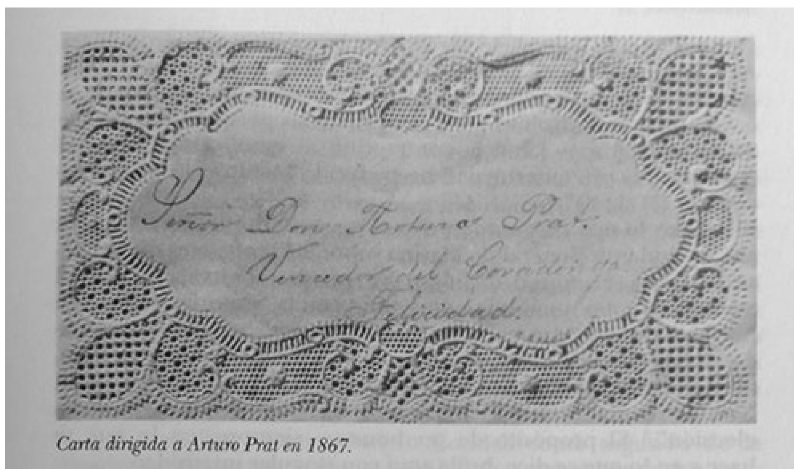
> "Hoy la senda de gloria se nos presenta a la vista, nadie vacila en seguirla, todos lo desean, pues en Chile no es conocida la cobardía y en nuestros buques se la desprecia..."

Las "demostraciones de alegría y entusiasmo" por la captura de la *Covadonga*, agrega, han sido "la mayor y más grata recompensa" recibida. Pero...

> "...deseo otra más dulce... y es la de darle un estrecho abrazo, y gozar (juntos) del entusiasmo, viendo humillado el pabellón que trató de abatir el justo y noble orgullo del nuestro." (Anónimo, 1880)[42]

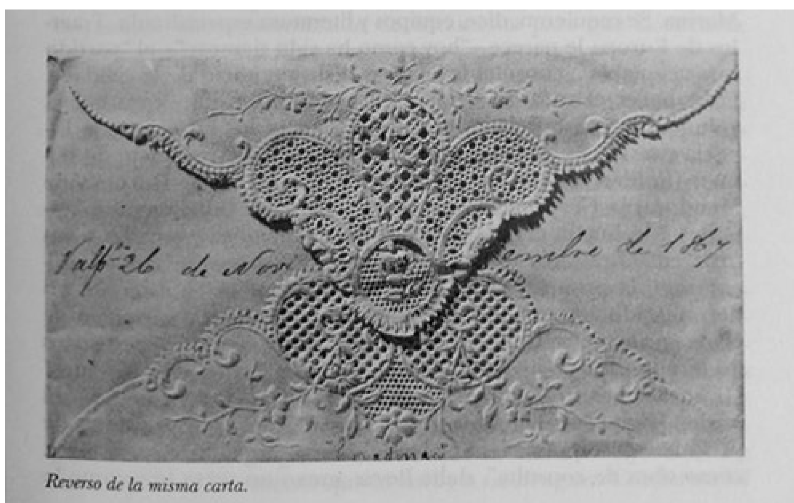
Ya, no obstante, otro sentimiento surgía en el corazón de Prat, cuidadosamente velado por la reserva que era su segunda naturaleza. Dos años después del combate

de Papudo y para su aniversario recibía una pequeña tarjeta y sobre, ambos imitando encaje -"elegancia" de la época y la provincia-, con el nombre de la remitente impreso: Carmela Carvajal, y una leyenda manuscrita en letra todavía algo infantil, redonda;



Carta dirigida a Arturo Prat en 1867.

"Señor don Arturo Prat. Vencedor del *Covadonga.* Felicidad.



Reverso de la misma carta.

Valparaíso, 26 de noviembre de 1867."[43]

Él tenía 19 años; ella, 16.

***

CAPÍTULO CUARTO

El joven oficial

Tras la guerra de 1865-1866, comenzó para Arturo Prat un largo decenio de activa vida naval, paralela -según se verá al correr estas páginas- con su noviazgo y matrimonio, sus estudios jurídicos y el notable y secreto desarrollo de su personalidad intelectual y ética.

En el curso de estos años, Prat -cubriendo diversos puestos de mando- realizó numerosos viajes marítimos, dentro y fuera del país, por ejemplo a Juan Fernández (1866, 1868, 1869, 1872), Perú (1868), Magallanes (1869) e Isla de Pascua, 1870.[44] En 1869 ascendió a teniente1 º.

El viaje a Perú de 1868 fue doble: en agosto, con el transporte *Maipo,* llevando auxilios para los damnificados de un terremoto que azotó ese país dicho mes; y luego -diciembre- a repatriar los restos de O'Higgins en la corbeta de igual nombre. Formaban ésta y sus congéneres *Esmeralda* y *Chacabuco,* la flotilla que honraría aquel traslado; mandaba Blanco Encalada, por el cual Prat sentía gran admiración, desde que sirviera bajo sus órdenes, recordaremos, durante la guerra con España. El año 1876, despediría a nombre de la Armada los restos mortales del Almirante, recordando aquella campaña:

> "Los setenta y cinco inviernos que pesaban sobre sus hombros, los achaques consiguientes a una edad tan avanzada no habían apagado su entusiasmo ni debilitado su actividad."
>
> "Con un deshecho temporal, se le vio en Chiloé visitar los distintos buques de la escuadra, para pasarles una revista de inspección, desafiando los elementos conjurados en su contra."
>
> "Tenía el tino de tocar a cada uno la cuerda sensible e inspirar a todos el sentimiento patriótico que a él animaba. Así se veía que la oficialidad le respetaba y quería, y las tripulaciones le veneraban."

El texto íntegro de esta oración fúnebre -que concluía: "Nada más justo que dejar que nuestras lágrimas corran abundantes"- sugiere haber sido Blanco Encalada, para Prat, el modelo del marino profesional y patriota. Y estremece leer la frase que sigue, pues en ella Arturo Prat, sin buscarlo, hace su propio retrato al dibujar el de Blanco: "Afable y cortés, pundonoroso y valiente, era el tipo acabado del oficial brillante que lleva a la vida pública las virtudes del hombre privado" (Anónimo, 1880)[45].

De estos años, lo más interesante es sin duda la actuación de Prat en la Escuela Naval.

La Escuela, ya se dijo, estaba íntimamente unida con la corbeta *Esmeralda,* cuyos viajes al litoral de Bolivia y permanencias -"estaciones"- allí, protegiendo los intereses chilenos, servían de práctica marinera a los aspirantes. El número de éstos, limitado por el exiguo presupuesto de la Escuela y por la cabida de la nave, fue muy pequeño. El año 1873, v. gr., la capacidad máxima de alumnos era veinte, y la utilizaban sólo diecinueve: doce del primer curso y siete del segundo. Desde 1871, Prat sería "oficial de detall"[46] de la *Esmeralda.* Por ello le corresponderían diversos cargos en la Escuela -profesor, subdirector, director accidental- así como "estacionarse" cuatro años seguidos (1871-1874) con la corbeta y los aspirantes en el puerto boliviano de Mejillones. Alcanzó, mientras tanto, sucesivamente, los galones de capitán de corbeta "graduado" (1873) y "efectivo" (1874). Ambos ascensos los obtuvo junto con sus amigos y compañeros de curso Montt y Latorre.

En la Escuela, se encomendaron a Prat numerosas clases, de distintos ramos: Ordenanza Naval, Derecho, Táctica Naval y Maniobras Marineras, Cosmografía, y Elementos de Construcción Naval. Obviamente, el nivel de enseñanza sería muy simple, pero la diversidad de materias indica el amplio rango de intereses y aptitudes que poseía Arturo Prat. Podemos descontar, además, que se adentraría al máximo en cada materia que le tocase impartir, por dos características suyas (las veremos luego con mayor detalle), fundamentales para entender su carácter: la curiosidad intelectual y la seriedad.

Así, por ejemplo, cuando asumió la enseñanza de construcción naval, advirtió la falta de texto-guía que pudiesen utilizar los alumnos. El más adecuado, el de Frimville, estaba escrito en francés, la lengua de su autor. Emprendió la tarea de traducirlo durante sus ratos libres, que sólo eran largos cuando se encontraba "estacionado" en Mejillones con la *Esmeralda.*

La traducción representaba para él un supremo esfuerzo mental y físico. Mental, por el complejo tecnicismo de la obra; sin sus dos años previos enseñando construcción naval (diría) le hubiese sido imposible verter aquella al castellano. Físicamente, Arturo Prat adolecía de rápida fatiga visual, y el libro de Frimville -por añadidura- era extensísimo. Prat había pensado llevar consigo a Mejillones un amanuense que le recibiese el dictado de la traducción, pero esta idea no resultó. Perseveraría sin embargo en el empeño, solo y con mucha dificultad. Corriendo octubre de 1874, escribía desde Mejillones que esperaba concluir allí la segunda parte del tratado, y la tercera en Valparaíso; éstos eran los capítulos que los aspirantes necesitaban; pero afrontaría terminar la traducción (cuatro partes, en total) únicamente si el Gobierno se obligaba a publicar el libro completo. Decisión improbable, por lo costosa, incluso si los atlas complementarios se importaran de Francia.

(Numerosos marinos chilenos de la época hacían concienzudas investigaciones

científicas -geográficas, hidrográficas, de navegación, etc.- y no pocos las aplicaban a redactar libros de real utilidad práctica. El comandante de la *Esmeralda* y director de la Escuela, capitán de fragata Luis Alfredo Lynch, estaba escribiendo un Arte de Aparejar y Maniobras. Uribe, compañero predilecto de Prat desde la infancia hasta la epopeya de Iquique, era autor de un breve manual práctico sobre hidrografía, aceptado por el Gobierno como texto complementario para los aspirantes.)

Las estadías en Mejillones daban amplísimo tiempo para trabajos de este tipo: eran monótonas hasta el enervamiento, según sabremos en el capítulo que sigue, por las cartas que Arturo Prat -recién casado- enviaba a su mujer.

Dos veces fue Prat director accidental de la Escuela, ausente Lynch, el titular; la primera el año 1872, la segunda en 1875. Esta última tuvo una causa desagradable: el sumario contra el director -quien era (hemos dicho) simultáneamente comandante de la *Esmeralda-* a raíz del cuasi-naufragio de la corbeta que pronto narraremos. Otras páginas referirán asimismo la delicada lealtad que Arturo Prat tuvo con Lynch en tan difícil situación, y el elevado juicio del comandante sobre su segundo. Aquí nos interesa, solamente, hacer resaltar el dinamismo que aportó Prat a la dirección, no obstante conocer su índole transitoria.

La correspondencia oficial del director accidental refleja este dinamismo. El año 1872, se propone a sí mismo como profesor de Derecho; a Ignacio Serrano para Cosmografía e Hidrografía, y a Vicente Mutilla, su ex condiscípulo -recordemos la escuela de la campana-, para Mecánica... los tres morirán combatiendo en la rada de Iquique. Serrano toma su cátedra con energía y entusiasmo, sus rasgos dominantes. A través del Director reclama a la Comandancia General de Marina los instrumentos hidrográficos que, afirma, la Escuela Militar tiene bajo depósito desde la última disolución de la Naval o Náutica (1847). Mutilla, en cambio, no se acomoda con el profesorado; pide el relevo porque -alega- “me es perjudicial a la salud la contracción al estudio; me afecta el cerebro, de cuya enfermedad he padecido mientras la he desempeñado (la clase).” (Fuenzalida, 1974)[47]

Pero lo más sorprendente es el comentario del director Prat al Comandante General de Marina sobre los profesores que sugiere designar, él mismo incluido. No puede, observa, “abonar el acierto” de tales nombramientos, pues con la “notoria escasez” de oficiales, quienes poseen “aptitudes conocidas” han sido ya asignados a “puestos importantes de la escuadra.” Consiguientemente, los nombres postulados, Serrano, Mutilla y... Prat -informa Prat-, “son el resultado de las circunstancias, no el de una estudiada elección.”[48] El propósito de ser honesto, siempre, en lo que se hace y en lo que se dice, brilla aquí con singular intensidad.

El año 1875, según adelantamos, vuelve nuestro biografiado a la dirección accidental de la Escuela, tras el cuasi-naufragio de la *Esmeralda*. Aquella sólo normaliza

su funcionamiento -y en forma y medida precaria- a comienzos de 1876, utilizando como sede flotante el *Ancud*, vapor pequeño e incómodo, y habiendo perdido numerosos elementos de enseñanza, libros en particular. Arturo Prat se mueve con fuerza para remediar las deficiencias; de nuevo el rastro lo dejan sus cartas a la Comandancia General de Marina. Se requieren, dice, equipos y literatura especializada. Traerlos de Europa le parece -"hoy como ha sido siempre"- el "partido más aceptable... consulta la economía sin perjuicio de la calidad." Cabe hacer el encargo a través del almirante Goñi, "cuya buena voluntad en el servicio es proverbial." Entre los libros que la Escuela precisa, enumera la cartilla de instrucción y manejo de buques (Roldán y Chacón); las tablas de navegación de Ducom y de Mendoza; la *Guide du Marin* (Laboulaye), etc. Instrumentos: sextantes "de buena clase"; estuches de matemáticas; espadas y sus tiros, etc. Otra carta auspicia calurosamente se acepte, con modificaciones, la propuesta que ha hecho un capitán Hudson, en orden a traducir para la Escuela el libro *Practical Seamanship* de Nares. Aprovechando la ocasión, insiste Prat: faltan y urgen textos de estudio; los existentes son o en demasía "extensos y elevados" (los franceses) o "compendiosos y anticuados" (los españoles). El mismo Nares, "verdadero catecismo de marina" (por su sistema de preguntas y respuestas), es excesivamente largo. "Indispensable... como obra de consulta", debe llevar anexo un texto breve que lo resuma. Podría redactarlo el propio Hudson, adaptando el Nares al formato muy recomendable de un libro similar pero antiguo y ya obsoleto, *The sheet anchor (El ancla de la esperanza)*, por Darcy Lever. Concluye la carta haciendo ver que numerosos oficiales -quien la firma, desde luego; Uribe; Lynch, etc.- han escrito o traducido obras náuticas destinadas a la Escuela, o lo están haciendo. Pero carecen de recursos para imprimirlas. Si no los proporciona el Gobierno, el esfuerzo ya hecho se perderá, y el pendiente no tendrá término.[49]

Pero el Gobierno pensaba cosas muy distintas. Concluidos los exámenes de mayo de 1876 -faltando menos de tres años para la Guerra del Pacífico, que decidiría nuestro destino nacional, y cuya fase primera y decisiva se libraría en el mar- la autoridad cerró la Escuela Naval. Chile y su Armada, declaró, no requerían más oficiales; sobraba con los existentes.

Arturo Prat -sustituyéndolo Condell como segundo de la *Esmeralda-* desembarcó y se le nombraría, aprovechando sus estudios y título de abogado (a los cuales luego nos referiremos), ayudante de la Gobernación Marítima de Valparaíso. Allí debía reorganizar todo el ámbito jurídico y judicial de la Armada.

Comenzaba diciembre de 1876. Corrido menos de un año, Prat ascendía a capitán de fragata graduado.

No volvería a la vieja y querida *Esmeralda* sino en la rada de Iquique.

Pero antes, según adelantábamos, el 24 de mayo de 1875, en Valparaíso, había

contribuido decisivamente para que la corbeta heroica continuase a flote.

Ese día, Prat se hallaba enfermo, con licencia, en casa y guardando cama. También el comandante Luis Alfredo Lynch estaba con licencia, fuera por tanto de la *Esmeralda,* la cual había quedado a cargo del teniente 1º Constantino Bannen, y atada por cadenas a una boya en el extremo oeste del puerto. Vecinos se encontraban el pontón *Valdivia* (700 toneladas) -buque largo y agudo, como un dardo (dice Vicuña Mackenna), cuyo destino era preparar grumetes- y el transporte *Maipo* (450 toneladas).

Estalló un violentísimo temporal. El *Valdivia* rompió sus amarras y como enloquecido, se precipitó sobre la *Esmeralda,* embistiéndola incansablemente, una y otra vez (en cada impacto, saltaban del pontón a la corbeta algunos aterrados grumetes), hasta quebrarle el bauprés. La *Esmeralda,* por su parte, rompió también amarras y chocó con el *Maipo.* Al garete, zarandeada por la tempestad, sufriendo las graves averías que le causaran aquellas colisiones, parecía inminente que la corbeta naufragase. Corrieron tal suerte esa noche y allí mismo, un bergantín, una barca y dos chatas.



"Esmeralda en el temporal, óleo de Thomas Somerscales", colección particular de don Roberto Verdugo.

Una pequeña multitud estaba reunida en la playa, no obstante la lluvia torrencial y el viento huracanado, para presenciar aquel tremendo espectáculo. Destacaba la figura de Williams Rebolledo, que había traído la *Esmeralda,* flamante, desde Inglaterra, y luego -comandándola- había capturado la *Covadonga* en Papudo. Los circunstantes encendieron hogueras con mechas de parafina, que iluminaran la escena y sirviesen de puntos de referencia a la atribulada corbeta.

Sucesivamente llegaron a la playa Lynch y Prat.

Bajo amenazas y dádivas consiguió el comandante que un bote lo llevase,

dificultosamente, al costado de la *Esmeralda:* desde ésta le tiraron un cabo y por él fue izado a cubierta.

Arturo Prat, mientras tanto, repetía la negociación de Lynch con los boteros. De nuevo se lanzaron éstos al mar, pero el violento oleaje inmovilizó su embarcación, todavía distante algún trecho de la corbeta. Prat se arrojó entonces al agua y nadó hasta el buque, alcanzando su cubierta mediante una cuerda, como Lynch.

Ya arriba, se hizo atar por la cintura a un mástil -atadura cuyo largo le dejaba cierta libertad de movimiento- y así dirigió la maniobra de salvataje. Había llegado justo cuando la extenuación doblegaba a Lynch.

Consistiría ese salvataje en varar la nave de proa contra la playa -enfrentando la estación ferroviaria de Barón- y asegurarla allí mediante cordajes. No resultó tarea fácil: la *Esmeralda,* averiada y con sus calderos en mal pie (como siempre), apenas tenía movimiento. Mas, por fin, se logró la varazón. Sólo una vez firmes las amarras, fueron bajando los tripulantes... Prat uno de los últimos -con pantalón y blusa de marinero, pues el uniforme se le había empapado nadando hacia la corbeta- y el postrero Lynch, según algunos, y según otros el cocinero negro de la *Esmeralda.*

Juan Williams había esperado ansiosamente en la playa, hasta el desenlace.

Luis Alfredo Lynch recordaría después "la imperturbable serenidad ante el peligro" de Arturo Prat. (Fuenzalida, 1974)[50]

Graves consecuencias tuvieron estos hechos. El comandante Lynch debió afrontar amargo sumario, que sólo le fue favorable por empate; uno de sus pocos consuelos, pensamos, sería el leal respaldo de su segundo; lo comprobaremos páginas adelante. La Escuela, dijimos, se disolvió al poco tiempo; la *Esmeralda* misma quedaría largos meses inmovilizada y desartillada. Repararla costó 100.000 pesos... y no le arreglaron los calderos.

Pero no se hundió.

"La *Esmeralda,* como Lázaro, había resucitado" (escribió Román Vial en *El Mercurio* del 29 de mayo). Quedaría esperando el regreso de quien había de conducirla al sacrificio y la gloria.

***

CAPÍTULO QUINTO

Noviazgo y matrimonio

Corría 1886 y se aproximaba el 21 de mayo, cuando el chileno Exequiel Pérez, que residía en Lima, tuvo con la viuda de Arturo Prat un gesto generoso e imprevisto: enviarle una fotografía del héroe a los dieciséis años, autografiada por éste para la familia del remitente. Quizás por hallarse Pérez tan lejano, o por la sorpresa del obsequio, el hecho es que se rompió el dique de solitaria reserva característico de Carmela Carvajal durante el medio siglo largo que sobrevivió a su marido. El retrato, respondió, había sido "lenitivo a mi dolor en día tan amargo para mi corazón." Y añadía:

> "He derramado lágrimas de gratitud y dulce ilusión... al contemplar esa imagen adorada, que me recuerda una época muy feliz de mi vida: el principio de nuestro tímido afecto de niños, que llegó a ser el único cariño de toda nuestra existencia."[51]

Fue a la verdad un amor temprano, exclusivo y excluyente. Se conocieron en las alegres e informales tertulias de los Chacón, para las cuales abría cada una o dos semanas su casaquinta porteña -Calle del Circo- el patriarca don Pedro. Arturo frecuentaba esas veladas como nieto del viejo pipiolo. Carmela lo hacía como cuñada de Concepción (Conchita) Chacón, hija ésta de don Pedro, tía de Prat, y mujer de José Jesús Carvajal. Ya el 16 de julio de 1867, la libreta de gastos de Arturo Prat anotaba: "Flores para C.." De noviembre, sabemos, data la tarjeta filigranada que la propia "C.." envió al "vencedor del *Covadonga"* en el segundo aniversario de Papudo. Y cuando, fines de 1868, Prat viajase hasta Callao con la flotilla que repatriaría los restos de O 'Higgins, los regalos para Carmela traídos de regreso serían numerosos: un costurero (9 pesos) y un abanico (2 pesos), ambos chinos; una cruz de plata (55 centavos), y un tarjetero de marfil (3 pesos con 60 centavos) ...

Tanto empeño valió al pretendiente un retrato de la obsequiada, en cuyo reverso él escribiría: "lo tengo desde febrero de 1869." (Vicuña Mackenna B. , 1930)[52]

Ya para entonces los ataba un compromiso tácito pero definitivo. Las palabras eran pocas y cambiadas sólo en la tertulia de don Pedro: "esperar (recordaría Arturo Prat)... que la casualidad me ponga a tu lado, para oír a hurtadillas tus protestas de cariño..."[53] Pero el joven oficial deslizaba también recados escritos, breves y apasionados, que Carmela viuda llevaría siempre consigo y leería una y otra vez ante los huérfanos y nietos del héroe.

El tiempo iba pasando y el noviazgo -obvio para todos los inmediatos- no podía

ser comentado con Arturo Prat: "A veces las ligeras bromas que naturales son entre deudos, habíanle manifestado que su sentimiento era conocido, pero su actitud reservada imponía silencio a esas manifestaciones" (Vicuña Mackenna B. , 1879)[54].

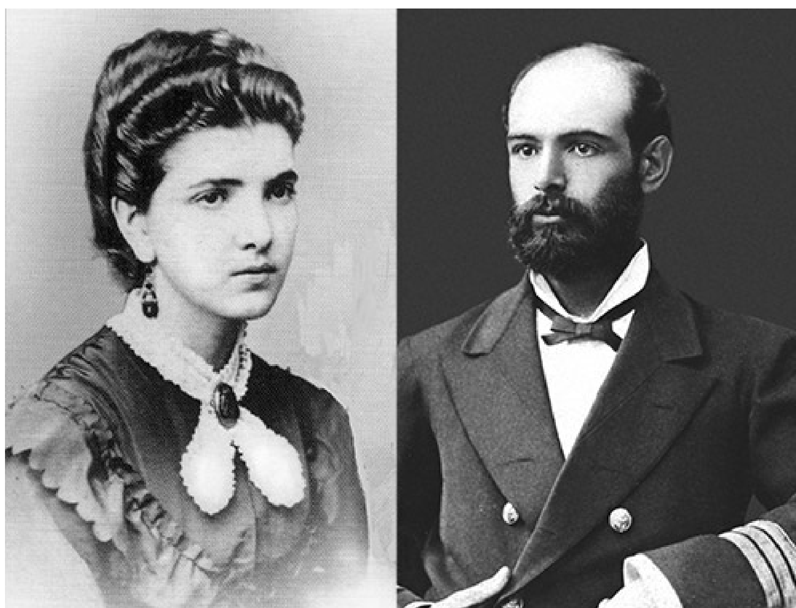
La "actitud reservada" era casi consustancial con el novio, por cierto, pero en este caso obedecía además a un sentimiento delicado: no estaba dispuesto a hacer público un compromiso que su escaso sueldo le impedía formalizar en matrimonio.

Lo propuso tan luego supo sería ascendido a capitán de corbeta graduado; efectivamente el nombramiento se extendió poco después, el 12 de febrero de 1873.

Nueve días atrás había muerto Agustín Prat en Quillota, víctima de un tercer ataque de parálisis. Arturo, convocado telegráficamente, sólo pudo presenciar la agonía de "aquella alma tan noble, tan generosa, tan amante e íntegra" -escribió a Carmela.

> "Esperaba (añadía) que el momento lúcido, que Dios concede generalmente a los moribundos, me permitiese oír su despedida y quizás sus consejos... que en uno de esos momentos llegases tú y... hubiese (don Agustín) bendecido nuestra unión. Vana esperanza, él continuaba su sueño tranquilo, y la hija que yo anhelaba presentarle no llegaba."
>
> "Las horas corrían veloces, la muerte se acercaba a pasos acelerados, su respiración era ya corta y apagada, y poco después de las cinco empezó a entrecortarse; tenía (yo) sus manos entre las mías y escrutaba con avidez las mutaciones de su semblante. Las cinco y media serían cuando un último prolongado suspiro vino a decirme, no tienes padre. Las lágrimas contenidas a duras penas, hasta entonces, desbordaron sin poderlo evitar... Era ya cadáver, verdadera pero desesperante realidad."

De los mismos días es la única carta de amor dirigida por Prat a su novia y que nos haya llegado:



Arturo Prat en la época de su matrimonio.

> "Mi Carmela, mi vida, mi tesoro... tengo mucho que decirte, incluso el que te adoro cada día con más vehemencia, no lo hago ahora porque temo empeorarme. Recibe el corazón apasionado de tu Arturo."[55]

El 5 de mayo de 1873, desde una casa vecina a la iglesia del Espíritu Santo, o de San Agustín, en Valparaíso -casa donde vivía Carmela Carvajal-, tendieron una alfombra roja hasta la puerta del templo. Por ella pasó la novia, hacia un futuro tan imprevisible, tan lleno de serenas alegrías, atroces dolores e inimaginables grandezas, que afortunadamente no podía entonces sospecharlo.

Tenía 22 años. Huérfana de padre y madre desde niña, había crecido bajo el amparo de sus hermanos, especialmente de José Jesús, su tutor, cuya mujer, Conchita, la relacionó con los Chacón: la afectuosa familia acogió a Carmela como una más de la tribu. Era alta, esbelta, de hermosas facciones y suave pero enérgico carácter. Silenciosa y reconcentrada antes que expansiva, sabía ser alegre y de trato encantador en la familia y la amistad. Sus cartas muestran una persona culta y observadora; amaba la música y los libros; leía en francés.

A las 10:30 horas de aquel día de mayo, Arturo Prat y Carmela Carvajal fueron marido y mujer.

Bendijo el matrimonio y ofició la "misa de velación" el presbítero José Francisco Salas... "el Clérigo" para los novios, de allí hacia adelante, uno de los más entrañables amigos de la nueva familia. Testigos: doña Rosario, José Jesús Carvajal, Bernabé Chacón (otro tío de Arturo Prat) y Jorge Montt.

La relación de los flamantes cónyuges fue extraordinaria, presidida por un amor

que no vaciló en seis años y que alumbra las cartas de Prat:

1873, desde Mejillones:

> "A veces me parece mentira que voy a llegar a Valparaíso... a arrojarme en tus brazos... estrecharte contra mi pecho... oprimir tus labios y... beber y aspirar tu alma en tus ojos. ¿No me engaño, bien mío? ¿No sueño? No, eres ya mía, mía eternamente, y el uno para el otro siempre viviremos."

1873, desde Mejillones:

> "Sí, mi adorado bien, eres el sol de mi vida, la luna que dulce y plácida alumbra el horizonte de mi dicha."

1874, desde Mejillones:

> "Cada día, bien mío, me siento más feliz, más orgulloso de mi esposa, y si mi vida merece algún premio, Dios al deparárteme me lo dio sin cuenta, pues me dio en ti la virtud y el cariño, la humildad y la inteligencia, sin que escaseasen las dotes del cuerpo que hacen de mi Carmela la más simpática de las mujeres, al menos para mí."

1874, desde Mejillones:

> "Muchas cosas quisiera decirte... pero... (las) que más preciadas son... más escondidas se hallan, y punto final..."

1878, desde Montevideo:

> "(Viajar solo a Europa hubiese sido posible, pero un) verdadero castigo, y mucho menos en circunstancias en que todo mi anhelo sería estar a tu lado..."

1878, desde Montevideo:

> "Son aquí las señoras amables y espirituales; las niñas, sin saber que soy casado, me dan miradas... ¡No te pongas celosa, porque tú, tú sola, compañera de mi vida, serás mi único amor!..."[56]

Las despedidas son igualmente expresivas:

> "Recibe el más estrecho y cariñoso abrazo que pueda darse a la esposa y madre de mi hija..." "Recibe, mi vida, el más dulce, armonioso y ardiente beso que pueda enviarte tu esposo que tanto te ama..."
>
> "...Un estrecho abrazo para mi amante y amada Carmela..."[57]

Este sentimiento fue en Arturo Prat motivo de continua maravilla y reflexión, llevándolo a escribir así:

> "El amor de amante, de esposa, de madre, tienen como los colores diversos matices, unos más fijos que otros; el primero destiñe fácilmente, el segundo, con dificultad, y el tercero nunca, corazón mío. No te afanes mucho en buscar fuera de

ti atractivos para mí, tú los encierras, suficientes y sobrados, y nunca la desconfianza, el desengaño, resfriarán nuestros corazones."[58]

No se trataba, sin embargo, de un mero sentir romántico, idealizador de su mujer: Prat admiraba en ella las aptitudes y cualidades humanas; de esto, las cartas dan innumerables ejemplos:

"La palmatorita revela tu buen gusto, me bastó verla para saber que era elegida por ti..."

"Me preguntas qué podemos obsequiarle a Conchita para el día de su santo... juzgo innecesario decirte algo (al respecto), atendido tu buen gusto...[59]

Tenía el marido, además, completa confianza en las virtudes prácticas de su mujer. Es el hecho, por ejemplo, que durante las largas ausencias marinas de Prat, era Carmela quien administraba la exigua renta familiar. Lo mismo sucedería en los períodos cúlmines de la sacrificada progresión de Arturo hacia la abogacía, cuando el estudio llenaba todo el tiempo diurno y nocturno que le sobrara de sus deberes como oficial. "Mi bien -le escribía Carmela, para una de tales ocasiones-, si necesitas dinero, pídelo allá (Santiago), que yo lo puedo entregar aquí (Valparaíso) inmediatamente, porque ahora tengo."[60]

Muy distinto de lo que se suele suponer respecto de los matrimonios decimonónicos, Arturo Prat consideraba a su mujer como una igual, sintiéndose no sólo obligado sino gustosamente inclinado a ayudarla en todo lo doméstico. Esto tenía para él especial fuerza tratándose de los deberes y padecimientos maternos durante el embarazo y la primera edad de los niños. Le desesperaba hallarse, entonces, lejos de la casa -según sucedió los años 1873, 1874, 1878 y 1879- y sus cartas lo expresan frecuentemente:

"A cada momento me parece que te veo rendida de mecer a nuestra hija, sin que a tu lado esté yo para ayudarte y compartir, aunque sea en pequeño, tus trabajos... (1874).

"Me entristece la idea de que soportes sin mí todos esos trabajos que, como es natural, anhelo compartir y atenuártelos en lo posible..." (1874)

"El miércoles en la noche recibí las (cartas tuyas)... La primera me revela el mal estado de tu ánimo y de la salud de nuestra hijita, circunstancias que me contrarían sobremanera, tanto por no poder ponerles remedio como por no hallarme con Uds. para mitigar tus sinsabores..." (1874)

"Nunca más dura una separación que hoy, que al natural sentimiento que ella ocasiona, se agrega la necesidad que de mí... había en casa..." (l879).[61]

Cerrando el examen de este aspecto, advirtamos que Arturo Prat, en su correspondencia con Carmela, no trata sólo ni principalmente temas domésticos o personales, sino también los de su trabajo... las "estaciones" bolivianas; la misión en el

Plata; la guerra. Aquí también se comprueba el respeto mutuo y el clima igualitario que reinaban entre los cónyuges.

La primera tragedia

La luna de miel de Arturo y Carmela duró aproximadamente un mes. La tarde misma del matrimonio partieron a Quillota, donde alojaron, y luego por cuatro días -con doña Rosario y Esilda Prat como acompañantes- estuvieron en las celebradas termas de Cauquenes. A continuación, los recién casados pasaron unas semanas en Quillota, donde, recordaremos, los Chacón y los Carvajal poseían sendas propiedades. Después el novio volvió a Valparaíso, para abordar -el 9 de julio- el "vapor de la carrera" con destino Mejillones, donde se hallaba "estacionada" la *Esmeralda.* Retomó allí Prat sus deberes navales. Pocos días corridos, una carta lo enteraba del embarazo de su mujer. Sólo mediando octubre se reuniría con ella.

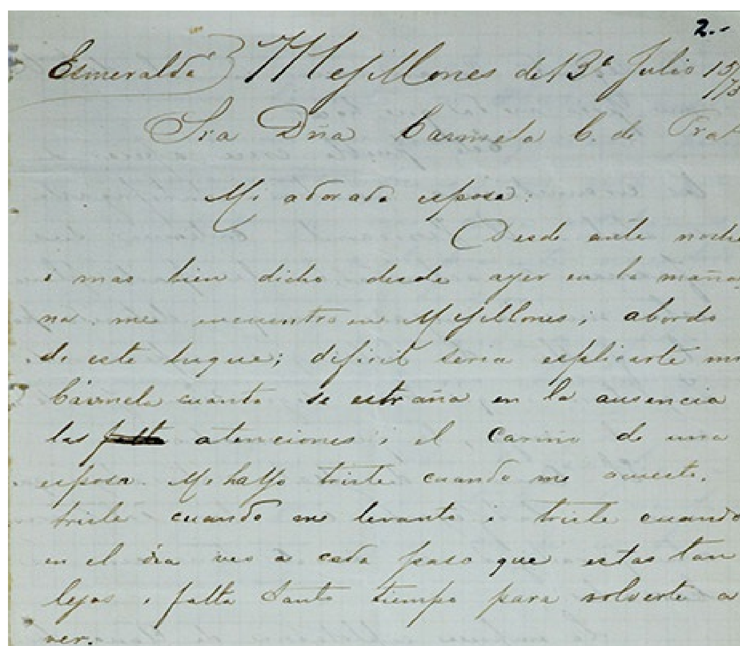
Al año siguiente, nuevo viaje a Mejillones, nueva separación, durante casi toda la segunda mitad de ese 1874.

Entre noviembre de 1878 y febrero de 1879, la misión de Arturo Prat en el Plata -de la cual hablaremos llegado el momento- volvió a distanciarlo de Carmela. Así, el tercer hijo de la pareja, segundo que sobrevivió, y único varón -Arturo Prat Carvajal-, nacería ausente el padre.

Y la última separación -la que ocasionó el conflicto del Pacífico- sería por supuesto definitiva. Interrumpiéndola sólo unos cortos pero misericordiosos días -postrero adiós de los cónyuges-, cuando Prat volviese desde Iquique a Valparaíso para hacerse cargo de la *Covadonga.*

Estos períodos de soledad, que en la vida del marino resultan inevitables, pesaron duramente, sin embargo, sobre el ánimo de Arturo y Carmela.

Sufría ella, y era natural, afrontando sola su primer embarazo, o su último parto, o las enfermedades de los niños. Sufría él por su propia impotencia para ayudarla (como veíamos), e imaginándola en situaciones peligrosas... Quizás la unión espiritual tan profunda del matrimonio agudizara estos sentimientos hasta el límite de lo tolerable.


2.-

"Esmeralda" Mejillones Julio 13/73

Sra Dña Carmela C. de Prat

Mi adorada esposa:

Desde ante noche i mas bien dicho desde ayer en la mañana me encuentro en Mejillones, abordo de este buque; difícil sería esplicarte mi Carmela cuanto se estraña en la ausencia las atenciones i el cariño de una esposa. Me hallo triste cuando me acuesto, triste cuando me levanto i triste cuando en el día veo a cada paso que estas tan lejos i falta tanto tiempo para volverte a ver.

Facsímil de carta de Arturo Prat a Carmela de Prat

La correspondencia -de la cual conocemos, generalmente hablando, sólo las cartas de Prat- llegó a ser para ellos una necesidad absoluta, incluso cuando la separación era breve y circunstancial.

En 1874, hallándose Prat en Mejillones, escribe a su mujer que ha recibido todas juntas sus cuatro últimas cartas; no se lo explica... "he pasado ratos muy violentos y desagradables por la falta de noticias."

El año 76, hallándose él en Santiago para los últimos exámenes de sus estudios jurídicos, Carmela le reprocha desde Quillota:

> "¿Por qué no me ha escrito, bien mío? ¿O deberé culpar al cartero? Le suplico me escriba, aunque sean dos líneas para saber de su salud..."

Y Prat (Montevideo, 1878):

> "No resolviéndome a dejarte sin carta, tomé un vaporcito; me fui al vapor que se encontraba como a cuatro millas del puerto, pasando un rato bastante incómodo, pero logrando mi objeto, que era evitarte el sentimiento de no recibir mi comunicación…"[62]

Las "estaciones" en el litoral boliviano, los años 73 y 74, terminarían con un episodio desgarrador, que afectaría profundamente al joven matrimonio.

Durante ellas, las cartas de Arturo Prat trasuntan la monotonía de la existencia en Mejillones. El año 1873, la crisis económica -que ya se perfila- tiene postrados tanto a este puerto como al de Antofagasta. El camino en construcción que los debe unir ha detenido su avance por la decadencia de Caracoles, el legendario mineral argentífero

de la década. También se halla detenido el ferrocarril Mejillones-Caracoles. Si bien bastante adelantado, espera hace tiempo unos rieles ingleses que no llegan nunca... Paralizados de tal modo los trabajos públicos, y asimismo las minas y guaneras en razón de la escasa o nula demanda, hay más de cuatrocientos cesantes. El vecindario, inquieto, se reúne y acuerda enviar parte considerable de ellos con destino Chañaral. Toca este "viajecito" (palabras de Prat) a la *Esmeralda.* Pasando por Antofagasta, recoge otros desocupados. Deja en Chañaral -"con no mucho gusto de sus habitantes"- doscientos noventa trabajadores, y expide a Caldera por vapor el saldo. De regreso, los marinos encuentran que han llegado los famosos rieles... pero demasiado tarde.

Antofagasta -afirma Prat luego de visitarla en la *Esmeralda-* está más decaída aún que Mejillones, y terminará de morir, a beneficio de este último, si alguna vez se completa el ferrocarril citado. Pero de cualquier modo se impresiona el oficial por el rápido desarrollo que ha tenido la población, sus calles numerosas, y el aseo y ornato públicos. Es el empuje chileno, todos son allí de esa nacionalidad, "sacando los tres o cuatro empleados que componen las autoridades bolivianas." "Lástima... de fondeadero, que no me atrevo a llamar puerto... extensión de costa sin abrigo."

De regreso a Mejillones, aquel 73, Arturo Prat, enfermo de nostalgia, se aburre soberanamente durante sus horas libres... Los oficiales, dice, apenas bajan de la *Esmeralda,* porque los vecinos son "insulsos", gente "algo pesada." "Indudablemente pasamos (a bordo) más entretenidos que en tierra." Anocheciendo, cada jornada, el médico de la nave da un concierto de piano -el instrumento es suyo y lo ha embarcado en la corbeta- hasta las 21 horas; luego se toma té, se lee o escribe, se juega ajedrez o rocambor... En Antofagasta los dejaron muy convidados al baile chileno del 18 de septiembre; los antofagastinos han juntado, para celebrarlo, 3.000 ó 4.000 pesos. Pero "...ayer llegaron las invitaciones...; no vamos, y aunque fuéramos (yo) no iría."

Pocos días después, se ameniza el panorama con la presencia de un pianista muy dotado -"ejecución admirable"-, de apellido Insunza. Toca en la *Esmeralda...* sin sentirse da la medianoche. Lo mejor, cuando el médico pulsa la guitarra e Insunza lo acompaña improvisando al piano. Ofrecerá un concierto en tierra para las festividades patrias. "De manera que pasaré ese día un rato agradable, que sería delicioso si no me faltara... mi alegría, mi vida, mi Carmela..."

El 18 de septiembre, efectivamente, luego de unas "onces improvisadas" que ofrece la corbeta para la "afluencia" de nostálgicos compatriotas, Insunza toca en el pueblo el piano del doctor. Repite el concierto el 19. El 20, la colonia inglesa y algunos colombianos brindan un *lunch* a la oficialidad de la *Esmeralda.* Terminado éste, concurrentes optimistas buscan "damas para armar una tertulia (¡qué damas y qué tertulia!)." Pero Prat se escabulle... "a las ocho me vine a bordo."[63]

Las cartas a Carmela reflejan el progreso del embarazo y la inquietud del futuro

padre. ¿Por qué presenció ella -arriesgando una emoción posiblemente perjudicial en su estado- el "ataque que sufrió esa pobre niña Enriqueta"? ¿Por qué ha salido hacia la medianoche, "exponiéndote (le dice) ... a cualquier impresión fuerte que pudiese sobrevenirte, ocasionándote daños que no quiero pensar"? Pero simultáneamente la consuela y alienta. "No te detenga, bien mío, el temor de afligirme para revelarme el estado de tu corazón o de tu cuerpo." Si Carmela se perturba por la palpación física que le hace la matrona: "El objeto... es examinar la posición del niño." Y si la alarma el próximo y desconocido sufrimiento del parto: "No es tanto como te imaginas, un día agitado y un rato de dolores."[64]

Dijimos que Prat regresó en octubre de ese 1873.

Contados meses después, una nota de su puño y letra recuerda el nacimiento de la primogénita:

> "El 5 de marzo (de 1874) nació Carmela de la Concepción a las 9.35 A.M., en circunstancias que el día anterior me había ido yo a Santiago... El 8 de abril fue bautizada por el presbítero José Francisco Salas en la parroquia del Espíritu Santo, siendo sus padrinos la Conchita con José Jesús..."[65]

A poco, el oficial debía volver a Mejillones, cumpliendo la "estación" de 1874. La correspondencia está llena de evocaciones de la hija y de la madre:

> "Mañana cumple seis meses nuestra hijita, debe estar muy grande, risueña y graciosa, pero cuando vuelva ya no me va a conocer..."

(Septiembre)

> "...Creo verla con sus grandes ojitos dirigidos a la llave de la pila, su carita maliciosa y con sus manitas y cuerpo inclinándose hacia ella; la veo sorprendida por el ruido del agua que ha saltado, volver su vista hacia la pila y sonreír con la caprichosa caída de sus juegos de agua, y en tu rostro reflejarse el placer que su carita manifiesta, y latir tu corazón... animado por el goce más puro."

(Septiembre)

> "Se me figura que ha de estar muy viva, risueña, juguetona... el placer y el cuidado de todas en la casa; anoche soñé con ella y parecía que me conocía y aunque con la carita un poco afligida, me echaba los bracitos al cuello..."

(Octubre)[66]

> Mejillones, mientras tanto, no ha mejorado nada desde el año anterior... "está casi muerto." Prat describe su jornada:
>
> "Llevo una vida muy pasiva, me levanto minutos antes, minutos después de las 8 A.M., me baño, paseo hasta las 9 A.M. en la cubierta, doy una vuelta por arriba, y en seguida leo o escribo, y a veces ambas cosas hasta las 4 (P.M.), menos

el intervalo de las onces."

"...Después de comer, aunque había pensado irme a dar una vuelta a tierra, no lo he hecho más que dos veces, en cambio me paseo en cubierta cerca de una hora, después vuelvo a la lectura o escritura, que a veces se suspende para jugar una partida de rocambor, que ya habrán Uds. olvidado, pero que es preciso recordar y hacer que mi abuelita (Concepción Barrios) entre por él…[67]

Sin embargo, esta monotonía no era aburrida, sino angustiosa... planeaba sobre ella la inquietud por la frágil salud de la hija distante. Carmelita, "la chica", fue débil desde un comienzo, sufriendo una serie de males distintos -una especie de hernia umbilical, diarreas, fiebres- que la desgastaron lenta pero inexorablemente, con sucesivas recuperaciones y recaídas, mas siempre cuesta abajo. Cada uno de los padres disimulaba ante el otro, para no afligirlo y asustarlo, pero el disimulo no podía ser absoluto en ninguno de ellos. Y así las respectivas cartas dejaban aflorar, periódicamente, indicios del calvario que ambos vivían: él, enloquecido por la distancia, las aprensiones, la carencia de noticias; ella, enfrentando sola el paulatino e implacable declinar de la niña.

Eran -fines del XIX- tiempos terribles para los pequeños: la muerte, por mil causas, los diezmaba; los próximos temían encariñarse con ellos (de allí, se ha afirmado, la aparente sequedad y tiesura en el trato paterno); y llegó esta muerte infantil a ser un accidente tan común que -no tratándose, naturalmente, de hijos propios- se embotaban respecto de ella los sentimientos... Años corridos, escribiría Carmela a su marido:

"El niñito de Viterbo (un empleado de confianza) murió ayer, los otros están ya buenos de la tos, sólo le queda a la chiquitita que poco sale de la pieza, y es probable también que se muden de aquí por un tiempo, así dígale a la abuelita que no pase cuidado por la María E.[68] y se venga pronto."

Y, concluyendo la carta:

"Acabo de saber que el lunes lleva Viterbo a los niños al molino de Ovalle a cambiar temperamento."[69]

La muerte del "niñito de Viterbo" palidecía ante el peligro de contagio.

Y ciertamente extraña que algún niño sobreviviese, repasando los tratamientos que les infligían los facultativos de la época. Carmela, por supuesto, no los detallaba para el lejano y atribulado padre. Pero podemos suponerlos por las "recetas que parecen exitosas" -afirmaba la madre- que sufriría después, en circunstancias parecidas, la segunda hija del matrimonio, Blanca Estela, de edad tres años: "lavativas de ajos con leche; otra de caldo con aceite; biftecs al estómago; vino añejo calentado al fuego..."[70]

Las cartas de 1874 permiten seguir los altibajos de la salud de Carmelita, cuyos primeros indicios aparecen en septiembre: "Continúa usando la homeopatía para mi

hijita, y avísame luego que esté sana...", escribe el padre. La inquietud se posesiona de Prat:

> "El domingo pasé un día malo, con el ánimo muy desmayado, ignoro por qué me hallaba tan triste y naturalmente el corazón me llevaba a tu lado temiendo que fuera aviso de enfermedad u otra desgracia en la casa... espero que no sea así[71]".

Al concluir el mes, persisten la ronquera, los vómitos de la niña. El padre autoriza que se le dé "un poquito de ese jarabe," no obstante el temor de que "seres tan frágiles" tomen remedio.

> "¡Pobre angelito! Ya que no puedo verla, al menos quiero que esté sana."[72]

Juntamente, se le presenta una especie de hernia umbilical, o quizás persistencia -sin cicatrizar- de la herida dejada por el corte del cordón.

Entre fines de septiembre y comienzos de octubre, como ya hemos dicho, el ansioso padre no recibe correspondencia durante varios días, pasando aquellos ratos "violentos y desagradables" que citábamos. Al final llegan inexplicablemente, cuatro cartas juntas; su lectura "justifica demasiado mi ansiedad... no sé si felicitarme por no haber sabido la enfermedad de nuestra hijita antes de su mejoría."[73] ¿Habrá retenido la propia Carmela las cartas, hasta poder escribir una noticia alentadora?

Ambos padres confían en que la dentición de la niña estabilizará su salud. Carmela no debe vacilar, si lo cree necesario, y picarle las encías -dice Arturo Prat-; es beneficioso, no ofrece peligro y casi no causa dolor.

Prat hace esfuerzos sobrehumanos por, desde tan lejos, aparentar serenidad y optimismo e infundir confianza: lo del ombligo (escribe) es una "ruptura superficial" de la piel, no una hernia auténtica. "Entre los intestinos y la piel hay dos telas, el peritoneo que es la fuerte, y otra que es la que nuestra hijita tiene un poquito abierta... Con los apretadorcitos que le has puesto espero que bastará." Alguien de Mejillones (continúa) le dice que cuando niño sufrió una verdadera hernia inguinal, mucho más difícil de comprimir: "los intestinos salían fuera, embolsándose en la piel." No obstante, "sanó completamente."[74]

Pero los males siguen, la esperada y milagrosa dentición no se completa y -en las cartas- el tono de alarma sube... Arturo las aguarda con "febril impaciencia", asediado por "temores" y "malos sueños." Quién sabe con qué presagio funesto, insiste se le mande un retrato de la niña. Pero simultáneamente continúa empeñándose en alentar a su mujer -que el parche del ombligo lleve un mes pegado, es un "muy buen agüero"; las fiebres y diarreas son "una transición por la que todos los niños pasan por la salida de los dientes"-, y urgiéndola para que cuide su propia salud: "No vuelvas a estar largo tiempo en camisa fuera de la cama." Disipa, igualmente, la angustiosa obsesión de Carmela... que él pudiera culparla por la enfermedad de su hija:

"Nunca podrá suceder ni por un momento que yo crea has desatendido un ser que es nuestra propia vida, nuestro amor encarnado, creo que dudaría de mí cien veces antes que de ti una."[75]

Avanzando noviembre, dos elementos llevan a su clímax: el sufrimiento del padre: por un lado, empeoran las noticias sobre Carmelita; por el otro, la "estación" anual ha concluido para Arturo Prat, le corresponde regresar... pero el *Abtao* que trae su relevo y debe conducirlo de vuelta a Valparaíso, no llega. El terror de la madre transparenta; ha muerto "Cuchito" -dice cuando termina noviembre-, un niño pequeño como Carmelita, muy conocido de los Prat...

Arturo recibe y responde esta carta el 4 de diciembre, fingiendo (seguramente) optimismo y valor. Los días se le hacen "largos y fastidiosos", ansía ver "las gracias de mi hijita", ahora de pelo largo y algunos dientes. Es preciso conservarle y cuidarle éstos, pues si les entran caries pueden trasmitirse a los nuevos que sigan. Lo ha sorprendido la muerte de Cuchito, "pero no debes inquietarte por nuestra hijita, pues es muy distinta su constitución y sistema que con ella seguimos."

Mas el remate de esta misiva indica la angustia de Prat: ''Ya van a dar las cinco de la tarde y el *Abtao* no aparece, veremos mañana."[76]

Inmediatamente tras su carta de fines de noviembre, el 2 de diciembre Carmela escribe una segunda misiva desde Valparaíso. Se han visto "en extremo apuradas con mi hijita." Había mejorado de la diarrea, pero luego la fiebre volvió, y la tos, "igual que la vez pasada en Quillota." Se halla "tan acabadita... (en un) estado de flacura (tal)... que... nunca habrás llegado a imaginarlo." Pero después -apresura el consuelo- ha remontado. Lo bueno es que "no deja de tomar leche", ahora de cabra y no de vaca porque "le es mucho más agradable... tiene un paladar tan delicado." Piensa llevarla a Quillota por unos días, "si sigue bien", para acelerar la convalecencia. "En cuanto a los dientes, estoy resuelta a hacerle sajar los que le vengan."

"No hallo qué hacer, ni tengo voluntad para leer, ni escribir, ni para nada -clama el atribulado padre, respondiendo el día 6-. No puedo desechar la idea de que la vida de mi hijita está en peligro."

Pero luego se rehace, galantemente:

"...ten paciencia, mi Carmela, que no hay mal que por bien no venga, y pronto nos hallaremos sanos, reunidos y contentos, viendo las gracias de nuestra hijita y gozando en tus ojos la incomparable dulzura de tu alma."[77]

La niña había muerto en la madrugada del día anterior, el cinco.

El 13, domingo, Prat -ignorando aún el desenlace- anunciaba a Carmela la llegada del *Abtao* y su zarpe, la mañana siguiente.

"Luego, pues, te voy a ver, como también a mi hijita que espero esté ya

completamente sana...”

Pero anocheciendo ese mismo 13 le llegaba esta nota desoladora:

> “Arturo de mi corazón: nuestro querido angelito sigue mal, muy mal; siento que mi corazón desfallece de dolor y tú no estás para sostenerle... Si te fuera posible venirte... sería mi único consuelo. No desesperes mí bien, piensa en tu infeliz Carmela.”

Respondió inmediatamente, aunque la contestación sólo podría salir por el vapor del 18:

> “...Acabo de recibir tu carta, que me ha partido el corazón... No desespero, Dios salvará nuestro primer hijo, el fruto de nuestro amor, nuestra adorada hijita... No tengo calma, bien mío, para escribirte más. Dios nos tenga en su mano.”

Tiempo después, apuntaría al pie de la nota de Carmela:

> “El 5 de diciembre, a la 1 hora 3 minutos de la noche, murió mi hija Carmela de la Concepción. Esta carta es la destinada a anunciármelo, la amargura que revela debiera habérmelo hecho comprender, pero es tan dulce la esperanza.”

La dulce esperanza murió también, durante el regreso, con una enlutada esquela de pésame recibida en algún puerto intermedio. La firmaba Juan José Latorre.

El terrible e inextinguible padecimiento quedó sepultado en el fondo de aquellos corazones de acero. Pero a veces afloraba. Cuando supo en Montevideo el nacimiento de Arturo, el orgulloso padre preguntaba:

> “...Se me figura que ha de parecerse a nuestra malograda Carmelita, ¿es así?”[78]

***

CAPÍTULO SEXTO

El abogado

El 31 de julio de 1876, a las 11 horas, la Corte Suprema presenció un espectáculo inusual. Un capitán de corbeta cruzaba sus solemnes puertas, luciendo uniforme de gala y espada al cinto. Venía a rendir, ante los máximos jueces de la República, el examen final exigido por la ley para ejercer la abogacía. Era Arturo Prat.

Había querido que este acto -con el cual culminaba, veremos, un largo y arduo esfuerzo personal- se viese rodeado por la mayor solemnidad, incluso en sus aspectos externos y hasta el más mínimo detalle. Así, se preocupó de las colleras que llevaría esa mañana (y que casi seguramente sus austeros examinadores no advirtieron); eran de marfil, con sendas anclas de oro grabadas por el mejor orfebre de Santiago, Mario Ross.

Peor que balde de agua fría debió ser para el marino, oír del portero de la Corte que ésta había resuelto no escuchar exámenes aquella mañana.

Prat insistió en que lo recibiese el presidente del tribunal, Manuel Montt. Accedió el magistrado. Apenas es imaginable la reunión entre estos dos colosos de nuestra Historia... uno, ya célebre y en el ocaso de la vida y del servicio público; el otro, joven y todavía desconocido. Prat haría ver a Montt, de seguro, que estaba citado para ese día y hora; que no era de Santiago y que, como oficial de la Marina, su disposición del tiempo se hallaba severamente limitada. Quizás le recordaría que ambos se habían encontrado antes, el año 1864, navegando juntos hacia el Perú. Arturo Prat como guardiamarina y don Manuel como jefe de la delegación chilena al Congreso de Lima.

Convencido, Montt dispuso se recibiera el examen del tenaz oficial.

Fue éste a ingresar a la sala de la Corte... y el portero lo detuvo: no podía hacerlo llevando espada. Y el arma después famosa, que no se rendiría ante nadie, debió quedar transitoriamente en la portería de la Suprema.

Prat tomó asiento ante la solemne hilera de cinco magistrados, y dos de ellos, Alejandro Reyes y Álvaro Covarrubias, lo examinaron sobre los temas que se le habían asignado con menos de una semana de anterioridad: Derecho Marítimo y Derecho de Gentes (Internacional). Los aprobaría ambos, recibiendo las felicitaciones de la sala, seguramente sorprendida e impresionada por este sabio y serio marino-letrado. Juró luego "desempeñar lealmente" la profesión, y se le extendió el documento que lo habilitaba para ello, y que firmaron los cinco ministros.

Era ya abogado, a los 28 años.

Terminaba así una larga odisea, iniciada en 1870, que le había representado cursar

como alumno libre las humanidades, el bachillerato y los estudios de derecho, dando con éxito los exámenes respectivos: escribir y defender su memoria de abogado; hacer la práctica profesional y rendir, finalmente, el examen ante la Corte Suprema que venimos de relatar.

Fue el año 1870 que resolvió emprender este camino.

Entre 1870 y 1871, en el Liceo de Valparaíso y el Instituto Nacional, aprobó discretamente -por unanimidad- los ramos de humanidades (nuestra enseñanza media de hoy); sólo tuvo un voto de reprobación en Historia de la Edad Media, y Física, y uno de distinción, dos años seguidos, en Filosofía.

También el año 1871, sorteó la cédula del Bachillerato en Filosofía y Humanidades -indispensable para cursar derecho-, tocándole "Historia Antigua, desde los tiempos primitivos hasta la caída del Imperio Romano." Lo examinaron y le dieron el pase Diego Barros Arana, Ramón Briceño y Baldomero Pizarro... respectivamente un historiador, un bibliógrafo y un filósofo, todos de alta reputación.

En 1872 iniciaba los estudios propiamente jurídicos. Mediando marzo dejaba atrás Derecho Romano, de Gentes, y Natural. "Estacionado" ese año en Mejillones, según dijimos, aprovechó para estudiar Civil, Constitucional (Administrativo) y Penal; este último por un "cuadernito de cincuenta fojas", extracto de Bentham. Escribía a David Carvajal que le averiguase cuándo comenzaban los exámenes; qué ramos componían cada año de la carrera; si podían seguirse y aprobarse sin respetar el orden de los años; los libros de estudio utilizados, y sus autores; si el extracto de Bentham era bien visto como texto, etc. Corría diciembre de 1872 y Prat -habiendo regresado desde Mejillones- solicitaba al Consejo Universitario permiso para examinarse en Valparaíso y ante una comisión porteña. Le fue otorgado, y -no sin algunas peripecias burocráticas- aprobó el año 1873 los ramos referidos.[79]

1874, entre marzo y agosto; rinde algunos de los pocos cursos regulares que le quedan: Derecho Canónico, Economía Política y Derecho Comercial; en éste, sortea el Libro Primero del código del ramo. "Me demandará muy poco trabajo", escribe a Carmela.[80] Y efectivamente, lo pasa sin problema, al igual que los demás. Ya es bachiller en leyes.

El año 1875, según parece, hace el oficial-bachiller la práctica de la abogacía que era entonces (como es hoy) requisito del título. Debió cumplirla en un "bufete" (estudio jurídico) o juzgado porteño, pero ignoramos mayores detalles al respecto.

1876, julio: Prat aprueba sus últimos cursos: Derecho de Minas y Práctica Forense y se halla listo para "licenciarse"; esto exige sortear una "cédula" -tema- de entre diversos ramos, y dar examen sobre ella. Además, presentar y defender la memoria de prueba. Todo, en un cortísimo plazo. Y así los días 24, 25 y 26 de julio, Arturo Prat sortea y se

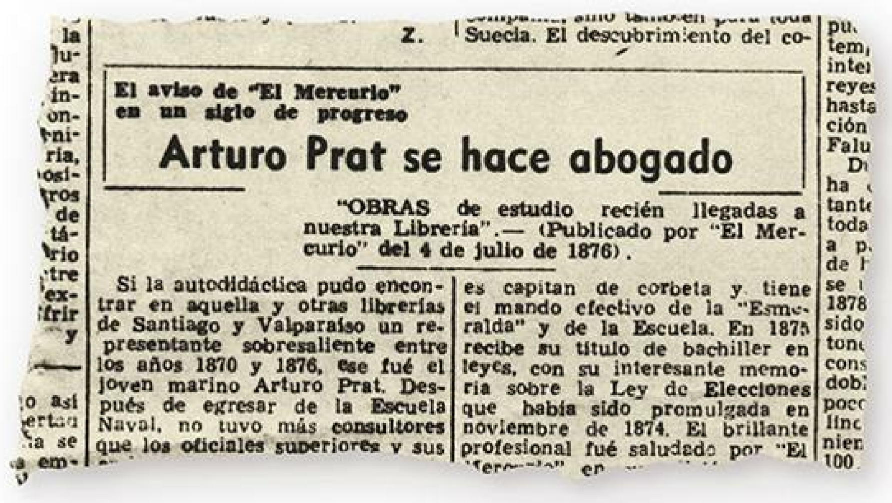
examina con éxito en Derecho Romano (Libro Tercero de las Institutas justinianeas, es su "cédula"), y a la par logra le sea aprobada la memoria. Título: "Observaciones a la ley electoral vigente"; algo hablaremos de ella cuando veamos las ideas políticas del héroe.

El 26, puede confirmar a Carmela -que se encuentra en Quillota- la obtención de la licenciatura... tiene la abogacía al alcance de la mano. Ella responde inmediata y arrebatadamente:

> "Mi Arturo adorado... (fueron) tan buenas nuevas, que me hicieron derramar lágrimas de felicidad... Tu Carmela... no se cansa de dar gracias al Todopoderoso, que ha premiado tus nobles esfuerzos... Lo único que siento es que me voy poniendo orgullosa, pero esto no te dé cuidado, porque yo sé serlo a mi modo, tal vez el solo que lo sufrirás serás tú, porque te tendré más regalón... Pocos días más y ya te estrecharemos en nuestros brazos y te veremos, al fin, descansar de la penosa tarea que sólo tú has podido llevar a cabo."[81]

Cinco días después, vimos, Prat efectivamente se titulaba. Su odisea jurídica había concluido.

Escribió *El Mercurio,* el 2 de agosto: "Nuestra Armada cuenta desde hoy con un abogado... el primero salido de su seno."



Suecia. El descubrimiento del co-

El aviso de "El Mercurio" en un siglo de progreso

Arturo Prat se hace abogado

"OBRAS de estudio recién llegadas a nuestra Librería".— (Publicado por "El Mercurio" del 4 de julio de 1876).

Si la autodidáctica pudo encontrar en aquella y otras librerías de Santiago y Valparaíso un representante sobresaliente entre los años 1870 y 1876, ese fué el joven marino Arturo Prat. Después de egresar de la Escuela Naval, no tuvo más consultores que los oficiales superiores y sus

es capitan de corbeta y tiene el mando efectivo de la "Esmeralda" y de la Escuela. En 1875 recibe su título de bachiller en leyes, con su interesante memoria sobre la Ley de Elecciones que había sido promulgada en noviembre de 1874. El brillante profesional fué saludado por "El

Este escueto itinerario de exámenes, grados, títulos, etc. sugiere, pero sin hacerle debida justicia, el inmenso esfuerzo desplegado por Arturo Prat y que su mujer consigna. Debió estudiar aprovechando los ratos libres que le dejaban las obligaciones de marino (declinó el permiso que la superioridad le ofrecía)... estudiar en bibliotecas públicas, camarotes de naves, carros de ferrocarril, transitorias habitaciones santiaguinas... Otro, quizás, hubiera cumplido los deberes del uniforme -al menos mientras no completara su carrera legal- sólo en lo estrictamente indispensable para no crearse problemas. Pero no cabía imaginar cosa semejante de Prat, y no la hizo.

Adicionalmente, dificultaron su progreso los viajes, las "estaciones" bolivianas y todo lo relativo a la enfermedad y muerte de Carmelita (se habrá notado el hiato de exámenes entre 1874 y 1876). En Mejillones, por fin, el acceso a textos de derecho era, obviamente, muy, limitado. La correspondencia con Carmela, el 74 -no obstante las angustias y aprensiones alrededor de la hija enferma- contenía numerosos pedidos de literatura jurídica. Que lo suscribiera a la *Gaceta de los Tribunales,* que le enviara el *Prontuario de los Juicios,* escrito por Bernardo Lira, que le consiguiese el proyecto de código minero en trámite legislativo... Preparando los exámenes, robaba Prat horas al sueño. Durante noches enteras, desgastaba la alfombra de su habitación, recorriéndola metódica e incesantemente, libro en mano... Se resintió de la vista: "No sea que los ojitos se le hayan irritado de tanto estudiar" -le escribía Carmela.[82] Si los exámenes eran santiaguinos, tenía que separarse por varios días de la familia; entonces, de la mañana hasta el crepúsculo, la Biblioteca Nacional era su refugio y centro de lecturas jurídicas.

Arturo Prat, abogado defensor

¿Por qué fue abogado Prat? Las especulaciones en torno a esta pregunta son múltiples. Así, Bernardo Vicuña Mackenna, por ejemplo, da cuatro razones: que el oficial sentía heridos sus conceptos de orden y disciplina, por los continuos trasbordos de nave; que el mar le afectaba negativamente la salud; que lo había desencantado ver a la Armada "desatendida y pospuesta"; y, para terminar, que deseaba hallarse más tiempo con Carmela y los hijos que fueran viniendo...

Salvo el último -el cual, como apreciaremos páginas adelante, encerraba alguna verdad, pero más compleja que el dicho de Vicuña-, los motivos apuntados por este autor son sólo hipotéticos. En cambio, se omite una explicación muy sencilla de que Arturo Prat siguiese la carrera legal: a saber, que le gustaba. Su vecino de bufete profesional, Joaquín Larraín, recordaba cómo -discutiendo algún problema de derecho- Prat "inquiría..., analizaba, escrutaba, descomponía y reorganizaba sus argumentos con admirable facilidad"; la ley era un "aguijón a sus facultades y deseos de investigar"; los obstáculos, un estímulo y no un irritante. Jacinto Chacón y Eduardo de la Barra rememorarían, también, el placer de Prat cuando conversaba sobre un tema de derecho, y la penetración y profundidad de sus enfoques (Vicuña Mackenna B. , 1879).[83]

A los veinte años, cuando no partían aún sus estudios legales, le tocó por reglamento defender en juicio de guerra a Ricardo Owen, ingeniero 2º de la *Covadonga,* acusado por el fiscal de insulto a un superior -el comandante de la nave, nada menos- y de "no oír con resignación sus amonestaciones." Hechos que conformarían, respectivamente, los delitos del Título 33, artículo 31, y Título 5, artículo 16, de la ordenanza española conocida como "de Grandallana", entonces aplicable a nuestra Armada.

Las cosas sucedieron así: en Mejillones, el comandante había ordenado a Owen que confeccionase el plan general de la maquinaria del barco. El ingeniero le observó que carecía de los instrumentos indispensables para tal fin. Acordaron cumplirlo una vez estuvieran en Valparaíso, fijándose como plazo de ejecución veinte días, contados desde el momento de arribar la *Covadonga* a ese puerto (el plazo normal era el triple). Pero Owen -alegaba- halló diversas dificultades prácticas para realizar su cometido: el mal tiempo; la incómoda ubicación del tablero y papeles de dibujo; su deber de supervigilar simultáneamente cómo funcionaban las máquinas, etc. El hecho es que, corridos once días, el comandante le pidió los planos; oyendo que aún no se terminaban, comentó en voz alta con el primer ingeniero:

"¿Será necesario arrestarlo para que concluya?"

A esto Owen repuso que, si estuviera preso, más demorarían los planos. El comandante lo estimó una insolencia, e hizo arrestar al ingeniero en su camarote, con guardia a la vista, disponiendo paralelamente que se le incoara un proceso de guerra.

Este se verificaría en la *Esmeralda,* correspondiendo la defensa, ya dijimos, a Prat. Fue seria e independiente. Tachó el plazo otorgado a Owen para confeccionar los planos, de excesivamente corto, y no expirado aún cuando ocurrieran los hechos que se pretendía castigar. Agregó que la réplica del ingeniero al comandante no había sido de tono hiriente. "Creyó (el superior) oír una respuesta destemplada que, efectivamente, no lo fue." Tampoco tuvo ella propósito de insolencia, sino la única y simple intención que indicaba su tenor literal: advertir que el arresto incrementaría el retraso. El comandante, aseguró Arturo Prat, había administrado a Owen, con inmediata anterioridad, una "amarga dosis." "No es mi ánimo (añadía el defensor)... examinar (su) ... justicia ni... oportunidad, pero se comprende que quien la daba no esperaba que fuera recibida con calma." Recordó el defensor los buenos servicios de Owen a la Armada desde 1863, incluyendo el de haber impedido -con otros técnicos y bajo la dirección de Hyatt- que los españoles hundiesen la propia *Covadonga,* recién capturada tras el combate de Papudo (1865). Destacó las deficiencias reglamentarias en el tema: no se exigía que toda nave portase el plano general de su máquina y los instrumentos imprescindibles para el desempeño de los ingenieros.

El proceso contenía una declaración del teniente 1º Francisco Rondizzoni, testigo de lo sucedido, que perjudicaba a Owen. Prat la descalificó sin ambages: "es de temer que no lleve el sello de la imparcialidad que la rectitud de la justicia reclama, pues (Rondizzoni) es casi solidario de las disposiciones del primer jefe (el comandante) y encargado directamente del cumplimiento de ellas." Pensemos que el intrépido defensor, teniente 2º, era un inferior jerárquico de Rondizzoni; sin embargo, criticaba sus dichos y también -respetuosa mas inequívocamente- la conducta del comandante. Aquí vemos reflejada una característica fundamental de Prat: asumir sus

responsabilidades en plenitud, sin prepotencia, pero asimismo sin temor alguno al perjuicio personal que ello pudiese acarrearle.

Owen fue absuelto (Fuenzalida, 1974).[84]

El año anterior a ser abogado, 1875, Arturo Prat enfrentaría una situación muy similar... nuevamente se le asignaría la defensa en un juicio de guerra, que llevaba envuelta la posibilidad de indisponerse con un jefe. Mas el jefe sería ahora un contralmirante, y uno que Prat estimaba: José Anacleto Goñi. Y el defendido, su pariente político, amigo, compañero en la Escuela Naval y futuro partícipe de las glorias de Iquique, Luis Uribe, entonces teniente 1º.

Goñi había sido enviado a Europa, encabezando una misión naval que inspeccionaría la construcción, en desarrollo, de varias naves encargadas por la Marina (entre ellas, los blindados que más adelante recibirían los nombres de *Blanco Encalada* y *Cochrane,* barcos tan decisivos en la guerra con Perú y Bolivia). Ayudante de Goñi era el teniente Uribe, y su superior le manifestaba el mayor aprecio y confianza.

Correspondió a Uribe supervigilar en los astilleros de Hull la habilitación del blindado cuyo nombre tentativo era *Valparaíso* -después el *Blanco-,* por lo cual el teniente fijaría allí su residencia. Así fue como conoció a una joven viuda inglesa de aquel pueblo, de apellido Morley.

"Como era natural, esta amistad entre jóvenes que se hallan en la edad de las ilusiones dio pronto lugar a un sentimiento más íntimo, cuyo desenlace natural era el matrimonio -escribió más tarde Arturo Prat-. Muy luego se habían dado y recibido mutuamente palabra de casamiento, que debía ser cumplida tan pronto Uribe obtuviese la licencia respectiva."

Esta licencia era obligatoria para un oficial en activo, y Luis Uribe envió la solicitud del caso a su superior, el Contralmirante Goñi, pidiéndole que la remitiese a la Comandancia General de Marina. Después de demorar el despacho con diversos motivos o pretextos, Goñi respondió finalmente que no mandaría la solicitud; que Luis Uribe podía hacerlo de modo directo, pero que él, Goñi, escribiría por su parte para que le negaran el permiso.

Uribe obedeció la "recomendación" del contralmirante, y casi de inmediato -y sin aguardar la licencia oficial- celebró matrimonio con la viuda Morley conforme a la ley británica. Prat anota que ese contrato, no siendo válido para la legislación chilena, aquí sólo podía considerarse como una promesa pendiente... unos "esponsales todavía por cumplir"; luego, según nuestras leyes, un hecho privado e inexigible, entregado enteramente a la voluntad y honor de las partes. Recordemos que, esos años, no existía en Chile más matrimonio que el religioso de la Iglesia Católica, solemnizado ante el párroco. Quien, si se tratara de no bautizados, oficiaba de funcionario civil, certificando

el contrato.

Que Uribe pidiera directamente la licencia, y sin esperarla se casara por la ley británica con su prometida, rompió definitiva y enconadamente toda amistad entre él y Goñi.

Prat concedía que el contralmirante empezó oponiéndose al matrimonio por estimarlo "una locura, un golpe de cabeza" de Luis Uribe, y además perjudicial para éste, pues Goñi tenía de la viuda Morley -ahora (en Inglaterra) Mrs. Uribe- el concepto que veremos. Es decir, el alto oficial entorpecía el matrimonio chileno del teniente sólo en su supuesto beneficio .Mas -agregaba severamente Prat, capitán de corbeta... hablando de Goñi, contralmirante- éste recurrió a «medios ilegítimos... medios reprobados por la delicadeza y el honor... medios que nada justifica... El (Goñi) no debió salir del terreno privado de los consejos, pero estaba ya empeñado el amor propio, sentimiento que con tanta fuerza nos impele a hacer triunfar nuestros propósitos, por desacordados que sean. Y si se tiene la autoridad, cómo no ponerla a su servicio."

La temperatura entre superior y subordinado alcanzó el punto de ebullición, cuando el teniente supo que el rechazo de Goñi se fundaba en una supuesta inmoralidad previa al matrimonio, de quien era ahora la señora Uribe para la ley inglesa. Y lo supo el marido porque el contralmirante lo había dicho, varias veces y a distintas personas... "Se (le) insultaba enlodando a su esposa, haciendo de su alcoba... no un santuario sino una casa pública", y todo, por "satisfacer (Goñi) una pequeña herida de amor propio, a costa de la felicidad doméstica de ese matrimonio" -observó Arturo Prat.

Uribe creyó enloquecer con estos rumores, sobre todo pensando pudieran conocerlos sus compañeros de armas y, peor aún, tomarlos por ciertos. Aun el desgraciado asunto le comprometió la salud. Pero todavía procuró disipar el espeso ambiente creado alrededor de su mujer, convenciendo a Goñi de que estaba equivocado y de que, seguramente sin creer ni querer hacerlo, en el hecho la calumniaba. Pidió pues a un oficial amigo, también de la misión chilena, que se viese con el contralmirante y le pidiera, en nombre de Uribe, ratificar los cargos, precisarlos y explicar su origen. Se celebró efectivamente la entrevista, y Goñi dijo al amigo de Uribe, sobre la mujer de éste "muchas cosas que no cito por no recordarlas" (declararía ese oficial en el proceso). "Pero... para el teniente Uribe, que sí las recuerda en todo su colorido -replicaba el defensor Prat-, eran un repetido ultraje a la virtud de su esposa." Sin embargo, el contralmirante tampoco reveló entonces la fuente de lo que afirmaba; más, rehusó hacerlo.

El ofendido marino se trasladó a Londres, y con gran esfuerzo y dificultad reunió documentos y testimonios que, en su concepto, desvirtuaban integralmente las

imputaciones de Goñi. Su objetivo era entregárselos, pero en presencia de los demás oficiales chilenos.

Creyó hallar la oportunidad cuando se cerraba la última prueba de la corbeta *Magallanes*, en *Blackwall*, el 3 de febrero de 1874. Rematada aquélla felizmente, nuestra misión naval -Uribe incluido, y Goñi encabezándola- bajó del barco, y sus miembros, ya en el muelle, se dispusieron a despedirse y dispersarse. Fue entonces que el desdichado teniente desembolsó sus papeles y enfrentó al contralmirante, diciendo:

> "Caballeros, el señor almirante me ha calumniado, haciendo desgraciada a una familia antes de formarse..."

Y aquí terminó el discurso de Uribe, pues Goñi se arrojó sobre él, cogiéndolo del cuello y amenazándolo con un paraguas enrollado, a la par que lo cubría de improperios, amenazas de "sacarle los ojos", e invitaciones para "pelear a la vueltecita de la esquina." Los demás circunstantes impidieron que las cosas pasaran a mayores; Uribe, según Prat, aunque hondamente conmovido, no respondió de manera alguna, manteniendo las manos en los bolsillos.

Volvió luego a su hogar, desconsolado, cayó en cama, y presentó casi de inmediato la renuncia de su empleo. Ni el contralmirante ni el ministro chileno en Londres, Alberto Blest, aceptaron darle curso. Pretextaron que no les correspondía acogerla, pero ello (sostenía plausiblemente Prat) no debiera haber obstaculizado que la hiciesen llegar a quien tuviera tal facultad. Blest adujo asimismo la misión de Uribe en Gran Bretaña, mas esto -aseveró Prat- no constituía obstáculo para la renuncia; los diez años de servicio comprometidos por Luis Uribe con la Armada, cuando lo admitiera la Escuela Naval, se hallaban holgadamente vencidos. Y si el honor lo compelía, más allá de la ley, a cumplir aquella misión, el honor, igualmente, le vedaba continuar trabajando con Goñi. Y su ausencia del servicio desde aquel mismo, desdichado 23 de febrero, Prat la explicaba por la real enfermedad que -decía- el incidente provocó en Uribe.

De allí hacia adelante, Goñi y Blest se encargaron de hacerle imposible la vida a Luis Uribe. Rehusaron aceptar el certificado médico que el teniente acompañaba, acreditando el quiebre de su salud; se negaron -simultánea y contradictoriamente- a hacerlo examinar por el cirujano oficial de la misión; pretendieron embarcarlo de regreso en la *Magallanes*, enfermo, contra las prescripciones del facultativo inglés, que desaconsejaba el viaje; rechazaron, otra vez, que el cirujano oficial verificara esta inconveniencia, y concluyeron suspendiendo a Uribe con un cuarto de sueldo, y negándole toda facilidad para retornar a Chile y justificarse... Aquí, los informes de contralmirante y ministro hicieron que la superioridad naval diese de baja a Uribe, y dispusiera incoarle juicio de guerra tan pronto fuera habido... ¡ignorando aquella superioridad que el teniente "no era habido" porque no se le permitía regresar!

“Es de extrañar, señores, que la residencia de nuestras autoridades (Goñi y Blest) en Inglaterra... la tierra clásica de la libertad... donde se guardan religiosamente los respetos debidos al individuo y a las leyes, nociones que se respiran en la atmósfera... haya influido tan poco... (para modificar en esos personajes) los hábitos autoritarios que son nuestra herencia y que allí se ejercitaban sobre la persona de nuestro compañero” -comentó Arturo Prat.

Finalmente, se acercó el viaje inaugural del *Cochrane* a Chile. Uribe pidió se le mandara en él. Negativa de Blest. Obtuvo entonces que los armadores de la nave, señores Green, lo contratasen como piloto. Desaprobación de Blest. Por último, la generosidad de los Green se manifestó de una manera que ni el ministro chileno ni el contralmirante podían entorpecer: un pasaje gratuito para Luis Uribe en el blindado.

De tal manera volvió el teniente a su patria; una vez aquí, de inmediato se presentó ante la Armada, e incontinenti fue detenido y sometido a juicio de guerra.

Entre los jueces, figuraban marinos que el tiempo haría famosos, como Galvarino Riveros y Oscar Viel, entonces capitanes de fragata. Presidía el contralmirante Jorge Bynon.

Nombrado defensor, Arturo Prat elaboró un largo alegato escrito para el Consejo de Guerra. Su primera parte demostraba que -como se ha visto- no era Uribe quien había faltado a la ley, sino Goñi y Blest, perjudicándolo.

Luego Prat demolía, en los hechos y el derecho, la vista del Fiscal, muy contraria a su defendido. Las solicitudes de licencia matrimonial de éste -afirmaba Arturo Prat- no habían venido incompletas, como dijera el Fiscal, sino acompañadas de los antecedentes que cabía obtener en Gran Bretaña. El matrimonio inglés no era tal para la ley chilena, así que su realización sin permiso previo no quebrantaba la Ordenanza de Grandallana. Uribe nunca insultó a Goñi; no correspondía, pues, invocar ese pretexto (y así ni el contralmirante ni el ministro lo invocaron en su momento) para rechazar la renuncia del teniente. El arresto de Uribe dispuesto por Goñi tras el episodio de *Blackwall*, era imposible de cumplir: no existía lugar *ad hoc*, pues los contratistas aún no habían, entonces, entregado a la misión chilena la corbeta *Magallanes.* Y que después Luis Uribe, enfermo, hubiera rehusado embarcarse en la misma nave, sólo habría sido falta de no ser cierta la enfermedad, e inexacto (por ende) el certificado médico que Uribe adjuntaba, acreditándola. Ambas cosas resultaban facilísimas de comprobar mediante el cirujano oficial de la misión, pero -nuevamente- no se recabó que interviniese éste.

Cerraba el alegato la insinuación de incompetencia del tribunal, por haber sucedido todos los hechos fuera del país, y de irresponsabilidad penal del teniente -en cualquier caso- por haber actuado defendiendo la honra de su esposa. Pero Uribe, decía Prat, “no quiere una impunidad que no necesita: quiere que la verdad sea conocida y

vuestra justicia brille."

Benjamín Vicuña Mackenna popularizó la versión de que Uribe, luego de oído Arturo Prat, había sido absuelto por unanimidad. Sin embargo, una nota manuscrita del mismo Prat, puesta al pie del ejemplar del alegato que conservaba en su poder, corrige esa afirmación. El Consejo de Guerra se celebró el 1º de abril de 1875. El día 2 siguiente, el tribunal condenaba a Luis Uribe a seis meses de prisión, contados desde diciembre anterior. Consiguientemente, le quedaban sólo tres por cumplir. Y -rehabilitado en definitiva por el presidente Errázuriz- no perdió su carrera naval, una suerte grande para él, sin duda... pero mayor suerte todavía para Chile.

Como en el caso de Owen, observemos, Arturo Prat había cumplido su defensa desplegando severa objetividad e imperturbable rigor ético, al riesgo deliberado de indisponerse con superiores y personas de peso; aun, con quien le merecía estimación por otros conceptos, su antiguo jefe de la *Esmeralda* y la *O'Higgins,* el contralmirante Goñi. Este es el interés fundamental del caso Uribe, más que sus detalles, conocidos hoy sólo -valga la advertencia- por la versión del afectado (Cerda & Ferrada, 1980).[85]

El jurista

Lleguemos ahora, en espíritu, corriendo la segunda mitad de los años 70, al Nº 15 de la Plazuela de la Justicia, Valparaíso. El Banco Consolidado ocupa los bajos del edificio. Subamos al segundo piso por la angosta, penumbrosa y empinada escalera, y nos hallaremos ante dos oficinas, que separa débil tabique; una del abogado Joaquín Larraín; la otra, del abogado Arturo Prat. En 1878, éste paga 25 pesos mensuales por el arriendo de su bufete, y la patente profesional le cuesta 50 pesos cada año.

El mobiliario es sencillo; una mesa escritorio de jacarandá, un gran tintero, "algunos bronces artísticos" (Vicuña Mackenna B. , 1879),[86] un juego de sillones y sillas de marroquí. Un estante de libros; tratadistas franceses de derecho -*Alauzet*, *Mourlon*, *Zachariae*, *Pothier*-; las *Siete Partidas*; la colección códigos modernos; revistas; boletines, etc.

Aquí ejerció el héroe su práctica, muy reducida, de abogado particular. Comprendía ésta pleitos de los Chacón y los Carvajal -que tenían propiedades en arriendo, préstamos, comercios y otras actividades económicas, muy intensas-; también se los encomendaban colegas de Prat, apreciativos de lo que uno entre ellos, Manuel Hidalgo, describiría después como "el honor... modestia... y delicadeza de sentimientos" del oficial-abogado (Fuenzalida, 1974).[87] Su especialidad fueron los asuntos marítimos, que le llevaban el referido Hidalgo y la Compañía Sudamericana de Vapores, para la cual, además, solía realizar peritajes. Nada, en resumen, muy importante; a veces, los ingresos de la oficina no cubrían su arriendo.

Saliendo de ella, Prat caminaba unos metros por la misma plazuela, y se hallaba en

la Comandancia General de Marina, donde su acción jurídica tendría mayor relieve.

Había aspirado a ser Auditor de Marina -incluso ofreció desempeñar el puesto con su misma remuneración de capitán de corbeta-, y la Comandancia lo propuso como tal. Pero en Santiago se concluyó que, según la flamante Ley de Organización y Atribuciones de los Tribunales, aquel cargo debía proveerse mediando los trámites de designación de un juez letrado. Siendo difícil que Prat, recién recibido, obtuviese el nombramiento en competencia con colegas o magistrados más antiguos, la Comandancia prefirió investirlo como "ayudante" y encomendarle todos los aspectos jurídicos de su rodaje.

Este requería una completa reorganización. Los años anteriores a la ayudantía de Arturo Prat, diecinueve de cada veinte sentencias que dictaban los Consejos de Guerra Navales, eran revocadas por el tribunal superior.

Tal situación cambió totalmente con Prat.

Por otra parte, empezaría a intervenir en la redacción de las leyes y los reglamentos propios de la Armada o -más generalmente- que tuviesen atingencia con el mar. Dio en esto Prat, como abogado, lo mejor de sí, aplicando su buen criterio y conocimientos, y adicionalmente la seriedad, minuciosidad, espíritu de trabajo y estudio, y concentración mental, que eran rasgos tan propios suyos.

Estos trabajos los realizó a pedido de su amigo y ex teniente de la Armada Ramón Guerrero, alto funcionario del Ministerio de Guerra y Marina. Comenzó Prat por analizar el proyecto de Ley de Navegación, haciéndoles observaciones a 152 artículos... un verdadero libro de éstas, sólo parcialmente acogidas, en razón del apuro gubernativo por despachar la iniciativa.

Uno de los temas de la ley que más interesaba a Arturo Prat, era reponer el antiguo "fuero marítimo," que la Ley de Organización y Atribuciones de los Tribunales había suprimido, cuando asignó los pleitos de mar a la competencia de los juzgados de menor cuantía de Valparaíso; según el oficial-abogado, aquel fuero era preferible a una solución quizás teóricamente más perfecta, pero que no funcionaba. Pero no fue oído.

La Ley de Navegación sería promulgada el año 1878 y, siempre a solicitud de Guerrero, Prat colaboraría en redactar sus reglamentos, numerosísimos. La correspondencia Prat-Guerrero registra acotaciones sobre los que siguen: enganche; peritos y pertrechos; salvamentos; pasajeros; sanidad; equipo; arqueo, y faros. Adicionalmente, notician dichas cartas de reuniones con otros entendidos para analizar estos documentos. Permiten comprobar, además, cómo sus compañeros en esas reuniones solían aprovechar la buena disposición y natural laborioso de Arturo Prat -y ¿por qué no decirlo? también su ingenuidad- para cargarlo con el grueso del trabajo.

Tema obsesivo fue para el héroe la reglamentación de los ascensos en la Armada, a

fin de independizarlos de las arbitrariedades, las influencias sociales, los empeños políticos, etc. No podemos, decía, seguir "entregados a la voluntad de una o dos personas que ni (siquiera) obran por sí mismas."[88] Ya el año 1877 (escribió Prat a Juan José Latorre), él y Jorge Montt habían elaborado un proyecto que regulaba los ascensos. En 1878 se aprobó uno similar, del Ejército. Las razones invocadas por el ministro de Guerra y Marina, defendiendo tal aprobación -observaba Arturo Prat- podían asimismo invocarse para los ascensos de la Armada.

Por ese entonces, el subsecretario del ministerio, Nicolás Peña, estaba dedicado a conseguir que el Congreso despachara el "Código de Marina," el cual, aseguraba, haría innecesaria una ley ad hoc para los ascensos. Pero "la aprobación de este proyecto (el Código) -replicaba Prat-, si es que llega a aprobarse, demorará años."[89] Mandó a Peña su borrador de reglamento de ascensos (1878, octubre); poco después, escribía que el documento distaba de "hacer camino" con el ministro del ramo, Cornelio Saavedra.

Moriría Arturo Prat sin ver materializarse aquel reglamento, ni el Código de Marina (o Código Gana, por su autor, el capitán de fragata Ignacio L. Gana... uno de los jueces que tuvo Uribe en el Consejo de Guerra de 1875). También había participado Arturo Prat en su revisión, interrumpida porque el Gobierno estimó necesario imprimir el proyecto a matacaballos, como efectivamente se hizo (enero de 1878).

Toda esta actividad jurídica en la Comandancia de Marina, tan nutrida, la realiza Prat durante un período muy breve, que corre desde la segunda mitad de 1876, hasta fines de 1878. Entonces -según veremos luego- se le encomienda la misión confidencial en el Plata, a cuyo regreso encuentra al país prácticamente en guerra.

Abril de 1879: Joaquín Larraín, su colega de profesión y vecino de oficina, lo ve allí por última vez... un Prat contento, pues ha conseguido barco -la *Covadonga,* que debe llevar hasta Iquique- y zarpa, a su mando, las próximas horas. Larraín bromea: volverá de almirante. "¿Almirante? No, por cierto. En las campañas, la gloria es para los grandes; el sacrificio y el deber para los pequeños... Cumpliremos el nuestro... He ahí todo."[90] Y Arturo Prat, el marino-abogado, desciende con paso firme la oscura y empinada escalera y sale a la plazuela de la Justicia.

***

CAPÍTULO SÉPTIMO

Intimidad del héroe. Sus ideas

Nos asomamos ahora a la intimidad del héroe, habiendo éste alcanzado ya la madurez de sus años y en el último que le resta de vida.

Físicamente, nos han quedado varias descripciones de Arturo Prat. Era de estatura entre mediana y alta -"ocho codos le calculé desde la coronilla a la planta de los pies", escribiría Puig, el cónsul ecuatoriano en Iquique-; proporcionado; robusto y atlético por el constante ejercicio. Tenía el rostro blanco mate; los ojos (continúa hablando *Puig*) "garzos, de mirada inteligente y sugestiva... (y con) unas magníficas cejas"; la frente amplificada por la calvicie; el cabello castaño; y una barba espesa, negra de visos rojizos, "ligeramente partida al centro y cuadrada." Caminaba con paso firme, haciendo sonar el taco. (Fuenzalida, 1974) (*Puig* y Verdaguer, 1910)[91] "Gastaba en su vestir y en su apostura cierta elegancia de buen tono" (Medina & Guerrero, 1952).[92]

No buscaba agradar, ni sonreía frecuentemente; era parco en la palabra. Sin embargo, todos quienes intentaran caracterizarlo -ya muerto- encontrarían el mismo término... simpático. "Atraía la simpatía de cuantos tuvieron ocasión de tratarlo" (Ramón Guerrero). ''Varonilmente amable y simpático" (Puig). "Uno de los hombres más simpáticos que he conocido" (M. *Jewell*, cónsul británico en Iquique). Y un adversario, Benito Neto, corresponsal de *La Patria,* diario limeño, tras verlo cadáver sobre la cubierta del *Huáscar*. "La muerte, a pesar de haber sido terrible, pues la bala le vació el cráneo, no había cambiado los rasgos de su fisonomía, que debió haber sido simpática" (Ahumada, 1884) (Vicuña Mackenna B. , 1879).[93]

¿Cuál era la raíz ,el origen profundo de esta simpatía ?Creo hallarlo en que Prat causaba universalmente la impresión- e impresión indeleble- de poseer, acentuadísimas, ciertas virtudes humanas que conquistan por sí solas: seriedad, honestidad, búsqueda incansable de ideales superiores de vida y conducta, y todo lo que precede, enmarcado por una sencillez absoluta.

Esto, a su vez, derivaba de que Arturo Prat, sin ningún aspaviento, era profundamente religioso. La religiosidad de Prat requiere un análisis especial y previo, pues sin ella no es posible entender ni su persona, ni sus hechos.

La religión de Prat

La información contemporánea sobre el punto, diverge de un modo aparentemente inconciliable. Hay quienes afirman haber sido Arturo Prat un católico ortodoxo y tradicional, y quienes lo suponen librepensador. "Pensaba libremente", señala Eduardo

de la Barra. "No era observante -añade Vicuña Mackenna-. Era un gran espíritu, pero no un espíritu piadoso" (Vicuña Mackenna B. , 1879).[94]

La verdad, hasta donde se puede conocer, resulta mucho más compleja. Cabría resumirla así: un católico de corte liberal, y con una sorpresiva veta espiritista. Pero resumen tal sólo rasguña la superficie de la religión de Prat, cuyo elemento básico no es la Iglesia, ni sus dogmas, ni su moral -siempre subentendida, y muy estrictamente, en la conducta del héroe-, ni siquiera el Cristo. Ni tampoco, al revés, el articlericalismo político, tan de la época, que entonces comparten muchos católicos liberales. El fundamento de la religiosidad del héroe es Dios Padre. Un "deísmo," se podría decir, pero no del tipo filosófico ni menos positivista, sino como experiencia propiamente religiosa, vivencial, personal, de una extrema intensidad y que empapa la existencia entera de Arturo Prat.

Que Prat era católico, no cabe dudarlo, a la luz de los antecedentes disponibles. Es probable que ello le viniera, como cosa natural, de la familia paterna, y en particular de una persona a la que amó y respetó grandemente: su tía Clara Prat. Algo más se dirá de ella, corriendo este mismo capítulo. Pero aquí interesa saber que la tía Clara, soltera, enferma, de existencia retraída y escasísimos medios económicos, fue católica de fe simple pero honda. Por sus instancias, Arturo Prat y toda la tripulación de la *Covadonga* que comandaba, recibieron en Valparaíso -antes de zarpar a la guerra (mayo de 1879)- el escapulario del Carmen; y Prat, especialmente, un "santo milagroso," además de las imágenes que ya existían a bordo: un San Francisco y una Virgen María. Cuidó el sobrino de relatar todo esto a doña Clara por carta, haciendo expresa mención de su confianza en el escapulario, De hecho, cuando murió lo portaba sobre sí -según la lista de Grau- junto con una "reliquia del Sagrado Corazón de Jesús" (el "santo milagroso," de seguro) y una "medalla de la Purísima"[95] Podría creerse que lo anterior mostraba sólo el respeto del héroe hacia una persona ya mayor y muy querida de la familia, y el deseo de complacerla. Mas no era así: Prat admiraba la fe de su tía. Iniciando la misión en Uruguay y Argentina, recordaba a Carmela desde Montevideo:

> "No olvides escribir a mi tía Clara, y encargarle muy especialmente ruegue a Dios que salga con bien de la misión que se me ha confiado."[96]

Sabemos, también, que Prat iba a misa, y con una finalidad religiosa, no meramente social. De esta manera, y también desde Montevideo, decía a Carmela (recién ocurrido el nacimiento de su tercer hijo):

> "Es domingo, vengo de la iglesia, donde he pedido a Dios que te conforte y ayude."

Se advertirá que en Montevideo, y prácticamente de incógnito (según veremos), no tenía Arturo Prat necesidad de "cumplir" con nadie asistiendo a misa.

Tampoco cabe leer las palabras transcritas como una concesión amable a las creencias de su mujer, pues ellas eran las mismas del héroe.

Apreciaba éste, por igual, el sacramento del bautismo. Era urgente, escribía, que lo recibiera un sobrino, hijo de David Carvajal. Y al revés, solicitaba lo esperasen para el bautizo de Arturo: "me sería muy triste no encontrarme presente..."[97] (recordemos que entonces Prat se hallaba en Montevideo).

Mas si Arturo Prat fue indiscutiblemente católico, con igual certeza puede asegurarse que lo fue con un sesgo liberal. De partida, el liberalismo estaba entonces "en el aire" -como el socialismo durante la segunda mitad de nuestro siglo- e inficionaba el íntegro universo católico, salvo el sector llamado "ultramontano,"[98] minoritario, y cuyas ideas y características sociales y políticas eran muy ajenas a Prat. Quien adicionalmente, por lo Chacón, vivía sumergido en una cultura familiar de liberalismo antiguo y militante, según sabemos. Tradición ésta encarnada, además, en don Jacinto, importante influencia espiritual sobre el héroe -hemos visto- desde su niñez.

Y es así que Prat rechazaba "la eternidad de las penas... invento cuyo privilegio pertenece a la Iglesia Romana y que no merece disputársele."

La propia carta a la tía Clara, antes referida, contiene elementos leve y cariñosamente irónicos.

> "Con tanto protector, creo que se puede tener confianza en el éxito... Recibí oportunamente... el santo milagroso, que trabajo ha de tener ahora..."[99]

Las lecturas de Arturo Prat -los volúmenes de su biblioteca, y aquellos cuya compra anotan las minuciosas libretas de gastos que lleva- subrayan, a la par que un agudo interés por la filosofía y la religión, el conflicto existente en su interior entre fe católica y liberalismo. Hallamos, entonces, obras ortodoxas y aún apologéticas, de diversos estilos -desde *Chateaubriand (El genio del cristianismo)* hasta Balmes *(filosofía fundamental)*, pasando por Augusto Nicolas *(Historia del Cristianismo)-*, pero también *El Siglo de Luis XIV* (*Voltaire*); escritos de *Rousseau* y *Montesquieu*; un libro de Víctor Duruy, historiador liberal de acentuado anticlericalismo, etc.

En este contexto, normal para la época, irrumpe un elemento inesperado: el "espiritualismo" ...el espiritismo, que Arturo y Carmela compartieron con Jacinto Chacón, su mujer Rosario Orrego, Eduardo de la Barra y otras personalidades porteñas. Formaban un "círculo," cuyos "médium" -intermediarios con el mundo de los muertos- eran doña Rosario, don Jacinto y De la Barra. Practicaban la escritura automática y en la oscuridad, recibiendo de este modo mensajes de los difuntos.

No cuesta nada ridiculizar lo anterior. Sobre todo cuando leemos las anotaciones de Eduardo de la Barra -un hombre culto y, en lo religioso, un escéptico burlón- dando

detallada cuenta de sus conversaciones con Jesús, Goethe, Augusto Comte o Francisco Bilbao. O cuando recorremos la carta de Arturo Prat a su mujer, enferma, diciéndole que en el "círculo" han evocado el espíritu de *Christian Hahnemann*, el fundador de la homeopatía, y éste le ha prescrito "*Nux Vomica* y Dulcamara. Tómalas."[100]

Sin embargo, el espiritismo no aparecía entonces como un fraude o simple extravagancia. Había cundido impetuosamente por el mundo entero, después de que lo publicitara su fundadora, *Kate Fox* (luego *Mrs. Jencken-Fox*), al sostener por primera vez -el año 1848, en el estado de Nueva York- que se había comunicado con los muertos. Sus ideas básicas: la existencia de una vida ultraterrena, y esa posibilidad, la de contactar a los difuntos, utilizando los servicios de un "médium," serían complementadas por otra: la reencarnación. Los muertos retornarían a la tierra, bajo nuevas identidades, para morir una vez más y una vez más reencarnarse... y así sucesiva e indefinidamente. Proceso tal implicaba una purificación paulatina pero incesante, hasta alcanzar, quien lo vivía, la perfecta limpieza del alma.

Prat sería un estudioso de estas ideas, aceptando al menos algunas de ellas, v. gr. la comunicación con los muertos. Dos libros que las explicaban se hallaron en su biblioteca, ambos traducciones españolas de 1875: *El Evangelio según el Espiritismo,* de Kardec, y *Más Allá de la Muerte,* de Figuer.

Carmela fue incorporada por su marido a dichas creencias. El año 1876, escribía a Prat:

> "En mis trabajos de escritura (automática) alcancé a adelantar bastante, pero cuando lo conseguí me impresionó mucho, y tu papá me aconsejó por medio de Conchita que no me apurara en continuar hasta después, porque podría serme perjudicial. Sin embargo, cuando tú vuelvas me será fácil seguir, si logro calmarme."[101]

Es significativo que, en los protocolos de las expediciones ultraterrenas enhebradas por el "círculo" porteño, Arturo Prat aparezca buscando comunicarse sólo con dos difuntos: su padre y su hija.

Todas las anotaciones que nos han llegado son de 1876. El 1º de abril, el héroe pide a la médium, Rosario Orrego según parece, que a través del espíritu de un pariente político, Héctor Uribe, llame a don Agustín. Uribe, dato importante, le advierte: "Sólo te guía el deseo de hablar con tu padre." Pero, añade, éste le ha inspirado ese deseo para otros fines que, a su vez, únicamente pueden provenir de Dios. El 4 de abril se contactan por fin padre e hijo. Aquel afirma: "Ten la seguridad de que nos volveremos a ver." Hace un elogio de las virtudes teologales, particularmente de la caridad, "que es amor y compasión." Da consejos, bastante vagos a la verdad, sobre cómo debe ser educado Ricardo, hermano menor del héroe.

El 12 de abril es Carmelita la que responde al llamado del padre inconsolable... "papá querido" (dice). Es "triste... despertar en este mundo (el más allá) "y ver el sufrimiento que ha causado su partida, pero "Dios así lo dispone, hágase su voluntad." El 14 de abril hay un nuevo contacto con Carmelita, inverosímil ya para cualquier credulidad. Aflige pensar en un Arturo Prat que recibe emocionado estos desvaríos, como bálsamo calmante para un dolor sin salida.

Después de 1879 será Carmela, veremos, quien reciba los mensajes ultraterrenos del héroe...[102]

Es tentador concluir que marido y mujer buscaban en el espiritismo solamente una manera -aunque fuese ilusoria- de restablecer comunicaciones rotas por la irreparabilidad de la muerte. Pero no era así... o mejor dicho, era eso, pero también más: una manera ética de vivir y actuar;

"Paciencia y resignación, como buenos espiritistas" -escribe Carmela Carvajal.[103]

¿De qué modo compatibilizaban los Prat el espiritismo y la religión católica?

Recordemos, primeramente, que las ideas "espiritualistas" no fueron condenadas por la Iglesia sino mucho después, el año 1898. Aun entonces, la condena dejó a salvo la investigación científica de las comunicaciones ultraterrenas.

De cualquier modo, Carmela, no obstante su adhesión al espiritismo, no las tenía todas consigo respecto a la ortodoxia católica de esa creencia. Entre sus papeles figura la copia manuscrita de una carta sin firma, encabezada "querida amiga," que procura disipar semejantes dudas. Posiblemente fue redactada por Jacinto Chacón o por Eduardo de la Barra, o quizás tomada de una obra extranjera. Tema: "la ciencia llamada hoy 'espiritismo'... ¿se opone a la religión católica romana?" "No, amiga, opuesta no, pero difieren en la manera de apreciar y poner en práctica el Evangelio." "Van al mismo fin, aunque por distintos medios." El catolicismo enfatiza las formas: oír misa, comulgar, no causar mal a nadie; el espiritismo privilegia el fondo, aun sin misa ni comunión: no sólo abstenerse de pecar, sino hacer positivamente el bien. El espiritismo respalda la fe católica en la perentoria afirmación de la vida eterna. Los espiritualistas no rechazan los sacramentos, los acatan y reciben, pero estimándolos medios y no fines. En cuanto a la reencarnación -"lo más importante y lo más sustancial" del espiritismo-, la Iglesia no la acepta, pero terminará acogiéndola, como terminó por reconocer "la esfericidad del globo terrestre y su movimiento alrededor del sol."[104]

Vemos, entonces, a Carmela Carvajal preocupada de poder ser, simultáneamente, católica y espiritista. Dada la compenetración tan profunda de los cónyuges, la postura de Arturo Prat debió ser parecida, si bien la raíz familiar era en este más liberal que en su mujer.

Sin embargo, como anticipamos, lo más original de la religiosidad de Prat es el

amor a Dios Padre y completa confianza en su Providencia.

Dios (decía) se hace conocer por las obras que realiza; "padre bondadoso, sólo quiere el bien de sus hijos"; los premia o castiga según se necesita para sostenerlos en el camino acertado, o apartarlos del erróneo; los sufrimientos que manda, "son los remedios que sanarán nuestro espíritu de la enfermedad moral que lo atrasa e impide progresar." "Recorred vuestro pasado y veréis que cada uno de los sufrimientos que experimentáis, tiene su razón de ser en alguna falta que cometisteis, o en algún bien que no hicisteis, pudiendo" (Medina & Guerrero, 1952).[105]

De allí una frase que solía repetir, que quedó grabada en todos quienes lo conocieron, y que la correspondencia de su mujer o de Jacinto Chacón, por ejemplo, recordaba en cuantas ocasiones resultara apropiado, aún muchos años después del sacrificio de Iquique:

> "Dios nos guía, y lo que sucede es siempre lo mejor que puede suceder" (Vicuña Mackenna B. , 1930).[106]

Esta absoluta confianza en la Providencia Divina se manifiesta una y otra vez. Las cartas a Carmela son expresivas al respecto. Le cuenta su propósito de ahorrar, si llega a ser Auditor de Marina, para hacer ambos un viaje (perenne ilusión de Arturo Prat). Si el proyecto demora y aumenta la familia, naturalmente, no podrá verificarse:

> "¿Y entonces? Habrá que estarse quedos, y que Dios sea loado."

Al saber en Montevideo que su tercer hijo ha nacido prematuramente, se inquieta por el niño y la madre. Mas agrega:

> "Pero Dios es grande, no olvida a sus criaturas, y en el momento preciso te habrá dado el valor necesario."

El azar, la casualidad, no existen: "Si la fortuna, o más bien Dios, quiere…"[107]

Lo que Dios proyecta para el hombre, es una vida eterna de felicidad tras la muerte. En la de Carmen Vargas (abuela de Arturo Alessandri Palma), amiga muy amada de los Prat, reflexiona Arturo, procurando alentar a su mujer:

> "…Quédenos el consuelo (a) ... los que creemos en una segunda vida, que... (Carmen) goza para siempre de la espiritual, que la buena esposa, la tierna madre, la abnegada amiga del pobre y del poderoso, le han conquistado."[108]

Por consiguiente, esa vida espiritual y ultraterrena era la recompensa que obtendrían quienes, en este mundo, hubiesen observado la conducta que Dios ordenaba.

Pero... ¿si no la habían observado?

Prat, vimos, no acepta la perennidad del infierno y sus penas. "Dios... no se goza con los suplicios eternos, o con la destrucción de un alma que él ha creado inmortal."

En las regiones divinas, "el tiempo es inagotable" y cada alma "completa su desarrollo." No es necesario que lo haga durante "el corto espacio" de una vida. "Al abandonar el cuerpo, (lleva consigo) su cielo o su infierno interior, según su adelanto o atraso (espiritual)." Pero habrá para esa alma, si las requiere, nuevas y sucesivas oportunidades de alcanzar la perfección y así gozar finalmente de Dios. "Todos tienen que caer para levantarse de nuevo... todos también -unos más tarde, otros más temprano- tienen que llegar a la cima de la montaña" (Fuenzalida, 1974).[109] ¿Estaría insinuando Prat la reencarnación? No lo sabemos de cierto, pues sus conceptos nos llegan a través de don Jacinto y Eduardo de la Barra, que creían firmemente en ella.

Pero especulaciones tales son secundarias. Lo necesario es recordar que para Prat la religiosidad y la relación con Dios Padre no eran solamente ideas importantes, sino los elementos fundamentales de su vida. El taciturno marino-abogado se transformaba con el tema, abriendo las compuertas a un torrente de fe y elocuencia. Un testigo narraría luego esta sorpresiva metamorfosis, que él presenciara una noche de navegación, estrellada y silenciosa... Arturo Prat hablaba de Dios.

Esbozo de una personalidad

Careció Prat de toda ambición... dinero, cargos, poder y gloria le eran indiferentes. En cambio, lo obsesionaba el cumplimiento de las obligaciones que la vida le iba imponiendo. Todo lo cual puede parecer lugar común, y clisé obligado en una biografía como ésta, pero resulta patente de sus cartas y -más demostrativo todavía- de sus actitudes. Ya vimos lo que manifestaba a Joaquín Larraín: la fama para los grandes, el sacrificio y el deber para los pequeños (entre los cuales se incluía). Otras cartas reiteraban estas convicciones, v. gr., hablando de su tenaz empeño por ser abogado sin dejar de ser marino:

> "No tengo ninguna mezquina ambición, (ni) los honores ni la gloria me arrastran, pero creo que puedo servir a mi país tanto del uno como del otro (modo)."[110]

"Servir a mi país..." Prat fue -¿necesita decirse?- un patriota, pero sin publicidad ni declamaciones, ni los excesos del chovinismo, salvo un punto de éste, como se apreciará en su momento, tratándose de Argentina. Para él, cumplir a conciencia los deberes profesionales del día -importantes o secundarios- representaba la esencia del patriotismo.

Tampoco fue hombre de pasiones heroicas. Era, recordaría su mujer, "admirador de todas las cosas grandes, pero sin decir jamás que... las intentaría" (Vicuña Mackenna B. , 1930).[111]

No obstante, en los peligros y emergencias, juzgaba y tomaba su decisión reflexiva, objetivamente, para actuar de inmediato conforme a ella con "imperturbable serenidad

y... la más grande energía." Así lo recordó Luis Alfredo Lynch, su comandante, cuando ambos salvaran de hundirse a la *Esmeralda* el año 1875; así se repetiría en Iquique (Fuenzalida, 1974).[112]

Según hemos referido, no aceptó le diese la Armada ninguna facilidad para estudiar derecho; tampoco, que se usaran influencias en orden a alivianarle la práctica abogadil; había principiado su odisea legal, y quería concluirla, "sin favor ni molestia de nadie, ni desatención alguna de mis... deberes como oficial de la nación." Podía sondearse a un juez amigo -autorizó-, para cumplir dicha práctica en su tribunal, pero siempre que la diligencia se hiciese de "manera indirecta."[113]

Una de las preocupaciones del héroe, sabemos, fue que la Armada estableciera un sistema ecuánime de ascenso; otra, lo apreciaremos algo más adelante, que se incrementaran las escuálidas remuneraciones de oficiales, suboficiales y marinería. Pero jamás gestionó ningún ascenso ni ventaja económica para sí. Al revés, aceptó la misión de 1878 sin pedir en virtud de ella mejor estipendio, sabiendo perfectamente que el suyo normal se vería erosionado por los inevitables gastos extras e imprevistos de semejante encargo. Escribió a Carmela, con inamovible objetividad:

> "...De permanecer aquí (en Montevideo) necesito mayor sueldo, y al Gobierno no ha de convenirle (otorgarlo) ... sin razón muy justificada."[114]

Es poco frecuente, convendremos, que una persona no considere "razón muy justificada" para su propio aumento de sueldo, por lo demás equitativo, la de serle indispensable.

Si las situaciones personales no disminuían la ecuanimidad de Arturo Prat, "se exaltaba hasta la ira" (afirmó Vicuña Mackenna) viendo a sus compañeros postergados en la carrera naval, sobre todo "cuando creía sorprender la mano oculta del favor o de la bajeza." Se conserva una carta de Prat, urgiendo el ascenso de dos oficiales, Uribe uno de ellos:

> "Ud. recordará que son los únicos... de nuestro curso que permanecen desde hace, creo, diez años, en clase de tenientes segundos, con más el grado de primeros hará cinco años. No es posible imaginarse que sea un castigo el que les tengan impuesto... Es necesario influir para los ascensos de estos dos jóvenes que, sin el veinticinco por ciento, sin gratificación de mesa y con mujer y tres hijos (Uribe) ... ya puede Ud. calcular qué penurias no pasarán, cuando las pasa uno estando en mejor condición."[115]

Un alma tan auténtica debía rechazar, y efectivamente rechazó, todo adulo. Durante su estancia en Montevideo, alguien quiso obtener de Arturo Prat un favor cualquiera, encomiando a tal fin sus "filantrópicas virtudes" y "generoso y caritativo corazón." Replicó:

"La aceptación de alabanzas merecidas revela falta de modestia, la de alabanzas inmerecidas, orgullo, vanidad y escasa inteligencia. Una persona sensata debe huir cualquiera de estos términos, y quien quiera conducirle a ellos ofende su modestia y buen sentido. Si, por desgracia, carece de éste, lo expone a la burla aguijoneando su vanidad. La forma que Ud. da a sus obsequios, en sí tan apreciables, impide aceptarlos, y creo hacerle... un servicio indicándole el escollo para que lo salve en sus futuros trabajos."[116]

Prat, autoridad jerárquica, imponía a sus subordinados la propia, severa concepción del cumplimiento del deber. Era exigente, metódico, ordenado, poco proclive a las familiaridades; era también justo, imparcial, conocedor de lo que su gente necesitaba y preocupado de que lo obtuviera. Se reconocían y admiraban en él la invariable lealtad con superiores e inferiores, y el impasible y reflexivo coraje recién señalado. Todo lo que antecede suscitaba -en quienes le debían obediencia- respeto, estima y un cierto temor reverencial, pero no la adhesión alegre y ciega que despertaba un Condell, por ejemplo (aunque también se diera, a veces, hacia Arturo Prat... el caso de Ignacio Serrano y Ernesto Riquelme; los trataremos corriendo estas páginas). Cuando el héroe se casó, un oficial de mayor grado, que le tenía sumo aprecio, comentaba con uno de los Carvajal:

"El joven es cumplido, es una alhaja, pero muy tirante..." (Fuenzalida, 1974).[117]

Probablemente un carácter así, tan serio, reflexivo, imperturbable y exigente, tenía otras raíces, amén de las religiosas: una dosis considerable de orgullo personal; una cierta timidez, venida quizás de la infancia... los primeros años estrechos, solitarios y enfermizos; y las tempranas responsabilidades familiares que la vida le entregó, según luego se dirá.

Hemos hablado de la lealtad de Prat. Baste sobre ella el recuerdo de un hecho ya narrado: la varazón de la *Esmeralda* en Valparaíso, el año 75. El capitán de la nave y director de la Escuela, Luis Alfredo Lynch, es sumariado por el percance. El juicio le resulta áspero, sólo un empate en el Consejo de Guerra evita que sea sancionado. Mientras, Prat -su segundo- desempeña interinamente los dos cargos de Lynch. Le guarda con resolución las espaldas y elogia su anterior jefatura. Así, pendiente el sumario y escribiendo a la Comandancia de Marina sobre la necesidad de textos para la enseñanza de la Escuela, dice Prat que la idea de procurárselos ha sido impulsada siempre "con entusiasmo" por el director Lynch, quien además está escribiendo uno él mismo: *Arte de Aparejar y Maniobras,* no obstante sus numerosas ocupaciones. Existe, pues, un ángulo en su desgracia que Luis Alfredo Lynch no necesita cuidar: quien lo reemplaza provisoriamente y para el cual, quizás, que cayera el capitán podría significar un provecho, se desentiende de ello -nunca, es seguro, pasa siquiera por su espíritu- y lo apoya y defiende en forma abierta y decidida. Inmediatamente después

de Iquique, escribirá Lynch de Prat: "He comprendido y me he explicado en el acto la grandeza de su abnegación y de su arrojo" (Fuenzalida, 1974).[118]

Y los pares del héroe, la oficialidad contemporánea de la Marina... ¿qué pensaban de él? Dejemos el tema para más adelante, pues existe alrededor de esto toda una mitología, responsabilidad del gran Encina, y relacionada con los sinsabores que experimentó Prat, un corto tiempo, al iniciarse la Guerra del Pacífico.

Un hombre de su casa

Carmela sostenía que su marido cambiaba completamente de carácter en el hogar. No era así, desde luego. Seguía siendo, si bien "tranquilo, afable", asimismo "reservado y hasta melancólico"; prefería oír a hablar; si portador de alguna noticia importante o interesante, esperaba que todos se hallasen reunidos para hacerla saber y así no contarla dos veces. Llegado el momento del estudio, se concentraba totalmente, sin que nada desviase su atención, ni siquiera "la bulla de los niños", que no lo molestaba. Ni en casa propia ni en ajena podía estarse mano sobre mano... tenía que hacer algo: leer; iluminar fotografías de sus próximos; armar "cajitas curiosas;" carpinterear muebles, como un escritorio que trabajó para don Agustín, etc. (Vicuña Mackenna B. , 1930) (Fuenzalida, 1974).[119]

Con todo, era su hogar, sin discusión, el lugar donde prefería encontrarse. Escribía a Carmela el año 1878:

> "Mañana desde las doce voy a andar con Su Excelencia (Aníbal Pinto) y probablemente tendré que acompañarlo a comer y al teatro, lo que si podría ser agradable o tolerable en otra ocasión, en ésta, impidiéndome estar con Uds., es una mortificación..."[120]

Y es que en la casa se reencontraba con sus afectos más profundos... mujer e hijos.

De éstos, apenas conoció el tercero, Arturo -él habría querido que se llamase Héctor-, nacido prematuramente en Valparaíso los últimos días de 1878, cuando el padre aún no regresaba de Montevideo. Atendió el parto "Manuetta Ragazzone, matrona italiana," cuyo recibo por 100 pesos de honorarios profesionales ha llegado hasta hoy.[30] Vimos que el héroe preguntaba a Carmela, esperanzada y nostálgicamente, si el recién nacido se parecía a Carmelita...

En Uruguay supo Prat, el 6 de enero siguiente, la "feliz nueva." "Hace un instante que he tenido un momento de júbilo al saber que ha llegado... el pequeño ser que ansiosos aguardábamos... hijo de esas entrañas que no pueden alimentar sino a un hombre destinado al bien, digno de la madre que lo llevara en su seno" -escribió exaltadamente y de inmediato a su mujer.[121]

Pero fue la segunda hija, Blanca Estela -intermedia entre la desdichada Carmelita y

Arturo-, la favorita de Prat; era lógico, pues alcanzó a gozarla algo más de dos años.

Nació en Valparaíso, también, el 11 de septiembre de 1876; al mes siguiente la bautizaron en la iglesia del Espíritu Santo, plena de recuerdos alegres y tristes para la familia. Padrinos: David Carvajal, hermano de Carmela, y Concepción Barrios, la bisabuela.

Fue asimismo de natural enfermizo, y los padres reeditaron con ella los sufrimientos y sobresaltos del 74. Muchas veces -también ahora, como aquel año- los vivió Arturo Prat lejos del hogar, padeciendo las consiguientes incertidumbres y angustias, y atenazado por la falta de noticias y por siniestros presentimientos. Pero en esta ocasión el desenlace fue positivo.

Las cartas de Prat están llenas de Blanca Estela:

> "...Lo que hubiera gozado nuestra Blanquita correteando la espaciosa cubierta del vapor..."
>
> "...He visto aquí (Montevideo) unos gorritos para defenderle el rostro del sol a los niños, parecidos a los gorros de las monjas de la Caridad, con un vuelecito que les defiende el cuello, sería bueno hacerle uno a mi Blanquita..."[122]

La libreta de gastos de Chile y Uruguay registra constantes compras "para la niña" ...caballo de juguete (30 centavos), pelota (30 centavos), retrato (4 pesos), muñeca (30 centavos), etc. Suele anunciar estos obsequios en la correspondencia:

> "A Blanca Estela que el papá (la) está extrañando mucho... que le tiene un caballo y un guepeo lo más bonitos..."[123]

La amaba "con delirio," y era "como un niño" jugando con ella, evocaría melancólicamente Carmela Carvajal (Vicuña Mackenna B. , 1930).[124]

...Y de su familia

Pero la familia de Prat fue mucho más amplia que el núcleo constituido por Carmela, Blanca y (al final) Arturo hijo.

En verdad, tuvo el héroe un doble círculo familiar: los Prat, por un lado, y los Chacón y los Carvajal por otro. A todos los quiso intensamente, con una ilimitada capacidad de afecto. Pero respecto de los primeros fue además la cabeza, el paterfamilias, a medida que don Agustín se iba extinguiendo, y mucho más todavía después que murió.

Sabemos lo que representó don Agustín para Arturo... no un ser disminuido por la enfermedad y sus limitaciones, sino el padre venerado, a quien amar, respetar y consultar. El año 1867, la libreta de gastos anota cuatro pesos con 50 centavos, en siete retratos de don Agustín; seguramente para la familia próxima de éste.

Se ocupó el héroe, constantemente, de su madre y hermanos. Doña Rosario recibía de su hijo una mesada que empezó por ser de veinte pesos, y concluyó en el doble. El año 1867 -nos dice la minuciosa libreta de gastos- Prat desembolsó un total de 1.141 pesos con 70 centavos; de ellos, 303 pesos con 80 centavos los recibió su madre.

Una piadosa anécdota quiere que Prat haya entregado a doña Rosario la totalidad de su cuota en la presa de la *Covadonga.* Las tantas veces invocadas libretas de gastos no justifican esta afirmación. Aquella cuota sumó 1.169 pesos con 10 centavos. El corredor Guillermo Potts -casado con Braulia Chacón, hermana de doña Rosario- hizo subir la suma original, mediante diversos negocios, hasta alcanzar los 1.472 pesos con 80 centavos. Pero, de ellos, unos 1.000 se perdieron posteriormente, por una sola inversión desafortunada. El saldo fue mantenido ganando interés, y se consumió poco a poco en imprevistos; concluyendo 1870, restaban sólo 119 pesos con 50 centavos. Doña Rosario recibió únicamente una suma reducida, salvo que fueran suyos los 1.000 pesos evaporados.

Arturo Prat servía igualmente a sus hermanos menores, las mujeres (Esilda y María Atala) y los hombres (Ricardo y Rodolfo) ...y gastaba en ellos: ropa, calzado, médico, dentista, dinero de bolsillo, los estudios de los varones, etc. A todos les hacía numerosos y constantes regalos: un metro de paño (4 pesos con 20 centavos) y una corbata (30 centavos) para Ricardo; un prendedor (30 centavos) para Rodolfo; vestidos, crinolinas y dulces para "las niñas;" té y una botella de coñac para la madre... y así sucesivamente.

La preocupación no fue sólo económica. La vida entera del grupo Prat giraba alrededor de Arturo. Viajes, viviendas, enfermedades, aprovechamiento escolar, trabajos... en todo intervenía el hijo mayor, con infinitas molestias, pero sin darse cuenta de que eran molestias. Así, la casa porteña que doña Rosario habitaba, otra que tenía dada en arriendo, la quinta o sitio de Quillota, los riegos y cultivos de ésta, la búsqueda de arrendatarios convenientes para ella, eran aspectos que llenaban buena parte de la correspondencia de Prat. Encarecía las "grandes obras" agrícolas de la señora en la quinta, y prometía hacer "cumplido honor" a su cosecha de rabanitos... si la hubiera. Investigaba los eventuales arrendatarios de la propiedad; tocante a uno entre ellos, decía:

> "...Eduardo Hyatt (se pronuncia Jayat) ...fue ingeniero de Marina y es casado con una Cruz, ignoro cómo le vaya de negocios..."[125]

Olvidaba haber participado ambos en la captura de la *Covadonga.* Y, por supuesto, no podía sospechar que la muerte y la gloria los reunirían nuevamente en Iquique.

El solícito cuidado de Arturo por todos los Prat se extiende, dijimos, a la tía Clara. Vela por su salud -alegría cuando adopta la medicación homeopática; desencanto cuando la abandona- y la apoya económicamente, pues la señora es de una pobreza

franciscana; ella le paga con oraciones.

Tantas responsabilidades implicaron para marido y mujer una vida estrecha. Ni siquiera pudieron separar hogar con doña Rosario.

> "En cuanto a casa habitación, mi hijita -reflexionaba Prat, el mismo 1879-, pienso que es necesario buscar una cómoda y saludable para nosotros y mi mamá, aunque sea en el último rincón, pues aunque sea muy agradable estar solos... comprendo que ello no es posible mientras nuestras circunstancias no me permitan mantener dos casas."[126]

No motivó esto la menor queja de Carmela. Ni la falta de medios económicos cegó la generosidad de los Prat, aún hacia terceros ajenos a la familia, como bien pudiera -sin lugar a reproche- haber sucedido. Arturo daba limosnas con mano abierta, sin perjuicio de anotarlas todas ("lim.") en la famosa libreta. Tuvo, aun, "clientes" habituales, por ejemplo, una pobre mujer desequilibrada, "la sonámbula." Si "la sonámbula" dejaba de apersonarse dos días seguidos, Prat se inquietaba...

La generosidad del matrimonio se manifestó igualmente con los servidores. Especial afecto tuvo Arturo para Josefa, la niñera de todos sus hijos, incluida la desdichada Carmelita. La saludaba constantemente en las cartas ("A Josefa un recuerdo"... "A Josefa muchas cosas"). "Celebraré que se halle contenta y como siempre cuidadosa con la niña." Se inquietaba por su exceso de trabajo. ''Y la pobre Josefa, ¿cómo se verá ahora con Blanquita que no querrá dejarla, y con el nuevo huésped (Arturo hijo) que reclamará sus cuidados? Quiera Dios conservarle la salud." Confiaba en que la servidora protegiera a la propia Carmela... v. gr., de su "mala cabeza" durante los temblores. "Por fortuna, Josefa es más valiente, y no habrá lugar a carreras ni constipados para la niña." Le parecía "muy justo" que Carmela le hiciera regalos y le aumentase el sueldo, siendo "de tan buenas prendas."[127]

El segundo círculo familiar del héroe, los Chacón y los Carvajal, fue de mucho mayor amplitud. Y si los Prat recibieron de Arturo más de lo que le dieron, con aquéllos sucedió lo contrario.

Los Chacón eran -hemos referido- alegres y dados a la fiesta familiar, improvisada, sencilla y sin malicia:

> "...anoche estuvieron muy contentos, bailando hasta la una, con sólo los Navarrete y la hijita de don Pedro...."[128]

Contrapesaban así la tendencia melancólica y solitaria del marino.

Eran los Chacón además (también dijimos ya) inmensamente solidarios y serviciales, y a menudo su apoyo de todo orden fue invaluable para los Prat.

Algo parecido sucedía con los hermanos de Carmela más próximos a ella, José Jesús (su tutor cuando niña) y David. Comerciantes porteños ambos, de innumerables

y disímiles negocios -unos buenos y otros regulares... si no malos-, y que actuaban asociados, tenían no obstante caracteres sumamente distintos, José Jesús, el mayor -reconcentrado, ansioso, explosivo-, trabajaba de una manera tan encarnizada que, cuando decidiera "cerrar de noche" su almacén, Arturo Prat lo haría felicitar. "Pronto -escribiría- va a conocer... los efectos (positivos) de esta medida... acertada."[129] Después, sin abandonar el mercadeo, adquirió José Jesús un predio agrícola en Curimón, y su actividad se tornó frenética. David, el hermano menor, le estaba sometido, pero tascando el freno, pues era de índole fantástica y de una laboriosidad que no hacía el peso a la del mayorazgo. Hubo entre ellos, por esto, escenas terribles. Muerto Prat, concluirían de indisponerse. El héroe había sido su vínculo de unión, suavizando las recíprocas asperezas y aconsejándolos... hasta en asuntos de negocios que los Carvajal, sin duda, conocerían mejor. Los cuñados, de su parte, se desvivían sirviéndolo:

> "A José Jesús y David, ¿qué decirles? ¿Cómo agradecerles el empeño que ponen en satisfacer mis deseos, a veces, quizás, impertinentes? Dales al menos las más sinceras gracias."[130]

Curiosa, y es posible que por la propia disparidad de caracteres, el más afín con Prat fue David... "tu hermano y tu mejor amigo," le recordaba Carmela años después, instándolo a reconciliarse con José Jesús.[131]

Otras numerosas personas, sin ser parientes, se mueven en las fronteras de estos dos círculos familiares. Ejemplos: Rosario Orrego, la mujer de Jacinto Chacón; su hijo Luis Uribe; Eduardo de la Barra; Ramón Guerrero... y particularmente "el Clérigo," como los Prat llaman con cariño al presbítero José Francisco Salas, que los casara, y que luego ha bautizado a sus hijos. La correspondencia hace nutrida mención del Clérigo, a veces emocionante, por ejemplo cuando el héroe -aislado en Mejillones- se preocupa de que Salas, el día de su santo, reciba tarjetas, visitas y regalos... "un cajón de bonitas lúcumas" quillotanas.[132] Corriendo estas páginas, hablaremos también de las hondas amistades que crea Arturo Prat en la Armada.

Sobre todas ellas, sobre parientes, servidores y amigos, derramó el héroe su afecto vigoroso y viril. Pero especialmente lo recibieron los más cercanos al reservado corazón de este hombre, imbuido desde siempre en la dolorosa grandeza que le guardaba una Providencia por la cual sentía tanto amor y confianza... lo recibieron los Prat, los Chacón, los Carvajal.

Un afecto, el de Prat, qué mostraban los hechos más que las pocas palabras. Pero al cual dio rienda suelta su correspondencia, de minuciosos recuerdos, recados e interrogaciones para aquellos innumerables presentes en su corazón; "en sus cartas no se olvidaba de nadie ni de nada" (Carmela Carvajal):

> "Memorias a mamá, abuelita, Conchita, Antuca, José Jesús, David y toda la Santa Familia que la premura del tiempo me impide nombrar..." (Fuenzalida,

1974)[133]

Al pie del pedestal

Antes de subir al pedestal, los héroes han sido hombres, con las pequeñas satisfacciones y las inevitables vanidades, debilidades y manías propias de la condición humana. Es malo ocultarlas, pues se falsea el retrato.

Prat, con toda su seriedad, solía mostrar una punta de ironía en la correspondencia. Por ejemplo, tras el fracasado intento de hacer llegar a Carmela unos ostiones frescos del litoral boliviano, le señalaba:

> "Había deseado enviarte por este vapor otro cajón... pero la consideración que los que (Luis Alfredo) Lynch, con rara tenacidad, manda todos los viernes, llegan siempre descompuestos, me ha retraído de hacerlo, en cambio te llevaré unos pocos de conserva para que los conozcas..."
>
> "El portador de este encargo -escribe en otra ocasión, desde Montevideo- es un inglés poco amigo del matrimonio y a quien he prometido casarlo a mi vuelta. Es gordito así como para la Leonor..."

Oigámosle, en seguida, este comentario sobre una fugaz aventura periodística de don Jacinto Chacón y doña Rosario Orrego:

> "La otra noche (los) encontré... entusiasmados con la publicación del *Porvenir*, el nuevo diario formado por la conversión de *El Correo de Avisos*, que se publicaba día por medio. El caso es que el *Porvenir* tuvo tan negro porvenir que hoy ha dejado de existir sin anuncio previo y entiendo que de inanición. Al ama le faltaba leche."[134]

Entre sus gustos figuraba destacadamente la lectura castellana y francesa. En Mejillones, el año 74, urgía se le remitiera la *Revista de Valparaíso* -que dirigía Rosario Orrego-, renovando la suscripción. Agregaba que, al venirse, se le había quedado el ejemplar último, donde comenzaba un artículo sobre "lo que encierra de verdad la mitología, asunto muy interesante." Que le consiguieran, también, las últimas entregas de la *Luz del Pueblo*, pues se había agotado la Nº 10 cuando fuera por ella a la Librería Universal, antes de partir. Coleccionaba y leía la *Revista de Ambos Mundos* gala. Se avergonzaba, dijimos, de entretenerse con literatura más liviana... pero lo hacía. El Quijote -consignó- "me ha hecho llorar de risa repetidas veces."[135]

La música -afición heredada de doña Rosario- fue también importante para Arturo Prat. La madre le enseñó los rudimentos de su teoría, a los seis o siete años. Cuando se casaron, tanto él como su mujer tocaban algo de piano, pero Carmela más avanzadamente. Arturo intentó alcanzarla en Mejillones (1873), aprovechando el instrumento que, según vimos, había traído consigo el médico de la *Esmeralda*. "He estado sacando una cancioncita inglesa titulada 'A orillas del río Danubio', no es inglesa

sino alemana la música, muy melodiosa, algo triste, pero muy bonita, cuánto diera por oírtela" ...informaba. Y poco después: "Ya he aprendido la cancioncita, con el propósito de enseñártela y oírtela a mi vuelta." Luego conseguiría dominar algunos trozos de ópera y romanzas.136

Por aquí, seguramente, llegó Prat al teatro lírico, que es probable fuese su afición más viva. Era asiduo de él, donde estuviese... Valparaíso, Santiago, Callao, Montevideo. El año 1867, v. gr., la sempiterna libreta lo muestra gastando dos pesos en el teatro de la capital. Luego, cinco pesos con 50 centavos en el importe de un "palco para la familia," allí mismo. El 67 completo, el teatro le significó un gasto de 38 pesos con 80 centavos. El 69, anota palco, entradas y helados en el *Odeón* porteño: 21 pesos. Este teatro se inauguró dicho año, luego sería famoso por la ópera y la zarzuela.

Ya no tan digna de la estatua fue en Prat la afición por el juego. Compraba boletos de lotería. Arriesgaba (y usualmente perdía) pequeñas sumas a los naipes ...el rocambor (o tresillo español), al cual -dijimos- se acostumbró en Montevideo; la malilla, con el nueve como carta máxima; la basiga, que no hemos podido identificar, etc.

Lo perdido o lo ganado al juego se registra con minucioso detalle en las tantas veces aludidas libretas de gastos, símbolo perfecto de la obsesión por el orden y el método, característica de Prat, y cuyo epítome es la entrada que sigue:

> "28 de diciembre de 1869, pasado por inocente, 20 centavos."

Pero las libretas nos permiten, simultáneamente, aquilatar la escrupulosa honradez de Prat, en especial con los fondos públicos. De tal manera, cuando anota los gastos de Montevideo y Buenos Aires, todos los que no conciernan estrictamente a su cometido oficial son eliminados: una botella de Burdeos y propina (40 centavos), de nuevo una propina (20 centavos), un sexto de boleto de lotería (un peso), recortar la barba (15 centavos), helados (20 centavos), teatro (2 pesos), etc.

Otros rasgos de Prat revelan las imperfecciones que a todos nos hacen más humanos... y consiguientemente más asequibles y amables. Cierta vanidad por su apariencia: ejemplo, la calvicie que avanza. El efecto que hará este avance sobre su mujer e hija, cuando le vean nuevamente tras los meses de "estación" boliviana, es tema que las cartas a Carmela abordan bromeando... pero con una broma preocupada. Hay alguna hipocondría en la constante mención de pequeñas dolencias, fármacos tradicionales, remedios caseros, recetas homeopáticas, etc. Y suele despertar una sonrisa la erudición desplegada tocando los más diversos temas, y cuyo sustento son las voraces lecturas del marino. Explica, v. gr., "cómo han de usar el guano en el jardín de mi abuelita", y cómo saber si la pintura de una loza está debajo o encima de su vidriado:

> "...puede conocerse en que pasando una uña o algo afilado por la orilla de lo

pintado, se nota que esto resalta sobre la superficie... mientras es perfectamente liso cuando está debajo del vidriado."[137]

Una palabra final sobre la vivienda de los Prat. Fue siempre porteña, digna y modesta, y siempre alrededor de la Plaza Victoria. Primero en la calle Condell (entonces San Juan de Dios), esquina de Molina -Molina Nº 2-, hoy emplazamiento del Club Naval: dos pisos y balcón volado. Aquí residieron los recién casados y nacieron (parece) todos sus hijos. Vecino era Jorge Montt; entre ambas familias, comprobaremos, existía una fuerte amistad. Después, Jacinto Chacón construyó varias casas en la que había sido la quinta de su padre, don Pedro, hacia el final de la Calle del Circo y distante una cuadra y media de la plaza referida. A una de estas casas -pegadas al anfiteatro de los cerros, y que se empinaban en gradería por sus faldeos- se mudó la familia Prat, comprendida doña Rosario Chacón; allí los encontraría el 21 de mayo. Muy cerca, ocupaba otra de las mismas casas la abuela del héroe, doña Concepción Barrios, y otra aún, José Jesús Carvajal. La casa de Carvajal llevaba el Nº 27 de la calle del Circo. La de los Prat, más cercana al plano, el Nº 58. El vecindario eran marinos -Montt, los contralmirantes Simpson y Eugenio Cortés, etc.-, funcionarios, profesionales, sabios como Nataniel Cox... Vale decir, familias con tradición porteña, cultas, de medios más bien reducidos y existencia reposada y austera, muy desconectadas -ciertamente- de la política, la banca, los negocios, y la liviandad y los lujos de los portentosos años 70. Y apenas el clima lo permitía, los Prat, los Chacón y los Carvajal menudeaban las escapadas a sus propiedades de Quillota y Curimón, donde restablecían contacto con las viejas, porfiadas raíces campesinas.

Ideario de Arturo Prat

Conocemos ya el pensamiento religioso y moral de Prat. En el próximo capítulo se analizarán sus ideas sobre política exterior, referidas especialmente a la disputa con Argentina. Ahora, trataremos la visión política y económico-social del héroe, y cómo enfocaba el presente y futuro de nuestra Armada. El último tema es el de mayor relevancia -entre los que toca este párrafo-, pues por razones obvias mereció especial atención de Prat y lo conocía en profundidad. Mientras que la política, la economía y la sociedad eran para él intereses marginales.

Sus escritos apenas mencionan los problemas políticos. A la verdad, no lo conmovían. Se ha aseverado que para las presidenciales de 1876 fue partidario del candidato "opositor," Vicuña Mackenna, contra el "oficialista" Aníbal Pinto, apoyado por el Supremo Mandatario saliente, Federico Errázuriz, y que triunfaría en definitiva. Incluso, veremos, Enrique Bunster sostiene que este abanderizamiento entorpeció la carrera naval de Prat. Pero todo lo anterior es mera hipótesis. El héroe admiraba a Errázuriz, por haber decidido la compra de los blindados que luego serían tan decisivos durante la Guerra del Pacífico. Y aunque la familia de Arturo Prat,

particularmente los Chacón, se hubiere inclinado hacia Vicuña -lo que tampoco está claro-, seguramente aquél no habría seguido igual camino. Pues don Benjamín fue el máximo "entreguista" de la Patagonia, postura (veremos) anatema para Prat.

Cuando el héroe habla de política -y lo hace, reiteremos, muy a lo lejos-, se aprecia una posición liberal, acorde con los antecedentes familiares. Pero su liberalismo no es ciego, sino crítico, denotando una vez más la independencia y originalidad de pensamiento características en Arturo Prat. Por ejemplo, en el ambiente entonces reinante, de ardorosa lucha contra el poder presidencial, el liberalismo levanta como bandera de batalla las "incompatibilidades parlamentarias." O sea, que los congresistas no puedan ser a la vez funcionarios públicos, pues ello los compromete con el Ejecutivo, con el presidente. Pero esto es un error, afirma el liberal Prat: "Los hombres de algún valor (dice), que son pocos, si ocupan puestos administrativos se ven alejados de los cuerpos legislativos en que podrían ser útiles a su país."[138]

Escribiendo otra carta, que quiere demostrar la racionalidad de una guerra con Argentina (tema desarrollado por el capítulo siguiente), Prat percibe en este conflicto un solo, eventual, peligro "mayor": "la perspectiva del militarismo entronizado."[139] Afirma así la tradición apolítica y profesional de las Fuerzas Armadas en Chile, que viene de Portales y los grandes presidentes-militares, Prieto y Bulnes, y que luego -concluida la Guerra Civil- reiterará un tercer mandatario uniformado, marino éste e íntimo amigo del héroe: Jorge Montt.

El único tema político que Arturo Prat conoció a fondo fue el de las elecciones populares y sus leyes regulatorias. Se acababa de promulgar la de 1874, durante cuyo trámite el presidente Errázuriz había luchado desesperadamente para retener una parte, por lo menos, de las antiguas armas electorales del Ejecutivo. En conclusión, debió transigir con los radicales -minoría opositora- y dejar se despachase la ley ya señalada, que mellaba esas armas, o intentaba hacerlo, pero sin destruirlas completamente, como proponía el otro grupo opositor y minoritario, el conservador.

El centro de la disputa había sido doble: reemplazar, en el proceso electoral, a las municipalidades por unos organismos nuevos, ad hoc, las "juntas de mayores contribuyentes;" e introducir el "voto acumulativo." Lo primero perseguía arrebatar al Gobierno el control de aquel proceso, dificultándole así su manipulación. Lo segundo, que las minorías tuviesen alguna cuota parlamentaria. Para ello, cada sufragante dispondría de tantos votos como puestos hubiese por llenar, pudiendo cargarlos todos a un mismo nombre, o repartirlos entre los diversos candidatos según creyese conveniente. Hasta ese momento, se aplicaba el sistema de "lista cerrada," muy cómodo para el Ejecutivo: la lista que obtuviese ventaja, si bien fuere por un voto, se llevaba el total de los puestos en juego.

Al fin, la transacción Errázuriz-radicales acogió el sistema de "mayores

contribuyentes." También el voto acumulativo, mas sólo en las elecciones de diputados. Las de senadores y las de electores presidenciales (los comicios para Supremo Mandatario eran entonces indirectos) continuarían rigiéndose por la lista cerrada. Un mecanismo intermedio se aplicaría a las municipalidades, la "lista incompleta;" según ella, el partido triunfante ganaba la mayoría absoluta de los cargos, y el saldo correspondía a aquel que lo siguiera en votación.

Ya se ha visto que la memoria de prueba de Arturo Prat para recibirse de abogado, versa sobre la ley de 1874. Es un análisis puntual de la misma, señalando las contradicciones y oscuridades de su texto, y proponiendo cambios de éste que eliminen aquéllas. El propio autor las califica como "defectos de detalle," y alaba la ley "eminentemente liberal" que establece "la libertad del voto," y "la justa y conveniente representación de las minorías." También le merecen elogio otras disposiciones: la justicia electoral por jurados, v. gr., o la forma como se ha prescindido del sufragio censitario, el que exige bienes raíces o rentas para poder votar. "Buena en el fondo -concluye- (la ley) tiene necesidad de serias e importantes reformas en materia de reglamentación... (si ha de) alcanzar el alto objeto a que está destinada: ser garantía eficaz de que el resultado de las urnas sea la fiel expresión de la voluntad nacional" (Prat, 1976).[140]

La ley de 1874 no surtió el efecto buscado, porque la intervención del Ejecutivo en los comicios no era un tema jurídico, sino un hecho... una muestra de poder, desnuda y brutal, que pasaba por encima del derecho.

Hallándose Prat en Montevideo -finalizaba 1878-, las elecciones de esa época fueron agitadísimas, y a ello dio la prensa argentina y uruguaya caracteres sensacionalistas. Expresó Arturo Prat:

> "Por los diarios de Chile, veo que la lucha electoral ha sido en varias partes y sobre todo en Santiago muy encarnizada y hasta escandalosa."
>
> "Da realmente tristeza leer tanta miseria, y contribuye a formar la más triste idea del país. En estos lugares... no toman de nuestros diarios sino ...aquello que pueda perjudicarnos en el concepto público... Todo calculado para dar la idea de que somos un país bárbaro; y contener a los inmigrantes que intentaran dirigirse hacia allá..."[141]

Nótese que al héroe lo preocupa más la repercusión externa de los desórdenes electorales, que éstos mismos.

En el campo social, advertimos una cierta indiferencia de Arturo Prat ante los problemas obreros. No debe extrañarnos, pues ella será un rasgo común en el sector directivo de la sociedad chilena, no sólo entonces sino también después y, podríamos decir, permanentemente. Por lo demás, tales problemas no se mostrarían esos años tan graves como más adelante, a partir de los 90. De todos modos, fue fría la mirada que

tendió Prat, corriendo 1873 y 1874, sobre la desocupación obrera del Norte, no obstante haberla visto muy cercana cuando (según señalábamos páginas arriba) la *Esmeralda* trasladó centenares de cesantes, de Mejillones y Antofagasta a Chañaral. Constituían los forzados viajeros una masa lamentable. Sin embargo, para el marino amenazaban "la tranquilidad pública, en razón (decía) de la ociosidad y probablemente del hambre, cuando les escaseen los recursos." "Cosa -agregaba- que (quizás) ... les suceda muy luego, atendidos los hábitos disipados e imprevisores de nuestro pueblo."[142]

Pero no era un pueblo distinto el que le causaría admiración al contemplarlo -estallada ya la Guerra del Pacífico y bloqueado Iquique por nuestra Marina- expresar allí su patriotismo chileno con valerosa vehemencia:

"Da verdadera pena ver a esta gente, que pierden todo lo que tienen, pero están orgullosos y contentos con lo que sucede porque su Chile está antes que nada," comentaba Prat.[143]

El capítulo siguiente nos dirá que Arturo Prat miraba, en la eventual guerra contra Argentina, una salida provisoria a la masiva cesantía causada por la crisis de los 70.

Desde otro ángulo, la relativa insensibilidad que exhibe el héroe respecto del malestar obrero, corre paralela con la preocupación -un tanto contradictoria- por la enseñanza popular; es éste un rasgo asimismo característico de la clase rectora, particularmente en su sector liberal, durante el último cuarto del siglo XIX. Ello lleva a Prat a ser profesor de la porteña y gratuita Escuela Franklin, para trabajadores, que han abierto jóvenes liberales. Sus ramos: moral y "lecciones de la naturaleza" (astronomía y botánica).

Tocante a economía, es la época del francés *Courcelle -Seneuil*. Postulando un riguroso liberalismo, este profesor y escritor galo reina en Chile, los años 70, sobre la teoría y la práctica de su ciencia; entre universitarios y gobernantes, sienta cátedra indiscutida. Ausente del país ya por algún tiempo, ha dejado aquí discípulos sabios, brillantes, de gran influencia y una ortodoxia liberal superior, incluso, a la del maestro, v. gr., Marcial González y Zorobabel Rodríguez. Mas Prat se distancia de esta línea. Se aleja, también, de otro dogma contemporáneo, que nuestro *establishment* venera tanto como el liberalismo difundido por *Courcelle-Seneuil*: las bondades de la inmigración. "El espectáculo que aquí presenta (ésta) -escribe Prat desde el Plata- ...me ha curado del deseo, tan general entre nosotros, de ver (la) dirigirse a Chile... hasta el punto que hoy la prohibiría si no llevara consigo probados hábitos de trabajo y moralidad."

Simultáneamente, sin embargo -según señalará el próximo capítulo-, veía una Europa futura que, huyendo del socialismo, trasladaba a América sus conocimientos y capitales.

Pero la inmigración de hoy -añadía- va haciendo de los países americanos

“colonias europeas, formadas por la hez de sus sociedades,” sacrificando así “la noble nacionalidad americana, al desarrollo material de su riqueza.”

Aun éste, continuaba, era “un miraje”, derivado del “culto al libre cambio.” El fruto de la tierra americana despachado a Europa, retornaba apenas y parcialmente, cuando más; ello en razón del mayor precio de los artículos manufacturados que los europeos, por su parte, nos mandaban. El eventual saldo favorable para América concluía Prat, “probablemente no alcanzará a compensar el empobrecimiento de las tierras (explotadas).”

Según Arturo Prat, estas observaciones confirmaban su anterior convicción de que *Courcelle-Seneuil* era aplicable a “sociedades ya desarrolladas”, mas no a “sociedades en cierne... pueblos en su vida infantil... que necesitan la protección de la nodriza para su desenvolvimiento normal y sin zozobra.”

Había sonado la hora de cambiar de “maestros,” sugiriendo Prat el de “Carey (norteamericano).”[144]

Este -*Henry Charles Carey*- fue un abogado y economista yanqui, de origen irlandés, fallecido el mismo año que Prat, pero a una edad avanzada. Republicano, combinaba la creencia un tanto optimista en la armonización natural de los diversos intereses -aparentemente contrapuestos- de una sociedad, con el proteccionismo como receta para impulsar la industria de los países en desarrollo. Fue Carey muy crítico de los economistas clásicos. Se le suele considerar el padre de la ciencia económica de los Estados Unidos. Tuvo fama internacional y escribió numerosos libros, de los cuales adquirió Prat en Montevideo el *Tratado de Ciencia Social,* reforzando así sus ideas anteriores, por supuesto mucho menos elaboradas.[145]

En materias navales, Prat sustentó una concepción completa, que cubría a todos los aspectos de la Armada: naves, instalaciones terrestres de apoyo, oficialidad y marinería.

Tocante a barcos y armamento, Arturo Prat alababa el “arrojo, la valentía” de Federico Errázuriz y su plan de adquisiciones “marino-militares,” que el Congreso aprobara por unanimidad. Con ello, el equipamiento de nuestras Fuerzas Armadas había llegado a ser “relativamente respetable.” Sin embargo, en privado, Prat reclamaba con energía e insistencia una mejor mantención de los equipos, y especialmente que se limpiaran los fondos de los blindados, y se renovasen las calderas de los barcos más antiguos... particularmente de las corbetas. Pedía esto enfocando la guerra con Argentina, que entonces aparentaba ser la más probable y próxima. El año 78, Prat indicaba a Williams Rebolledo, desde Montevideo, que el pacto Fierro-Sarratea no evitaría aquel conflicto, pero significaría unos meses de respiro, permitiendo reparar la escuadra. No lo escucharon sus superiores y, venida la guerra, la falla inicial y básica que sufriría la Armada de Chile sería, precisamente, la lentitud y la dificultad para mover la flota, originadas en el mal mantenimiento.

Anotaba luego Arturo Prat la necesidad de que la Marina tuviese ciertas indispensables instalaciones de tierra, que le faltaban por completo o eran inadecuadas o insuficientes, como ser arsenales, y almacenes para sus "cortas necesidades."

En lo relativo a la oficialidad, dos eran las materias claves, según Prat: la ley o reglamento de ascensos (y ya hemos reseñado sus tenaces y fracasados esfuerzos al respecto) y la mejoría de los sueldos. Sobre el último punto, también se movió el héroe con energía... y tampoco obtuvo éxito. El año 1873 remitía desde Mejillones un artículo suyo para la prensa; tema: las remuneraciones de la Armada. Si no las hubiesen aumentado los senadores aquellos días, como se esperaba, Carmela debía hacer publicar el artículo. El argumento de no haber recursos para incrementar los sueldos, lo impacientaba. Dos ascensos largamente debidos, pero postergados pretextando "las angustias del erario", le arrancaban estas frases entre irritadas e irónicas: "(Son) 150 pesos al año por cada uno, total 300 pesos, que probablemente no nos traerían la bancarrota... bastaría consumir un poco menos de gas en La Moneda para evitarla."[146]

La Escuela Naval era otro elemento principalísimo en las ideas del héroe respecto de la Armada. El 18 de febrero de 1876 -celebrándose un banquete a bordo del *Cochrane* para festejar su incorporación a la escuadra- el capitán Prat definía así la Escuela que soñaba:

> "Un instituto naval especialmente dedicado a formar oficiales de Marina, donde se cultiven las ciencias con amor, donde se eleve el nivel de los estudios a la altura que los progresos del día lo reclaman."

La respuesta del Gobierno, sabemos, fue -pocos meses más tarde- cerrar la modesta escuela existente. Otra vez las "angustias del erario."

(En justicia, sin embargo, debe señalarse que tales "angustias" eran muy efectivas, hallándose el país entonces -como nos dijo la Introducción- azotado por una honda crisis depresiva.)

Para terminar, las ideas navales de Prat dedicaban un capítulo a la marinería; requería, dijo, "enganches sistemados" y, también, mejores sueldos.[147]

Aquí concluye nuestro breve vistazo al ideario de Arturo Prat. No fue, ciertamente, un pensador, ni un escritor ni un político, ni quiso ni pretendió ser nada de esto. Pero la huella de sus ideas nos las revela originales, meditadas y siempre enfocadas al bien público, completando el cuadro de una personalidad superior.

***

CAPÍTULO OCTAVO

Misión del Plata

El l5 de noviembre de 1878, el capitán de fragata efectivo Arturo Prat, ayudante de la Comandancia General de Marina -convocado urgentemente por el canciller Alejandro Fierro-, se presentaba ante éste. Al efecto, había viajado Prat toda la noche por tren, desde Valparaíso. Fierro tenía una misión para el marino, quien después la resumió así:

> "...trasladarse a Montevideo para saber lo que se haga en la República Argentina en orden a armamentos, movimientos militares y toda clase de aprestos que revelen un carácter hostil a Chile, pues se están recibiendo continuamente telegramas alarmantes, quizás sin fundamento real, y lo que se desea es saber lo que haya de positivo."[148]

Las instrucciones del ministro, impartidas el mismo día cinco, eran similares: observar "atentamente," y "en todos sus detalles", el número, clase, artillería y tripulación de las naves de guerra argentinas; su estado; los torpedos de que dispusieran, su modelo y cantidad. Respecto del Ejército: contingente, armamento, "en general, estado del parque de guerra y... anexos." Lo mismo tocante a la Guardia Nacional. Encargos militares y navales que Argentina hubiese hecho a Europa. Providencias de la Casa Rosada sobre estas materias (Fuenzalida, 1974).[149]

Los contactos de Prat serían nuestros cónsules en Montevideo (José María Castellanos) y Buenos Aires (Mariano Baudrix), pero debiendo incluir el comportamiento de éstos, también, en la investigación e informes al Ministerio.

El capitán no se presentaría como tal, sino como abogado y escritor. Fierro quiso que además adoptase una falsa identidad, pero sobre esto Prat fue intransigente: "Iré, señor, donde se me ordene; pero aquí como allá deseo ser siempre Arturo Prat."[150]

Convinieron en comunicarse telegráficamente, o vía el cónsul Castellanos, pero de cualquier modo utilizando una clave o cifra, y convertido Fierro al efecto en el "Señor Gerente del Porvenir de la Familia." Otras veces los telegramas tendrían como dirección la de Domingo Gana, ministro chileno en Londres (quien los reexpediría hacia Santiago), o el negocio porteño de los Carvajal. La libreta de apuntes de Prat -hallada sobre su cadáver y que Grau devolvió- contiene ejemplos de telegramas en clave despachados. V. gr.:

> "Señor Duelas ha comprado aguardiente primera clase en Francia."

Significaba que el gobierno argentino había adquirido un superior buque de guerra en ese país.

La importancia y urgencia de la tarea que asumió Prat se aquilatan con el hecho de que embarcara al día siguiente, seis. Los diarios, despistando, lo incluyeron entre los pasajeros con destino Punta Arenas que llevaba el vapor *Valparaíso,* pero ésta era sólo una etapa del itinerario, el cual se prolongaba hasta Montevideo.

Llevaba 386 libras esterlinas oro para gastos, 46 en moneda (conseguidas por el Comandante General de Marina, Eulogio Altamirano) y 340 en un documento contra el Banco Oriental de Londres. El mismo día cinco, la legación londinense recibió además instrucciones de girar -de sus propios fondos y a nombre del misterioso viajero- 4.000 pesos, unas 700 u 800 libras adicionales.

Estas cantidades, más el sueldo de Prat, hubiesen bastado y sobrado para el mantenimiento simultáneo del marino en el Plata y de su familia en Valparaíso. Pero no fue así, por cuanto Montevideo era muy caro para vivir, y el héroe -ya lo hemos dicho-, con una delicadeza rigurosísima, eliminó de la cuenta de gastos todo desembolso personal... ¡aun el de recortarse la barba o dar una propina! Así, él y Carmela pasaron estrecheces, pero -a su regreso- Arturo Prat pudo devolver 170 de las 386 libras recibidas.

El trayecto marítimo Valparaíso-Punta Arenas fue todo un agrado, parte por la estación del año -buen tiempo y mares menos turbulentos-, y parte debido a la comodidad del barco y a la comida "muy regular, aunque poco chilena en la sazón." "Lo que más siento -se lamentaba con Carmela- es que (el viaje) no sea en tu compañía y... la de mi carísima Blanquita,"[3] que hubiera gozado correteando por la cubierta...

Sólo los dos últimos días de navegación fueron agitados... viento y marejadas del norte. El 13 fondeaban en Punta Arenas.

Embarcó Prat nuevamente, casi de inmediato, y siempre en el *Valparaíso,* hacia su destino final, Montevideo. Alcanzaría, sin embargo, a almorzar antes con Jorge Montt en la nave que éste capitaneaba, la cañonera *Magallanes,* la cual -apreciaremos luego- no era ajena al viaje del héroe.

Cinco días después, el 18 de noviembre, a las 15.30 horas, Arturo Prat avistaba Montevideo. Había sido, escribió, "un verdadero paseo."

Corresponde intentar explicarnos la lógica y el apuro de este viaje, discurrido, decidido y ordenado por el Gobierno y realizado por Prat en menos de 15 días.

Necesario es conectarlo con el virtual estado de guerra entre Chile y Argentina, que se vivió corriendo octubre de 1878.

Su antecedente mediato era, claro está, la gran disputa entre los dos países por la Patagonia, el Estrecho y la Tierra del Fuego. No podemos historiarla aquí, pero sus instancias de solución pacífica se hallaban rotas desde el fracaso de la convención Barros (Diego, plenipotenciario chileno)- Elizalde (Rufino, canciller argentino). Firmada

el 18 de enero de 1878, a la postre la desaprobaron ambos gobiernos, en medio de un vendaval de acusaciones recíprocas. Para julio de 1878, Argentina y Chile tenían prácticamente interrumpidas las relaciones, con la entrega de las respectivas "cartas de retiro" por sus diplomáticos. El incendio se hizo devorador cuando la correspondencia privada de Barros Arana con la cancillería y presidencia chilenas, apareció en la prensa bonaerense, achacándose la sustracción a dos connacionales nuestros, pero resueltos "argentinistas", Manuel Federico Cuéllar y Manuel Bilbao; aquellas cartas eran desinhibidamente críticas para personeros importantes del país vecino.

En este clima enrarecido, hizo explosión el incidente de la *Devonshire,* barca norteamericana que -con permiso argentino, pero no nuestro- estaba cargando guano en la región del río Santa Cruz, que ambos estados reivindicaban como propia (allí mismo, dos años atrás, un hecho parecido -esa vez protagonizado por la nave francesa *Jeanne Amélie-* casi condujo, también, a la guerra).

Noticiadas las autoridades chilenas de Punta Arenas sobre la incursión que hacía la *Devonshire,* despacharon a la zona la cañonera *Magallanes,* comandada por Montt. Esta capturó la barca yanqui y la llevó hasta Punta Arenas, donde quedaría internada y bajo el fuero de la justicia nacional.

En ambos países, los hechos narrados crearon un ambiente bélico. Los argentinos, desafiantemente, establecieron la "Subdelegación Marítima de Santa Cruz" y anclaron allí su escuadra.

Chile puso en pie de guerra la suya -especialmente los blindados-, reforzó la dotación de Punta Arenas y... decidió el viaje de Prat. La prensa de Buenos Aires y Santiago disparaba gruesas andanadas; se sucedían las tempestuosas manifestaciones callejeras de los dos pueblos enfrentados.

Arturo Prat partió en medio de una ola de rumores; incluso se aseguraba la captura de la *Magallanes* por los argentinos, "noticia" que -hemos visto- se disipó para Prat tan luego como, desembarcando en Punta Arenas, pudo almorzar a bordo de la cañonera "apresada" con su comandante.

Paradójicamente, según se apreciará, la situación se distendió de inmediato, durante la misión rioplatense del héroe. Culminaría el apaciguamiento de los espíritus el seis y siete de diciembre, con el pacto Fierro (Alejandro)- Sarratea (Mariano, cónsul argentino en Santiago) y sus anexos, de tan efímera vida como la convención Barros-Elizalde. Mas, mientras estos convenios de 1878 no murieron, alejaron el peligro de guerra. Acordaban esos documentos un arbitraje de complicada constitución e imprecisos alcances, y establecían un *statu quo* de jurisdicciones provisorias: la chilena para el Estrecho; la argentina para el Atlántico. Además, devolvimos la barca *Devonshire* a su dueño yanqui, contra una garantía de éste por las resultas del juicio.

Mirando y escuchando en el Plata

Tras lo expuesto, y después de tantos años, sería ocioso negar que la misión de Arturo Prat lindaba, si no caía por completo, en lo que hoy se calificaría, quizás eufemísticamente, como "tareas de inteligencia."

Psicológicamente, nada menos compatible con tarea tal, que la personalidad del héroe. Por una parte, le molestaba engañar. Por otra, esas labores implican -necesariamente- perder mucho tiempo, a la espera de un dato o de una ocasión que pueden demorar semanas o meses en materializarse. Esta "ociosidad" resultaba insoportable para Prat, llevándolo al convencimiento, también común en casos semejantes, de que su misión era inútil. Pero la cumplió cabal y concienzudamente, sin perjuicio de expresar aquel convencimiento a sus superiores, pidiéndoles hasta la majadería que le ordenasen regresar.

Fue así el "doctor" y " publicista" chileno Arturo Prat, rico y con mucho tiempo sobrante, haraganeando entre Montevideo y Buenos Aires a la espera de embarcarse para el Viejo Mundo. No pasó tan desapercibido como hubiese deseado: cierta prensa belicista insinuó que se trataba de un espía, pero ello no le trajo mayores dificultades. Ya advertimos que, posteriormente, los peruanos hallaron sobre su cadáver una libreta de apuntes, algunos entre los cuales no dejaban la menor oscuridad respecto a la índole que había tenido su misión del 78. La prensa limeña, naturalmente, explotó esta noticia el 79, para crear roces nuestros con Argentina.

Lo alojó en Montevideo el Hotel de la Paz. No conocía a nadie, los chilenos de la ciudad eran muy escasos. Durante casi tres semanas se aburrió en el mayor aislamiento. Luego, algunos amigos conquistados laboriosamente: un empleado inglés de la: firma anglochilena *Weir Scott, J. Hamilton Smith* (quizás el gordito enemigo del matrimonio, referido páginas atrás) y un connacional de residencia uruguaya -"un joven Hurtado Barros que me sirve de cicerone"- lo fueron introduciendo en la sociedad montevideana. Hizo así los primeros contactos. El más importante, Federico Nin, alto jefe del partido "blanco," "de gran talento y vastísima instrucción." Dos veces lo visitó Prat; "su casa (diría) tiene el atractivo de su esposa... señora muy amable y conversadora, y dos hijas bastante agraciadas."[151] Nin mismo llegaba cotidianamente al hotel alrededor de mediodía; para charlar con Arturo Prat. Conocimiento interesante fue también el que trabaron el héroe y el ministro brasileño en Uruguay, Felipe López Netto. Este, parece, penetró o sospechó los verdaderos objetivos del chileno, y quiso por su intermedio -pronto se verá- hacer llegar ciertas insinuaciones bélicas a nuestro gobierno.

¿Cómo empleaba Arturo Prat el tiempo libre, en Montevideo? Leía mucho, diarios argentinos, uruguayos y chilenos (Carmela le enviaba por barco los más importantes periódicos nacionales) y libros: el del ya referido economista Carey; el *Tratado de*

Economía, de Ricardo; la *Filosofía Moral;* de Heredia; el *Derecho Penal* del español Pacheco... En la tarde, "con un compañero," daba una vuelta "por la calle que une dos plazas poco distantes entre sí, y que es donde forman su paseo las damas de esta ciudad." ''Y en seguida... alguna visita." Conoció también las "valiosas quintas" de los extramuros montevideanos.

Otra actividad del agente Prat, fue reimprimir, en mil ejemplares, un folleto reciente de Carlos Morla que exponía los títulos chilenos sobre la Patagonia. Le costó 80 pesos, y los cónsules se encargarían de repartir el impreso con discreción.

El héroe se encantó ante la "preciosa ciudad," aunque fuera "accidentada en su suelo": se subía y bajaba continuamente, pero ello hacía fácil la limpieza de las calles, lavadas por las precipitaciones torrenciales y continuas; éstas, también, refrescaban el aire. El mismo Arturo Prat llegó un día de "calor espantoso," suavizado al siguiente con la lluvia. Montevideo era extensa, y la cruzaban ferrocarriles de sangre en tantas direcciones, que los coches de posta casi habían desaparecido. Las casas, todas de cal y ladrillo, modernas, de estilo elegante, y patios embaldosados -generalmente de mármol-, con plantas en cajones, le parecieron más pequeñas que las santiaguinas y más desahogadas que las porteñas.

Lo impresionó la fuerte presencia de extranjeros... brasileños, italianos, españoles. Anotó que constituían el 70% de los contribuyentes agrícolas, sin contar la masa de inmigrantes más nueva.

Igual que Chile, Uruguay padecía los efectos de la crisis económica -la "depresión larga"- generalizada en el mundo entero. Sus efectos golpeaban especialmente a los estratos superiores y medios acomodados del país. Habían descendido violentamente los precios de la tierra y los valores; las quintas arriba aludidas, por ejemplo, en un 80% o más. Situación tan "terrible" duraba ya cuatro o cinco años, aunque los últimos dos había comenzado a revertir, comentaba Prat: "Un pueblo... alegre, bullicioso, donde jamás faltaban bailes, tertulias, teatros, paseos, no hace hoy otra cosa que irse a pasear a la plaza, quizás para no encender gas."[152]

La mano de hierro del dictador Lorenzo Latorre había mantenido tranquilo el país, no obstante la crisis; en 1879 sería elegido Jefe del Estado.

Evidentemente, si Montevideo podía ser la base de operaciones del "doctor Prat," su abastecimiento de noticias no estaría allí -por lo menos, de una manera principal- sino en Buenos Aires. El héroe viajó dos veces a esta metrópoli, ambas durante diciembre de 1878.

La primera, perdió miserablemente el tiempo. Media jornada de navegación nocturna -entre las 18 y las 6 horas- lo puso en Buenos Aires. Los muelles se encontraban al seco; los botes no los alcanzaban; los pasajeros debían utilizar carretones

para completar el trayecto hasta la tierra firme. La ciudad no impresionó a Prat, hallándola fea y descuidada. Alojó en un segundo Hotel de la Paz, "el mejor" de Buenos Aires.

Llevaba cartas de recomendación, que le fueron inútiles, pues la canícula había vaciado la ciudad. Concurrió dos noches seguidas al flamante Teatro de la Opera, inaugurado cortos años atrás. Vio sucesivamente una compañía lírica francesa *(Les Cloches de Corneville)* y una italiana *(El Baile de Máscaras,* de *Verdi*). La obra francesa, opereta de *Robert Planquette*, era un éxito mundial, y muy reciente, pues había sido estrenada en París el año 1877. Como en Uruguay, Prat se sorprendió de que los asistentes a estos espectáculos y el público de los cafés, fueren mayoritariamente extranjeros.

Durante el segundo viaje, acompañado e introducido por José Fernández de Guimaraes -al cual nos referiremos luego- y por Francisco Javier Hurtado Barros, Arturo Prat hizo contactos importantes... un presidente de banco, un senador provincial, etc. Vio edificios cuyo lujo lo impactaría, v. gr., el "desmedido" Correo; visitó el parque de Palermo, en formación... Buenos Aires le aparecía, ahora, bajo muy distinta luz.

El senador, Gregorio Torres, lo invitó a su cercana estancia *Armonía* (Ensenada), de 1.600 cuadras, cuya explotación principal era la ganadera, pero también tenía trigo, y un "bosque de duraznos" para fruta y leña.

De regreso en Buenos Aires, el senador y Prat fueron a la Casa Rosada. Torres, íntimo del presidente Avellaneda, quería que el Mandatario y el chileno se conocieran. Desgraciadamente, Avellaneda había dejado ya el palacio, "para tomar el tren. Al salir (anotó el héroe), lo divisamos que llevaba ese camino, así es que... lo alcanzamos y le fui presentado. Las circunstancias del encuentro limitaron la entrevista a ofrecimiento y cortesía." Prat, con su invariable honestidad interna, pensaba que Avellaneda había sido amable sólo por creerle pariente del Ministro del Interior chileno, Belisario Prats.

No escapaba Argentina a la crisis mundial, según Arturo Prat. Los efectos eran comparables con los que Chile o Uruguay experimentaban: descenso de las exportaciones, la producción, el consumo, y la renta del Estado (cuyo 90% lo proporcionaban las Aduanas, y había "bajado considerablemente"); cesantía; tirantez social; funcionarios impagos; deuda pública sin solventar... Pero esos efectos se dejaban sentir en Argentina con mayor gravedad. "Están diez veces más quebrados que nosotros," decía Prat con cierta satísfacción.[153]

Misión cumplida

Simultáneamente con estas actividades sociales, Prat fue cumpliendo de un modo riguroso lo específico de su misión.

Se ocupó, primeramente, de los cónsules. Pensaba e informó que los de Montevideo (Castellanos) y Buenos Aires (Baudrix), como también el de Río (José Frías) eran inadecuados. El último, argentino y cónsul de su país además de serlo del nuestro, sería para colmo hermano -afirmaba Prat- del connotado y belicoso antichileno Felix Frías. Baudrix estaba viejo y achacoso, y con períodos de enajenación mental; durante ellos, la oficina la llevaba, en verdad, un hijo suyo. Según Arturo Prat, habrían sido los Baudrix, y no Cuéllar, quienes hurtaran la correspondencia privada de Barros Arana.

Para reemplazantes, Prat no da nombres, salvo el caso de Buenos Aires. Allí recomienda firmemente un candidato: Bernardo José Fernández de Guimaraes. No indica su nacionalidad, que no es la chilena, pero (observa) tienen esta última su mujer y sus dos hijos. Administra el Telégrafo Platino-Brasilero, y es hombre de vastas amistades, "posición y relaciones."[154] Se halla bien inclinado respecto a Chile, y aceptaría el cargo.

La idea del héroe era que Fernández de Guimaraes, una vez nombrado, podría cumplir verdaderamente lo que el Gobierno Chileno esperaba del mismo Prat. Y que éste juzgaba hallarse incapacitado para realizar, en parte por carecer de los contactos que tenía su candidato a cónsul, y en parte por escasez de recursos.

Lo último parece contradictorio (y en cierta medida lo es), si recordamos que Prat devolvió sin usar casi la mitad de los fondos para gastos que había recibido al iniciar su viaje.

Pero el punto nos permite una nueva percepción de la índole severa, seria y escrupulosa, hasta el quijotismo, de Arturo Prat. Pensaba el héroe, acertadamente, que su encargo exigía una intensa vida social, con invitaciones al teatro, los restaurantes, etc., viajes y un cierto boato, y el fuerte desembolso indispensable a todos estos medios de acción. Pero semejante desembolso debía salir de un sueldo suficientemente alto... no de una provisión para gastos. Arturo Prat no podía considerar "gasto del Estado" nada que cupiese confundir con su entretenimiento y provecho personal. Mas el canciller Fierro no le ofreció aumento de sueldo, y "el carácter de la comisión que se me confiaba no permitía hacer ninguna observación al acuerdo tomado, como no la habría hecho aunque me lo hubieran rebajado (el sueldo)."[155] Luego observaría, vimos -con esa objetividad tan suya, casi enloquecedora-, que el Gobierno Chileno ciertamente tenía prioridades más apremiantes que incrementar la remuneración de su agente confidencial en el Plata.

Según la opinión de Prat, el sueldo y otros beneficios de cónsul, y los ingresos propios de Fernández de Guimaraes, le facilitarían disponer, para sociabilidad con argentinos y uruguayos, de lo que el marino no había podido desembolsar con el mismo objeto. Porque su sueldo no le alcanzaba al efecto, aunque tintinearan en su bolsillo las libras oro destinadas a gastos.

Fernández de Guimaraes fue designado cónsul en Buenos Aires.

Paralelamente, Prat reunía con laboriosidad los datos militares y navales que se le pidieran. Exhibió en ello una tranquila audacia. Por ejemplo, investigar las características del blindado *Río de la Plata,* fue simplemente cuestión -durante su primer viaje a Buenos Aires- de abordarlo como un curioso cualquiera, incluso pagando entrada (94 centavos, anota la libreta de gastos), y conversar con la oficialidad.

La Armada Argentina, informa Arturo Prat -descontando unidades auxiliares, sin importancia-, se compone sólo de buques de hierro, no mixtos hierro-madera como creen en Chile. Los blindados son el *Río de la Plata* y su gemelo, el *Andes,* a la sazón en las conflictivas aguas de Santa Cruz. El *Río de la Plata* (visitado por Prat) posee doble hélice, carbonera para 200 toneladas, y dos cañones de 300 libras, amén de otros menores (uno solo de nueve libras, no "los dos que apunta la Memoria de Marina"). Le dijeron que acomodaba 100 hombres, pero no caben ni necesita más de 60. No se halla dividido en compartimientos-estanco, pero tiene un doble fondo, que le permite hundirse "hasta quedar con un pie sobre la línea de flotación", es dicho doble fondo "el que llena de agua para sumergirse."[156]

Describe similarmente la cañonera *Paraná,* también fondeada entonces en Buenos Aires. La *Uruguay,* afirma, es su gemela, y las nombradas *Bermejo, Pilcomayo, República* y *Constitución,* son muy parecidas. Es menester añadir varios transportes o acondicionados como tales.

La oficialidad militar de la Armada es argentina, la profesional, foránea, a menudo salida de la marina mercantil. El equipaje no es extranjero en la proporción tan alta que los chilenos suponen; quizás, aún, ella resulte menor que la nuestra para una época ordinaria. "Ahora, que (los tripulantes criollos) ... sean realmente hombres de mar..., difícil creerlo." Los argentinos lo afirman pero, entre los fleteros bonaerenses, forman la abrumadora mayoría italianos y españoles; "un hijo del país se cuenta como un lunar." Agentes bonaerenses recorren el puerto de Montevideo enganchando marinería de cualquier nacionalidad. Se rumorea, incluso, que están haciendo tripulantes de los indios pampinos que apresan. Resumiendo, el personal de la Armada Argentina es "escaso, heterogéneo e incompetente."[157]

"El poder marítimo de la República Argentina, es notablemente inferior al de Chile... Son tan vulnerables por el Oriente como por el Occidente."[158]

Sin embargo, se esfuerza la Casa Rosada en mejorar ese poderío. Vimos el telegrama cifrado de Prat (diciembre), según el cual los argentinos habrían adquirido un superior blindado francés. Una carta posterior amplifica el cable. El blindado, cuya construcción estaría terminándose en astilleros galos, sería del tipo de los italianos *Duilio* y *Dandolo,* perfeccionado, y su jefe, un marino uruguayo de formación yanqui: Guillermo Brown, hijo del almirante homónimo. Argentina consiguió esta nave -dice

Prat, quien naturalmente recoge noticias o rumores del Plata- aprovechando la gratitud francesa por el arreglo de una antigua deuda, que venía de la época de Rosas. Ha oficiado -concluye- a Blest Gana, pidiéndole confirme la transacción. Podría ésta compensarse, caso de ser efectiva, mediante la compra por Chile de dos "poderosas naves" brasileñas, que su país desea enajenar pues no han resultado aptas para la navegación fluvial (Fuenzalida, 1974).[159]

Sobre el Ejército, las fuentes de Prat lo fijan en 7.000 hombres de línea, y son negativas tocante a su organización, administración y mando. Exigua caballería "instruida y disciplinada;" artillería sin oficiales preparados. El Ejército tiene nacionales uruguayos como sus mejores jefes, y el argentino de mayor prestigio militar, Bartolomé Mitre, "ídolo del pueblo," es una "nulidad," cuya "incompetencia e irresolución" en Paraguay provocaron "una serie no interrumpida de desastres."[160]

Armamento: ambas ramas utilizaban el rifle *Remington*, "más sencillo, menos complicado todavía que el *Comblain*, pero no superior." Debían quedarles aún alrededor de 70.000, saldo de los 80.000 adquiridos para la guerra contra Paraguay. La Casa Bember les había ofrecido 70.000 adicionales, que rechazaron por falta de recursos. Tenían y usaban máquinas para confeccionar cartuchos metálicos, pero de todos modos habían pedido a Europa una fuerte cantidad. No les faltaban caballos, pero si arreos. Era buena su dotación de artillería *Krupp*.

Prat hallaba rudimentario el conocimiento que tenían los argentinos de su propio territorio. No contaban con estudios topográficos de sustancia, y querían suplirlos mediante expediciones improvisadas, y planos someros. Estos, a cargo de Octavio Pico (norte del río Colorado) y Raimundo Prat (sur del mismo), no pasaban de meros croquis, mostrando los accidentes más marcados del terreno: pastos, aguadas, obstáculos, etc. Las expediciones, por su lado, les servían para familiarizarse con la geografía, y desembarazarla -corriéndolas hacia el sur- de indiadas que pudieran estorbar en una guerra eventual. Las comunicaciones telegráficas de índole estratégica, progresaban; llegar con ellas a Bahía Blanca era cosa decidida, y materia de estudios el extenderlas hasta la Patagonia.

Si el agente chileno minusvalora de manera abierta la potencia terrestre y naval de Argentina, no se cansa de insistir con alarma -al mismo tiempo- sobre lo que considera acelerados preparativos de guerra bonaerenses... Juzga tales los planos y expediciones, el avance del telégrafo, la compra del blindado francés y otra, que igualmente se rumorea, de dos naves similares, norteamericanas. Añade: la Guardia Nacional es aumentada "sin piedad", reclutando para ella a todos cuantos tengan la edad legal; los "parques" de armamentos cuadruplican sus trabajadores, y laboran sin descanso; hay encargado un nuevo vapor de torpedos, inglés, para sustituir al *Fulminante*, que hizo explosión en un accidente por imprudencia, el año anterior; llega un célebre

"torpedista" norteamericano, apellidado *Davisson*, que colaborará con los expertos argentinos, etc.

Particular inquietud causaba a Prat -terminando ya su estadía en el Plata- la campaña planeada por Argentina para marzo de 1879, con la finalidad ostensible de llevar efectivamente la frontera teórica hasta los Andes, La dirigiría el general Julio A. Roca, ministro de la Guerra (y desde 1880, Presidente de la República). Perseguiría además -se rumoreaba- otros objetivos, secretos... y todos referidos al eventual conflicto bélico con Chile. A saber: entrenar oficiales y soldados; impedir que pudiésemos, caso de estallar la guerra, azuzar contra Argentina los indios de las pampas; y concluida la campaña, tener éstas estudiadas "y un cuerpo de ejército al pie de los Andes."[161] Muchos oficiales uruguayos ofrecieron servir en la expedición de Roca, pero el general les habría mandado decir que se reservasen para la guerra con nosotros.

Toda la información que hemos resumido, la fue despachando Prat a nuestra Cancillería, mediante largos oficios; también escribió a Altamirano y Williams Rebolledo, detenidamente, abordando las mismas materias; éstas, aun, hallaron espacio en la correspondencia entre el héroe y su mujer o Jacinto Chacón.

Prat y los argentinos. El tratado Fierro-Sarratea

Al abordar este punto, no debemos olvidar la época; ni la áspera polémica limítrofe de los dos países; ni el clima de guerra y ánimos exaltados hasta el frenesí entonces reinantes -a ambos lados de la cordillera-; ni el hecho de que Arturo Prat, con todas sus singularidades, era a fin de cuentas un oficial de la Armada chilena.

Tanto en nuestra nación como en Argentina existían sendos bandos belicistas. Los "halcones" de cada país suponían, como hechos indiscutibles, la mala fe del otro; sus perversos propósitos ocultos; la inconsistencia absoluta de las pretensiones y los argumentos que hacía valer; y que, si hablaba de paz, era por ganar tiempo y preparar la guerra... Había, pues -terminaban los belicistas, fueren chilenos o argentinos-, que golpear primero, y decisivamente.

Tales belicistas, aquí y allá, abrigaban asimismo, para el país respectivo, sueños imperiales, ambiciones y destino de potencia, a los que el rival haría obstáculo.

Prat partía por un concepto muy negativo y obviamente prejuicioso respecto de los argentinos en general. Su historia, decía, desde que comenzaron la "vida libre," los mostraba "más bullangueros que valientes, y en política más pérfidos que hábiles." "Difícil encontrar un pueblo en que más se mienta," agregaba; "la doblez y la falsía... forman el fondo del carácter argentino, y (de) su sistema de gobierno."[162]

De aquí arrancaba, para el héroe, un corolario muy importante: el aislamiento internacional en que suponía estaba sumida la Argentina... "sin aliados y rodeada más bien de enemigos." "No tiene entre sus vecinos ni un solo amigo." Toda la América, sin

excepción, le es hostil." "Por eso busca la alianza del Perú" (Fuenzalida, 1974).[163]

Se hallaba, añadía, resuelta a hacernos la guerra, mas no preparada para ello. Mientras no completara tales preparativos, negociaría, incluso proponiendo y hasta firmando convenios, pero con una intención y una finalidad exclusivamente dilatorias.

La dilación, por lo demás, permitiría a los argentinos superar tres circunstancias del momento, negativas para ellos en la guerra que planeaban: la crisis económica, la consecuencial efervescencia interna, y el ningún ánimo bélico de las potentes y numerosas minorías extranjeras.

La recompensa del juego: la Patagonia.

Arturo Prat rechazaba ceder cualquier parte de aquella. "¿Un desierto? -se preguntaba- ¿No han sido desiertos los que nos han dado la poca fortuna que el país ha acumulado?" Los chilenos veíamos el territorio patagónico "con una indiferencia verdaderamente culpable". No negaba Prat que la región carecía de agricultura, pero sus minerales eran valiosos. Contactaba el Atlántico por el Río Negro, cuyas nacientes (decía Arturo Prat) "se distribuyen en todas las provincias de Chiloé y Arauco". El transandino vía Patagonia, enlazando con nuestro ferrocarril longitudinal en Angol, resultaba más fácil que tenderlo por el Norte, según se había planificado. Ya indicamos que el héroe avizoraba además un esplendoroso futuro patagónico... los capitales y la ciencia de Europa, huyendo del socialismo y vivificando la zona disputada. ¿Sería ella, entonces, chilena o argentina?[164]

Con los presupuestos anteriores, no nos extrañarán las opiniones del enviado chileno sobre el convenio Fierro-Sarratea, que se concierta, vimos, durante su estadía en el Plata.

Respetuoso del Gobierno, que lo ha suscrito y se halla empeñado en que lo apruebe nuestro Congreso, Prat -sin embargo- no le tiene mayor fe, y "no sentiría que fracasase," si cumplirlo implicara ceder cualquiera sección de la Patagonia.

Desde otro ángulo, Arturo Prat piensa que el convenio incluye la Patagonia en el arbitraje y que éste -a la luz del artículo 39 del Tratado de 1856, en su "genuina inteligencia"- (Fuenzalida, 1974)[165] no podrá sino reconocer el mejor derecho nacional a esa región.

Aquel artículo, según es sabido, establecía una regla básica, que los dos países declaraban solemnemente: ser los "límites de sus respectivos territorios, los que poseían como tales al tiempo de separarse de la dominación española." (Espinosa, 1969)[166] La "genuina inteligencia," para Prat y los chilenos, era que la posesión aludida por el artículo 39 se refería a los límites internos entre los diversos "reinos" o sectores del Imperio Hispánico, existentes en 1810 e indicados por sus leyes. Mas para los argentinos la posesión, en el Tratado de 1856, era lo material, la históricamente ejercida

sobre una tierra determinada. Obviamente, cada país se beneficiaba con su propia "inteligencia" del artículo.

La prensa argentina, en un comienzo, no admite que el convenio Fierro-Sarratea implique arbitrar la Patagonia. Esto, porque es tesis inamovible de nuestros vecinos, no aceptar ni siquiera la posibilidad de que la región pueda no pertenecerles.

Pero, conocido el texto del convenio -cuyo arbitraje, en realidad, no cabe sostener que excluya la Patagonia-, se alarma el "tremendo" Félix Frías (informa Prat), iniciando desde *La Tribuna* una violenta campaña contra el pacto. Lo califica de "ignominia."[167] El doctor Leandro Alem comparte su postura. Pero los moderados pro-convenio son mayoría -el presidente Avellaneda a la cabeza-, y los apoya Mitre, de exigua fuerza política, mas inmenso influjo en la opinión.

De todos modos -supone Arturo Prat-, la aprobación del convenio por los dos parlamentos será tormentosa (arriban ya a Montevideo las noticias de fuertes disputas sobre el pacto, en la prensa y entre los congresistas de Chile, paralelas con la similar polémica argentina). Y en caso de concretarla ambos países, ello no tomará menos de cuatro o cinco meses. Pues Argentina, desde un principio, ha anunciado que sólo estudiará el convenio durante la legislatura de 1879, la cual se ha de abrir recién en mayo de este año.

Y aquí hallaremos el centro de la inquietud del héroe... que en definitiva no cuaje el convenio Fierro-Sarratea (como a la postre no cuajaría), y todo haya sido solamente un pretexto argentino para ganar tiempo y afinar los preparativos bélicos. Ya vimos éstos, y el énfasis que sobre ellos y su intensidad y urgencia, pone Prat escribiendo a Chile. Cabría aún -afirma- que Argentina ratifique el pacto pero retarde el arbitraje, discutiendo su alcance y procedimiento.

Simultáneamente, dijimos, pide a Williams que también nosotros, como los argentinos, aprovechemos el "respiro", limpiando los fondos de los blindados y reparando los calderos de las corbetas.

Planes de guerra

Prat no es amigo de la guerra, afirma, pero "el excesivo amor a la paz puede perjudicarnos más que la guerra misma, enervando al país." Si la hubiésemos hecho ya, "la cuestión se hubiera realmente terminado, en lugar de (haberse) aplazado, como sucede hoy," aplazamiento que para Argentina "viene de molde," pues su objetivo es "ganar tiempo y prepararse mientras nos adormecen" (Espinosa, 1969).[168]

El conflicto bélico, sostiene Prat, sería ahora la ruina de Argentina, perturbando su negocio ganadero y generando un "desquiciamiento interior"... las provincias versus Buenos Aires. En cambio, para Chile "no pasaría de ser una tempestad de cordillera... (perceptible) sólo por el brillo fugaz de sus relámpagos." Con el gasto de "algunos

pesos," movilizaríamos "una masa que estando ociosa es un peligro social, y que trasladada a este lado vendría a vivir a costa de los argentinos." "Brazos que siendo una verdadera calamidad en el país, serían salvadores de la situación trasladados a las pampas argentinas."

Si estallara la guerra, Brasil, Uruguay y Paraguay se unirían con nosotros y contra Argentina, de modo de solucionar "en forma justa y elevada" la "pesadilla americana... la cuestión fronteras."[169] Esta alianza le había sido insinuada por López Netto, el ministro brasileño en Montevideo, que lo frecuentaba. Según el diplomático una combinación así arrastraría además a Bolivia, de intereses muy unidos con los del Brasil, ya que sacaba sus productos por el Amazonas.

Numerosos aunque disímiles intereses convergerían naturalmente -pensaba Prat- en un "cuadrillazo" antiargentino. Brasil, por ampliar su esfera de influencia, incluso contemplando, a futuro, una eventual anexión de Corrientes, Entrerríos, Paraguay y Uruguay. Este, por reivindicar la isla Martín García y aún, también, Entrerríos y Corrientes. Dichas provincias, argentinas, por autonomizarse (ya habían vivido una intentona separatista.

Indispensable sería el apoyo uruguayo, aseguraba el agente chileno. Si no lo daba el dictador Latorre, lo proporcionaría el partido "blanco," opositor, tan pronto conquistara -con el apoyo chileno- el gobierno del país. Los "blancos" aborrecían a los argentinos.

El camino para Chile, continuaba Prat, era bloquear el río de la Plata. Tendríamos el apoyo brasileño, abierto o encubierto, y el uruguayo, voluntario o forzado. Argentina no podría resistir ese bloqueo... interrumpidas exportaciones e importaciones; sin renta aduanera ni moneda foránea; sin carbón para sus fábricas y saladeros, etc. Los 300.000 extranjeros forzarían una solución de "términos razonables" (Fuenzalida, 1974).[170]

El último informe de Prat a la Cancillería, escrito tan pronto regresó aquí, reiteraría este proyecto bélico.

Una frase del héroe, en una de sus cartas desde el Plata sobre la eventual guerra con Argentina, llama la atención. El pacifismo exagerado -asegura- amenaza hacernos "perder la influencia que para nuestra tranquilidad y el bien de América debemos y podemos ejercer (en ésta) ... y que no ponemos en práctica por puro egoísmo." Reflejan estas palabras un propósito "americanista" pero de resabios expansivos -un destino americano para Chile-, muy distinto del otro, el sentimental, que sus críticos tachan de entreguista, y cuyo máximo exponente es aquí Vicuña Mackenna. Ambas concepciones chocan en el Senado de Chile, justamente al discutirse el pacto Fierro-Sarratea y el futuro de la Patagonia. Polemizan don Benjamín y el ex canciller Adolfo Ibáñez. Dirá Ibáñez, tras censurar el "americanismo platónico", que acepta sacrificar territorios si con ello se previene la ruptura entre pueblos hermanos: "vamos a decidir si este país

tan querido llegará a ser un gran imperio, o tendrá que resignarse a la suerte de una Suiza americana, alimentando soldados y pobladores que vayan a servir bajo otra bandera, que no será la nuestra, o a cultivar otros campos que tampoco serán los nuestros" (Espinosa, 1969).[171]

Final de la misión

Concluyendo diciembre de 1878, el ambiente chileno-argentino estaba distendido, cuando menos en el nivel oficial, gracias al Tratado Fierro-Sarratea y a su aprobación por el Senado chileno, ese propio mes. Por otra parte, el agente Prat no veía con ningún entusiasmo aquel convenio, y había completado la parte esencial de la tarea que le fuese impuesta: recoger y apreciar los datos estratégicos sobre Argentina conseguidos *in situ*. Lo empujaba, también, el deseo de volver al hogar, donde su mujer pronto sería madre nuevamente. Ella misma apuraba este retorno del marido, parte por el amor que le tenía y la necesidad en que estaba de su ayuda, y parte -es probable- por las ingenuas referencias de Prat a niñas "agraciadas" que le dirigían "miradas amables..." Finalmente, la vida en Montevideo era muy cara -el doble, respecto de Chile- para este oficial puntilloso, reacio a suplementar su sueldo con la provisión para gastos.

La discusión del convenio por nuestra Cámara de Diputados -enero de 1879- sería más tormentosa, pero Fierro estaba tan seguro del éxito, que el 11 de dicho mes rompió el incógnito en su comunicación telegráfica con Prat. Y efectivamente, el 14 los diputados votaron favorablemente el pacto. El 6, el héroe -tras saber, el mismo día, el nacimiento anticipado de su hijo Arturo- había cablegrafiado solicitando permiso para regresar; la respuesta de Fierro, el 9, fue negativa. "Por mí no pasa más 'novedad' que el aburrimiento y los deseos de volver que son una 'antigüedad'..." -escribió a Carmela el 13 de enero.[172]

Por fin, el 28, recibió la ansiada autorización. Empleó unos pocos días despidiéndose; la libreta de gastos, v. gr., anota 29 pesos de regalos para la familia Nin. El 4 de febrero, abordaba en Montevideo el *Valparaíso* (que, también, lo había traído hasta allí), llegado de mañana y que dejó el puerto al anochecer. Fue reproduciendo Prat, inversamente, su itinerario de noviembre. El 9 de febrero el barco tocaba Punta Arenas. Allí lo abordó el teniente-coronel Diego Dublé Almeyda, quien, mediante una sacrificada cabalgata patagónica, venía de comprobar la presencia de la escuadra argentina en el río Santa Cruz... Dublé y Prat siguieron juntos la navegación, comparando notas.

El 14 de febrero (el 16, dicen otros) desembarcaba Prat en nuestro primer puerto, y abrazaba a los suyos, inclusive al varón primogénito que nunca había visto... Igualmente el 16 despachó un informe final al Ministerio; el 21, su sobria y prolija cuenta de gastos.

La misión en el Plata se había cerrado. Arturo Prat no se desconectó completamente de ella, no obstante. La última carta a Carmela, hallada en el cadáver del héroe y devuelta por Grau, contiene dos encargos relacionados con Uruguay: enviarle algunos retratos del oficial a Francisco Javier Hurtado, el cicerone montevideano, y abrir las misivas que tuvieran ese origen. Las que pareciesen importantes, debían hacerse llegar a Jacinto Chacón, quien les daría el curso apropiado.

***

CAPÍTULO NOVENO

La guerra. Prat y la armada

Cuando Prat, regresando del Plata, desembarcó en Valparaíso, lo recibió la noticia de que el país se hallaba a las puertas de la guerra.

Imbuido del problema argentino, supuso que el conflicto era con el país trascordillerano. Grande fue su sorpresa al saber que nos hallábamos, sí, al borde del choque armado... pero con Bolivia.

El *casus belli* se refería al litoral antofagastino, tan conocido para Arturo Prat desde las "estaciones" de la *Esmeralda* en esa costa, pocos años antes. Cualesquiera hubiesen sido los respectivos títulos jurídicos y posesionales de Chile o Bolivia sobre dichos territorios, resultaba indiscutible que: a) habíamos reconocido éstos como bolivianos por un convenio internacional, suscrito el año 1874, y b) los habíamos poblado y explotado casi con exclusividad..., los capitales, los brazos de trabajo, los habitantes del litoral en cuestión, eran abrumadoramente chilenos; los bolivianos aportaban sólo el reducido aparato burocrático -civil y uniformado- y una exigua minoría de otros vivientes.

El pacto de 1874 imponía a Bolivia -durante veinticinco años- la obligación de no aumentar los derechos que se cobraban por exportar los minerales de la zona, ni tampoco las contribuciones que afectaran a "personas, industrias y capitales chilenos" (Bulnes, 1955).[173] Sin embargo, el año 1878 -bajo la dictadura del general Hilarión Daza - Bolivia quiso elevar en diez centavos por quintal español (46 kilos) el derecho de exportación que satisfacía la principal firma chilena del litoral, la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta. Esta rehusó acatar el incremento de derechos; alegaba, por supuesto, el tratado de 1874. Daza respondería embargando, y después "reivindicando" -una verdadera confiscación-, las cuantiosas instalaciones de la firma, para luego sacarlas a subasta pública. El gerente, ordenada su detención, se escondió: la empresa quedó paralizada y dos mil trabajadores, cesantes. La subasta debía verificarse el 14 de febrero de 1879... el día preciso en que Prat llegaba de vuelta a Valparaíso, concluida su misión confidencial.[174] Chile no podía permitir aquel remate. Pues si algún extranjero se lo adjudicaba, tendríamos dificultades no sólo con Bolivia, sino también con el país de origen del adjudicatario.

El 7 de febrero, el *Blanco* había echado anclas en Antofagasta, como silenciosa prevención; el *Cochrane* y la *O'Higgins* aguardaban en Caldera.

La muda advertencia no surtió ningún efecto; los bolivianos, desafiantemente, insistieron en el remate. El 14, amaneció toda la escuadra chilena frente a Antofagasta.

A las 8 A.M., la ciudad era ocupada por tropa del Ejército y por la marinería de la *O'Higgins* -nave que comandaba Jorge Montt-, entre vítores y bullicioso regocijo de los pobladores chilenos; los pocos bolivianos de Antofagasta, la mayoría militares y funcionarios, dejaron aquella sin ser molestados. Remate, claro está, no hubo.

Desde 1873 existía entre Perú y Bolivia un pacto secreto, desconocido por nosotros, que los obligaba recíprocamente a intervenir si una tercera potencia atacaba a cualquiera de ellos. Esta potencia, aunque no se dijese así, negro sobre blanco, era Chile. Y el pacto explicaba la agresividad de Daza.

Cuando nuestro representante en Lima, Joaquín Godoy, comprobó irredargüiblemente la existencia de dicho tratado, recibió perentorias instrucciones de Santiago: o Lima proclamaba *ipso facto* su neutralidad en el conflicto Chile-Bolivia -lo que el convenio secreto le hacía imposible-, o habría guerra no sólo con este último país -el cual ya nos la había notificado-, sino también con el Perú.

El 2 de abril nuestro Congreso autorizó la declaración de guerra, que se hizo efectiva por bando el día 5.

El "revisionismo" es una moda histórica. Aparece periódicamente y consiste en pasar por el cedazo de la duda los hechos más indiscutibles. Tal ha sucedido y continuará sin duda sucediendo con las "causas de la Guerra del Pacífico." Ellas, como es natural, fueron numerosas, mediatas e inmediatas, y de distinta índole. Pero no es materia de controversia razonable que Bolivia violó directa y gravemente el convenio de 1874 -con pretextos leguleyos-, generando así el *casus belli* en forma deliberada e injustificable; que los chilenos no queríamos la guerra; que no nos habíamos preparado para ella; que su resultado -si Perú honraba el pacto secreto- podía sernos fatal; y que si ante la provocación algunos connacionales hicieron sonar inmediatamente el clarín de combate, otros -muchos-, el presidente Pinto el primero, gastaron desesperados esfuerzos de arreglo pacífico; que ninguno de éstos fue siquiera oído por los gobernantes bolivianos, imprudentemente seguros en la confianza del pacto secreto con el Perú; y que los peruanos, al honrar este convenio, que nos era ajeno y desconocido, dieron a la conflagración el "vamos" definitivo, e hicieron de ella el sangriento holocausto y la ruina de los vencidos que registra la Historia.

Arturo Prat y la armada

Prat volvió a Valparaíso, dijimos, mediando febrero. Veremos que se incorporó propiamente al conflicto sólo concluyendo marzo. Durante un mes y medio, pues, no tuvo una específica misión naval que cumplir. Esto le produjo inquietud y molestia. Escribió a su amigo Darío Risopatrón:

> "Me he decidido a dejar el uniforme y vestirme de paisano. Me da vergüenza, mientras mis compañeros parten a la guerra, quedarme."

Carmela enfocó la situación con mayor objetividad:

> "Arturo no ha partido, no hay nada que hacer en el mar, cuando lo haya le tocará su turno, por el momento en ninguna parte puede estar mejor que aquí" (Fuenzalida, 1974).175

Después de Iquique, se ha especulado sobre los motivos de esta transitoria inactividad. ¿Por qué la Armada habría mantenido en tierra, un mes y medio, a Arturo Prat?

A la verdad -y curiosamente-, el hecho no requeriría mayor explicación, pues por sí mismo no tiene nada de extraño. Prat llegó del extranjero cuando la escuadra había partido. Este zarpe fue relativamente imprevisto e improvisado. Las jefaturas de naves debieron ser decididas de igual manera, y asumidas en el momento. Ninguna quedó disponible para el héroe ausente. ¿Cómo podría habérsele "esperado" -incluso suponiendo indispensable o útil esta dilación-, considerada la urgencia de impedir el remate antofagastino?

Y aun si las circunstancias no hubiesen sido las que fueron -si Prat hubiera estado presente-, ha de notarse que no salía a la mar ya casi tres años. ¿Por qué el almirante Williams, jefe de la escuadra, y el Gobierno -sin ninguna desconfianza hacia el héroe- no habrían podido, en toda lógica, preferir que dirigiesen las naves, oficiales con actual experiencia de navegación y mando de equipaje?

Sin embargo, para este hecho sencillo se han buscado motivaciones alambicadas.

Según Enrique Bunster, Prat fue postergado por ser adherente a Vicuña Mackenna y "opositor" a Pinto, en las pasadas elecciones presidenciales (1876). Ya advertimos que nada se sabe de esto, y que la hipótesis es improbabilísima, pues Vicuña era "entreguista" de la Patagonia, y sabemos lo que Prat opinaba sobre el tema. Además, ¿habría Pinto encomendado a un opositor suyo la delicada misión en el Plata?

Mayor difusión ha tenido la tesis de Encina, avalada por el merecido prestigio de nuestro máximo historiador. Para don Francisco Antonio, Williams habría desconfiado de Arturo Prat por ser éste un "marino literato." Añade: "Se le conceptuaba bueno (a Prat), a lo más, para oficinista, y si alguien hubiera intuido su temple de alma, habría provocado una carcajada universal." "Su vida de hogar, que excluía las calaveradas y (las) farras... le enajenó las simpatías de sus compañeros. Sus estudios legales lo colocaron moralmente fuera del gremio." "Corrían todavía los tiempos en que el valor militar era indisoluble del amatonamiento, la parranda, la copa y la mujer" (Encina, 1970).176

¿Qué tiene de efectivo todo lo anterior? Sólo una cosa: que, muerto ya Prat, una carta de Rafael Sotomayor a Pinto afirma la distancia de Williams por los «marinos literatos», como causa del sobredicho y supuesto postergamiento del héroe. Así se lo

habría confidenciado Eulogio Altamirano a Sotomayor (Sotomayor, 1924)[177].

Casi superfluo es subrayar la debilidad de la "prueba." Se conoció cuando ninguno de los nombrados vivía, y pudiera consiguientemente confirmarla, ampliarla o desmentirla. Ni Sotomayor ni Altamirano querían bien -aunque desde diversas fechas y por distintas razones- a Williams, el único que verdaderamente se desprestigiaba con la anécdota una vez ocurrido el sacrificio de Iquique. Y esta anécdota era "de oídas"... Sotomayor escuchó a Altamirano la presunta opinión de Williams, y ni siquiera dijo que Altamirano la hubiera recogido del propio Williams. Sobre tan feble cimiento construyó Encina su edificio, el cual, además, muestra adicionales inverosimilitudes. Como ser:

1) Es totalmente inexacta la concepción de una Marina iletrada, sumida en "el amatonamiento, la parranda, la copa y la mujer." Prat, hombre de letras y ciencias, no era una excepción entre los oficiales contemporáneos de la Armada Chilena. Varios de ellos, señalábamos páginas arriba, fueron autores o traductores de textos de estudio: Hudson, Luis Alfredo Lynch, Uribe... Este, v. gr., escribió un manual de hidrografía para la Escuela Naval, y un opúsculo sobre magnetismo y desviación de los compases (impreso el año 1876); recibió por sus trabajos científicos un premio en la Exposición Internacional de 1875. Las investigaciones hidrográficas de altísimo nivel, constituían una tradición de la Marina, a partir de los hermanos Vidal Gormaz, Francisco y Ramón. Se sabe que el primero -luego de recorrer, analizar y levantar planos de innumerables ríos, lagos, estuarios y costas australes, y de dar a luz libros, folletos y artículos de su especialidad- fue maestro universitario y fundador de la Oficina y del Anuario Hidrográficos. Ramón Vidal destacó también, en las mismas áreas. Siguiendo la estela de ambos, Juan José Latorre, el futuro héroe de Angamos -y compañero y amigo de Prat-, investigó la hidrografía de la Patagonia, publicando al respecto en los Anales de la Universidad de Chile.

2) Existían marinos disipados, por cierto -como abogados, médicos, etc. de costumbres igualmente livianas-, pero tampoco eran excepciones los que, como Prat, llevaban una vida ordenada, de familia, intachable. Fue el caso, entre los que tuvieron fama parecida a la suya, de Riveros y Jorge Montt, por citar sólo dos ejemplos.

3) Nadie podía pensar en Arturo Prat como un marino de oficina. El 79 no alcanzaba a completar tres años desembarcado, pero precedidos por diecisiete de continuada navegación al Sur, Norte, litoral boliviano, Juan Fernández, Pascua, y experiencias de mar que no todos podían exhibir: así la guerra con España, Papudo, Abtao, la dirección de la Escuela Naval, y una distinguida y notoria actuación en el salvamento de la *Esmeralda*, el año 1875.

4) Muchas de tales experiencias las había compartido con Williams como superior, quien se lo llevara consigo -tras presenciar su brillante titulación de guardiamarina

examinado- a la *Esmeralda;* lo viera luego combatir en la captura de la *Covadonga;* supiera de su actuación de Abtao, junto al audaz Thomson; presenciara acongojado -desde la playa- el aludido salvamento de la *Esmeralda...* ¿Podría pensar Juan Williams que Prat era un marino sólo "de oficina"?

5) Es estrafalario suponer un Arturo Prat "moralmente fuera del gremio" (naval). Fue siempre estimado por sus superiores, según testimonió Eduardo de la Barra, y -lo veíamos arriba- respetado por sus inferiores; aun, algunos entre éstos, de grandes dotes ellos mismos, v. gr. Riquelme y Serrano, le eran incondicionales. De sus pares, todos apreciaban la seriedad y rectitud de Prat, hasta el punto de considerarlo, diría Carmela Carvajal, una especie de "opinión pública" (Vicuña Mackenna B. , 1930).[178] Y a lo menos tres -Uribe, Latorre y Montt- fueron estrechos amigos de Arturo Prat. Lo sería incluso Condell, de tan distinto carácter, a quien Prat facilitaba pequeñas sumas de dinero.

El caso de Jorge Montt es interesante. Tenía con el héroe y su mujer una amistad casi de hermano; había sido, dijimos, testigo del matrimonio Prat-Carvajal. El romance de Montt con la que sería su mujer, Leonor Frederick, fue seguido y hasta "piloteado" por Carmela como cosa propia. Montt era de una timidez enfermiza, y se aconsejaba con la señora Prat para avanzar en sus pretensiones amorosas. Escribió Carmela a Arturo:

"Montt se dejó ver por aquí anoche, después de tantos días que nada sabíamos de cómo le había ido el domingo. Dice que fue muy bien recibido, que desde la señora (la madre de Leonor Frederick) para abajo, a cuál más amable, pero él estuvo tan cortado, que no sabe lo que había hecho; que las veces que la mamá le dirigió la palabra no sabía qué contestar y las palabras se le anudaban en la garganta, y la niña (Leonor) se puso muchas veces colorada por él. Por último, cuando ya se despedían, la señorita Leonor le dijo: ´Señor Montt, tengo mucho gusto de conocer a Ud.,´ y él se sintió tan feliz que no le pudo decir una palabra. Ahora está con el sentimiento de que habrá quedado como un huaso de amarra. Pero ya anoche se ha ido muy contento porque estuvo la Clara también aquí, y tenía encargo de preguntamos qué le había parecido (a Montt) la niña, porque ella había quedado con el temor de que todas las ilusiones se habían desvanecido al verla de cerca. Le aseguraba (Montt) a la Conchita (Concepción Chacón) que si antes quería a la Leonor, desde ese día, la quiere muchísimo más porque tiene un modito de hablar tan bonito."

Poco después le informaba sobre el "susto" del pretendiente porque -decía Carmela Carvajal- "se sabe que van a mandar a alistar un barco para salir y quién sabe a cuál (marino) le tocará (capitanearlo)," temiendo Montt fuese él mismo el elegido... y se interrumpiese su cortejo de Leonor, en un momento tan propicio como decisivo. "Me encargó de saludarte y decirte que nos habíamos acordado mucho de ti y nos habíamos

reído mucho de sus cortedades."

Montt, escribía más adelante, iba ya en su tercera visita a Leonor. "Parece que va teniendo suerte," agregaba, mas "para que no faltara qué sentir," les había fracasado una proyectada salida a la "filarmónica" (salón público de música y baile) ...[179]

Este episodio tiene un epílogo... que quizás no sea epílogo. El año 1877 ocurrió el "motín de los artilleros" en Punta Arenas. La fragata *O'Higgins* fue comisionada para ir al socorro de la ciudad. Como el capitán que debía mandar la nave estuviese recién casado, Prat le ofreció sustituirlo. El oficial rehusó, por delicadeza. Entonces, Arturo Prat formalizó igual solicitud directamente ante la Comandancia General de Marina; tampoco ésta accedería. ¿Era Jorge Montt aquel oficial? Las fechas y circunstancias apuntan a la afirmativa, pero no podemos decirlo de seguro. Y poco importa. Lo interesante es la solidaridad de Prat con sus compañeros, comprobada en los casos de Lynch -el sumario por el cuasi- hundimiento de la *Esmeralda-;* de Uribe (la defensa contra Goñi, el reiterado empeño para que se le ascendiera); y ahora de aquel comandante que pudo ser Montt... solidaridad con esos mismos compañeros que, según Encina, lo habrían considerado "moralmente fuera" de la Armada. ¿No es insostenible una aseveración semejante?

Despejado el punto, diremos algunas palabras sobre la vocación naval de Arturo Prat.

Esta aparece complicada por su otra vocación y estudios de abogado. ¿Quería Prat cambiar de actividad, dejar la Marina por la Ley?

Sin discusión, Carmela así lo deseaba: dijo, después de Iquique:

> "Toda mi esperanza era que una vez recibido de abogado se retirara de la Marina, que presentía me sería funesta, pero nunca pude decidirlo."

Le era imposible (como a tantas mujeres de uniformados) entender la existencia de dos Arturo Prat, el hombre de su hogar, su mujer y sus hijos, y -paralelamente- el "marino austero y jefe estricto" (Fuenzalida, 1974).[180]

La posición de él no aparece tan definida, desde luego porque -cuando trata el tema con Carmela- se advierte la tendencia, que todo marido comprenderá, a contemporizar, a no cerrar puertas... Pero tampoco quiere que su mujer se engañe:

> "La idea de abandonar la Marina me es antipática y ...sólo impelido por poderosas razones me decidiría a hacerlo. No cuento entre mis defectos la inconsecuencia."[181]

Un permiso -es decir, suspender temporalmente el servicio-, amén de dejarlo sin renta, "me haría (observaba) sufrir en mi reputación... (de marino) una desestimación sensible. Mientras no posea un nombre, si no respetable, al menos de mérito, como abogado, debo conservar el de marino, que me lo ofrece, y llevar como accesorio el

otro."

Su conclusión: cree poder ser las dos cosas... marino y abogado, "servir en algo al país en ambas actividades," sin ambiciones, que le son ajenas.[182]

Esto le permitirá solucionar la principal queja de Carmela... las largas ausencias, "una filosofía que desorganiza la familia." "No la defenderé," asevera Prat, pero... se encuentra "consagrada por el hecho."[183] Mas una vez abogado (continúa), aspirará a la Auditoría de Marina, y con ésta las ausencias disminuirán en número y duración. Sueña, aún (ya lo dijimos), con ahorrar para hacer un viaje acompañado por su mujer. De hecho, empieza a cumplir este plan desde 1876 adelante, si no como Auditor -por las razones vistas-, al menos como ayudante de la Comandancia General. Pero la vocación marinera subsiste, y así lo apreciaremos de inmediato.

Prat embarcado

La inacción del héroe, que tanto lo inquietaba, cesó cuando el ministro Rafael Sotomayor -por insinuación de Altamirano- lo designó secretario del viaje que el primero emprendería al Norte para entrevistarse con Williams.

Zarparon Sotomayor y Prat con destino Antofagasta en un vapor regular, el *Bolivia*, la mañana del 29 de marzo. Tres días antes del embarque -siguiendo la costumbre de nuestros marinos durante esta guerra- Prat se hizo retratar en el establecimiento fotográfico de calle San Juan de Dios (hoy Condell) Nº 41, Valparaíso. No le cupo entonces, por cierto, sospechar que esa imagen y otras derivadas de ella se repartirían a millares, contados meses después, a todo lo largo y ancho de la República, ocupando el lugar de honor en los hogares lujosos o modestos, y rivalizando con las estampas religiosas.

Iba Prat angustiado, pues dejaba enfermos a sus dos hijos. Fortalecía a Carmela diciéndole que la separación sería breve, por serlo también el viaje del ministro y creer el héroe, "profundamente," que volvería junto con Sotomayor, "porque no hay fuera de la Auditoría lugar para mí en la Armada."[184]



"Hijos del héroe, Arturo Héctor y Blanca Estela"

Don Rafael y Prat se hicieron recíproca buena impresión:

> "Muy decente, de bastantes aptitudes, prudente, reservado" -escribió el ministro, del secretario. Más tarde le llamaría "cumplido caballero, inteligente y notable por su modestia." (Ruz, Rafael Sotomayor Baeza, 1980) (Sotomayor, 1924).[185]
>
> "Sujeto muy llano e inteligente" -dijo el secretario, del ministro. Agregando esta falsa profecía: "Creo que hará buenas migas con don Juan (Williams), cosa que no es fácil."[186]

Efectivamente, comprobaremos que no era fácil.

El vapor fue haciendo las escalas de su itinerario... Coquimbo, Huasco, Carrizal, Caldera. En todas partes advirtió Prat la paralización y despoblación de la crisis. El último pueblo citado, v. gr., había disminuido de 5.000 a 1.500 habitantes, pero de todos modos "daba gusto ver lo bien ordenado y aseo de su población."[187]

Llegaron a Antofagasta el 2 de abril; alojaron en la administración de la Compañía de Salitres. El 4, a la madrugada, embarcaban nuevamente, ahora en el blindado *Blanco,* buque-insignia de la flota y de su almirante. Toda la escuadra se movilizó explorando la costa hasta la boca del Loa. Luego, el *Blanco* enfilaría hacia Iquique, entonces peruano, para notificarle el conflicto bélico y el bloqueo. El 5 -mientras Santiago presenciaba la declaración por bando de la guerra contra Perú y Bolivia- el blindado se acercaría hasta tocar la bahía iquiqueña.

Prat fue encargado de bajar a tierra y hacer la notificación. Según Gonzalo Bulnes,

queríamos -en realidad- establecer si el puerto se estaba fortificando, como sospechábamos, y el héroe debía verificarlo.

Un bote de ocho remeros lo condujo hasta el muelle. En una mano llevaba un pliego cerrado, la notificación; la otra empuñaba la espada, envainada. Mil trecientos soldados peruanos cubrían la playa, tras sacos de arena a la manera de parapeto; el saldo de la guarnición, unos 700 hombres, se hallaba repartido en diversos puntos claves de la ciudad misma. Había tropa adicional, quizás un millar de soldados, al interior de la provincia. Un gentío inmenso vio acercarse el bote proveniente del *Blanco.*

Arturo Prat desembarcó para inquirir, con total compostura y cortesía, por la casa del prefecto peruano. Hacia ella se dirigió. "Apenas podía andar... entremedio de tanto curioso que se me ponía casi por delante para mirar (me)." Pero todos se mostraban "moderados", no hubo ninguna "manifestación hostil."[188]

El prefecto peruano recibió a Prat caballerosamente, pero con "vivo nerviosismo." No acertaba en abrir el pliego notificatorio del bloqueo; el chileno tuvo que ayudarlo. Leída la notificación, el prefecto dictó inmediatamente una formal protesta. Arturo Prat la recibió con grave urbanidad, retirándose después; dejaría en poder del funcionario peruano otra advertencia escrita, dirigida al cuerpo consular.

El prefecto le había ofrecido una escolta que lo acompañara y protegiese hasta el reembarco. "No la necesito, señor," replicó el héroe amablemente.

Las notas de Williams daban "veinticuatro horas para poner en seguridad a las personas indefensas" (Fuenzalida, 1974)[189][6] Esto fomentó el miedo de que el puerto fuese bombardeado. Nuestra flota reforzó la impresión ... cañoneando una máquina condensadora de agua (la administraba el español Eduardo Llanos, el cual se nos haría luego muy querido por su piedad samaritana con los restos de Prat); un tren que abandonaba el pueblo "furtivamente, a alta velocidad;" (Puig y Verdaguer, 1910);[190] unos arrieros que intentaban entrar en Iquique, etc.

No extrañará, de tal modo, que muchos civiles iquiqueños de nacionalidad peruana abandonaran la ciudad precipitadamente, vía ferrocarril a La Noria (pueblo salitrero del interior), cerrando casas y negocios. Se afirmaba que La Noria poseía grandes depósitos de alimentos, acumulados allí para futuras acciones del ejército Perú-boliviano.

La migración hacia La Noria, y los rumores y temores de bombardeo, hicieron subir el nivel de la indignación iquiqueña contra los chilenos... y tenía a mano entre 1.400 y 2.000 para desahogar esta ira.

No calmaría los ánimos el hecho de que Prat desembarcara nuevamente, esta vez para advertir al prefecto que cualquier fortificación del puerto que se intentase levantar, sería destruida a cañonazos por la escuadra.

El mismo cinco ya se ampararon en nuestras naves unas doscientas personas, mujeres y niños fundamentalmente... chilenos de Iquique. Los peruanos no permitieron, ese día, que embarcasen hombres, empleándolos para cavar, forzados, una zanja de defensa a todo lo largo de la playa. Pero nosotros -anota Prat- no pensábamos desembarcar, ni menos en el sector de la zanja, inabordable por los roqueríos y la resaca.

El 7 de abril pasó el vapor regular al Sur. En toda clase de embarcaciones, centenares de chilenos intentaron abordarlo.

> "El capitán (escribió Prat) no sabía cómo hacer para evitar aquel asalto, y había levado (anclas) e iba a hacerse fuera, cuando llegué yo (en una lancha) a su costado, y temiendo que se fuera y nos dejara clavados con toda aquella gente, tuve que ordenarle terminantemente que fondease..."

Obedeció. Más de 700 "asaltantes" subieron tumultuosamente a la nave, llenándola hasta el tope, y un número parecido pugnaba por imitarlos. Aprovechó el capitán que Prat se había retirado -necesitaba conferenciar con el almirante Williams-, levantó anclas...

> "...y se marchó a toda fuerza, arrastrando lanchas y botes, rompiendo unos y dando vuelta otros, hasta que se vio libre de aquellos parásitos. No hubo ningún ahogado, pero perdieron muchos de esos pobres todo lo que habían podido salvar (de sus casas iquiqueñas)."

Una vez más Arturo Prat subió a bordo: "...El capitán me decía que no tenía agua ni víveres para toda esa gente. Le ofrecí cuanto necesitara, y el pago del pasaje... con lo cual quedamos nuevamente en buena armonía."

Mas, a la vez, quienes estaban en la nave, pero divididos de sus seres queridos, se arremolinaron angustiadamente alrededor de Prat, pidiéndole dejase subir a éstos últimos... El héroe tuvo que ser inflexible: si no aceptaban separarse, debían ellos descender y esperar un nuevo vapor.

La situación se agudizó -corriendo esta espera- los días siguientes. Aumentaría en Iquique la presión peruana contra los chilenos de la ciudad mientras arribaban nuevos grupos de aquéllos... "No se agotan (decía Prat), porque diariamente llegan del interior." Los peruanos tampoco permitían volvieran a tierra, ni siquiera un momento, aquellos que, refugiados en toda clase de embarcaciones menores, aguardaban un segundo vapor. "Encaramados sobre su equipaje," podían pasar "sin comer ni beber por cerca de veinticuatro horas." La flota chilena y otras naves surtas allí -un buque de guerra inglés, otro yanqui, y especialmente un mercante italiano-, acuciadas por Prat, los ayudaban como podían.

El segundo vapor, el C*opiapó,* pasaría por Iquique el 11 y 12 de abril -tras sortear

peligros que apreciaremos más adelante-, llevándose consigo otros centenares de chilenos al Sur. Pero dejó todavía, de cualquier modo, muchos rezagados en los buques amigos o neutrales de la bahía. Se ven estos compatriotas, observó Prat (según señalábamos páginas atrás) -sin que fueran óbice sus padeceres, y la pérdida de cuanto poseían-, orgullosos y contentos... "porque su Chile está antes que todo."[191]

El almirante y el ministro

La escuadra casi entera se hallaba ahora en el Norte. Hacían excepción sólo la cañonera *Covadonga,* de la cual hablaremos pronto, y la corbeta *Abtao,* recién readquirida por Chile de sus dueños particulares, pero casi inservible. Recorrían así la costa, entre Antofagasta y la boca del Loa, los blindados *Blanco* -donde Williams izaba su bandera- y *Cochrane,* la cañonera *Magallanes* y las corbetas *Chacabuco, O'Higgins y Esmeralda.*



"Escuadra nacional de 1879, óleo de autor anónimo"

¡La *Esmeralda!* Desde comienzos de febrero su comandante accidental, Uribe, había empezado a alistarla en Valparaíso. El 20 iniciaba el enganche; el 23 ya tenía la dotación completa. Manuel Thomson -el jefe titular- se incorporó los primeros días de marzo. El 8 salían en convoy hacia Antofagasta, ella y la *Chacabuco.* "No pocas personas" -dijo la prensa- las vieron zarpar, mirando desde los cerros porteños; "sobre todo (les interesaba) la gloriosa *Esmeralda,* gallarda todavía a pesar de sus veintidós años de servicio" (Vicuña Mackenna B. , 1879).[192]

Pero volvamos a Prat. Recordemos que no tenía hasta ese momento ningún mando ni misión propiamente naval; era sólo el secretario de Sotomayor.

Este, de su parte, traía plenos poderes del Gobierno pero -manifestando por primera vez la cualidad, tan suya, de preocuparse por el fondo y no por las formas de las cosas- no los hizo valer. Prat, no obstante, los conocía, y escribió que el título que el ministro se autoadjudicara, "secretario general," lo habían "inventado para darle alguno." Pero intervendría en "todo aquello que requiriese fuertes gastos o medidas bélicas de importancia."[193]

La verdad más profunda de los hechos -ésta si probablemente ignorada por Arturo Prat- era que Sotomayor buscaba una difícil concordancia: la del Almirante con el Gobierno en cuanto a los objetivos de la escuadra nacional.

El segundo deseaba que el Callao fuese objeto de un ataque inmediato, para destruir o bloquear en él a la flota peruana. Pues Joaquín Godoy, desde Lima, había escrito que la guerra hallaba al enemigo con sus principales barcos en plena reparación, y las temibles baterías del puerto desmontadas y sin artilleros.

Williams desconfiaba de la información precedente. Suponía insuperables por nuestra escuadra las defensas del Callao, recordando cómo había fracasado ante ellas la flota española (1866). Además, afirmaba, la chilena carecía de combustible y víveres suficientes para una incursión semejante. Tampoco contaba con naves cuyo estado la permitiese.

Resolvió el Almirante, en cambio, bloquear Iquique. Así, argumentaba, impediría que fuera fortificado... y el propio Gobierno le telegrafiaba que ése era el propósito peruano (el mismo que Arica también cumplía intertanto, de manera acelerada). Además, el bloqueo de Iquique, puerto de salida para el guano y el salitre, principales recursos económicos del Perú, asfixiaría a éste financieramente. Y por todo ello, la flota enemiga tendría que abandonar el inexpugnable Callao y presentar batalla en descubierto.

Con la última finalidad, adicionalmente, recorrerían nuestros barcos la costa entonces peruana, destruyendo muelles y lanchas, incendiando Pisagua, cortando el cable submarino -y por ende la comunicación entre la zona y Lima- en Iquique, etc.

Williams creía imposible que, mediando provocaciones tales, no viniera la escuadra adversaria, en son de venganza. "¿Cómo dudar de que el Perú haría un esfuerzo para colocarse a la altura que le señalaba el deber?" (López, 1969).[194]

Por último, recomendaba ocupar militarmente Iquique. Tampoco esto parecía sensato al Gobierno, si previamente no se hubiera destruido o inmovilizado a la escuadra enemiga en el Callao.

Prat coincidía con el Gobierno, quizás por influencia de Sotomayor. Era fácil capturar Iquique, "rompiendo u obligando a parar (decía) las máquinas de destilación que... surten de agua para la bebida." Pero ocupar nosotros Iquique, no significaba que

los peruanos se rindiesen militarmente; sólo se retirarían, hacia el interior o hacia Pisagua. Por ésta y Huanillos, podrían continuar exportando salitre y guano. Ahora, si también se apoderaba Chile de los dos últimos puertos citados, habría que dejar guarniciones en ellos e Iquique, y darles permanente apoyo marítimo. El efecto desgastador sería demasiado grande. Y la flota peruana no vendría a presentar batalla. "Son más débiles que nosotros, y es de presumir que no quieran aventurarse a un fracaso."[195]

Según el testimonio de Rafael Sotomayor, Arturo Prat también se hallaba acorde con el Gobierno, tocante a la conveniencia de destruir o bloquear la escuadra enemiga en el Callao.

Pero Encina va más allá. Prat, dice, habría sido el cerebro originario tras un plan de mucho mayor osadía: que ese ataque marítimo se acompañara con uno terrestre... un desembarco del Ejército Chileno, para ocupar no sólo el puerto peruano, sino Lima, golpe de audacia que pondría fin instantáneo a la guerra.

Se sabe que este proyecto tuvo el apoyo de Cornelio Saavedra -quien aparece como habiéndolo discurrido-, Antonio Varas y el propio Sotomayor. Que Arturo Prat lo ideara, se desprendería de una carta enviada por don Rafael a Varas, el 30 de abril de 1879. Encina la vio, pero después se extraviaría. Y aún aceptando su existencia y contenido, ya para esa fecha, como anota el mismo don Francisco Antonio, hacía una semana que Varas propusiera un plan idéntico al consejo de ministros. De modo que, si Prat en efecto tuvo la idea, alguien más la discurrió igual, casi simultáneamente, y de éste la tomaron sus defensores dentro del Gobierno.

Una y otra posición -la del Almirante y la del Gobierno- tenían sus pros y sus contras. Pero no era cómodo discutirlos con Juan Williams. Reivindicaba una absoluta autoridad estratégica; las opiniones de civiles -aunque fueren ministros... inclusive si se tratara del presidente- lo dejaban sin cuidado; sentía el abrumador respaldo y confianza populares que lo rodearon al comienzo, y la lealtad ciega de sus oficiales, que nunca lo abandonó. Para remate, estaba enfermo; sufría mucho; sus labores le significaban un pesado sacrificio, y estas circunstancias lo volvían irascible e impaciente a la menor contradicción.

Tampoco pudo el ministro ganarse la amistad y confianza de Williams, el cual estimó una afrenta y una *capitis deminutio* el nombramiento y venida de Sotomayor. Hasta jugó el atormentado Almirante con la idea de renunciar.

Así se fue tejiendo la compleja red de circunstancias que conduciría al sacrificio de Prat, el momento de mayor peligro, mayor triunfo y mayor gloria para Chile en la Guerra del Pacífico. Hacia él iban empujando las desavenencias entre el Gobierno y su máximo jefe naval, y la insoportable presión en orden a "mostrar resultados" que se ejercía sobre el Almirante desde todos los ángulos... desde La Moneda (muy crítica,

hemos dicho), la prensa, la opinión, sus mismos oficiales. La enfermedad de Juan Williams; la discordancia de objetivos con los gobernantes civiles; la perturbadora inacción; el pensamiento de que la guerra descansaba sobre sus hombros, y dependía de la suprema autoridad que se había autoasignado; las presiones indicadas, todo contribuyó para que -cambiando súbita y secretamente de opinión, en ciento ochenta grados, como veremos, y actuando conforme a este cambio y con suma velocidad- el Almirante levantara, sin querer, el telón del drama de mayo.

Intermedio: la Covadonga. Chipana

El 7 de abril, la flota ante Iquique, Juan Williams comunicó a Prat haberlo propuesto para jefe de la *Covadonga,* que junto con la *Abtao* terminaban de repararse en Valparaíso. La proposición había salido días atrás, por el vapor regular; ya debía conocerla el Gobierno y -dada la suprema autoridad naval del Almirante- éste y Prat descontaron el visto bueno civil como un simple trámite (y lo sería).

La decisión de Williams confirma que no abrigaba ninguna reticencia sobre la capacidad del héroe como marino.

Las cartas de Prat apenas disimulan el júbilo que le causó el nombramiento... olvidada la triste aprensión de que la Armada no tenía hueco para él. Olvidadas, asimismo, las seguridades de pronto regreso que diera a Carmela pocos días antes. Por eso mismo, quizás, las cartas aminoran aquel júbilo, pero sin lograr ocultárnoslo; podemos suponer que tampoco lograrían ocultárselo a Carmela Carvajal.

Es conmovedor el entusiasmo del héroe por la *Covadonga...* tan pronto se sabe su comandante. "¡Misterios del destino! -dice-. ¡Quién lo creyera! La *Covadonga,* uno de los buques más pesados, es hoy uno de los más veloces, atendido el estado de los calderos de las corbetas... (La *Covadonga)* y la *Magallanes,* serán los buques que tendrán más que moverse... ¡En tal estado se encuentran las corbetas!" Dan "con dificultad" entre 6 y 8 millas/hora, mientras la *Covadonga* podrá alcanzar las 9 ó 10. "Así es que prestará muy buenos servicios en la escuadra." La *Abtao* está todavía peor que las corbetas, pero será útil para bloqueos y otros menesteres parecidos, donde "basta la presencia." "No habiendo más jefes de que echar mano, es posible que se la den a Condell."

Constantino Bannen, otro integrante del "curso de los héroes," sería el segundo de Prat. Partió hacia Valparaíso el 7 de abril, "a presidir el armamento de la *Covadonga;*" iba en el primer vapor que "asaltaran" por centenares los chilenos evacuados de Iquique, según se dijo arriba. Arturo Prat daba instrucciones a Carmela: tan pronto comunicasen los diarios su nombramiento, o Bannen le señalara haberse ya "tirado" el decreto respectivo, Ricardo debía comprobar "la medida de la litera del camarote para ver si el colchón está bien." Esperaba que Isaías, antiguo servidor de confianza, lo acompañara de mayordomo, y le buscase "un buen cocinero y un mozo." Que con

piezas dobles o sueltas le fueran formando "un servicio de mesa, (por) si... el Fisco no dotara al buque del necesario." Terminando el mes, él mismo se hallaría en Valparaíso y arreglaría "el pertrechamiento del buque, de mi cámara y rancho."[196]

Es un nuevo Prat, eufórico (si bien, recordaremos, con deliberada sordina), el que surge de estas cartas. Quizás contribuyese a tan buen ánimo la mejoría de sus hijos, enfermos cuando zarpara de Valparaíso con Sotomayor, pero ya repuestos.

El 14 de abril, vale decir: más temprano que lo pensado, el héroe embarcaba de regreso al Sur. Anterior es un episodio memorable... el combate inicial de la guerra marítima, Chipana. Dos corbetas enemigas de buen andar -*Unión* y *Pilcomayo*- habían sido enviadas a interceptar el vapor *Copiapó,* que, proveniente del Sur, portaba combustible y municiones para nuestra flota;[197] lo esperaron en la desembocadura del Loa. Pero el *Copiapó* se les adelantó, llegando el 11 de abril a Iquique, su destino, sin ningún problema (se llevaría desde allí, vimos antes, un segundo lote de refugiados chilenos).

Mientras, la *Unión* y la *Pilcomayo* continuaban aguardando una presa que ya se les había escapado. Avistaron, aquel día 11, humos en el sur; creyeron tratarse del *Copiapó* y fueron a su encuentro. Mas era la cañonera *Magallanes,* la capitaneaba Juan José Latorre. Iniciaron la persecución. El audaz marino decidió batirse con las corbetas, despreciando su propia inferioridad de artillería... dos cañones contra un conjunto de dieciocho. Aprovechó Latorre la mayor velocidad de la *Unión* respecto a su compañera, por cuyo motivo -yendo ambas tras la *Magallanes*- la *Pilcomayo* había quedado atrás. Entonces Juan José Latorre detuvo su retirada, y se enfrentó con la sola *Unión.* Cambiaron disparos largo rato -según Prat, 45 de los chilenos y 150 de los peruanos- hasta que la *Magallanes* acertó en plena máquina de la *Unión* con una granada tan dañina que la corbeta, despidiendo gruesa columna de humo, abandonó el entrevero y se acogió a la bahía de Chipana. Por el motivo ya indicado -su menor andar- la *Pilcomayo* sólo pudo ser espectadora de lo sucedido.

Hay admiración y una cierta envidia, pero sin hiel, cuando Prat comenta el combate de Chipana:

> "A Latorre le ha tocado el honor de los primeros fuegos... Este acontecimiento, si bien feliz, viene a mortificarnos, porque mientras nosotros estamos aquí bloqueando un puerto, ellos toman la ofensiva y nos provocan en detalles."[198]

La frase es además indicativa de las abrumadoras presiones que, como anticipamos, se ejercían sobre Williams, aun por sus propios oficiales, y casi inconscientemente. Bloquear era perder la iniciativa; ésta la tenían los peruanos... "nos provocan en detalles."

Quizás por eso Williams, en el *Blanco* -y rumoreándose que el *Huáscar* andaba con

la *Unión* y la *Pilcomayo-,* partió la noche del 11 a buscarlo. Prat lo acompañaba. No tuvo éxito el empeño. Vieron humos, los siguieron, "pero ellos andaban muy bien y muy mal nosotros," y la pista se perdió. La deficiente mantención de la escuadra, tan reclamada por Arturo Prat, daba sus amargos frutos.[199]

Siguieron otras incursiones: naves nuestras recorriendo los puertos peruanos y causándoles daños. Servirían sólo para exasperar la opinión pública de Lima, sin tranquilizar la de Santiago.

Salido de Iquique el 14 de abril, como adelantamos, Prat estaba en Valparaíso el 19. Pudo así ver a su familia algunos días... la despedida postrera.

En lo profesional, lo primero que hizo fue viajar a Santiago para comunicar las necesidades de la flota, especialmente la de adquirir un carguero auxiliar.

Luego se dedicó a la *Covadonga.* Condell, paralelamente, hacía lo mismo con la *Abtao,* de la cual -según profetizara el héroe- había sido designado comandante.

Había una sana rivalidad entre los ex condiscípulos, cada uno procurando que su barco tuviese los mejores oficiales. Un ejemplo: Prat había reclutado al guardiamarina Arturo Wilson (quien sirviera bajo el héroe en la *O'Higgins).* Momentos después topaba Wilson con Condell, que también lo buscaba para oficial. "Más cómodo (le dijo) hubieras estado en la *Abtao,* que en un barco tan chico como la *Covadonga"* (Wilson, 1979).[200] Pero no insistió, respetando el compromiso ya existente de los dos Arturos.

Estos, al comienzo, se hallaban solos en la cañonera, recibiendo la tripulación, y los víveres, pertrechos marineros, pólvora, municiones y, en general, mil ítems diversos que acondicionan un barco para la navegación y la guerra.

Se probaron también, y los resultados fueron aparentemente satisfactorios, las reacondicionadas calderas de la nave. Con presión de 25 libras, una resistió, y la otra dio indicios de falla. Pero la *Covadonga* no requería más de 18 libras para alcanzar su velocidad máxima. Distinto fue el caso de la *Abtao:* "por el triste estado de sus calderos," no se atrevió Condell a alzar la presión arriba de 13 ó 14 libras, con lo cual el barco no pasaba de las 8 millas/hora.[201]

Ningún detalle era demasiado pequeño para el flamante y meticuloso comandante de la *Covadonga.* Visitando la nave después de Iquique, Vicuña Mackenna advirtió en la cámara del capitán un encerado -piso sobrepuesto, de hule o goma- muy nuevo. Lo había hecho instalar Prat, aquellos días porteños, le contaron los tripulantes. "El mismo tomó las medidas con un papel, hincándose en el suelo, y luego volvió de tierra con este encerado, que hizo clavar sobre las tablas" (Vicuña Mackenna B., 1930).[202]

"No hay (otro) lugar (para mí) -explicó Prat a su colega profesional y vecino de oficina jurídica, Joaquín Larraín, refiriéndose a la *Covadonga-,* he elegido mis marineros, mis oficiales, y mis cañones... y estoy contento de todos."[203]

El 2 de mayo la *Abtao* y la *Covadonga* dejaban Valparaíso. ¿Qué palabras finales pasarían entre los cónyuges, de nuevo separados... y ahora, sin saberlo, para siempre? ¿Algún pensamiento premonitorio cruzaría por la mente del héroe, cuando daba a sus hijos el último abrazo de la vida?

El viaje hasta Iquique demoró extraordinariamente... ocho días, perturbada la marcha de la *Covadonga* por dificultades en calderas y máquinas. Los ingenieros de éstas -se quejaba Prat- eran incompetentes, y ellas mismas habían sufrido por el descuido con que fueran mantenidas, mientras se hallaron desarmadas.

Por fin, a las 22 horas del 10 de mayo, fondearon la *Covadonga* y la *Abtao* en Iquique. El resto de la escuadra anclaba también allí. Y había notables -y para Prat, agridulces- novedades.

El almirante se resuelva a atacar

Como anticipamos, Williams había cambiado de opinión: atacaría el Callao, decidió.

Ello implicaba cambios, también, en el mando. Thomson pasaba de la *Esmeralda* a la *Abtao;* Condell, de la *Abtao* a la *Covadonga...* y Arturo Prat, de la *Covadonga* a la *Esmeralda.*

Era secreto a voces -pero aún no confirmado oficialmente que la flota iniciaría muy pronto una acción. Mas... ¿cuál acción? ¿Con qué naves? Por el momento todos, salvo el Almirante y dos o tres íntimos, lo ignoraban. Pero Prat comentó con desánimo:

> "El resultado (de su nuevo cargo) es que me quedaré montando la guardia del bloqueo... tranquilo en el fondeadero."[204]

Pues la *Esmeralda* se hallaba paralizada por reparaciones urgentes de sus calderas.

Las nuevas jefaturas tampoco reflejaban desconfianza respecto de Prat, como se ha supuesto.

Analizaremos inmediatamente la misión suicida de la *Abtao* en los planes de Williams. Para dirigirla, se necesitaba un jefe audaz, pero de audacia controlada. Prat -no muy imaginativo, nada improvisador- obviamente no era aquel comandante audaz. Condell sí.; pero en exceso: podía desbocarse (esto, por lo menos, se pensaba comúnmente). Thomson calzaba mejor que los otros dos, con las exigencias implícitas en el papel asignado a la *Abtao* por el Almirante.

¿Y por qué Prat y Condell, en definitiva, serían elegidos para mantener el bloqueo? El primero, seguramente, por juzgar Williams que sus dotes personales -serio, reflexivo, ordenado, minucioso- coincidían con esa tarea. Y Condell, al revés, por temor a eventuales indisciplinas suyas, que comprometieran la expedición contra el Callao.

En resumen, Williams distribuyó los mandos haciendo el ajuste, el balance, entre las aptitudes y limitantes que don Juan suponía en cada jefe, de un lado, y del otro la misión que le asignaba a ese jefe el plan general, comprendiendo este tanto el asalto al Callao como el bloqueo de Iquique.

Una vez resuelto que Arturo Prat y Carlos Condell se encargaran del bloqueo, Prat -por su grado y carrera más regular- debía ser el superior, y como consecuencia mandar la nave teóricamente más importante. De allí su paso a la *Esmeralda,* y el de Condell a la *Covadonga.*

Un último enigma lo plantea la elección no ya de comandantes, sino de naves. Se dice haber sido tan aptas para "suicidarse" -vale decir, tan inadecuadas para otra cosa- la *Abtao* como la *Esmeralda,* pero que Williams prefirió salvar la última que le traía gratos e innúmeros recuerdos. Además, la *Abtao* se movía, cuando menos, mientras la *Esmeralda* apenas lograba hacerlo. Se asegura, asimismo, que las fallas de máquina y calderos evidenciadas por la *Covadonga* y que ya relatamos, vetaron su posible participación en el ataque contra el puerto-fortaleza peruano. Y las circunstancias tan precarias de la *Esmeralda* hacían forzoso, por otra parte, que un segundo buque, menos deteriorado, la respaldara en el bloqueo.

Las alteraciones de los mandos superiores acarrearon las de sus subordinados. De la *Esmeralda* se fueron a la *Abtao* el segundo jefe, teniente 1º Emilio Valverde, y el cirujano Pedro Nolasco O'Ryan; quedaron en aquella Uribe (subcomandante) y Francisco Cornelio Guzmán (médico). Prat arrastró además consigo dos subalternos de su confianza, desde la *Covadonga:* Serrano y Wilson, y por ello debió ceder a ésta un oficial muy capaz: el teniente 1º Joaquín Orella.

El giro de ciento ochenta grados que dio Williams, ha sido discutido con acritud. Naturalmente no es objeto de esta obra -ni materia de mi competencia- dilucidar el punto. Ekdahl dice que la decisión fue correcta, pero fatalmente atrasada. Hasta abril o primera quincena de mayo, asegura, los fuertes del puerto limeño se hallaban incompletos y desartillados -aunque bajo una labor febril para alistarlos- y la escuadra peruana, surta en el mismo, estaba reparándose y por ende relativamente inerme. La segunda mitad de ese mes, ya nada de lo dicho era efectivo, y la operación planificada por Chile tenía poca o nula chance de ser exitosa. El Almirante se defendía diciendo que sólo para el "novilunio" de mayo nuestra flota habría estado "lista;" anteriormente, aseveraba, carecía de elementos imprescindibles, en la perspectiva de atacar (Fuenzalida, 1974).[205]

El 15 de mayo, en su cámara del *Blanco,* Williams informaba a los mandos que la escuadra íntegra, exceptuadas la *Esmeralda* y la *Covadonga,* zarparía hacia el norte desde el día siguiente... pero sin revelar con qué misión.

El 16, amaneciendo, arribaba a Iquique el *Lontué* -mercante de la línea inglesa

P.S.N.C.-; provenía del Callao. Su capitán confirmó a Williams que el grueso de la escuadra peruana se encontraba allí fondeada; llegaría hasta diagramarle la ubicación precisa de cada nave en la rada. Agregó que la fragata *Independencia* -el segundo más poderoso de los buques enemigos- continuaba reparándose, trabajos que (aseguró) tenían aún para rato.

El mismo 16, Arturo Prat recibía dos documentos de manos de Juan Williams: las instrucciones para el bloqueo y un sobre cerrado, que debía abrir el 20 de mayo, y no antes.

Según las instrucciones, el bloqueo continuaría "con la misma estrictez que hasta hoy", pero sin hostilidades contra la ciudad ni sus habitantes, salvo "por motivos muy justificados." La *Covadonga* apoyaría, caso de agresión enemiga. Cerraba Williams las instrucciones expresando confianza en el "celo y patriotismo" de Prat.

Adelantamos, ahora, el contenido del sobre cerrado. Eran dos cartas, una también para Arturo Prat, y la otra dirigida al ministro de la Guerra, general Basilio Urrutia. Ambas notas revelaban el propósito exacto de la expedición que partía: "Mi viaje tiene por objeto atacar y si es posible batir a la flota peruana surta en la rada del Callao." La carta cuyo destinatario era el Ministro explicaba -de la manera ya vista- el nuevo criterio de Williams. Añadía que, hasta las noticias traídas por el "último vapor," era claro hallarse toda o casi toda la escuadra enemiga anclada en aquel puerto. Pedía se le enviase a Iquique un buque de carbón. "Cumplirá (la flota nacional) con el deber que le impone su pasado de gloria."

A Prat, su carta le indica que el barco carbonero, llegado a Iquique, continúe viaje rumbo norte con destinación Mollendo, "y siga (después) navegando a la vista de la costa hasta alcanzar la escuadra." Termina así: "Por si no nos volvemos a ver, recuerde al amigo que lo distingue."

Palabras tales, escritas en esas circunstancias solemnes, disipan cualquier especulación sobre los sentimientos entre los dos marinos.[206]

Nos falta una tercera misiva de Williams, salida el mismo 16, o quizás el 17, por el ya referido vapor *Lontué.* Destinatario: Eulogio Altamirano, Comandante General de Marina y hasta el momento leal amigo de don Juan. La carta notifica el zarpe de la flota hacia el norte... pero sin decir a qué va.

Caería como una bomba entre las autoridades civiles. Quedaban en la posición -absurda y humillante- de ignorar el paradero y los objetivos de su escuadra... se les había "perdido." Y "perdida" continuaría hasta bastante más allá del 21 de mayo. Pues el combate heroico impidió que Prat despachara la segunda carta, extraída del sobre el día 20 (conocemos su texto por las copias de ambas misivas que conservó Williams).

Es así completamente claro que el Almirante no quiso que el Gobierno supiera, ni

el zarpe de la flota -hasta que ya fue un hecho- ni su propósito ofensivo, y adoptó al efecto exquisitas precauciones. Ejemplo: la nave de carbón. El Gobierno debía despacharla a Iquique. Su destino ulterior -que hubiera sido una pista de lo que Williams planeaba realizar- sólo lo sabría una persona: Prat, y éste el 20 de mayo, cuando abriese el sobre.

Únicamente una autoridad civil conocía el objetivo de Williams: Rafael Sotomayor. Pero embarcaría con el Almirante, sin comunicar nada a Santiago. ¿Le exigió don Juan esta reserva, y don Rafael se sintió obligado a mantenerla? Lo ignoramos.

¿Por qué procedió Williams así?¿ por el elevado concepto que tenía de su autoridad naval? ¿por ahorrarse una disputa con el Gobierno? ¿por temor a que la expedición fuese prohibida, lisa y llanamente? No lo sabemos. Quizás operaron todas estas causas, y además la aprensión de infidencias en Santiago, que pusieran sobre aviso a los peruanos, aprensión, ciertamente, nada injustificada.[207]

Por otra parte, pudo el Almirante pensar que, notificado Sotomayor de la expedición, estaba notificado también el Gobierno, y que al Ministro correspondía difundir o no la noticia en otros niveles de la administración civil.

También para engaño del enemigo, la escuadra dejó Iquique parceladamente, y en apariencia con rumbos distintos: el 16, de día, la *O'Higgins* y la *Chacabuco* hacia el oeste, el *Cochrane* hacia el sur, y el vapor auxiliar *Matías Cousiño* hacia el norte. La noche del 16, la *Abtao* abandonó sigilosamente el puerto en la misma dirección del *Matías Cousiño.* Y el 17, pasadas las 10 horas, la imitaban el *Blanco* -con Williams y Sotomayor- y la *Magallanes.* Habían esperado la llegada del vapor *Ilo,* con la última correspondencia del Sur. Todos se reunirían el propio 17, a las 20 horas, en el punto preconvenido... ante Pisagua, unas cuarenta millas mar adentro.

Prat fue uno de los postreros en abandonar el *Blanco:* despidiéndose del Almirante le dijo:

> "Si viene el *Huáscar,* lo abordo" (Bulnes, 1955).[208]

Parecía chiste o bravuconada, pero (veremos) era algo infinitamente más hondo. Es de advertir que Sotomayor se había ido de lengua con su ex secretario (lo que no hiciera con el Gobierno), por lo cual Prat ya no necesitaba abrir el misterioso sobre para enterarse de los audaces propósitos del Almirante.

En alta mar se repartió el plan escrito de ataque al Callao. Fecha tentativa: 22 de mayo. Hora: 2 a 3 de la madrugada, como máximo. Se intentaría el forzamiento de la rada, y destruir allí por sorpresa la escuadra peruana. Para cuyo efecto se necesitaba neutralizar o desconcertar las renombradas y poderosas baterías de los fuertes. Este era el papel de la *Abtao,* convertida en "brulote..." un buque-bomba. "Con su andar máximo" ingresaría en el puerto, colocándose entre los fuertes y la línea de barcos

enemigos; allí dispararía sus cañones por última vez, y luego explotaría, vecina al *Huáscar* de ser ello posible (para aniquilarlo). En la confusión acarreada por el estallido, y aprovechando además el silenciamiento de los cañones terrestres -esperada consecuencia de aquél-, los restantes barcos chilenos completarían la obra destructiva del buque-bomba...

Thomson debería dirigir personalmente la difícil voladura de la *Abtao,* atiborradas de pólvora su santabárbara y sala de calderas. Encendería las mechas con la anticipación necesaria para que él y los tripulantes (rebajado drásticamente su número) tuviesen tiempo de evacuar la nave.

Nuestro santo y seña: *''Esmeralda'';* su respuesta: *"Covadonga..."* misteriosa premonición de los nombres que desde ese 22 de mayo serían, efectivamente, el santo y seña de la nación en guerra.[209]

Las Escuadras se cruzan

El mismo día, "hora y minutos" (Vicuña Mackenna B. , 1879)[210] que el grueso de nuestra escuadra abandonaba Iquique con destino norte, el presidente Mariano Ignacio Prado dejaba su palacio limeño para embarcar. Componían la escuadra que esperaba al Mandatario, el monitor *Huáscar,* la fragata *Independencia* y los transportes *Limeña, Chalaco* y *Oroya* (quedaron en el Callao las corbetas *Unión* y *Pilcomayo).* El último transporte citado era el más veloz; allí iba el Mandatario, y enarbolaba su enseña el jefe del convoy, comandante Aurelio García y García. Pocas horas corridas, zarpaba esta escuadra... con rumbo sur.

Navegaban los peruanos a atacarnos, cuando nosotros veníamos hacia ellos con igual intención.

Después los oficiales del Perú lamentarían públicamente (y es efectivo que lo habían prevenido con anterioridad) haberse hecho a la mar sin una adecuada preparación de los tripulantes -"no estaban acostumbrados al servicio de los buques de guerra"- ni de los artilleros: "lo incierto de los tiros de nuestros cañones... (porque) toda la tripulación era nueva." Las citas son del comandante Juan Guillermo Moore, explicando el desastre que sufrieran en Punta Gruesa él y su barco, la *Independencia,* a manos de Condell y la *Covadonga.*[211] Una parte apreciable de la antigua dotación de las naves peruanas, había sido chilena; declarada la guerra, nuestros connacionales fueron, claro está, licenciados, y hubo que improvisar su remplazo.

¿Por qué zarpó la flota adversaria en estas condiciones? Como Williams, sufría la presión pública que demandaba "resultados;" no pudieron resistirla ni la escuadra, ni Prado, "Las multitudes vociferaban a diario al pie del palacio presidencial" (Bulnes, 1955).[212]

Mariano Ignacio Prado y sus marinos -junto, como vimos, con Williams-

desencadenaban así la conjunción de circunstancias deliberadas o fortuitas, que conduciría a la muerte y la gloria de Iquique.

El plan peruano contemplaba eludir el enfrentamiento de las escuadras, pero entorpecer en cambio la navegación a lo largo de la costa chilena, aniquilando, si fuese posible, formaciones pequeñas de naves o buques aislados.

Las dos escuadras, que avanzaban en sentido contrario, de necesidad debían cruzarse, y así lo hicieron un neblinoso 19 de mayo, a la altura de Pisco... pero sin verse, 31 millas las separaban, la chilena mar afuera, la peruana pegada a la costa. El destino seguía dando sus cartas.

En Arica, Prado supo que la *Esmeralda* y la *Covadonga* solas, sostenían el bloqueo de Iquique, y que un convoy transportando dos mil quinientos soldados chilenos, había salido de Valparaíso hacia Antofagasta. Las dos noticias eran efectivas; componían el convoy los mercantes *Itata, Valdivia, Huanay* y *Rimac.* Debió imaginar Prado que el grueso de nuestra escuadra navegaba hacia el Callao, pues de otra manera no hubiera dispuesto lo que dispuso. A saber, que el *Huáscar* y la *Independencia* levaran anclas inmediatamente; cayesen sobre Iquique el 21 de mayo, destruyendo o apresando los débiles barcos chilenos y alzando el bloqueo; interceptaran luego y aprehendieran los transportes de soldados, el 22; inutilizaran en seguida la máquina resacadora de agua de Antofagasta; y a continuación progresaran hacia el sur, bombardeando metódicamente los puertos de Chile...

El monitor y la fragata dejaron Arica el 20, hacia las 20 horas, proponiéndose hacer su aparición en Iquique cuando amaneciera el 21 de mayo.

El enemigo

La Independencia y el Huáscar...

El 28 de julio de 1866 -reinando aún la euforia americanista del conflicto con España- Valparaíso conmemoró suntuosamente la independencia del Perú. Una modernísima fragata de guerra de este país, se hallaba surta en el puerto. La aprovecharon los peruanos para escenario de un suntuoso sarao. La flor y nata de la sociedad porteña comió, bebió, danzó y admiró la fragata entre media tarde y la madrugada siguiente, atendida a cuerpo de rey por la oficialidad naval y los diplomáticos del Rímac. Llamaron la atención el "gran esplendor" de las cámaras para oficiales, y la decoración ad hoc de la cubierta; corrían allí "pilas de agua dulce, entre maravillosos festones de flores y sedería bicolor" (Vicuña Mackenna B. , 1879).[213] La fiesta fraterna costó al Perú 12.000 pesos, 2.400 libras oro.

La fragata era la *Independencia*, que ahora, 20 de mayo de 1879, navegaba con el *Huáscar* hacia Iquique para caer sobre las naves chilenas y capturarlas o destruirlas.

Dirigía la *Independencia* el capitán de navío Juan Guillermo Moore, a quien aguardaba una desprestigiante catástrofe -final de su nave- en Punta Gruesa, y más tarde una muerte valerosa y reivindicatoria en Arica.

Después del *Huáscar*, fue la *Independencia* -construida el año 1864 por los astilleros de Samuda Bros., en Poplar, Gran Bretaña- la estrella de la Armada Peruana. Destacaban su buen armamento y excelente velocidad: 11 millas/hora, propulsada por una máquina de 1.500 HP. Reunía 18 cañones: dos giratorios (un *Armstrong* de 100 libras y un *Vavasseur* de 150, recién instalado) y 16 fijos: 12 de 70 libras y 4 de 32. Llevaba espolón. Desplazaba 2.000 toneladas y tenía aparejo de fragata de tres palos. La línea de flotación y la parte central de la batería eran acorazadas; tres compartimientos estancos dificultaban que se hundiera.

Su compañero de aventuras, el *Huáscar*, tenía prácticamente igual edad (1865) y origen (astilleros ingleses: *Laird Brothers*, orillas del río Mersey). Perú había pagado por él 81.247 libras, con 16 chelines y un penique. Era un "monitor"... navío acorazado, relativamente pequeño, de limitada artillería y temible espolón, y que podía navegar casi sumergido. Los monitores hicieron su debut en la guerra civil de Norteamérica, donde ganaron rápida pero efímera popularidad. El *Huáscar*, con sus 1.130 toneladas, alcanzaba las 11 millas/hora, como la *Independencia*, pero utilizando una máquina menos poderosa (1.200 HP). Poseía una torre cilíndrica, giratoria, de la cual emergían dos cañones *Armstrong* rayados de 300 libras, que se cargaban por la boca, interiormente. Añadamos otras dos piezas, de 40 libras, una ametralladora *Gatling* en la cofa, y el espolón.

El blindaje -rasgo característico de estas naves- resultaba imponente; una faja de 4,5 pulgadas. La torreta, de hierro, oscilaba entre las 5,5 y las 7 pulgadas de espesor.

Anotemos también el aparejo de dos palos, con su trinquete en forma de trípode, muy singularizante, inventado y patentado por un capitán Coles, de la marina de Su Majestad Británica.

Cuatro compartimentos-estancos aislaban en sectores separados -para paliar los efectos de una posible vía de agua- las partes vitales del monitor: torre, máquina, calderos, etc. Un doble fondo, extendido hasta el entrepuente, corría bajo esos mismos sectores.

Las cámaras y camarotes para oficialidad y tripulación se mantenían bien iluminados y ventilados, mediante claraboyas y lumbreras laterales. Los separaban puertas de hierro, corredizas; abiertas éstas, la comunicación se hacía libre y expedita, de proa a popa. La torreta y el acceso a las entrañas del barco -protegido dicho acceso por una reja de fierro- eran inaccesibles desde la cubierta.

El *Huáscar* hacía 300 toneladas de carbón; ello y una bodega de víveres para seis

meses, le otorgaban elevada autonomía operatoria. 200 hombres formaban su equipaje.

Agitada historia, la del *Huáscar.* Incluso, el año 1877, caído en poder de una banda pirata, había incorporado su nombre (veremos) a los anales de la guerra marítima, como el primer barco en la Historia objeto de un ataque con torpedo.

Ahora, la noche del 20 de mayo, lo mandaba el capitán de navío Miguel Grau -ya lo encontramos al hablar del conflicto con España-, un profesional serio, hábil, astuto, eximio navegante, implacable en el combate, caballeroso en la victoria, de delicados sentimientos y un concepto del deber muy semejante al de Prat. Era, como éste, de origen catalán, y concuñado de un marino nuestro, el capitán Oscar Viel. Conservaba aquí numerosas amistades. Grau había opinado contra la guerra. La hizo, luego, con valentía heroica, brillantes éxitos parciales, y una derrota postrera que le significaría la muerte.

Las últimas cartas

Una gran calma se dejó caer sobre Iquique y su rada, cuando la escuadra chilena enfiló hacia el Norte (16 y17 de mayo).

Aquellos días y los precedentes fueron tiempo de cartas.

Tan pronto arribado con la *Covadonga,* Arturo Prat escribió dos, ambas fechadas el 11 de mayo. Por una de ellas, vimos, agradeció a la tía Clara el "santo milagroso," así como "el cajoncito con los dulces," y la notició de haberse impuesto colectivamente el escapulario carmelita a "toda la tripulación y oficiales, incluso yo" (dijo) de aquel barco. "Ahora, le agregaba, es decir desde hoy, ya no soy comandante de la *Covadonga,* he sido nombrado para la *Esmeralda."*

Ese mismo 11 tiene fecha la postrera carta del héroe recibida por su mujer (si exceptuamos la hallada sobre el cadáver de Prat, inconclusa, que Grau haría llegar a Carmela Carvajal). Lo más notable de esta misiva es la insistencia premonitoria, tan acorde con el carácter de Arturo Prat, en que se cancelen sus pequeñas deudas:

> "No olvide... hacer pagar al sastre y zapatero que creo sean todos mis acreedores, mandarle (dinero) a la tía y pagarle la casa a mi mamá."

Concluye así:

> "A mi mamá, abuelita, Conchita, Ildefonsa, Braulia, niñas y niños, José J., Ricardo, etc., muchas memorias, y tú, mi vida, recibe un abrazo y da a nuestros hijitos un besito de parte de tu Arturo Prat."[214]

Por los mismos días, su segundo en la *Esmeralda,* Luis Uribe; trazaba un cuadro lamentable de la corbeta:

> "...está echando raíces en el fondeadero... Lleva ya puestos ciento cincuenta

parches en sus calderos, y cada vez que se dispara un cañón es un parche más. Las costuras se abren, los mamparos gimen, los calderos se rompen y todo el enmaderamiento parece que se lamenta cuando se dispara un tiro de bala."

"Sin embargo (terminaba animosamente), puede aún dejar el pabellón bien puesto" (Vicuña Mackenna B. , 1879).[40]

Su superior era más optimista que Uribe. "La *Esmeralda* (decía la carta a Carmela arriba citada) está recibiendo serias reparaciones en sus calderos; ya tiene tres listos y pronto estará el otro" (Fuenzalida, 1974).[215]

El cirujano de la *Covadonga,* Pedro Videla, describe mientras tanto Iquique, el 19 de mayo... penúltimo día de su vida:

''Visto de la rada, presenta un aspecto galano, que contrasta con la aridez de las pardas crestas que lo dominan... Su planicie... se extiende... (con) suave declive hacia el oriente. Se destacan entre sus apiñados caseríos hermosos edificios, pulidas torres, alegres campanarios... Su playa está bordeada de importantes construcciones... (la) fábrica de destilación de agua, la aduana y los dos muelles...," uno de ellos de hierro, para el embarque del salitre; el "muelle del morro" y el "muelle de la estación," ambos en la costa del Colorado, "casi a la lengua del agua." También un pequeño teatro, un reñidero de gallos. Bahía ancha, abrigada y tranquila. "Al norte, una elevada punta la defiende contra los vientos del invierno, y la isla (Serrano) la cubre contra las bravezas del sur." Solamente el viento del Oeste, "hace rizarse a veces aquellas pacíficas ondas." "Pintoresco golpe de vista que recrea la mirada y alegra el corazón," resumía (Vicuña Mackenna B. , 1879).[216]

A José Gutiérrez, ingeniero de la *Esmeralda,* añorador de perros y de pájaros, pertenece este trozo de carta:

"Dígame cómo están mis pajaritos... ¡Si ya cantará la tenquita!"

"Memorias a todas y a todos."

"A la gente que quiero, a las mujeres y a los hombres, a los parientes, a los amigos, a los perros y a los pájaros."

"Y hágame un último favor. ¡Denle a oler esta carta a Talismán!"[217]

Otras cartas, humildes, se escribían y despachaban por los marineros y soldados de las naves chilenas. Obviamente, iban sin estampillas de correo... ¿Dónde habrían podido comprarlas los remitentes? Llegarían después de la hazaña y (muchas veces) tras la muerte heroica de éstos... y llegarían multadas.

El 18 de mayo, Tomás Rueda, despensero de la *Esmeralda,* pedía ayuda para sus dos hermanas a una pariente de Quillota; y cerraba: ''Yo acá quedo, a Dios gracias bueno, esperando sólo por momentos la escuadra peruana" (Fuenzalida, 1974).[218]

No se mostraba tan estoico Vicente Caballero, 21 años, natural de las Hijuelas de

Purutún, venido a Valparaíso en busca de trabajo... "muchacho que... hemos visto -dijo Vicuña Mackenna- haciendo cigarros de hoja en el establecimiento de don Eusebio Montes, plaza de O'Higgins." Era un "obrero excelente," comentaba Montes. Pero debía ser aburrido liar cigarros de hoja, porque Caballero escuchó los cantos de sirena de los enganchadores. Ahora, "soldado de marina," no las tenía todas consigo en la Esmeralda:

> "¡Qué triste estar listo para la guerra sangrienta con los peruanos! ¡No fuera nada esto, como la corbeta fuera firme; de sufrir tres o cuatro balas de regular calibre, ¡no lo sufre, no lo sufre! ¡Pobre corbeta *Esmeralda! ¡Hay!* madre mía, no piense Ud. en mí ni en mesada, sino en encomendarme a Dios... Toda la tripulación... *ba* a pelear *ha bordaje:* de modo que toda la tripulación *ba ha* morir *aogada..."* (Vicuña Mackenna B. , 1879).[219]

También llegó con multa esta carta; la madre la hizo enmarcar; Vicente, como Rueda, como Gutiérrez, como Videla, como Prat, había muerto el 21 de mayo.

Los hombres de la Esmeralda

Pequeño mundo aquel, contenido en sí mismo, desde el cual iban desparramándose las últimas cartas, hacia los cuatro puntos cardinales de Chile... el mundo de la *Esmeralda* y la *Covadonga.* En la corbeta vivían 215 personas: 16 oficiales de la Armada; 164 tripulantes; un oficial y un suboficial de Ejército, y bajo ellos 24 "soldados o artilleros de marina" o "de guarnición" -tropa embarcada-; ocho servidores: cocineros, mayordomos y mozos de cámara; y... un solitario ingeniero civil, al cual nos referiremos luego. Se decía ser 160 hombres la dotación normal de la corbeta; aquélla, pues, se hallaba recargada. Los tripulantes eran, la gran mayoría, chilenos. Pero una minoría fue extranjera, repartida en un abanico de orígenes: italianos, ingleses, franceses, escandinavos, griegos y hasta un maltés, el marinero Esteban Depots.

Era además un mundo joven. Ninguno de los oficiales "de cubierta" sobrepasaba los 33 años. De los ingenieros, Mutilla tenía aproximadamente la edad de Prat; Gutiérrez y Manterola andaban por los cuarenta años, y Hyatt -el más viejo- se acercaba a los cincuenta.

Quienes sobrevivieran, recibirían los más altos honores de la patria y de la Armada (si bien no acompañados, por lo común, de recompensas mayormente palpables). Seis, v. gr., incluido un grumete, alcanzarían el almirantazgo.

Para los muertos, en cambio, la leyenda y la gloria.

Algunos de los hombres de la *Esmeralda* ya han atravesado estas páginas. Luis Uribe, cuasi hermano de Prat. El norteamericano Hyatt, retirado de la Marina por enfermedad, tras jugar un papel estelar en la captura de la *Covadonga* (1865), después

agricultor limachino, y que se reincorporó el 79. Mutilla, condiscípulo de Prat cuando niños y, como Hyatt, Dionisio Manterola y José Gutiérrez, ingeniero de máquinas (recordemos que dictar clases sobre su especialidad en la Escuela Naval le producía jaqueca) ... Otros esmeraldinos aparecerán al recorrer las peripecias del inmortal combate. Pero hay tres, por lo menos, cuya historia anterior merece recordarse: Serrano, Riquelme y Aldea.

El teniente 2º Ignacio Serrano era de estirpe militar y penquista por el padre, mediano agricultor. Por la madre -una *Montaner*- su raza fue bretona y marinera. Nacido en Melipilla el año 1846, estudiante del Instituto, la guerra con España lo hizo emigrar a la Escuela Naval (1865). Allí se conocieron y se hicieron grandes amigos con Arturo Prat: no olvidemos que éste lo nombró profesor de la Escuela, trabajo que Serrano disfrutaría intensamente.

Desde 1876 era subdelegado marítimo de Tomé, cargo que desempeñaba con energía inagotable, a menudo sobrepasando la estricta obligación funcionaria. Así, habilitó el muelle de ese puerto; dotó a la policía tomesina de uniformes; sondeó la bahía de Dichato, con el propósito de levantar su plano; impartía la instrucción militar en las dos escuelas masculinas de la localidad, etc. Tenía avanzados estudios de agrimensor, y actuaba como tal en la zona.

Había casado con Emilia Goycoolea, de familia chilota, cuyo hermano Eulogio -singular destino- caería igual que Serrano a bordo del *Huáscar*... pero de un *Huáscar* ya nuestro (Arica, 1880).

El matrimonio Serrano-Goycoolea no tuvo hijos, pero sí un amor profundo y recíproco, sólo comparable al de Prat y su mujer. Era además una pareja muy pobre, debiendo el marido suplementar un escuálido sueldo con mensuras y clases. En éstas, mostraba finas dotes pedagógicas. Uno de sus alumnos -antes que llegara a Tomé- había sido Vicente Zegers, ahora, 1879, guardiamarina de la *Esmeralda*. Zegers padre quedó tan satisfecho con las clases, que regaló a Serrano 500 pesos, suma entonces nada despreciable.

Físicamente, Serrano fue más bien bajo, robusto, de facciones irregulares pero atractivas. Emanaban de él asertividad y energía.

Su carácter lo colocaba en las antípodas de Prat. Era extrovertido, hiperactivo, arrebatado, imprevisor, alegre, amigo de fiestas y bromas. Sin embargo, su amistad con el comandante -mezclada a la mayor admiración-fue indestructible. "¿Qué harías conmigo si me matasen?" -le preguntaba Arturo Prat. Y Serrano respondía:

"Si el golpe no te lo dan en la cabeza... la bala me matará a mí primero" (pues Prat le llevaba justamente una cabeza) (Vicuña Mackenna B. , 1879).[220]

Tan pronto estallara la guerra, bulliría la sangre belicosa y aventurera de los

hermanos Serrano Montaner.

Cuatro se enrolaron inmediatamente (y el menor, Rodolfo, clamaba por imitarlos): Ramón, el conocido explorador de la Patagonia y Tierra del Fuego, oficial de la *Magallanes;* Eduardo, del *Blanco:* Ricardo, único soldado y no marino, del regimiento *Tercero de Línea,* e Ignacio, de la *Covadonga.* Escribía éste a Rodolfo:

> "Si a alguno de nosotros nos toca morir, confío en la Providencia que no ha de ser en tierra chilena, ni fácilmente."

La Providencia lo escucharía. También a Ricardo; la batalla de Chorrillos cobró su vida.

Agregaba Serrano que su madre no pasara susto, "porque a mí y Ramón (decía) nos hayan tocado los peores buques de la escuadra, pues no es posible que vayamos todos en el *Blanco,* como Eduardo, que va como en un baúl."

Lamentaba, sí, le hubieran asignado la *Covadonga,* "que no es de mis afecciones... Me habría gustado más la *Esmeralda...* Tú recordarás que tantas veces te he manifestado mis simpatías por este buque, pues en él hice clases a tantos de los que hoy tengo por compañeros" (Vicuña Mackenna B. , 1930).[221]

Su alegría se hizo perfecta cuando Prat, según sabemos, -trasladado a la corbeta- se lo llevó consigo.

¿Perfecta ?Su hogar deshecho le penaba: «Mi casa se la ha llevado el diablo». Y a un amigo: «Si la suerte me fuera tan adversa que me tocara morir, ¿qué te podré decir de mi Emilia?¿ qué te podré encargar para ella? Eso tú lo sabes, pues conoces que no tengo sino mi sueldo."[222]

Mas a Emilia, la mujer joven, sola, angustiada y pobre, le había expresado, cuando la dejaba con los suyos en Puerto Montt:

> ''Volveré grande o me traerán muerto."[223]

Ernesto Riquelme era hijo de un taquígrafo de la Cámara de Diputados. Bachiller en humanidades, estudió después leyes, hasta 1872; así conoció a Prat y se hizo incondicional suyo. Quizá por influjo de nuestro biografiado, ingresó a la Escuela Naval (1874), graduándose allí de guardiamarina (1875), con notas sobresalientes. Ellas y adicionales méritos le valieron conocer Gran Bretaña en un viaje de instrucción; lo acompañaban Vicente Zegers y Vicente Merino Jarpa (1877). Amén de esos estudios, le sobró allá tiempo para otros, muy disímiles: dibujo, poesía, idiomas... y el bélico arte de los torpedos. De aprender el inglés "tomó arranque dulce pasión correspondida" - Vicuña Mackenna *dixit*- con la profesora, y Riquelme retornaría a Chile para diligenciar su matrimonio; un poema señala las aprensiones del muchacho por la lejanía de la mujer amada:

"Te fuiste, mi dulce amiga,

llevándote mi ventura;

me amas, pero ¡ay! no te olvides

que todo el tiempo lo muda.

¡Y la mujer es tan frágil!

Hoy nos llora con ternura

¡y después ,quizás ,la ingrata

en olvido nos sepulta![224]

La guerra lo sorprendió cuando realizaba estos trajines nupciales. Había dejado la Marina, dedicándose al periodismo (era hermano del diarista y costumbrista militar Daniel Riquelme, "Inocencio Conchalí"). Reincorporado, le tocó el *Cochrane* -la misma nave de su periplo inglés-, pero insistiría hasta lograr se le trasladase bajo el mando de Arturo Prat, a la *Esmeralda.*

El 79, tenía 27 años; era alegre y despreocupado, pero también valeroso, responsable y cumplidor. Multifacético, lo hemos visto bachiller, estudiante de leyes, marino, poeta, pintor, periodista... y nos queda recordarlo como entusiasta bombero de la segunda compañía santiaguina, y encontrarlo, la última noche de su vida, tocando románticamente el violín.

Alto, de frente amplia y cabello rizado, impresiona en los retratos su fisonomía generosa y abierta, casi diríamos cándida.

Si Riquelme pertenecía a la embrionaria clase media de la época, y Serrano a la misma aristocracia regional de Prat y su mujer, Juan de Dios Aldea era un hombre de pueblo, nacido en Chillán el año 1853 (1855, dice otra biografía). La tradición lo hace lejano pariente del "chillanejo" por excelencia, Rodríguez Aldea, ministro de O'Higgins; muchos Aldea de la región habían sido militares. Fue Juan de Dios hijo natural de Manuel Aldea -maestro primario, que comenzó dirigiendo su propia escuela gratuita, y después regentó en Chillán un establecimiento franciscano de enseñanza básica- y Ursula Fonseca. Muchacho aún, abandonó Juan de Dios subrepticiamente la casa de una tía que lo acogiera, para enrolarse en la Artillería de Marina, regimiento recién creado. Su mayor cultura y buena letra (hijo de profesor, a fin de cuentas) le valieron ascender hasta sargento 2º. Casado, le sobrevivieron su mujer, Remigia Acevedo, y un hijo. Aventurero, belicoso, valiente, sereno ante el peligro, su dureza consigo mismo y los demás tenía algo de terrible. Era alto, fornido, moreno, de barba y bigote negros y poblados.

Las horas finales

No todo -ni mucho menos- era escribir cartas, en la rada de Iquique, aquellas postreras jornadas de la *Esmeralda.*

Prat había dicho a su mujer:

> "Espero... que Ud., mi cara y digna compañera, se habrá convencido de que no hay por qué afligirse, pues a lo que se ve, ni los peruanos han de venir aquí, ni nosotros allá, donde están encerrados."[225]

Esto, sin embargo, era antes de la expedición emprendida por Williams. Ahora, la *Esmeralda* semiparalizada, y la pequeña *Covadonga,* casi no podían concebir un ataque enemigo en que no llevasen las de perder. No sólo el *Huáscar* y la *Independencia,* sino prácticamente cualquier nave de guerra peruana que entrase a Iquique... la *Unión,* la *Pilcomayo...* daría, pudiera pensarse, fácil cuenta de las nuestras.

A éstas se había añadido, era cierto, el transporte *Lamar*. Pero el *Lamar* no quitaba ni ponía rey caso de combate, pues se hallaba desarmado.

No obstante su inferioridad, Prat y Condell organizaron lo mejor posible un eventual encuentro con el enemigo. Los fuegos de la corbeta y la cañonera estaban permanentemente encendidos, y la segunda -única que podía hacerlo- patrullaba de manera constante fuera de la rada, previniendo cualquier sorpresa. Conversaron los capitanes un plan de defensa, que veremos en su momento.

Además Arturo Prat meditó larga y serenamente -conforme a su temperamento- estrategias adicionales.

¿De qué modo compensar, aunque fuese en parte, las ventajas enemigas?

Exploraría la posibilidad de torpedos y minas navales.

Le fue útil, a este efecto, el concurso accidental de un ingeniero, Juan Agustín Cabrera... el solo civil que se hallaría a bordo de la corbeta durante la epopeya inminente. Su historia era una pesadilla burocrática, de visos kafkianos. Telégrafos del Estado le había pedido viajar a Iquique para reponer el cable submarino, cortado por nosotros mismos. La Armada facilitaría los elementos necesarios a ese objeto, le dijeron. Lo trajo el *Lamar*. No había tales elementos (fue entonces informado); mejor que se volviera... Decidió hacerlo por el primer vapor, y esperar éste en la *Esmeralda.*

La abordó cuando Wilson se hacía cargo como piloto, y Serrano de la artillería. "Casi toda la sección torpedos y minas estaba en cubierta" (Wilson, 1979).[226]

Prat había pasado dos días recluido, analizando el uso eventual de estas armas, que ya investigara, recordemos, durante su viaje trascordillerano. "El capitán -cuenta un testigo- seguía encerrado en su cámara, estudiando siempre." Llamó por fin al cirujano del buque, Cornelio Guzmán, y lo interrogó sobre los productos químicos existentes a bordo y que pudieran ser útiles para confeccionar minas o torpedos.

Decidió, asimismo, utilizar los conocimientos de Cabrera, quien ofrecía insistentemente colaboración. Quizás también consultara a Riquelme, el cual (señalamos antes) había estudiado los torpedos ingleses.

Serrano fue encargado de habilitar el bote que llevaría la máquina infernal. El guardiamarina Arturo Fernández -el célebre "almirante Fernández Vial" del futuro- prepararía ésta, "un tarro con 70 libras de pólvora." Y Cabrera se ocuparía de la "pila, alambre y demás útiles" que harían estallar el torpedo cuando alcanzase la nave visada.

Como la santabárbara estaba repleta, Fernández armaba el explosivo en el entrepuente, con grave peligro, sobre todo para sí mismo.

Pronto el ingeniero Cabrera descubriría que faltaban a bordo elementos esenciales para el proyecto, e imposibles de conseguir o suplir; la finalidad perseguida era, luego, inalcanzable.

De todos modos, se ensayó una especie de mina naval. Echaron al agua, por la popa, el tarro con carga de cañón ya descrito, "amarrado a un botalón" que llevaba "sus respectivos estalladores y alambres conductores." El artefacto fue hecho explotar mediante una llave *Mac Evoy*, conectada con "un par de elementos Leclanché (pilas o baterías)." Tan pronto se apretó el botón de la llave, estalló la carga, levantando una inmensa columna de agua...227

Los peruanos vieron este fenómeno desde la playa, y páginas adelante apreciaremos la importancia que el episodio tuvo para el combate de Iquique.

Pero la mina naval también fue comprobada inviable; no cabía hacer de ella un uso bélico que resultase verdaderamente efectivo.

Estos fracasos no obstante, el capitán -según parece- no descartó por completo la idea de la mina o el torpedo, y los infructuosos intentos continuarían, prácticamente hasta el inicio del cañoneo con el *Huáscar.*

Cumplió la tripulación, asimismo, prácticas de abordaje. Ekdahl reprocharía después que no se hubiera ensayado éste, pero a la verdad Prat lo hizo, según el testimonio ya transcrito de Vicente Caballero:

> "Toda la tripulación *ba* a pelear *ha bordaje...* de modo que toda la tripulación *ba ha* morir *aogada..."*

Vicuña Mackenna confirma haberse verificado dichas prácticas.

Existían igualmente, en la corbeta, los materiales de apoyo que el abordaje necesitaba, v. gr., cuerdas y ganchos *ad hoc* (si bien el teniente Francisco Sánchez, tercera antigüedad de la *Esmeralda,* afirmaba haber sido su anterior comandante, Thomson, quien los preparara y acopiase).

Puede que, como afirma Ekdahl, ni las prácticas ni los materiales de abordaje

fueran en la *Esmeralda* los óptimos..., óptimos desde la perspectiva de lo requerido el 21 de mayo de 1879.

Pero, no olvidemos, el abordaje era entonces -para Prat- una entre las múltiples eventualidades de un futuro incierto; resultaba imposible que las cubriese todas meticulosamente.

Abordar un buque de guerra, de cualquier forma, era dificilísimo: la historia naval más próxima numeraba sus casos exitosos con pocos dedos. Y los chilenos no podían saber qué buque preciso de la Armada Peruana tendrían que abordar. Pues no era igual intentarlo con el *Huáscar*, de muy baja línea de flotación, que con la fragata o las corbetas enemigas, mucho más altas. Adicionalmente, sólo cabía conjeturar lo que esperaba a los abordantes, una vez sobre la cubierta enemiga... (en el *Huáscar*, por ejemplo, un total aislamiento respecto de su torre y su entraña).

Es sugestivo que, mucho antes del combate inmortal, el "diario" de Sotomayor anote, como un tema usual de debate entre los marinos chilenos del Norte, la posibilidad de abordar el *Huáscar.*

Interesa también subrayar cómo, para todo lo anterior, se barajaron las más modernas nociones de la guerra, y de la ciencia aplicada a aquella. Hacía casi dos años justos -si hemos de ser exactos, el 29 de mayo de 1877- que el navío inglés *Shah* disparara el primer torpedo de la historia naval... y nada menos que contra el *Huáscar.* Las pilas o baterías *Leclanché* databan de 1865, y fueron descritas técnicamente en 1867.

Percibimos, así, las primeras luces sobre la actitud de Arturo Prat el 21 de mayo. Únicamente procura cumplir su deber: no persigue el gesto heroico, ni la gloria, ni el sacrificio inútil, ni menos una hazaña o una muerte extraordinaria, que lo ensalcen o perpetúen su nombre. Ante un eventual pero grave riesgo bélico -un ataque marítimo del enemigo contra las naves nacionales de Iquique, ausente el resto de la escuadra-, lo evalúa, y adopta las medidas preventivas a su alcance para minimizarlo, sin temores ni vacilaciones, pero sin, tampoco, bravuconadas ni esperanzas ilusorias. Es un hombre maduro, enfrentando un peligro hipotético, pero serio, que de hacerse efectivo redundará en la pérdida de las naves que le han sido confiadas, y en un importante daño para la patria.

Intentará vencer -los torpedos y minas, el difícil abordaje-, con minuciosa reflexión y preparación, con todo su ingenio, conocimientos y energía. Y en caso alguno se rendirá, porque no cabe entregar al enemigo dos naves, aunque sean tan humildes como la *Esmeralda* y la *Covadonga;* ni facilitarle su tarea destructiva; ni rebajar la moral cívica y militar de los chilenos, arriando la bandera.

Después se recordaría el público comentario de Arturo Prat sobre Chipana, en su momento recibido con algún desconcierto... que si Latorre se hubiese visto abrumado

por la superioridad enemiga, habría debido echar a pique la *Magallanes,* nunca rendirla.

Ante todo lo anterior, su propia suerte, su vida -opina el héroe-, ocupan un absoluto segundo plano.

Así -severamente, racionalmente, impersonalmente- entiende Arturo Prat el cumplimiento del deber, presidido por una entrega total en las manos de la Providencia. Lo que suceda será lo mejor que pueda suceder. Como para otra ocasión trágica, la enfermedad y muerte de Carmelita, Prat sólo dice: "Dios nos tenga en su mano."

...es el 20 de mayo. Ese día abandonará Iquique la *Turquoise,* cañonera británica, cuyo capitán -"anciano y distinguido"-apellidado Robinson, se ha hecho amigo de Arturo Prat. Este le hace llegar, por intermedio del guardiamarina Zegers, un cuarto de buey, regalo apreciado, pues el bloqueo impide a los ingleses comprar carne iquiqueña. Robinson manda con Zegers un recado:

> "Dígale a Prat que no se descuide, que una empresa del enemigo es muy fácil, y que siento dejarle en este momento. Mas un llamado oficial me obliga a ir a Arica, de donde regresaré inmediatamente."

El comandante chileno oyó el mensaje "con interés, quedándose luego pensativo."[228] ¿Pensativo ante un eventual ataque externo, o bien suponiendo pudiera venir desde Iquique?

La tarde avanza. Prat medita el inminente asalto del Callao por Williams. Su secreto le pesa. Dice a Arturo Wilson: "La escuadra volverá pronto, victoriosa." Varios le escuchan otra frase, parecida, cuya profética verdad ni él mismo puede entonces saber: "¡Mañana será un gran día para Chile!" Y hace comunicar por señales a los demás barcos nuestros: "En el día de mañana, la escuadra chilena se cubrirá de gloria."[229]

Ninguna envidia ni amargura por estar allí, en Iquique, fondeado, mientras sus compañeros paladearán mañana, cree, la "gloría" y la "victoria" del Callao. Anticipadamente, Arturo Prat se alegra con ellos y los felicita...

16.30 horas: comida a bordo de la *Esmeralda.*

Poco después, Arturo Prat hizo que Serrano, Hyatt y Zegers inspeccionaran una pequeña lancha a vapor surta en la bahía. Deseaba, según Zegers, ocuparla en las rondas, impresionado por el mensaje de Robinson. ¿O era, quizás, que no descartaba aún la idea de montar un torpedo?

Son ahora las 20.30. *Huáscar* e *Independencia* llevan ya media hora de su fatídico viaje a Iquique desde Arica. Conferencian Prat y Condell; acuerdan colocar, en cada nave, un cañón auxiliar de proa. La *Esmeralda* despachará a la *Covadonga* los materiales necesarios:

Condell:. "No me *escatime* la madera, comandante."
Prat: "No te voy a escatimar la madera ni la ortografía" (Fuenzalida, 1974).[230]

Noche clara, pero la neblina desciende. Alegre y nostálgica velada en la cámara de guardiamarinas de la *Esmeralda.* Recuerdos de puertos distantes que se han conocido. Riquelme evoca Londres -¿saudades de la profesora de inglés?- y toca su violín; piezas chilenas, ópera...

Ha llegado el 21 de mayo de 1879.

***

CAPÍTULO DÉCIMO

El sacrificio

Toda la noche el *Huáscar* y la *Independencia* navegaron hacia el sur, inexorablemente, en procura de Iquique. Dando las 4 horas cruzaban ante el puerto de Pisagua. El monitor hizo aquí una breve entrada de reconocimiento, mientras la fragata lo esperaba... "me aguanté sobre la punta de Pisagua", escribiría Moore (Anónimo, 1880).[231] Luego continuaron su marcha juntos.

Misma hora, Iquique: la *Covadonga,* fondeada hasta el momento a la boca del puerto, soltaba amarras y salía de la bahía, para iniciar uno de sus periódicos reconocimientos. En la *Esmeralda* -anclada dentro del fondeadero- partía la guardia de madrugada: Uribe y Wilson.

A las 5 horas, Iquique apareció ante la vista del *Huáscar;* la *Independencia* estaba un poco atrás del monitor, unas dos millas.

Grau reunió a sus hombres: "Ha llegado la hora de castigar a los enemigos de la patria," les dijo. Contestaron: "Viva el Perú! ¡Viva el comandante!" Inmediatamente la banda de guerra hizo resonar la diana, y "el terrible toque de zafarrancho de combate" (Ahumada, 1884).[232]

A las 6 cambió la guardia de la *Covadonga.* Quince o treinta minutos después, amaneció el 21 de mayo de 1879. Jamás Chile volvería a ser el que había sido. Cantó Rubén Darío:

"Iquique despertaba. Era la hora

de los primeros ecos de la tierra,

y los primeros himnos de la historia... "[233]

El mar estaba calmo, gris; el cielo ligeramente brumoso.

"¡Humos al norte!" -gritó el vigía de cofa de la *Covadonga,* junto con aclarar. Y en verdad, eran densas y negras columnas de humo las que surgían de las naves peruanas, fueren aquéllas deliberadas -para enmascarar la identidad de los barcos el mayor tiempo posible-, fueren casuales.

Se encontraban las misteriosas embarcaciones detenidas, a cinco o seis millas del puerto.

Condell hizo avanzar la *Covadonga* en su dirección, unas dos millas, y los tripulantes identificaron al monitor de inmediato:

"...le vimos los dos palitos pelados y sin cruceta, y todos dijimos: ¡el *Huáscar!,* el

¡Huáscar!" (Vicuña Mackenna B. , 1930)[234]

Retornó la cañonera chilena hasta su lugar de partida e hizó la señal"enemigo a la vista."

Wilson, de guardia en la *Esmeralda*, dio por supuesto inmediato aviso. Prat dispuso que la corbeta saliese también del puerto, en reconocimiento. A las 7 horas, ambos barcos nacionales, en convoy fuera de la rada, escrutaban las siluetas de los buques desconocidos;

Uribe: "Uno de ellos es el *Huáscar*."

Prat: "¿En qué lo conoces?"

Uribe: "En el trípode del palo de trinquete."

Prat (a Wilson): "Haga tocar zafarrancho de combate" (Wilson, 1979).[235]

Añadió la orden de que la *Covadonga* reingresase al puerto.

(El original trinquete del capitán Coles, había delatado al monitor. No olvidemos que, hasta declararse la guerra, muchos tripulantes de la Armada Peruana, del *Huáscar* inclusive, eran connacionales nuestros.)

Previamente al zafarrancho, se ocupó Arturo Prat de la alimentación de sus hombres. Aquí el grumete-almirante Wenceslao Vargas, rememorando en la ancianidad: "Mandó (Prat) que cesara el trabajo de aseo y... que tomáramos desayuno y... nos vistiéramos con nuestra mejor ropa."[236]

"Siga mis aguas." Comienzo del combate

Tan pronto concluyó el "almuerzo," empezaron en la *Esmeralda* los ritos del combate, acercándose las 8 horas, quizás algo después.

El tambor y corneta Gaspar Cabrales -un niño de diez o doce años- tocó "atención." Prat, que había bajado a su cámara, reapareció luego en cubierta, subiendo hasta su lugar natural de mando: la toldilla, para pronunciar la arenga espartana que se ha hecho inmortal; habló "con voz entera" (Uribe), "el aire... arrogante... (el) rostro más bien encendido que pálido" (Cabrera):



> "¡Muchachos: la contienda es desigual! Nunca nuestra bandera se ha arriado ante el enemigo, espero pues que no sea ésta la ocasión de hacerlo. Mientras yo esté vivo, esa bandera flameará en su lugar, y os aseguro que si muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber. ¡Viva Chile!"[237]

La tripulación entera hizo eco, atronadoramente, lanzando sus gorras al aire; muchas cayeron en el mar. "Como estaba casi loca vivando... fue necesario que los oficiales, enérgicamente... hiciesen guardar silencio (a los marineros) y que ocuparan tranquilos sus puestos."[238] Más adelante, los chilenos apresados sabrían que los hurras de ese momento sin par, se habían escuchado en Iquique y los barcos enemigos.

A partir de entonces, Arturo Prat dirigió la lucha desde la toldilla, sus manos puestas en las palancas del telégrafo interno que lo comunicaba con la sala de máquinas; había dejado la espada sobre la caja de banderas. Cabrales, el cometa, estaba a su lado, para hacer sonar los "toques" que el capitán dispusiera, y que harían saber sus instrucciones, por encima del fragor del combate. Uribe, como segundo comandante, se ubicó en el castillo. Tenía algo de coñac, que convidaba mezclado con agua. El resto de la oficialidad y equipaje se llegaría hasta los puestos respectivos, desplegando suma rapidez, orden y calma. Bastaron minutos para cubrir las baterías artilleras. "Los cabos de cañón, la rabiza en la mano y el ojo alerta a los movimientos del enemigo, esperaron la orden de romper el fuego" (Rosales, 1888) (Vicuña Mackenna B. , 1879).[239]

Interesa señalar que la *Esmeralda,* tras sus innúmeros acondicionamientos y modificaciones, montaba doce anticuados cañones *Armstrong* de 40 libras, y su compañera apenas dos de 70.

Mientras todo esto sucedía, la *Covadonga* -que también había entrado en el puerto- se fue aproximando a la *Esmeralda* hasta pasar por su popa, distante unos cien metros. Simultáneamente con el paulatino acercamiento, los dos comandantes se comunicaban, dando Prat instrucciones de superior, y respondiendo Condell su aquiescencia. Primero utilizaron al efecto señales de banderas -que en la corbeta accionaba el guardiamarina Fernández-, y luego bocinas o altavoces.

De tal modo, por señales, entró en la Historia la famosa interrogante de Arturo Prat: "¿Ha almorzado la gente?." De igual manera recibió Condell la orden de "seguir sus aguas" -las de Prat y la *Esmeralda-* y la de "conservar" o "guardar" los "fondos" (Vicuña Mackena, 1879).[240] Esta última subrayaba el plan de Arturo Prat, seguramente hablado los días anteriores con Carlos Condell; ubicar los barcos en aguas poco profundas, e interpuestos entre el enemigo y la ciudad. Así se dificultaría el acercamiento de los cañones peruanos, y el mortal espoloneo, y además dichos cañones enfrentarían el grave problema de dañar Iquique si sus tiros no daban en los barcos chilenos.

También, según algunas versiones, mandó Prat que ambas naves reforzaran sus cargas de artillería y usasen proyectiles de acero.

Las palabras postreras que cruzaron los dos oficiales fueron ya intercambiadas mediante las bocinas. "¡Cada uno a cumplir con su deber!", exclamó Prat. Y Condell repuso: *"All right!,"* contestación que levantó en la marinería de la *Covadonga,* anota su diario, "dos hurras y vivas a Chile" (Ahumada, 1884).[241]

("¡Y qué de recuerdos no traerá a mi mente -evocaría años después un emocionado Condell- el saludo eterno que, desde el puesto de nuestras naves, nos hicimos con el capitán Prat! ¡Cómo repercuten en mi corazón aquellas palabras que fueron orden y adiós: *Cada uno, cumplir con su deber... !")* (Rosales, 1888).[242]

En el preciso momento del "saludo eterno," una bala de 300 libras disparada por el *Huáscar* -la primera del combate- cayó entre *Esmeralda* y *Covadonga,* levantando una columna de agua que bañó las cubiertas de ambas naves. Saludaron el disparo -en las dos- nuevos hurras y vivas a la patria.

Comenzaba la desigual lucha, los barcos más poderosos de la Armada peruana contra los más débiles de la Armada chilena.

Habían dado ya, largas, las 8 horas.

Fuga de la Covadonga. Duelo de artillería

Huáscar e *Independencia,* efectivamente, habían ingresado a su turno en la rada, con una pequeña demora, cuyo origen fue la necesidad de que el primero aguardase a la segunda, levemente en retraso respecto del monitor. Esto causó una "profunda

impaciencia"[243] en Grau.

Desde el *Huáscar,* un corresponsal de la prensa limeña vio así el puerto:

> "La población se presenta a nuestra vista envuelta aún en las brumas de la mañana, que los tibios rayos del sol principian a disipar..."

Poco después, se fijaría -de modo definitivo- un día espléndido... "el mar como nunca tranquilo (escribió un segundo periodista peruano), iluminado por un sol plácido, que alumbraba sin producir ese violento foco de luz que obliga a retirar la mirada" (Ahumada, 1884).[244]

Las naves enemigas venían sobre las chilenas con sus gigantescas y amenazadoras banderas de combate desplegadas enteramente.

Esmeralda y *Covadonga* también se embanderaron como para una fiesta. La *Esmeralda,* v. gr., portaba dos enseñas o gallardetes: "jefe de división" y "servicio" (buque de guardia); y dos pabellones nacionales (por si uno caía) al tope del pico del mesana...

Fiesta también era la del Iquique peruanista. Se vació a la calle, gritando: "¡Viva el Perú! ¡Ahora sí, ahora sí!"

Tan trágica fiesta tenía de este modo su público:

"Muelles, balcones, azoteas y colinas -relató un nuevo periodista de la flotilla peruana-... (estaban) cubiertos de multitud de personas."[245]

Se descontaba, en Iquique, el apresamiento o rendición de los barcos chilenos, tan obviamente inferiores a los adversarios. El Ejército peruano acordonó con tropa las playas de la bahía, previniendo que el equipaje de la *Esmeralda* o la *Covadonga* intentase abandonar los buques, una vez perdidos, y emprender una fuga desesperada por el litoral hacia el interior...

Nuestras naves maniobraron para ubicarse cerca de la costa. Las enemigas se separaron. El *Huáscar* alcanzó a atravesar la *Covadonga* con un tiro de cañón, dejando dos víctimas fatales y una malherida: el cirujano Videla, quien perdió las dos piernas; fallecería poco después. A uno de los marinos alcanzados, el grumete Blas Segundo Téllez, se le escapó el primer "¡Viva Chile!" como grito de muerte, proferido durante la jornada. Luego el monitor se concentró en la *Esmeralda.* La *Independencia* pasó por la proa del *Huáscar y* enfiló directamente hacia la cañonera chilena.

Esta concluiría ubicándose cerca de la isla Serrano -menos de cincuenta metros la separaban de sus rompientes-, y la *Esmeralda* próxima al muelle ferroviario, a unos doscientos de la playa conocida como El Colorado. Naturalmente, el fondo -en ambos casos- era muy bajo, según lo planeado; cuatro brazas el de la *Esmeralda,* por ejemplo.

Aprovechando el inicio del combate, el *Lamar* huyó hacia el Sur; enarbolaba como

argucia, conforme a las instrucciones recibidas, la "bandera de Yanquilandia" (Puig y Verdaguer, 1910).[246]



"Carlos Condell"

La segunda en dejar el escenario fue la propia *Covadonga.* Salió asimismo del puerto, repentinamente... "iba doblando la isla (narró Cabrera) y tan cerca de ella que creíamos que se iba a varar;"[247] "Se arrastraba pegada a la línea de tierra."[248]

Nueve horas: la *Covadonga* supera la punta de la isla Serrano; ya no se la ve.

Esta decisión y maniobra de Condell tomaron por sorpresa a todo el mundo. Desde el *Húascar*, Grau ordenó mediante señales que la *Independencia* fuese tras la cañonera. Y Prat dijo:

> "¿Qué hace Condell?"

Más amargo fue el comentario del sargento Aldea a Cabrera:

> "¿Qué le parece, señor, cómo nos ha dejado solos? Aquí tenemos todos que morir, pero qué hacerle, somos chilenos, y si nos llega la hora…"[249]

Era palmario que Carlos Condell, *motu proprio*, había alterado el plan del héroe respecto a la *Covadonga.* Sin consulta, ciertamente, pero tampoco era ésta factible, ni por la distancia, ni por la urgencia de tomar la decisión. La cual, y el cambio de plan, consistían lisa y llanamente en intentar el salvamento de la cañonera, huyendo. La fuga se realizaría apegada la *Covadonga* a la costa, mientras pudiera mantenerse así, para entorpecer que cualquiera de los buques peruanos -de mucho mayor calado- se le acercara y la espolonea o hundiera a cañonazos. Condell vio claro que una batalla suya y de Prat en el puerto, contra el *Huáscar y* la *Independencia,* terminaría con la captura o

hundimiento de las dos naves chilenas, y quiso salvar una. No le cabía imaginar el éxito fenomenal que el destino reservaba a su maniobra; ni siquiera concebir como seguro ni probable el resultado, mucho más modesto, que perseguía. Pero ante la eventualidad de preservar la *Covadonga* para nuestra Armada, no vaciló. Explicaría después a Wilson:

> ''Vi claramente que Uds. (en la *Esmeralda)* no tenían otra solución que rendirse o irse a pique, por eso me decidí a buscar mejor suerte."[250]

¿Pudo intentar Arturo Prat algo parecido? No, pues su nave apenas andaba... y para todos los efectos útiles dejó de hacerlo apenas iniciado el combate. Efectivamente, tan pronto los buques nacionales se separaron para ubicarse cerca de la costa -y no más tocar los ingenieros de la corbeta "el botón de la máquina... (y cuando) aún no había dado dos vueltas la hélice"-, reventó un caldero (dos, dicen otras fuentes), se llenaron las salas de vapor y la sentina de agua, y la *Esmeralda* quedó reducida en su andar a dos millas/hora... "prácticamente inoperante."[251]

El *Huáscar* se le fue acercando, como para espolonearla. Distante de ella unos 500 ó 600 metros, sin embargo, se detuvo. ¿Por qué? Había abordado el monitor, proveniente de Iquique -y sorteando un nutrido fuego de fusilería y cañón que se le hiciera desde la corbeta- una "chalupa a todo remo;"[252] en ella, el capitán del puerto, Salomé Porres. Este advirtió a Grau la supuesta existencia de minas, "torpedos fijos," alrededor de la *Esmeralda:* "tenía (la corbeta) su frente guarnecido por una línea de torpedos."[253] No había tales, pero los peruanos iquiqueños recordaban las explosiones y columnas de agua que habían visto veinticuatro o cuarenta y ocho horas atrás (producto, dijimos, de los ensayos con explosivos efectuados por la corbeta bajo la dirección de Cabrera).

Grau, era natural, no quiso arriesgarse. Decidió usar la artillería contra la *Esmeralda,* y empezó a "cañonearla metódicamente."[254] Quizás, pues se trataba de un hombre recto, pensó también que con ello conseguiría la rendición chilena, y evitaría la atroz mortandad que implicaba un espolonazo, no sólo en sí mismo, sino por los simultáneos disparos a bocajarro de la artillería.

Iniciado el fuego de cañón por el *Huáscar,* lo respondió la *Esmeralda* y durante una hora aproximadamente -entre las nueve y las diez- la situación fue de empate. Ningún barco pudo hacer en el otro un daño digno de mencionarse; no hubo bajas.

El *Huáscar* no le acertaba a la *Esmeralda* por la pésima puntería de sus novatos artilleros. Además, por el temor de dañar la ciudad (en razón de esto, precisamente, Prat -como ya adelantamos- se había colocado tan cerca de ella). Pero de todos modos algunos disparos peruanos -aunque se procuraba hacerlos rasantes- cayeron en Iquique y causaron destrozos. Uno, v. gr., mató la mula de un carretón.

Por su parte, la *Esmeralda* respondía con el suyo al disparar del *Huáscar,* de modo tan intenso, que Grau pudo escribir:

> "...Recibíamos el nutrido fuego de las ametralladoras que tenían establecidas en sus cofas, el de fusilería y muchas bombas de mano, a la vez que descargas completas de la artillería de sus costados" (Ahumada, 1884).[255]

Ahora bien, las "ametralladoras" de la *Esmeralda* eran inexistentes, Miguel Grau creyó que las había, sólo por lo graneado y constante de nuestros disparos de rifle y fusil.

Amén de nutrido, el fuego de la *Esmeralda* era certero. Pero tampoco tenía efecto. Ya que la cubierta del monitor se hallaba vacía, como siempre -para este tipo de barcos- durante un combate. Y "las balitas de nuestros pequeños cañones rebotaban en el costado (del *Huáscar)* sin dejar ni aún el rastro:" ello se debía al blindaje, al escaso calibre de esos cañones, y al tipo de proyectil que usaban, el cual se partía "en menudos trozos" cuando impactaba la coraza del monitor.[256]

De cualquier modo, el *Huáscar* sufrió algunos daños en el trinquete, la torreta, el espolón, etc., pero sin mayores consecuencias.

El *impasse* vino a romperse no por mar, sino por tierra, cuando sonaban las diez de la mañana.

Pues a esa hora los militares peruanos de Iquique montaron dos baterías de campaña sobre montículos de tierra, y abrieron a su vez fuego contra la *Esmeralda.* Las secundaron con fusilería.

Tales disparos empezaron a hacer daño. Uno mató tres hombres; otro hirió igual número. Un artillero alcanzado, viendo correr su sangre, gritaría: "¡Viva Chile!" El corneta Cabrales -un niño-, asustado, se acurrucó junto al palo del mesana para protegerse. Aldea le propinó un puntapié: "Cobarde, anda a pararte junto a tu comandante."[257]

Prat intentó silenciar los cañones de tierra con los suyos de estribor; dieron éstos muerte a algunos artilleros enemigos y sus mulas, mas no lograron acallar las baterías de Iquique.

No tuvo el capitán chileno, entonces, más remedio que mover la nave, alejarla, de manera que no presentara tanto blanco al enemigo terrestre. Pero esto produjo dos efectos devastadores para la corbeta. De una parte, quedó más expuesta a los cañones del *Huáscar.* De la otra, Grau comprobó que no existían alrededor de la *Esmeralda* los torpedos fijos, o minas navales, que se habían mencionado. En consecuencia, podía ser atacada con el espolón. Advirtamos que, imitando el ejemplo de Porres, algunos peruanos importantes de Iquique -e incluso un súbdito inglés- habían abordado el *Huáscar* desde embarcaciones ligeras, incorporándose al combate. La tripulación los recibía con aplausos. Uno de estos audaces, equilibrándose precariamente en su bote, perifoneó con voz estentórea: "¡¡Mi comandante!!... ¡¡No hay torpedos!!" "¡Eso temía

yo!" -repuso Grau, irónico (Puig y Verdaguer, 1910).[258]

El monitor insistió una hora más -10.30 a 11.30-, intentando rendir la corbeta con su artillería. Como hemos dicho, aquélla -escapando del fuego terrestre- se había expuesto más a los cañones del *Huáscar.* Un disparo de éstos perforó la nave chilena limpiamente... de babor hasta estribor, "llevándole la pierna a uno."[259]

> "Entró por mi camarote, barrió con todo lo que había dentro, pasó por la cámara de oficiales llevándose mesas, sillas, etc., y fue a romper al otro lado, abriendo un boquete de uno y medio metros -narró Luis Uribe-. Yo me encontraba en ese momento inspeccionando el pasaje de granadas y como a cuatro pasos de mi camarote. Un momento más que hubiera tardado el proyectil, no estaría ahora con la pluma en la mano" (Rosales, 1888).[260]

En el mismo instante, reventó otra caldera de la *Esmeralda.* "Quedó (el barco) detenido y a la deriva, como trinchera flotante" (Zegers). "La vieja *Esmeralda* andaba como una mosca en el alquitrán" (Uribe). Según el último referido, era la trepidación por los cañonazos, más que la presión del agua, lo que rompía los viejísimos y archirremendados calderos.[261]

Finalmente, comprendiendo Grau que el simple cañoneo no reduciría a la *Esmeralda,* y que la situación se tornaba desprestigiante para él y su nave, resolvió utilizar el espolón.

Últimas horas de Prat

El héroe pasó estas horas finales de su vida en la perfecta tranquilidad de espíritu que siempre lo había acompañado. "Nada, absolutamente nada, traicionaba en él la tremenda responsabilidad que... gravitaba sobre sus hombros de gigante," rememoraría más tarde Luis Uribe. "En su rostro -agregaba Zegers- no se veía sino la serenidad, el buen tino, junto con el deseo de morir con honra antes que rendirse."[262]

Apenas apuntaba la acción, y ya disponía que los documentos oficiales, que pudiesen servir al enemigo y perjudicar nuestra causa, fueran lanzados al mar, con un peso que hiciese imposible recuperarlos.

La calma del héroe se extendía a las órdenes que daba: "¡Muchachos, no hay que apurarse... tirar menos y apuntar mejor!"[263]

Se hallaban presentes, además, las otras cualidades de su personalidad. Así, la cortesía: el ingeniero Cabrera le pedía con insistencia alguna misión en la que pudiese ayudar. Prat lo hizo escoger entre la ambulancia -es decir, atender heridos- y un trabajo sobre cubierta. Temiendo el encierro, Cabrera eligió lo segundo. Arturo Prat, entonces, le solicitó lo acompañara en la toldilla y contase los disparos que hacía el *Huáscar...* Esto no tenía sucesiva utilidad, pero el capitán aspiraba, sin duda, a extremar la delicadeza

con el valiente civil, honrando su generoso patriotismo.

Otro episodio de este tipo se vivió pocos minutos después. Un australiano, apellidado Stanley, era práctico del puerto y vivía con su mujer e hijos en una chata, surta dentro de la misma rada. Arturo Prat y Carlos Condell solían visitarlo. El inicio del combate lo sorprendió a bordo del *Lamar,* por casualidad, y siguió con éste. -involuntariamente, supongo- rumbo sur. La familia quedó sola, en el medio de la bahía y el fragor de la batalla. Desesperada, la mujer abordó con sus hijos un bote y remó hacia tierra. Cuando pasaba ante la *Esmeralda,* Prat ordenó que no se disparase en su dirección. Luego bajaría de la toldilla para, de viva voz, darle indicaciones sobre cómo alcanzar El Colorado. "No tenga cuidado, señorita", concluyó diciéndole. (Vicuña Mackenna B. , 1930)[264]

Tampoco perdió Prat el humor. Luis Uribe, a raíz del cañonazo del *Huáscar* -arriba relatado- que atravesó su camarote, vio desaparecer cuanto tenía. Quedó, en sus propias palabras, "con lo encapillado." Sabedor el capitán de ello, le dijo zumbonamente. "Pues tenlo presente, para que cuando llegue el caso se lo cargues en cuenta al Perú." Ni siquiera abandonaría a Prat el espíritu científico. Aquel mismo cañonazo ocasionó un principio de incendio en la cámara de oficiales. Lo extinguió la "sección de bomba" o "salvamento," que dirigía Arturo Fernández. Como, mientras tanto, el humo se hiciese muy denso, casi asfixiante, Cabrera sugirió a Prat se abriera el cubichete para disiparlo. "Si se abre el cubichete -respondió el capitán- se produce tiraje, porque se establece corriente de aire, y entonces el incendio aumenta" (Rosales, 1888).[265]

Bajo tan imperturbable exterior, sin embargo, Prat disponía el alma, preparando una muerte cuya inminencia le era muy clara. La muerte... con todos los misterios y congojas que le son inseparables. Sólo uno de sus pensamientos sobre ella -último secreto del corazón humano- nos es conocido. Voló su espíritu -¿atormentado?, ¿conmovido?, ¿sólo amante y afectuoso?- hacia la familia lejana, mujer e hijos. Antes de establecerse en la toldilla y dirigir el combate, descendió el héroe a su cámara y colocó las imágenes de los seres queridos contra el pecho, cerca del corazón. Después se le vería destrozar unos papeles y lanzarlos al mar. Probablemente constituían la carta de más de veinte pliegos para Carmela, escrita la noche anterior; querría, sin duda, evitar que la misiva fuese más tarde profanada por los ojos burlones del enemigo vencedor...

Y aquí engranan los recuerdos del guardiamarina Vicente Zegers.

Tras aquel primer cañonazo certero del monitor, y sus consecuencias -un muerto, un herido, destrozos, el principio de incendio-, se habían cruzado Zegers y Serrano, quien invitó a "un último trago." Chocaron ambos sus copas en el camarote del teniente. "Estoy dispuesto a todo", le advirtió Serrano. Subía de nuevo Zegers, cuando topó con uno de los mecánicos que, abrazándolo, le dijo. "¡Adiós, señor! ¡No hay que

darse, hasta el último!" Ya arriba, el guardiamarina vio continuar, por algún tiempo más, el intercambio de fuego cerrado entre las naves. Se hallaba muy próximo de Prat, aunque en un nivel inferior (cubierta) al de aquél (toldilla).

Muy luego fue claro que el *Huáscar* se venía encima de la *Esmeralda.* "Amigo -le gritó Serrano-, ésta sí que es la última: sáquese los botines porque nos vamos a ir a pique."

''Vista la maniobra (del *Huáscar)* por la tripulación, el entusiasmo se hizo febril y el fuego, hasta ese instante bien sostenido, se tornó activísimo."

Los minutos siguientes, mientras el *Huáscar* -al acercarse- crecía monstruosamente ante los ojos de todos, Prat habló dos veces con Zegers. La primera, para que convocase a su mayordomo. Vino éste, y el héroe le encargó algo de su cámara. Cuando le fue traído, lo miró largamente antes de ponerlo en un bolsillo. Poco más tarde llamó de nuevo al guardiamarina. Subió Zegers por la escalera que conectaba cubierta y toldilla. Prat se ceñía en ese instante su espada, y después tuvieron ambos el diálogo que sigue:

Prat: "...Ud., como los demás, no ignora el fin que nos espera."

Zegers guardó silencio.

Prat: "Pero Ud. es muy joven, y tengo para mí que su buena estrella lo ha de salvar."

Zegers: "Señor, creo que Ud. tiene las mismas expectativas de salvación que nosotros, y Dios ha de querer que el comandante no nos falte."

Prat: "Gracias. Pero como... eso es difícil que suceda, si lo que espero se cumple, no se olvide de mis palabras, que serán tal vez las últimas. Cuando vuelva a Valparaíso vea a mi Carmela, dígale que mis últimos recuerdos, mis últimos votos son para ella y mis hijitos."

El guardiamarina no pudo contestar; un "sentimiento extraño" lo paralizaba; sólo con esfuerzo pudo sobreponerse y no romper en llanto. Y el capitán insistió: "Zegers, tenga presente mi encargo" (Rosales, 1888).[266]

Primer espolonazo. Muerte de Arturo Prat

Siendo las 11.30 horas espoloneó por primera vez el *Huáscar.* Quería Grau coger a la *Esmeralda* en su centro, y retirarse de inmediato para evitar el abordaje. Con este fin, parece, no dio a su máquina toda la fuerza posible, y aun hizo contramarcha -"contravapor"- en el minuto del impacto, deteniéndose distante "un cumplido"[267] de la corbeta; su objeto era clavarle el espolón sin que los barcos mismos se unieran.

Pero a esta maniobra respondió Prat con otra: lanzar la *Esmeralda* hacia adelante, y simultáneamente virarla, de modo que el espolón no penetrase los fondos de la nave,

quedando -cualquiera que fuese la fuerza del golpe contrario- a flote y en postura de abordaje.

Al ver, pues, como avanzaba implacable la mole del *Huáscar,* transmitió el héroe por el telégrafo interno el siguiente mensaje para el ingeniero-jefe, Eduardo Hyatt: "Toda fuerza delante." No satisfecho, mandó de inmediato el mismo recado oralmente, dos veces, primero con Zegers y después a través de Wilson. "Haremos lo posible, pero mire Ud. como estamos con la rotura de las calderas"[268] -fue el único comentario que formuló el norteamericano.

Iba Zegers subiendo de regreso, cuando se estremeció convulsivamente la corbeta entera: el *Huáscar* había hecho su feroz impacto, en el costado de babor de la nave chilena, pues ésta no alcanzó a completar el giro que planeara Prat. Pero se cumplían sus propósitos básicos: el espolonazo no había sido mortal, y la posición relativa de ambas naves hacía viable el abordaje.

Siguieron, en el indescriptible caos y confusión propios de golpe tan formidable, varios hechos simultáneos, o separados sólo por segundos.

Los buques quedaron brevemente detenidos, la proa del monitor tocando la toldilla de la corbeta en un ángulo de cuarenta grados.

El héroe -narró Uribe-, "en la inclinada toldilla... asido a la baranda para no caer... dirigía hacia el *Huáscar,* que parecía haberse clavado en nuestro costado, una profunda y terrible mirada en la que retratábanse el coraje y la rabia comprimida de la impotencia."[269] Entonces salió de su garganta, tres veces, el grito histórico: "¡Al abordaje, muchachos!" y -luego de "pasar con gran agilidad entre los cabos y las jarcias"- saltó Prat "sin vacilar" a la cubierta del monitor.[270]



Abordaje de Prat, cuadro de Pedro Subercaseaux.

Sólo lo imitaron el sargento Aldea y, se dice, un marinero, anónimo, que empuñaba su hacha de combate.[271]

Mientras tanto, los cañones del monitor barrían "a toca penoles" la *Esmeralda,* causando una espantosa carnicería y mortandad... cuarenta o cincuenta tripulantes chilenos perecieron inmediatamente, destrozados.

Y el *Huáscar* retrocedía y se alejaba, llevando sobre la cubierta las figuras solitarias de Prat y Aldea. El tercer chileno, si lo hubo, había desaparecido. Quizás se lanzara al mar.

¿Por qué nadie los siguió?

Fundamentalmente porque los esmeraldinos no oyeron la orden de Prat; sólo la escuchó Aldea, muy próximo (servía el último cañón de popa). Y no se oyó al comandante en razón del ruido espantable y conjunto que hicieron el choque entre los dos barcos, la mortífera andanada del *Huáscar,* los destrozos causados por ella, y la enérgica si bien fútil respuesta chilena... pandemonio sonoro que sólo hubiera logrado superar el "toque de abordaje." Mas fue en vano que un angustiado Prat, antes de saltar, buscase repetidamente con la vista al corneta Cabrales; el infeliz niño-soldado, ejemplar típico de la "palomilla brava" de Valparaíso, yacía muerto: una granada del monitor le había arrancado la cabeza.

Añadamos el veloz desasimiento y retiro del *Huáscar,* y la carnicería que hicieron sus cañones, y tendremos explicada la soledad final de Prat y Aldea.

Estaban totalmente perdidos. La cubierta se hallaba vacía, cerrados los accesos a la torreta y -con cuarteles blindados- las escotillas que daban al interior de la nave; de todas partes, convergía sobre los chilenos nutrido fuego de fusil... "Pudo ser visto el comandante en la cubierta... sin encontrar más que las balas dirigidas contra él desde los puntos invulnerables e impenetrables de los enernigos."[272]

El primero en caer, múltiplemente herido, fue Aldea... "sentado sobre una bita, se balanceaba profiriendo palabras entrecortadas."[273]

Arturo Prat continuó avanzando hacia la popa y la torre, la cabeza desnuda, la espada desenvainada en alto. El disparo de un tirador invisible lo detuvo... hincó la rodilla, el acero siempre levantado. Saltó entonces de la torreta un marinero y le destrozó el cráneo a bocajarro, con un solo disparo de rifle *Comblain* en la frente; el rostro quedó intacto, sereno y noble, inmovilizado para siempre por la gloria.[274]

''Yo hice un esfuerzo supremo por salvarlo, pero desgraciadamente me fue ya tarde. Su muerte me amargó la pequeña victoria que había obtenido, y pasé un día muy afligido" -escribió Grau a su cuñada, mujer de Oscar Viel (Espina, 1969).[275]

Segundo espolonazo. Serrano y Aldea

Tras la embestida inicial, y ya alejado de su adversario, el *Huáscar* aguardó unos minutos sin reanudar el cañoneo. La carnicería hecha en la *Esmeralda* y la muerte de Prat, lo indujeron a esperar que los chilenos arriasen la bandera. "Por un instante... paró sus fuegos, como dándonos tiempo para reflexionar y rendirnos."[276]

Se hubiera reforzado esta esperanza de presenciar los peruanos el dantesco espectáculo que era en esos momentos la corbeta chilena.

"Escenas terribles -escribiría Zegers a su padre-, que es necesario verlas para cornprenderlas."[277]

La cubierta estaba sembrada de cadáveres dispersos y despedazados. "Era cosa que partía el alma ver los restos humanos... por todas partes... horriblemente mutilados... La sangre corría" -rememoró Uribe.[278] "Había cadáveres que quedaban divididos y cauterizados... piernas y brazos que no se sabía de quiénes eran" (Sánchez). Los cañones, dados vuelta, "como enormes monstruos marinos que mueren boca arriba," evocaba Zegers.[279]

Quizás fuese mejor haber perecido. "Envidia nos daba ver caer muerta nuestra gente." "Desgraciados los... heridos." "Estos infelices... lanzaban gritos espantosos," mas frecuentemente "no podía prestárseles ningún auxilio." El cuerpo médico quedaba corto. Lo único posible, con muchos heridos, "era hacerlos a un lado para que no estorbaran a la artillería," señaló Sánchez. y esta frase sobrecogedora: "Sabíamos que todos teníamos que morir (también), momentos después."[280]

Pero el *Huáscar* y sus marinos se equivocaban. No había -no habría nunca- ánimo de rendición en la *Esmeralda.*

Por el contrario, la muerte de Prat hizo estallar, unánime, "el deseo de la venganza llevado hasta el delirio," y -paralelamente- una "irreprimible" voluntad de emular al caído. Así recordaba Francisco Sánchez, memorialista más frío que el común de quienes describieran, como testigos presenciales, el combate de Iquique.

Serrano parecía haber enloquecido. Saltando del castillo a la cubierta, corrió de un compañero a otro, "su espada desenvainada... anegado en lágrimas." "Nuestro comandante ha muerto y es necesario vengarlo" -repetía.[281]

Uribe, asumiendo el mando, se trasladó a la toldilla. Allí se reunieron con él Sánchez, Serrano, Riquelme, Fernández, Wilson, Zegers y Hurtado (el subteniente de Ejército), improvisando un consejo de oficiales. "Nos mantendremos como estamos," dijo Luis Uribe, y no hubo voz discrepante; continuarían la *Esmeralda* y sus hombres "combatiendo hasta sucumbir." Se desechó la idea, quizás defendida por Francisco Sánchez, de hundir inmediatamente la nave para cortar el derramamiento de sangre.

Serrano fue encargado de organizar una "división de abordaje," por si el monitor espoloneaba de nuevo. Había vuelto a la calma. "Amigo Sánchez, estamos fregados," le dijo: mostraba "valor ...(y) serenidad admirables."

Se preparó, por fin, el hundimiento final de la corbeta, antes que permitir cayese en manos del enemigo. "Tenga listas las válvulas", ordenó Uribe a Hyatt. "Están listas," replicó el ingeniero. Quizás recordaría cómo, catorce años atrás, los españoles habían abierto las válvulas de la *Covadonga* en Papudo, para que se fuera a pique y no la capturase la *Esmeralda:* y como él, Hyatt -semisumergido en el agua, dentro de la cañonera-, la había preservado para la Armada Chilena.[282]

Siguieron, sin distinción de rangos, "despedidas... y confidencias, cortas y conmovedoras, terminando algunas en efusivo abrazo, para correr en seguida cada cual a su puesto."[283]

El *Huáscar* enfiló por segunda vez, igual que la primera, es decir, a media fuerza y haciendo contramarcha en el último momento. No colisionaron, así, las naves mismas, sino que el espolón del monitor perforó la corbeta, tal como sucediera en la ocasión precedente.

"Sereno e impasible,"[284] Uribe, por su parte, imitó la maniobra de Prat. Nuevamente, el espolonazo no fue fatal... pero sí más grave que el anterior. Pues no golpeó el centro de la *Esmeralda,* objetivo de Grau, sino sus fondos, por estribor. Pero ello, de cualquier modo, abrió una "ancha e irreparable avería,"[285] inundándose la sala de máquinas, y la santabárbara (donde se ahogaron todos quienes estaban allí, excepto uno). Los dos barcos quedaron un momento inmóviles, la proa del *Huáscar* haciendo un ángulo de 45 grados con el herido estribor de la corbeta... Desde ésta sus tripulantes podían divisar el cadáver de Arturo Prat, caído junto a la torre del buque enemigo.

Eran las 11,45 horas.

Serrano estaba listo... "la antorcha de su ser despedía una última llamarada."[286] La "división de abordaje" llevaba rifles, sables y hachas de combate; también ganchos y gruesas cuerdas para enlazar las naves e impedir se separasen. Mas, como la vez antecedente, Grau nos resultó demasiado rápido. El *Huáscar* se retiró casi de inmediato, y sólo Ignacio Serrano y unos pocos seguidores -entre doce y dieciséis-, alcanzaron a abordar el monitor.

Todos cayeron bajo la fusilería adversaria o, para salvar la vida, se lanzaron al mar (desde el cual algunos conseguirían subir de nuevo a la *Esmeralda);* otros, heridos o no, fueron apresados. Esto último, durante un brutal entrevero con marinería enemiga, salida de las entrañas del *Huáscar.* Aquí, parece, murió el teniente peruano Jorge Velarde, alcanzado por tiros de rifle *Comblain*.

Igual que Prat, pero corriendo, Serrano se había desplazado hacia la torre. Su

objetivo: insertar una cuña en el mecanismo giratorio de aquélla, y así inmovilizarla. Pero un disparo en el vientre lo detuvo. “Medio hincado y apoyándose en su espada,” decía: “¡Muchachos, de esta no me libro, pero no hay que rendirse!”[287] Por fin, ya casi exánime -las heridas eran mortales-, fue recogido por marineros peruanos y llevado al interior del *Huáscar.*

L a *Esmeralda,* mientras tanto, agonizaba asimismo... El monitor había repetido, cuando espoloneara, el mortífero cañoneo a bocajarro. Contó Sánchez: “El aspecto de la cubierta era sombrío... Por todas partes la vista encontraba cadáveres o heridos... Había cesado ya el afán de conducir a estos últimos a la sala de amputación; al pie de los cañones se divisaba apenas uno que otro sirviente. En medio de esta desolada escena... (se veía) la figura... (de) Ernesto Riquelme, en su puesto del deber, atendiendo a la batería y formando inventario de los últimos cartuchos de que aún podía disponerse...”[288]

Tercer espolonazo. El hundimiento

Con el segundo espolonazo, dijimos, se abrió una inmanejable vía de agua, inundando la sala de máquinas. Estas se detuvieron y la *Esmeralda* quedó paralizada. Ahora el *Huáscar* la tenía a su merced, para clavarle el hierro en el punto que le pareciese mejor. Los chilenos esperaban este ataque postrero -diría después Sánchez- como los trabajadores esperan el domingo, para descansar...

Embestiría el monitor entre las 11,45 horas y mediodía. Retrocedió para ello unos 300 ó 400 metros,[289] y dio -esta vez- toda su fuerza, viniéndose sobre la *Esmeralda* a la velocidad de 10 millas/hora. El formidable golpe, asestado prácticamente en el mismo lugar del segundo espolonazo, casi partió en dos la corbeta. “El *Huáscar* y la *Esmeralda* -informaría un corresponsal peruano- estaban estrechamente unidos hasta que, como levantada ésta por el brazo de un coloso, las perillas de sus palos tocaron las aguas, y su casco se levantó como un gran ataúd que se lanza a la fosa.”[290]

El monitor había aprovechado el contacto para una postrera andanada de sus cañones.

> “La cubierta se hallaba sembrada de cadáveres destrozados... un espectáculo horrible de cráneos, brazos, piernas, etc... por todas partes.”

(Uribe)

> “Desde este momento nada nos quedaba por hacer. Un silencio profundo reinaba a bordo... sólo... interrumpido por los disparos de los rifleros y los lastimosos quejidos de los heridos.”

(Sánchez)

> “Me crucé de brazos y esperé que se cumpliera nuestro destino.”

(Uribe)

"Subí a la toldilla y esperé con Uribe y otros compañeros."

(Sánchez)[291]

Únicamente Riquelme, impávido, preparaba un cañón todavía en servicio, pero fuera de su batería -"porque brazos y fuerzas faltaban ya para meterlo"-;[292] era el último de estribor, junto a la toldilla. También algunos heroicos tiradores ocupaban aún las cofas.

Ernesto Riquelme hizo una pausa para despedirse de Zegers, estrechando su mano y diciéndole: "Si la suerte nos es adversa a uno de los dos, espero que ambos sabremos cumplir como amigos y compañeros."[293]

La andanada final del *Huáscar* había provocado escenas de horror en las entrañas de la corbeta.

Un proyectil destrozó la cámara de guardiamarinas, donde funcionaba el hospital de sangre, o "sala de amputación", y yacían recostados diez heridos, tras la primera y cruel cura. Allí, además, los ingenieros y mecánicos, y el restante personal que cumplía funciones al interior del barco: despenseros, carpinteros, etc. -que ya nada útil podían hacer-, aguardaban impacientes, desnudos, el permiso para emerger a la cubierta. Hyatt se había encargado de pedirlo, pero, aunque naturalmente lo obtuvo sin demora, jamás retornaría con él donde sus compañeros; otro disparo lo mató, camino de vuelta. La granada que casi de inmediato después diera en la cámara, exterminó a casi todos los presentes, Mutilla, Manterola y Gutiérrez ... "hizo de sus cuerpos una masa informe y confusa, mezclada con los fragmentos del buque y de los muebles."[294] Sólo salvó (nunca se explicaría cómo) el cirujano-ayudante, Germán Segura. El médico mismo, Cornelio Guzmán, no se encontraba en el recinto fatal. Varias veces, antes, había subido, buscando noticias sobre la marcha del combate, que le proporcionaba el guardia apostado arriba. En la última ocasión, lo halló muerto de un balazo... "inmóvil, sin soltar su rifle, afirmado contra la pared."[295] Guzmán salió entonces a la cubierta, librando la vida.

Otra granada hizo pedazos la escala que conducía hasta la toldilla, y la rueda del timón. Uribe salvó por milímetros; escribiría después a un tío: "Un poco más alto el tiro y su sobrino estaría en el otro mundo."[296] No tuvieron igual suerte los timoneles aún en sus puestos, "algunos grumetes de corta edad," y el corneta anónimo que había reemplazado a Cabrales; quedaron destrozados y muertos, o mutilados y vivos... Los niños lanzaban "alaridos capaces de enternecer al hombre de corazón más duro."[297]

Recogió la corneta el cabo Crispín Reyes, perteneciente a la artillería de marina, tropa del Ejército embarcada. Un disparo le llevó la cabeza. Fue remplazado por el grumete Pantaleón Cortés, dieciocho años, natural de Quirihue (hemos visto),

coterráneo de Arturo Prat... Fue el postrer corneta de la *Esmeralda,* y no sobrevivió.

Cortés tocaba desesperadamente a degüello, pues el buque se hundía.

En ese momento, Ernesto Riquelme disparó desafiante "el último cartucho del último cañón" (el total de cañonazos lanzados por la *Esmeralda* durante el combate, estuvo en el orden de los centenares, doscientos, decía el subteniente Hurtado; cuatrocientos, según Sánchez). Igual que con el grumete Cortés, el mar iquiqueño acogió los mortales despojos de Riquelme, para siempre.



La corbeta, inclinada hacia estribor, se fue hundiendo por la proa. La gente se corría hacia la popa, a la espera de las condiciones y el momento que les facilitaran abandonar el barco. Casi todos iban desnudos, para nadar mejor; algunos marineros, contrariamente, llevaban puestas sus ropas de gala, o bien dos tenidas -una sobre la otra-, en la ingenua esperanza de salvarlas. Salían aún, de la nave, disparos aislados y vivas a la patria.

Luego no quedó a la vista nada del casco, sólo los mástiles. En seguida desaparecieron sucesivamente éstos... el palo trinquete, el mayor y por fin el de mesana, con la bandera chilena al tope. Ella fue lo último en verse, brevemente, por encima de las olas.

El combate de Iquique había terminado.

Eran las 12.10. Lo señaló Grau, escribiendo su parte de guerra, y lo confirmaría el reloj de bitácora de la *Esmeralda,* rescatado del fondo marino cinco años después, y detenido a esa hora precisa.



"Reloj de la Esmeralda rescatado del fondo del mar, señalando la hora del hundimiento"

Vamos ahora al público de la ciudad, que había seguido la acción con apasionado interés. "La corneta tocaba a ataque sin cesar... (llegaban) según las ráfagas del viento... acentos lastimosos y gritos potentes," con "cadencias de ¡Viva Chile!"... recordaba Puig, el cónsul ecuatoriano (Puig y Verdaguer, 1910).[298] Al hundirse la *Esmeralda* hubo en la ciudad repique de campanas y salvas de artillería... pero no vítores. La multitud quedó sobrecogida. Los diarios peruanos recogieron este clima final:

> "El pabellón chileno fue el último que se hundió en el mar."
>
> "Era preciso que se diera fin a un drama que no conoce ejemplo en la Historia del mundo... Después de la catástrofe... siguió el estupor y el silencio en todos. La impresión que en los habitantes de Iquique produjo el hundimiento del buque, pudo más que la alegría y la apagó. ¡Tremendos misterios del corazón humano!"
>
> "Lo último que desaparece en las aguas es el pabellón chileno; no se oye el más leve grito ni clamor alguno de socorro; ni siquiera resuenan vítores... a todos nos tiene anonadados el horror de aquella tremenda escena." (Ahumada, 1884)[299]

Náufragos y prisioneros. Muerte de Serrano

La cuenta final de la *Esmeralda* fue como sigue. Murieron siete de sus catorce oficiales de Armada -Prat, Serrano, Riquelme y los cuatro ingenieros: Hyatt, Mutilla, Gutiérrez y Manterola-; 145 tripulantes; un suboficial -Aldea, sargento 2º-, dos cabos y 19 soldados del regimiento "artillería de marina" (la tropa de guarnición embarcada); y siete servidores domésticos. Sobrevivieron siete oficiales navales; 53 tripulantes; un subteniente y cinco soldados de aquel regimiento; un mayordomo y un civil, Cabrera.

Quienes se ahogaron, fueron principalmente víctimas del remolino formado por la *Esmeralda*, hundiéndose... "una ola inmensa (que) se nos venía encima, nos envolvía y

nos arrastraba al abismo.”[300] Esta vorágine hizo que algunos se enredaran fatalmente con la cordelería de los mástiles; a otros los llevó hasta la cámara alta de la nave, de la cual no pudieron salir.

Los de mejor suerte contaron historias muy similares:[301]

> “Después de tragar un poco de agua me encontré a flote, sin saber cómo, porque ha de saber Ud. que nado como una piedra.”

(Uribe)

> “Libre del remolino que produjo el buque al hundirse, comprendí que estaba ileso.”

(Zegers)

> “¡Es muy desagradable tener que bañarse después de un combate! Atraído por el remolino... tragué bastante agua... (Me creí perdido, y que la fuerza del agua) me arrojaría dentro de la cámara alta... En estos apuros, toqué algo y agarré bien... reconocí que era un coy... me llevó a la superficie. ¡Qué felicidad es volver a la luz!”

(Sánchez)

> “Siendo buen nadador...(fui arrastrado hacia las profundidades), pero al detenerse el barco en el fondo del mar... ellas mismas (las aguas) me ayudaron a volver a la superficie, no sin haber tragado antes una buena porción de agua.”

(Wilson)

El fondo del mar distaba, allí, unas diecinueve brazas (36 metros).

A la conclusión, flotaban en un radio bastante reducido -nadando, algunos, y otros aferrados de cualquier cosa que los mantuviera sobre las olas- aproximadamente cincuenta o sesenta náufragos de la *Esmeralda.*

Los primeros instantes, desde el *Huáscar,* les hacían disparos aislados de fusil. Pero pronto se vio que oficiales peruanos lo prohibían indignadamente; por igual Grau, agitando su pañuelo desde la torre.

También con pañuelos, se indicaba a los chilenos que se acercasen para recogerlos. Sin embargo, el rescate demoraría una media hora, pues los botes del *Huáscar* se hallaban agujereados por el fuego chileno de fusil y rifle efectuado durante el combate.

Mientras tanto, Zegers había discurrido un proyecto tan audaz como impracticable: nadar hasta El Colorado, y esperar allí, oculto, que volviese la británica *Turquoise,* a la cual se allegaría -nadando asimismo, y de noche- y pediría asilo... un asilo que no dudaba le fuera concedido por el viejo y caballeroso capitán Robinson. Logró infundir idéntica confianza en un marinero, y juntos iniciaron la travesía. A poco

se les unió un fogonero griego, de apellido Eclamatópolis. Llevaban los tres veinte minutos en esto, cuando los interceptó un bote del *Huáscar*. El oficial enemigo que lo mandaba los interpelaría "con ese tono que (a los peruanos) les es peculiar: Recibid la hospitalidad generosa que el vencedor da al vencido..." "Con toda prontitud le fue contestada tan estrafalaria ocurrencia," suponemos que por otro de los nadadores. Pues el propio Zegers debió emplear todas sus dotes diplomáticas, para calmar la irritación del marino adversario tras la respuesta chilena, e impedir que el incidente se enconara.[302]

Paulatinamente, los botes del *Huáscar,* ya reparados, fueron recogiendo a los náufragos. Algunos tripulantes de aquellos portaban hachas, para el evento de que manos desesperadas, asiéndose de la embarcación de rescate, amenazaran volcarla.

Iban subiendo al monitor los chilenos, desnudos y rendidos de hambre, frío y fatiga. Un marino peruano los interrogaba solemnemente para saber su nombre y su rango... "¿Qué grado tiene Ud., señor?"[303] Los oficiales iban a la cámara de sus pares; los simples marineros, al entrepuente. Todos pasaban junto al cadáver de Arturo Prat, tendido en la cubierta y el rostro tapado por su propia levita.

Corrido algún tiempo -media hora para los oficiales; tres para los marineros- fueron vestidos los náufragos con tosca ropa de tripulantes, la única allí disponible. No recibieron sombreros ni zapatos. Se les dio algo de comer y beber; cerveza y coñac con galletas, por ejemplo, a los oficiales.

Grau visitó a éstos, dos veces aparentemente (discrepan ciertos testimonios, afirmando habría sido sólo una). La primera, cortés pero "seco y frío,"[304] pidió conocer al comandante, le fue presentado Uribe y estrechó su mano, elogiando el comportamiento chileno durante el combate. En la segunda visita, informaría a sus prisioneros que -considerada la naturaleza de la misión del *Huáscar-* le resultaba imposible mantenerlos en la nave. Era preciso, pues, que desembarcaran en Iquique, donde estarían perfectamente seguros bajo la responsabilidad del Ejército peruano. Notando que seguían descalzos, Miguel Grau ordenó les proporcionaran "calamorros" como los utilizados por la tripulación.

Antes, aquella misma tarde, los chilenos habían navegado, a bordo del *Huáscar,* hasta Punta Gruesa, y más allá todavía. Participaron, pues, sin saberlo -si bien, por supuesto, advirtieron las maniobras y el movimiento- en dos operaciones frustradas que intentó el monitor, y que se narran algo más adelante: el auxilio y salvataje de la *Independencia,* y la persecución de la *Covadonga.* Por cierto, uno de los prisioneros, el cirujano-auxiliar Segura, fue objeto de un disimulado sondeo peruano respecto a la velocidad que podía alcanzar la *Covadonga.* Contestó muy serio: 11 millas/hora. Quizás esta desinformación contribuyó a que el *Huáscar* abandonara el seguimiento de la cañonera, según veremos.

Había en el monitor dos cautivos cuya suerte interesaba vivamente a sus compañeros: Serrano y Aldea. No pudieron verlos. El primero murió allí el mismo 21. El segundo sobrevivió hasta el hospital de Iquique.

El caso de Serrano parece contradecir la caballerosidad mostrada por el enemigo en el *Huáscar*. No sólo se impidió que fuera visitado por sus compatriotas, sino que ni siquiera pudieron atenderlo nuestros médicos: Cornelio Guzmán y Germán Segura, su ayudante. Esto último es más extraordinario aún si se piensa que -de un modo paralelo- los peruanos pedían y obtenían la colaboración de los dos facultativos chilenos, para tratar al teniente Velarde, del *Huáscar,* herido durante el combate según ya vimos (y que también murió en el monitor, el 21). Una explicación contemporánea -pero que nadie refrendó nunca concretamente- fue que el indomable Serrano, dejado solo en un camarote, habría intentado incendiarlo, y el *Huáscar* con él, atracando una vela a material inflamable de la misma habitación.

El médico del barco, doctor Távara, quien atendió a Serrano, nada dice del episodio señalado. Afirma, en cambio, que el chileno no quiso tomar narcóticos, y que sus últimos momentos los destinó a recuerdos de su familia y de "su simpática y querida esposa."[305]

"El sol se había puesto y la última claridad de la tarde iluminaba apenas la bahía" cuando los prisioneros chilenos fueron desembarcados en Iquique. Bajando a la lancha del *Huáscar* que lo conduciría allí. Vicente Zegers cruzó su camino con el cadáver del jefe heroico; le descubrió el rostro; pudo advertirlo bañado en sangre, la frente destrozada por "ancha y profunda herida." Luego los melancólicos cautivos viajarían hacia el puerto, vecinos de los dos cadáveres -Prat y Serrano-; cuyas cabezas cubrían sendos paños blancos.[306]

"Un pueblo entero, ansioso" esperaba en los muelles. Hubo algunos insultos y rechiflas de exaltados. Un oficial peruano los increpó con energía: "No es noble ofender a prisioneros que, como tales, no pueden defenderse."[307]

Los llevaron, primero, a los altos del edificio de la Aduana. Casi inmediatamente tuvieron la visita del máximo jefe militar del Perú en Iquique, general Juan Buendía. Les ofreció una colación, y reconoció su "heroico comportamiento." "Hombres que así se baten (añadiría), engrandecen a la Humanidad entera." Estos actos generosos "nos repusieron el espíritu y el cuerpo", recordaba Arturo Wilson.[308] Luego los chilenos fueron trasladados hasta el edificio de una compañía de bomberos, la "Austrohúngara," donde pasarían la noche. Pero después, y definitivamente, volvieron a ser los altos de la Aduana su lugar de cautiverio, durante toda la estadía iquiqueña.

Muerte de Aldea. Inhumación de los héroes

Mientras pasaba lo dicho con los prisioneros, los restos de Prat y Serrano, y el

malherido Aldea, sufrían otra suerte.



"Cuerpo de Prat en el muelle, óleo de autor anónimo"

Desembarcados en el muelle de la Aduana, se les cargó sobre carritos de los que usaba este servicio para trasladar mercaderías, y quedaron un tiempo así, ante la puerta de aquélla, si bien no es preciso ni justo afirmar que fuese "en la calle," como dijeron entonces algunas versiones apasionadas, propias del momento de guerra. Dos soldados vigilaban, pero sin impedir acercarse. Un joven español dejó escritos sus recuerdos de la escena.

Prat (explicó) llevaba traje azul marino de buen paño, pantalón no muy amplio, chaleco y cazadora o paletó con tres galones por cada manga y encima una estrella. Botines finos de una pieza. Serrano estaba vestido "con menos arreglo de su persona..." traje azul, y paletó de dos galones y estrella, abierto, por el cual se veía una camisa de cuello bajo y una corbata de seda negra, "muy gastada." Aldea vestía un terno oscuro de militar, quepis y capote plomo "como el de ratina, que usan los soldados navales." Otro testigo lo describió "con uniforme completo de sargento 2º… (y) gorra, caída la visera sobre el rostro." Sufría lacerantes dolores, pedía agua. El farmacéutico de Iquique, Adolfo Gariazzo, se la dio, mezclada con coñac. Cuando los curiosos le pidieron que identificase el cadáver de Prat -tendido junto a él- Aldea volvió la cabeza y dijo, acongojado: "¡Ese es el comandante!"

Luego el sargento fue trasladado al hospital, donde se le cuidó solícitamente. Tenía múltiples heridas de bala en el cuello, brazo izquierdo, pierna derecha, etc. El peligro de gangrena exigía amputar las dos extremidades afectadas, pero los médicos sólo se atrevieron con la superior, porque había perdido mucha sangre. Combatió

ásperamente por la vida hasta el 24. Un testigo, de casualidad, lo vio enterrar en una fosa individual; iba desnudo... "sólo llevaba de este mundo las vendas de sus heridas, como pruebas de sus sufrimientos y de su valor" (Ahumada, 1884);[309] la fosa enfrentaba casi la de Prat y Serrano.

Los dos oficiales hallaron sepultura honrosa por la generosidad de un extranjero, un español de Cangas de Onís (Asturias), Eduardo Llanos. Había vivido largo tiempo en Chile, donde fue tesorero de la Sociedad Española de Beneficencia. Se trasladó a Iquique cuando comenzaban los 70, y con él apareció allí también la Sociedad. Preocupado de que los muertos chilenos pudieran parar en la fosa común, comenzó su búsqueda la noche del 21; lo acompañaban el alcalde y un periodista limeño, Benigno Neto, que ha cruzado por estas páginas. Visitaron primero la parroquia encontrando sólo la capilla ardiente de Jorge Velarde; más tarde, se le añadiría la de otro oficial peruano, Guillermo García y García, de la *Independencia;* había caído, veremos, combatiendo contra la *Covadonga.* Finalmente, ubicaron los cadáveres de Prat y Serrano en el hospital.

El entierro tuvo lugar el 22, hacia las 17.30 horas. Llanos corrió con la organización y gastos: el derecho de sepultura, los modestísimos ataúdes que podía proporcionar la ciudad, el carretón funerario... Incluso le pertenecía la sábana blanca que envolvía el cuerpo de Prat (cuando fueran exhumados los restos, se encontrarían las iniciales del asturiano–"E. Ll."- bordadas en esa sábana). Un puñado de extranjeros -seis españoles, dos ingleses (uno de Gibraltar), un francés y un portugués- constituyó el magro cortejo fúnebre de los héroes. El portugués era el carretonero. Entre los españoles, además de Eduardo Llanos, figuraba el presidente de la Sociedad hispana, Benigno Posadas, comerciante muy reputado, cuyo respaldo protegía a los demás; Llanos había sugerido atribuir el entierro a la filantropía de la Sociedad, "para evitar las falsas apreciaciones" (Izquierdo, 1979).[310]



"Eduardo Llanos, ciudadano español que se cuidó en Iquique del entierro de Prat"

El funeral de Prat terminó en el cementerio iquiqueño, tras cruzarse con el de García y García. Dos cruces de madera con los nombres marcaron el lugar de la sepultura.

Llanos se trasladó tiempo después a Gran Bretaña, como representante de compañías salitreras. Murió nonagenario en su pueblo natal (1927). Nunca se jactó de lo que había hecho, ni menos pidió ningún reconocimiento ni recompensa. Un Chile agradecido lo cubrió de honores, sin embargo, y lo recuerda hasta hoy. Él se sorprendía... "es una gloria barata lo que me están dando."[311] Agregaba -objetividad digna de Arturo Prat- que el peligro de que los cadáveres chilenos hubiesen ido a la fosa común había sido pequeño. A la verdad, hay una clara semejanza espiritual entre el héroe y su cristiano sepultador; ambos -en muy distinta escala, naturalmente- actuaron sólo por cumplir con su deber y sacrificaron a éste las conveniencias personales.

Punta Gruesa

Condell y la *Covadonga* merecen un libro completo, distinto de éste. Mas, por supuesto, quedaría trunca la narrativa si no nos refiriésemos -aunque sea muy brevemente- a la cañonera y a su victoria, tan inesperada como decisiva.

Dejamos a la *Covadonga* saliendo de la rada iquiqueña hacia el sur; contorneaba la costa, lo más próxima de ésta que le era posible. Rechazó botes con fusileros, enviados desde tierra, que buscaban detenerla o retardar su marcha.

La *Independencia* terminó colocándose directamente tras ella; a veces, sólo

doscientos o trescientos metros separaban perseguidora de perseguida.

Moore, comandante de la fragata, intentó primero hundir a su adversaria cañoneándola. Pero, sabemos, los artilleros peruanos eran malos. Además, Condell y su segundo Orella habían instalado una partida de tiradores, que mataba sin piedad a cuanto enemigo pretendía operar el cañón delantero de la *Independencia;* éste, para remate, concluyó descomponiéndose. Exasperado, quiso Moore entonces espolonear derechamente la popa de la *Covadonga.* Según Ekdahl, cometía con ello un error, debió haber actuado de otra forma: aprovechando su mayor velocidad, sobrepasar la cañonera por la derecha, y luego -virando hacia la izquierda (babor)- espolonearla por estribor. Así la fragata no se hubiera hallado tan cerca de la costa, y no hubiese corrido el peligro que a la postre la perdió.

Pues si esta cercanía era imprudente (si bien forzosa) en la *Covadonga,* para la *Independencia* constituía una temeridad.

Sus frutos se cosecharon en Punta Gruesa. Poco antes de alcanzarla, Condell asestó a la fragata dos granadas bajo la línea de flotación... una ofensa que, parece, terminó de descompasar a Moore, impidiéndole ver con claridad y actuar consiguientemente. Enfurecido, forzó sus máquinas; buscaba clavar el espolón y cerrar el combate.

Al cruzar Punta Gruesa, pasó la *Covadonga* por encima de rocas ocultas que enfrentaban el promontorio. Rechinó su casco, rozándolas y arrancando a Condell este alegre comentario:

> "¡Aquí se fregaron!" (Ekdahl, 1917)[312]

Y fue tal como lo dijo. La *Independencia* no podía sino vararse, donde la *Covadonga* rechinaba. Los marinos de aquélla iban tendidos, para prevenir el choque del espolonazo. Cuando sintieron, efectivamente, un golpe terrible, se levantaron gritando: "¡Viva el Perú!" Pero no era el espolonazo; era que la fragata había encallado. Rota su quilla contra el roquerío, tumbada a estribor, el agua -por los portalones de las baterías- inundó la sala de calderos, apagando los fuegos: pararon las máquinas.

Los chilenos prorrumpieron en vítores y gritos: "¡Ya se varó! ¡Ya se varó! "[313]

Eran las doce horas... en la rada no muy distante, la *Esmeralda* se hundía.

L a *Covadonga,* volviendo atrás, cañoneó fuertemente a su enemiga... Esta quiso replicar, pero las piezas de estribor, lado del cual se hallaba la nave chilena, no la alcanzaban, pues Condell y Orella cuidaron de no presentarles blanco.

Gran parte de la tripulación abandonó la *Independencia* utilizando sus botes. Quedaron a bordo sólo Moore y veinte o treinta oficiales y marineros. El teniente Alejandro García y García murió durante la acción, de un balazo en la boca; hubo además un segundo muerto y varios heridos. La *Covadonga* sólo tuvo heridos (sus tres víctimas fatales, rememoremos, habían caído anteriormente -en la bahía de Iquique-

con el disparo del *Huáscar* que atravesó la cañonera).

Lo sucedido luego es, hasta cierto punto, confuso. Difieren las versiones, incluso respecto de las horas. Condell sostiene que *Moore* arrió la bandera peruana -sustituyéndola por una blanca de rendición- y pidió se le enviara un bote para entregarse. *Moore* rechaza indignado haber tenido esta conducta. Según Gonzalo Bulnes, Condell se alistaba para volver a Iquique y ayudar a la *Esmeralda,* Ekdahl lo niega. Lo único claro es que cuando apareció el *Huáscar* en el horizonte, la *Covadonga* se alejó de Punta Gruesa, rumbo sur.

Eran -más ni siquiera esto se halla bien claro- las 14.30. El *Huáscar,* de comienzo, pareció decidido a emprender la caza de la *Covadonga.* Distaba la cañonera unas seis o siete millas, pero su velocidad por hora (debido a los daños sufridos en el combate) no excedía las dos o tres, con lo cual -de persistir en seguirla- el monitor la hubiese alcanzado. Mas prefirió dirigirse hacia la *Independencia* varada, para ver si tenía salvación, y recoger los oficiales y tripulantes todavía a bordo. Hecho esto último, pudo Grau verificar que la fragata se hallaba irremisiblemente perdida. *Fue* entonces incendiada -de modo que en nada pudiésemos aprovecharla-, y el *Huáscar* reanudó la persecución de la *Covadonga,* dando las 15.30 o las 16 horas. Pero ya la cañonera le llevaba unas diez millas y, cuando anocheciera sin conseguir darle alcance, el monitor abandonaría la partida.

La *Covadonga* siguió arrastrándose proa al sur. Hacía agua por todas partes; las bombas no alcanzaban a achicarla; sólo mediante el uso frenético de baldes, la tripulación impedía que se inundaran y apagasen los hornillos de las máquinas... El 22, entrada la noche, la cañonera hacía su ingreso en Tocopilla, donde la repararon sumariamente. Veinte y cuatro de mayo, 14.30 horas: la *Covadonga* en Cobija; de allí se pidió que Antofagasta le despachara urgentemente una nave remolcadora. Cuando ya sólo le faltaban veinte millas para este puerto, hicieron contacto la *Covadonga* y el transporte *Rímac,* que la debía remolcar. El 26, de madrugada, Condell pudo por fin respirar, en Antofagasta. Había escrito la segunda página más gloriosa de nuestra historia naval.

El significado del sacrificio

Quizás cupiera prescindir de este párrafo, pues las páginas anteriores han anticipado las razones que -en mi concepto, al menos- tuvo Arturo Prat para sacrificar su nave, su tripulación y su propia vida.

Es necesario subrayar que no influyeron sobre él ambiciones de fama imperecedera, ni de inmortalidad histórica, ni de gloria. Del díptico O'Higginiano, el "vivir con honor" fue perfectamente comprensible para el héroe de Iquique. Pero el "morir con gloria" carecía, a sus ojos, de sentido. La vida sólo se entregaba por exigirlo

el deber.

Recién ocurrido el combate, uno de sus testigos, el teniente Francisco Sánchez -tercer hombre de la *Esmeralda-,* relató los hechos. Allí se insinuaría, por vez primera, la noción de que, siendo el abordaje "una empresa imposible," Prat, intentándola, no buscaba ni podía buscar la captura del *Huáscar,* sino algo distinto. ¿Qué sería? Sánchez no lo explicitaba -su intención, es probable, nunca fue examinar específicamente el tema-, pero una frase suya: "la sublime idea de morir... concebida (por Prat) con sangre fría,"[314] apuntaba a un deseo de fama histórica; o bien a un suicidio patriótico: un gesto cuyo carácter extremo, absoluto, y consiguiente impacto emocional, generasen en Chile la "unión sagrada" alrededor de la guerra.

Nada de esto es imposible, desde luego, pero tampoco hay razones ni indicios para suponerlo, ni calza con el carácter de Arturo Prat. Así lo dijeron -tan pronto se conoció el relato de Sánchez- Carmela Carvajal y Jacinto Chacón, sin duda los más profundos y autorizados intérpretes de lo que pensaba y sentía Arturo Prat. "El no habría sido capaz (dijeron), para nosotros que le hemos conocido, de pensar en su gloria personal, en esos solemnes momentos. Si saltó, fue buscando el último recurso que le quedaba para abordar y hacer suya la nave enemiga, (lo) que era su deber, norte de Arturo" (Montt, 1979).[315]

Pero, con el tiempo, aquellas explicaciones simples, o simplificadas -ansias de gloria, suicidio patriótico, cumplimiento del deber sin más objeto que el de cumplirlo-, se han difundido hasta convertirse en estereotipos. Así se oscurece que Arturo Prat, independientemente de todo eso, prestó al país un servicio de guerra excelentísimo; su riguroso sentido de la obligación militar que había asumido y que debía honrar, significó para el Chile en conflicto un beneficio real e incalculable.

Efectivamente, olvidemos, para desarrollar el argumento, las posibilidades de triunfo sobre el *Huáscar* y la *Independencia...* posibilidades mínimas, casi inexistentes, pero que Prat agotó hasta el punto de entregar por ellas la vida. ¿Qué hubiera sucedido si, en vez de eso, hubiese arriado la bandera? Lo que sigue:

-el enemigo se habría apoderado de las dos naves nacionales, una -la *Covadonga*- todavía en estado de servir;

-se habría cumplido ítem por ítem el plan de Prado: destrucción o captura de aquellas naves chilenas; aprehensión, también del convoy nacional que se dirigía a Antofagasta, con sus cuatro transportes y 2.500 soldados; bombardeo impune de los puertos hacia el sur; y

-habría sido inevitable una fuerte caída de la moral chilena, civil y uniformada, con esta sucesión de desastres.

Pensemos ahora en otro escenario: un Prat que rinde la sola *Esmeralda,* ya salida la

Covadonga de la rada.

Grau, entonces, se hubiera incorporado a la cacería de la cañonera, con un muy distinto desenlace para el encuentro de Punta Gruesa. Nuestra gloriosa *Covadonga* se salvó del monitor, en definitiva, sólo porque la *Esmeralda,* combatiendo, lo retuvo hasta el mediodía. De lo contrario, quizás hubiera tenido éxito, igualmente, la trampa que cogió a la *Independencia,* pero el *Huáscar* la habría vengado.

La derrota de Iquique fue funcional a la victoria de Punta Gruesa.

Esta, aun, pudo concluir -de todas maneras- en la captura o hundimiento de la *Covadonga,* de haber opuesto la *Esmeralda* una defensa menos encarnizada, y por tanto más corta, contra el *Huáscar.*

Se torna así indiscutiblemente acertada la resolución que adoptó Arturo Prat: combatir hasta el último cartucho, hasta el último hombre, y hasta el hundimiento de su nave. Indiscutible acierto, mirado no solamente como un acto patriótico, sino como una opción estratégica y de guerra.

Tampoco -y enfocando siempre las cosas bajo el prisma exclusivamente bélico- es posible silenciar el impacto que hizo la epopeya de Iquique en nuestras fuerzas de combate.

Pasó a ser un axioma, pero un axioma vivido, no únicamente escrito o pensado, que los chilenos no arriaban el pabellón, no se rendían, no entregaban nada al enemigo... ni barco, ni arma, ni bandera, ni ciudad, ni posición.

El ejemplo epónimo de este espíritu nuevo, directamente derivado de Prat, fue el combate de La Concepción (1882). "¡Los chilenos no se rinden! -respondía el subteniente Luis Cruz Martínez, ante cualquier pedido de que abatiesen las armas- o ¿No es verdad, muchachos?" Sus superiores, dando cuenta entristecida del sangriento y heroico suceso, hacían un espontáneo paralelo con Iquique. "Como los tripulantes de la *Esmeralda,* llenaron (los soldados de La Concepción) sus deberes de patriotismo hasta el sacrificio" (Lynch). "Nuestros soldados no se han mostrado menos grandes que los de la *Esmeralda* en el 21 de mayo" (Novoa) (Bulnes, 1955).[316]

No sólo en los campos y mares de combate resonaron los ecos de la epopeya, sino también en muchas otras áreas relacionadas con la Guerra de 1879.

Repercutieron profundamente, por ejemplo, sobre la actitud argentina. Los vecinos allende los Andes habían acogido con ávida complacencia nuestro predicamento del Pacífico. Era evidente e indisimulable el arma poderosa que les confería para intentar doblegamos en la disputa de límites que mantenían con nosotros.

El pacto Fierro-Sarratea pasó sin demora al limbo de la Historia. Argentina urgió enviásemos inmediatamente un plenipotenciario que discutiera un posible arreglo directo con ella... a la sombra de su eventual participación en la guerra, del lado perú-

boliviano. Chantaje tan obvio que no necesitaba expresarse. No pudimos negarnos; el 31 de marzo entraba a Buenos Aires la fatigada misión chilena, después de cruzar a matacaballos la cordillera y la pampa; su jefe era el diputado José Manuel Balmaceda.

Instantáneamente, la envolvió una gélida cortesía oficial, y un paralelo clima callejero -prensa, políticos, manifestaciones públicas- de abierta hostilidad y de bullanguero apoyo a nuestros enemigos. Se intensificó este ambiente adverso cuando oficializamos la guerra (5 de abril). Balmaceda y sus adláteres lo supieron casi al momento, por la muchedumbre que -ante el hotel de la misión- gritaba vivas a nuestros enemigos y mueras contra Chile, acompañándola un ruido ensordecedor de sirenas y petardos. Pocos minutos después, tenían los chilenos una reunión en la Casa Rosada; los siguió por las calles una audible silbatina.

Y así continuaron las cosas... hasta el 21 de mayo. Las noticias de Iquique y Punta Gruesa sobrecogieron a los argentinos. Amainó el temporal antichileno; desapareció la idea de una "carrera corrida", perú-boliviana-argentina, contra Chile. Arturo Prat, el enviado del 78, se hubiese alegrado de verlo.

El Prat real abandona ahora nuestras páginas. Lo sustituye el héroe de lo que alguien llamó la "pratmanía" ...semidiós legendario del culto nacional y especialmente popular, inmortalizado en mil poemas, cantos, discursos, conmemoraciones, homenajes, libros, artículos, calles, plazas, imágenes, bustos... la figura más conocida y venerada de nuestra historia, cuyo nombre todavía hace agolparse las lágrimas a los ojos, y prorrumpir las gargantas en gritos de espontáneo entusiasmo y orgullo patrio. Pero el Prat verdadero no hizo lo que hizo por impulsos del momento, sino por cumplir su deber de marino en guerra, meditadamente, de modo que tal cumplimiento significara para su país un máximo beneficio. No murió sólo por Chile, ni sólo por cumplir el deber, sino para que Chile usufructuara, lo más posible, de ese deber cumplido y de esa muerte.

***

CAPÍTULO UNDÉCIMO

La gloria

La gloria póstuma sopló como un huracán sobre Arturo Prat, transformando su imagen y su recuerdo, de una manera y en unas dimensiones jamás vistas antes aquí, y que a él -de haberlas podido presenciar- le hubiesen causado la más honda sorpresa.



"Espada del héroe. No me desenvaines sin razón ni me envaines sin honor"

La noticia

Las primeras informaciones sobre Iquique y Punta Gruesa -angustiosamente incompletas- se difundieron con la entrada del *Lamar* a Antofagasta, la tarde del 22 de mayo. La gente del transporte no conocía ningún desenlace, pero sí que el *Huáscar* se había enfrentado con la *Esmeralda,* y la *Independencia* con la *Covadonga:* la noticia incluía, asimismo, la varazón de la fragata peruana, pero no su ruina final.

Sendos telegramas antofagastinos, enviado uno por el General en Jefe del Ejército, Justo Arteaga, al Ministerio de Guerra y Marina (Santiago), y el otro por el corresponsal de *El Mercurio* a su periódico (Valparaíso), se recibieron hacia el mediodía del 23. Contenían aquellas nuevas, y llevaban implícito un augurio de catástrofe: ¿qué resultado feliz podía depararnos combate tan desigual?

La espera sin esperanza duró treinta y seis horas... hasta la noche del 24. Ninguna noticia sobre Iquique y los débiles barcos chilenos, ni sobre Williams y su escuadra "perdida..."

La ansiedad era intolerable. "Nada se sabe," telegrafiaba desde Valparaíso Altamirano, Comandante General de Marina, al Presidente Pinto. Daban entonces las

16.45 horas. Y el propio Altamirano se dirigía a un Williams de paradero desconocido:

> "No he dormido desde que recibí su carta (aquella que anunciara el zarpe de la escuadra, pero no el objetivo que perseguía)... Figúrese nuestra situación en el momento preciso en que le escribo... Tenemos noticias de que el *Huáscar y* la *Independencia* han atacado a la *Esmeralda* y la *Covadonga:* Por supuesto que yo doy por perdidos esos dos buques y abortado el plan de Ud., pues supongo que Ud. buscaba los dos blindados..." (Williams, 1955).[317]
>
> "Por supuesto... doy por perdidos esos dos buques..."

En Santiago, más adelantada aquella propia tarde, narra un testigo:

> "...Iba yo por la calle Bandera, frente a la imprenta de *El Ferrocarril,* y veo que un empleado sale a pegar en el tablero un suplemento. Me paro a leer. El *Huáscar,* por la mañana, ha atacado a la *Esmeralda* en Iquique, y la *Independencia* a la *Covadonga;* ésta viene huyendo al sur, perseguida por la *Independencia,* que le gana distancia. Me quedé helado..." (Subercaseaux R. , 1936).[318]

Fue el 24 un día extremadamente lluvioso; siguió una noche gélida; las calles estaban llenas de lodo... el clima parecía hacer juego con el pesimismo ambiente.

Luego -21.35 horas- un telegrama de Arteaga daba la enorme, la increíble novedad: el desastre de la *Independencia:* la *Covadonga* a salvo en Tocopilla; la *Esmeralda* que había preferido "incendiar santabárbara antes que rendirse..." (Ahumada, 1884)[319]

Nuevos telegramas fueron permitiendo "reconstruir ese drama que se llamó el combate de Iquique."

En la Moneda misma existía una oficina de telégrafo, así que la plazuela del palacio se llenó de un público emocionado y expectante, que aguardaba mayores informaciones. Estas irían confirmando y ampliando las iniciales.

Cerca de medianoche, empezó el repique de campanas. Pinto ordenó una salva mayor en el cerro Santa Lucía; la dispararon los cívicos de artillería. Luego se lanzaron voladores. El ánimo cambió, súbita y completamente... Las calles céntricas se repletaron de una multitud entusiasta, aparecieron innúmeras banderas patrias, muchos edificios iluminaron sus frontis.

"...Golpean a mi ventana (dice un diario de vida contemporáneo): amigo, hay una gran noticia. Yo me estaba vistiendo, pues había oído campanas, y me parecía que debía haber incendio, u otra cosa grande por las carreras a prisa en la calle..."[320]

"El pueblo -relató luego la prensa- andaba frenético, desorientado, loco; gritos de ¡Viva Chile! ¡Muera el Perú!, viajes a la Plaza de Armas... la Alameda... la Moneda." Y el diarista ya citado: "Se veía al pueblo, en desordenados pelotones, correr por las húmedas veredas, se oían los gritos, los vivas, las voces turbadas..." (Ahumada, 1884).[321]

En los círculos sociales más altos, "los hombres lloraban, callados y pálidos; mujeres, temblorosas, sonreían entre lágrimas y se movían con ademanes viriles. Nunca he sido testigo de una conmoción igual. Presentíamos un suceso heroico, de la altura de los transmitidos por la antigüedad..." -recordó Ramón Subercaseaux."[322]

Finalmente, confundidas todas las clases, una sola muchedumbre se precipitó hacia La Moneda. Un anciano aclamaba a Chile entre sollozos; era José Zegers, padre del guardiamarina de la *Esmeralda* y que lo suponía muerto.

El Presidente salió a un balcón del palacio, y pidió tres vivas consecutivos por Prat, por Condell y por las tripulaciones que acababan de "levantar hasta los cielos el brillante tricolor de la República" (Fuenzalida, 1974).[323]

Escenas parecidas presenciaba Valparaíso... "Las calles se llenaron en un instante; las gentes corrían en todas direcciones, locas de entusiasmo; se abrazaban los amigos, se reconciliaban los enemistados; las copas chocaban en los clubs y hasta los más serios arrojaban sus sombreros al aire... Sonaban las músicas marciales, se prendían luminarias y se enarbolaba el pabellón nacional... En el teatro se interrumpió la función para cantar el himno patrio" (Medina & Guerrero, 1952).[324]

Una densa columna marchó hasta la casa de Condell; su mujer debió aparecer a saludar y -exigiéndolo imperiosamente la multitud- mostrarle también el hijo, un niño pequeño..., del vencedor de Punta Gruesa...

"...Pero era difícil creer que todo aquello que se repetía no era un desvarío sino la verdad de lo ocurrido."[325]

El tributo

Nadie marchó, en cambio, hasta la porteña Calle del Circo; la casita de los Prat Carvajal permaneció oscura y silenciosa, como protegiendo un dolor más grande, aún, que la simultánea alegría de Chile.

Y es que. Arturo Prat, hemos visto, por su carácter serio, reservado y amante de la privacidad, era mucho menos conocido que el expansivo Condell. Y mientras la carrera naval del primero se había desenvuelto -acorde con ese carácter- regular y paulatinamente, sin llamar la atención pública, la del segundo había tenido (de acuerdo asimismo con su personalidad) varios y sonados incidentes y altibajos; por eso, también, Condell fue más notorio que Prat.

Por otra parte, la noche del 24, sólo se sabía de Arturo Prat -y no era efectivo- que había preferido volar la *Esmeralda* a rendirla.

Las horas siguientes, cuando se conocieron los reales pormenores y dimensiones del combate que librara la corbeta, las figuras de su comandante y compañeros se agigantaron. Iquique, indiscutiblemente, opacó a Punta Gruesa en términos

comparativos, si bien Carlos Condell y la *Covadonga* continuaron gozando de inmensa popularidad.

Importante fue, para este cambio de perspectivas, el tributo universal de admiración rendido, muy luego, a la hazaña de Arturo Prat.

Lo abrieron los propios peruanos. De comienzo -y cediendo a las pasiones y necesidades propagandísticas de la guerra- ciertos periódicos limeños (sobre todo el *Diario Oficial,* del Gobierno) intentaron empequeñecer la epopeya de Iquique; más aún, quisieron desprestigiar la conducta que en ella habían tenido los chilenos, y específicamente Prat. Pero otros diarios y corresponsales enemigos, sin mengua del patriotismo, optaron por la verdad. Definitivas fueron las páginas escritas en *El Comercio* de Iquique por el periodista Modesto Molina, tras presenciar el combate (algunas se han citado arriba).

Sin embargo, el elogio más impactante vino de Miguel Grau en persona. Ya el 21, conversando con el cirujano Távara, del *Huáscar,* había exclamado: "¡Doctor, cómo se baten estos chilenos!" (Bulnes, 1955).[326] El 28, en carta a su cuñada -igualmente peruana, mas casada con un marino chileno, según referimos arriba- Grau hablaba de la "bizarría extraordinaria" para defenderse que exhibieran *Esmeralda* y *Covadonga.* Y después: "(Arturo Prat) murió como un héroe en la cubierta de este buque (el *Huáscar),* en momentos que emprendió un abordaje temerario" (Espina, 1969).[327] Sus partes oficiales, finalmente, registraban la "tenaz resistencia" adversaria, y añadían: "El comandante de este buque (la *Esmeralda)* nos abordó, a la vez que uno de sus oficiales y algunos de sus tripulantes, por el castillo; y, en la defensa de este abordaje, perecieron víctimas de su temerario arrojo" (Ahumada, 1884).[328]

Grau quedó afligido e impresionado con el combate, y un noble impulso lo hizo remitir a Carmela Carvajal todos los objetos sueltos hallados sobre el cadáver de su marido... todos: la alianza matrimonial; los botones y collares de nácar que Prat llevaba en la camisa; el escapulario, medalla y reliquia; las fotografías familiares; "un par de guantes de Preville... un pañuelo de hilo blanco sin marca;" la libreta de notas que tantas veces han citados nuestras páginas; la carta incompleta a la propia Carmela, y la espada del héroe. Bien pudo Grau considerar ésta un trofeo bélico, ganado en buena lid, y retenerla; su devolución fue digna de la elegancia caballeresca que era el sello del marino peruano. La carta con que acompañó los objetos restituidos confirmaba -una vez más- que el chileno había muerto "víctima de su temerario arrojo en defensa y gloria de la bandera de su patria" (Anónimo, 1880).[329]

Adviértase la reiteración del término "temerario," cuando Grau habla de Prat. Indica que el peruano tampoco conocía, ni siquiera podía concebir, los resortes finales de lo actuado por su adversario, no obstante tener ante los ojos las consecuencias de esta actuación.

Ella voló por el mundo. Suscitaría, particularmente en la gran prensa y entre las marinas de guerra y sus oficiales, idéntica y universal respuesta, mezcla de asombro y admiración. "Uno de los combates más gloriosos que jamás haya tenido lugar," dijo el *Times* londinense, nada amigo de hipérboles. "El capitán de la *Esmeralda* -observó *Le XIXe Siécle* (París)- ha dado ejemplo de saber morir... Morir así es levantarse vencedor." El *Allgemeine Zeitung,* de Berlín, calificó el encuentro bélico de hecho "radiante," "casi fenomenal;" siempre Chile lo consideraría "un punto luminoso en sus anales." La prensa latinoamericana se mostró igualmente ditirámbica. *La Nación* (Montevideo) dijo que un heroísmo así era "gloria americana y, por consiguiente, gloria también oriental (uruguaya)." Hasta *La Tribuna* bonaerense, muy antichilena y que el año 78 había insinuado ser Prat un espía, ahora publicó su efigie y dijo: "No tenemos en este momento simpatías por Chile, porque nuestro país ha recibido de su parte agravios, pero no estamos ofuscados. Arturo Prat ha sido un héroe, que batalló hasta perder la vida en defensa de su patria... Rendimos un homenaje al heroísmo de... Prat colocando su retrato al frente de nuestras columnas" (Fuenzalida, 1974).[330]

Los marinos, sobre todo ingleses y norteamericanos, que por cualquier motivo supieron de Iquique, fueron aún más expresivos.

Hemos visto que la *Turquoise,* nave británica, se halló en Iquique hasta el 20, y volvió tras el combate; su capitán, dijimos, era muy amigo de Prat. Los oficiales del barco simplemente enloquecieron de entusiasmo con lo sucedido. Escribirían al *Times* sobre el portentoso hecho naval. Además, se dieron el ímprobo trabajo de buscar reliquias de la corbeta hundida. Hallaron flotando un sacatrapos suyo, de madera; lo recibió Condell, con esta dedicatoria: "admiradores del glorioso combate de la *Esmeralda* y la *Covadonga,* sin ejemplo en los fastos navales." Casi simultáneamente, una salva artillera de la *Turquoise*, en el aniversario real, hizo aflorar -desde el fondo de la rada- un roble de la *Esmeralda.* Los británicos fabricaron una cruz con él, y la hicieron llegar a Carmela Carvajal. La agradeció ésta por su "valor inestimable, pues en ella (dijo) al signo sagrado de la redención va íntimamente unida la memoria de mi Arturo" (Anónimo, 1880).[331]

"Uno de los combates más audaces y heroicos, contra toda esperanza de salvación, que recuerdan los anales de la guerra marítima... Si algún hombre ha merecido una estatua por su valor, Prat la merece," manifestaba el cónsul inglés en Iquique, *M. Jewell*, a un hermano. Y el comandante de la fragata yanqui *Pensacola, John B. Rogers*: "Desde que hay mar y desde que hay marina, jamás se había presentado algo más grande que la conducta de Prat y de sus compañeros" (Ahumada, 1884).[332]

La leyenda

Así fue naciendo en Chile la leyenda de Arturo Prat, sin necesidad de inventar

nada, porque se contaba con una realidad más fantástica que cualquier invento: "...Pero era difícil creer que todo aquello que se repetía no era un desvarío, sino la verdad de lo ocurrido..."[333]



"Arco honor de los bomberos frente a la casa que habitó Prat"

La leyenda de Prat no surgió en el sector dominante, la aristocracia capitalina. Con excepciones individuales (v. gr., Vicuña Mackenna), los actos heroicos le resultaban difíciles de entender, por la índole misma de este grupo, prosaica, aterrizada y cautelosa. Podía organizar y organizó, sacándola de la nada, una perfecta y vencedora maquinaria de guerra. Pero Iquique, como después La Concepción, la desconcertaban. Además, el protagonista de la epopeya no pertenecía, hemos visto, a dicha aristocracia. Aquella noche, relata Subercaseaux, "todos preguntábamos quién era Arturo Prat y quién Condell…"[334]

Tampoco la clase política -prácticamente identificada con el grupo rector- comprendió el impacto emocional, y más que emocional, sufrido por Chile a raíz de Iquique. Diez días después de la epopeya, una larga carta de Domingo Santa María a José Victorino Lastarria (el cual estaba en Uruguay) -carta que rebosa minucias partidistas, hoy casi ininteligibles- dedicaba tres o cuatro líneas al 21 de mayo, con este tenor:

> "Nuestro combate en Iquique ha sido glorioso hasta lo increíble; pero mientras tanto hemos perdido la *Esmeralda,* bien que los peruanos han perdido la *Independencia."*[335]

Y punto.

Tomar la epopeya como elemento de cálculo y maniobra política, trasunta otra carta, que envía el 7 de junio Altamirano a un Williams reaparecido: "Felizmente la gloria cosechada en Iquique ha entusiasmado de tal modo a todos, que ya se olvidaron de hacer cargos (por la expedición de la escuadra contra el Callao)."[336]

Pero sin duda el récord absoluto de estolidez lo marcó el comentario del ministro chileno en Gran Bretaña, el experimentado diplomático y conocido novelista Alberto Blest:

> "Londres, 1º de junio de 1879. La noticia del combate de Iquique produjo gran entusiasmo hacia la marina de Chile, y el alza de los bonos.
> (Firmado) Blest Gana."[337]

Contrariamente, la reacción popular sería instantánea y duradera... dura hasta hoy. Entre mayo y julio de 1879, cinco parroquias santiaguinas bautizaron treinta Arturos y veinticinco Esmeraldas (inclusive dos gemelos, hombre y mujer, de dichos apelativos), amén de una "Artura" y una "Carmen Covadonga." La restituida espada del héroe vino a ser objeto de culto. Vicuña Mackenna lloró, viéndola entre las pequeñas manos de la huérfana Blanca Estela. Se convocaría un certamen para discurrir una leyenda alusiva que grabar en su hoja; hubo 59 postulantes, con frases castellanas, latinas y hasta francesas. Pero el concurso sería declarado desierto. "Ninguna (de las propuestas) -dijo el jurado- merece el alto honor de ser esculpida en el acero inmortal que en las aguas de Iquique cubrió de gloria nuestra bandera."[338] Cuando fue capturado el *Huáscar,* lo abordaba -cualquiera fuese el puerto donde fondeara- una interminable romería de visitantes; muchos caían de rodillas, para besar el punto exacto de la cubierta donde pereciera nuestro capitán. A su modesta sepultura iquiqueña afluía, igualmente, un continuo peregrinaje, que estampaba testimonios admirativos, algunos cultos -"Héroe ilustre: la patria agradecida no olvidará tu nombre ni tu gloria"- y otros populares, como ser:

"¡Viva *Prat!* ¡Viva el *eroe",* o éste, quizás de un enemigo: *"Bine* a *bicitarte* porque te *bide* sucumbir en el combate del 21 de mayo" (Rosales, 1888).[339]

La Armada (era lógico) asumió a Prat como su figura máxima y ejemplar. Ya nunca faltaría una *Esmeralda* en la escuadra. Nave sucesora de la inmortal, sería el crucero de su mismo nombre, financiado por erogación del pueblo chileno; desplazaba casi 3.000 toneladas y se lo decía, entonces, el más rápido del mundo. Alcanzó a estar presente en la solemne traslación de los restos mortales del héroe, el año 1888. Por otra parte, desde 1885 -dispuso la superioridad naval-, la cámara del comandante en cualquier barco nuestro de guerra debía tener, obligatoriamente, un retrato de Prat; la de oficiales, uno de Serrano; la de guardiamarinas, uno de Riquelme; y el departamento de equipajes, la efigie de Aldea.

Prat devino el héroe chileno por excelencia; su hazaña, un hecho de universal

conocimiento, generación tras generación; el 21 de mayo, una fecha tan importante como el 18 de septiembre en la jerarquía de las efemérides patrias. Se le declaró festivo (1915), y la Carta de 1925 lo señaló para que iniciaran las Cámaras su legislatura ordinaria de cada año, con el mensaje presidencial sobre el estado de la Nación. Las solemnidades oficiales del aniversario, fueron sin embargo pálida sombra de las fiestas espontáneas que anualmente auspiciaban (como hoy auspician) todas las municipalidades y escuelas de Chile -desde las más empingorotadas hasta las más humildes-, con bandas, desfiles, discursos, poemas, competencias deportivas, ágapes y fuegos artificiales. Entre las cartas dirigidas a Carmela Carvajal, se conserva la que mandó un sobreviviente y herido del 21 de mayo (*"biejo* patriota... en el último tercio de m i *bida").* Relataba la conmemoración de la epopeya en su pueblo, Placilla de Nancagua, el año 1882; aquel hombre humilde impulsaba tales festejos, *"afin* (decía) de que mis *ijos* y *consiudadanos* sigan este ejemplo." "Al salir el sol *Cansion Nasional, salbas, boladores,* música y *bibas* por el gran *siudadano* chileno *Alturo* Prat," Adjuntaba la pieza oratoria pronunciada entonces por su hija Laura, a ver si Carmela conseguía la publicase algún diario. Se despedía "deseándole *felisidad* con su *ijito Alturo* y Blanca Estela."[340]

El tributo literario y poético a los héroes de Iquique, alcanzó también un enorme volumen; asimismo el registro histórico de sus biografías y de la hazaña; destacó aquí Vicuña Mackenna, el Homero de la Guerra del Pacífico, quien dijo: "Arturo Prat era un semidiós..." (Rosales, 1888)[341] nada más simple (y veremos reiterarse el calificativo). La calidad artística de los poemas alrededor del 21 de mayo, dejó -es cierto- bastante que desear. Pero sorprenden no sólo por su número y entusiasta vehemencia, sino por otras circunstancias interesantes. Celebraron la gloria de Iquique muchos vates mesocráticos; todos los poetas que más destacaban en la época, v. gr., Luis Rodríguez Velasco, José Antonio Soffia y Pedro Nolasco Préndez; algunos extranjeros... ingleses, italianos, franceses (*"Ton échec, fier marin, est plus qu'une victoire"*); y varias poetisas. De éstas, emociona leer un homenaje de Rosario Orrego a su hijo Luis Uribe:

"Paréceme que ayer, Luisito mío,

juntas tus manos te enseñaba a orar;

hoy ya sobre la popa de un navío,

niño, dominas el airado mar... "

"Antes calmabas mi profunda pena,

niño amoroso, cándido y locuaz;

hoy otro amor tu espíritu encadena,

la corbeta es tu madre y es tu hogar... "[342]

Débil del corazón, Rosario Orrego no pudo resistir la incertidumbre sobre la suerte

corrida por el segundo comandante de la *Esmeralda,* su hijo. Murió de un infarto, algunos días después del 21 de mayo. Quedó así viudo don Jacinto, el tío, protector y amigo de Prat, quien por cierto también escribió un himno a los héroes iquiqueños:

"¡Gloria a Prat! en los cielos prorrumpen

Blanco, Cochrane, los genios del mar;

¡Gloria a Prat! los océanos retumban;

¡Gloria!, el mundo exclamó¡ ;Gloria a Prat!

¡Gloria!, Chile responde y lo aclama

¡Salvador de la Patria! ¡Inmortal!" (Rosales, 1888)[343]

Algunos de estos poemas ganaron el aprecio popular, cualesquiera fuesen sus méritos literarios. Así el de Luis Rodríguez Velasco (fragmentos):

"El sol que con sus rayos anuncia la mañana

de firme sobre el puerto la viene a iluminar...

La nave tan querida despierta siempre ufana

sintiendo en sus costados los besos de la mar... "

"O vencedor o muerto se dijo convencido

El bravo de los bravos, el genio del valor;

¡o vencedor o muerto!¡ninguno fue vencido!

¡Por eso es muerto el uno y el otro vencedor!... "

"¿Qué sed tuvo aquella alma de glorias inmortales?

¿Qué siglos alumbrarse vio de su muerte en pos?

¿Qué amor de patria crea las fuerzas colosales

que hacen que un hombre mártir se vuelva un semidiós?..."

"Y ya la heroica nave se va despedazando,

quedando a flote apenas un trozo de tablón,

y en él está Riquelme, que se hunde disparando,

el último cartucho del último cañón" (Anónimo, 1880).[344]

En el Certamen Varela -que organizaba este senador y salitrero, natural de Valparaíso -celebrado el año 1887, triunfó Rubén Darío (a la sazón en nuestro país, como se sabe) quien hablaba igualmente del héroe (fragmentos):

"¡Sí!... Posó sobre Arturo

una ala apocalíptica y enorme.

Y tuvo la visión del futuro.

Vio como entre una luz increada, informe,

el misterioso porvenir: la Historia

dando a su patria el laudo de victoria

y señalando en su imborrable juicio

para él el sacrificio,

para Chile la Gloria... "

"En la región de las inmensas almas

debe haberse sentido en esas horas

como un ruido de palmas

y un despertar de auroras.

¡Oh, Patria! ¡Oh, Chile!

Así acabó magnífico,

solemne, hermoso de grandeza homérica,

el combate más grande que vio América

sobre las anchas olas del Pacífico..."[345]

Sin embargo, serían los poetas y poemas orales y populares, los que con mayor entusiasmo tomaran la figura de Prat. Citamos un ejemplo entre muchos, "Estatua de Arturo Prat", por Bernardino Guajardo:

"He aquí el gran personaje

de nuestra patria querida,

que rindió su cara vida

a impulso de su coraje...

Invito a los intendentes

de provincias y ciudades,

a las municipalidades

y hombres más influyentes,

oradores elocuentes,

a todos se les convida;

ved la estatua concluida

con tan acertado tino;

este es el bravo marino
que rindió su cara vida.
Los bomberos por igual
batan aquí su estandarte,
desde que han tenido parte
en un triunfo nacional.
Y si a este acto festival
no vienen, será un ultraje;
de alto y bajo linaje,
uno por uno desfile,
saludando al que honró a Chile
a impulsos de su coraje."[346]

O "Prat en la cubierta del *Huáscar*", de Rosa Araneda:

"Vivan Aldea y Serrano
y Riquelme, el valeroso,
Arturo Prat el famoso
en el monitor peruano...
Cuando ya se estaba hundiendo
en las aguas la Esmeralda,
el monitor, otra carga,
más tenaz estaba haciendo.
Su comandante, sonriendo,
tomó el acero en la mano;
pero al ver el fin cercano,
para fenecer como hombre,
impreso dejó su nombre
en el monitor peruano."[347]

Los prisioneros

Apenas se conoció el combate de Iquique, el destino de los sobrevivientes prisioneros se convirtió en una preocupación nacional.

Como adelantamos, durante toda su estadía iquiqueña ocuparon los altos de la Aduana. Experimentarían dificultades transitorias por la falta de vestimenta, la alimentación deficiente, la insalubridad, etc. Así, demoraron quince días en recibir vestuario interior, y un mes para agenciarse -según testimonian sus cartas- "un terno de ropa que nos mandamos hacer" (Anónimo, 1880).[348] "Por el mejor sastre que hay en la ciudad", aseguraría el cónsul inglés (Anónimo, 1880).[349] Pero tales dificultades no denotaban afán persecutorio ni mala voluntad de los peruanos; eran las limitaciones naturales de un puerto semiaislado y una época de guerra. Los chilenos reconocían, al revés, la generosidad de sus carceleros. Especial mención hicieron siempre del general Juan Buendía, el coronel Manuel Velarde y el médico Iturrizaga. Podían, libremente, despachar cartas (abiertas) y recibirlas (cerradas).

Mediante los buenos oficios de la máquina diplomática y consular de Su Majestad Británica, el Gobierno logró hacerles llegar algún dinero. Con este motivo, Uribe transmitió a sus superiores un mensaje digno de Prat:

> "...que no creía que ellos (los oficiales) necesitarían sus sueldos todos los meses, y que me avisaría cuando exigieran más fondos, de manera que yo no giraré... sino cuando (Uribe) me haga esta petición" (Anónimo, 1880).[350]

Muy luego supieron los chilenos el *status* heroico que, no obstante su desgracia presente, habían adquirido más allá de las paredes de la prisión. Unos comerciantes españoles, dueños de *La Joven América* -tienda iquiqueña de ropa-, adrede les pasaron, como papel que envolvía una partida de camisas, un ejemplar reciente de nuestro *Mercurio.* Allí los presos pudieron leer su propia hazaña y el nimbo de gloria que la envolvía.

El mismo *status* heroico les valió durante mayo y junio visitas de campanillas, atraídas por la sincera admiración, la vulgar curiosidad... o quizás ambas cosas. El 23 fue el supremo mandatario peruano, Prado; les dijo que él no había querido la guerra, y les deseó "salud y resignación." El 29 tocó el turno a un oficial del *Huáscar* -Diego Ferré; murió en Angamos-, y por él supieron de Punta Gruesa. "Esa es la estrella de Condell -comentó Uribe-, la que durante toda su vida lo favoreció decididamente en cuanta dificultad se le presentó." Días corridos, aparecería en la Aduana el general Daza, dictador boliviano; tras saludarlos militarmente y permanecer algunos momentos sin decir palabra, se retiró. También los visitaba Eduardo Llanos, preocupado por sus condiciones de vida (Wilson, 1979).[351]

Entretenían sus largos ocios comentando y analizando el combate. Recordaban con emoción a los compañeros caídos, y con afecto a la nave sumergida para siempre pocos metros más allá. Anotó la prensa peruana: "Los oficiales chilenos prisioneros en Iquique manifiestan gran cariño por la *Esmeralda.* 'Pobre vieja, dicen, pobre mancarrona. En fin, hizo lo que pudo'..."[352]

A mediados de julio, Williams reiniciaba el bloqueo de Iquique.

No nos sería posible detallar las peripecias del Almirante, desde que lo dejáramos, páginas atrás, "perdiéndose" con la escuadra rumbo al Callao, el 16 y 17 de mayo. Tan pronto se vio ante el puerto-fortaleza peruano, y pudo comprobar que el *Huáscar* y la *Independencia* se hallaban ausentes, Williams mismo hizo abortar el ataque para el cual había venido. Pues ya no alcanzaría, de ninguna manera, la finalidad perseguida; además, debió horrorizarse don Juan con la perspectiva del enfrentamiento entre los colosos peruanos y los débiles barcos que resguardaban Iquique. Volvió al Sur, en consecuencia. Su desprestigio se hizo, justa o injustamente, muy grande. Tres circunstancias, sin embargo, impidieron de momento que fuese sustituido: la dificultad de reemplazarlo; las glorias de Prat y Condell, que disimulaban el fracaso en el Callao (como decía cazurramente Eulogio Altamirano); y la inconmovible lealtad de los jefes navales que le obedecían. Condell y sus hombres, v. gr., tuvieron un recibimiento triunfal, concluyendo junio: el pueblo porteño y santiaguino, y las autoridades nacionales, literalmente se arrojaron a los pies de los vencedores de Punta Gruesa. Ahora bien, tan pronto Carlos Condell y su segundo Orella -durante estas festividades- fueron requeridos para que hablaran en público, pusieron a Williams por las nubes. El primero lo llamaría "encarnación de lo sublime, de lo generoso y de lo heroico," agregando: "Con un jefe como él, se aprende a defender la patria, ¡se aprende a morir antes que humillarse!" (Ahumada, 1884).353

Vinieron después la captura por el *Huáscar* del *Rímac* y la tropa chilena que conducía (desgracia que se supo en nuestro país solamente los postreros días de julio), y la casi simultánea y unilateral decisión del Almirante, en orden a suspender el bloqueo de Iquique; estos hechos sellaron la suerte de Williams: renunció y su dimisión fue aceptada (agosto de 1879).

Pero los quince días de julio que, aproximadamente, duró el bloqueo reiniciado, fueron muy duros para los prisioneros de la Aduana. Dos disparos de la artillería chilena dieron en aquélla; uno atravesó el dormitorio de los oficiales presos. Las autoridades quisieron que Uribe reclamara de Williams la indemnidad de la Aduana. Sólo consiguieron que don Luis le escribiese una escueta nota, informando hallarse los prisioneros chilenos alojados en ese edificio. Williams replicó a los peruanos que había hecho fuego por informaciones recibidas, de que en el puerto se preparaba un atentado de torpedos contra la escuadra bloqueadora; según él, ya habría habido un anterior intento similar, sin éxito. "En cuanto a los prisioneros de la *Esmeralda* (añadía)... no cabe pedirme consideraciones humanitarias... (Nos encontramos) en estado de guerra... No soy yo quien tiene a los prisioneros de la *Esmeralda* donde están, ni me afecta, tampoco, responsabilidad sobre la suerte que el Perú quiera darles; es él quien dispone de ellos."354

(Gonzalo Bulnes confirmaría la efectividad de la acusación que hiciera Williams: años después, dijo, había visto el fallido torpedo peruano, botado aún en la playa de Iquique.)

Con todo lo anterior, la ira popular amenazó a los cautivos chilenos, y de nuevo fueron los oficiales enemigos quienes impidieron su muerte o maltrato.

En agosto aquéllos son trasladados a Tarma (Junín). un pueblo interior del Perú, agrícola y minero. Allí se les reúnen los capturados del *Rímac,* y la suerte de todos se hace mucho más dura.

Tras el combate de Angamos y la aprehensión del *Huáscar* (octubre), tuvimos ya un contingente de prisioneros peruanos cuyo número y grado castrense permitían canjearlos por los esmeraldinos de Tarma. Las negociaciones se prolongaron hasta diciembre. Completadas durante este mes, los prisioneros chilenos fueron traídos del interior y embarcados en el Callao, el día 31. Los recibió el vapor *Bolivia...* el mismo utilizado por Prat para su viaje inicial a la zona bélica, como secretario de Sotomayor, cortos meses atrás.

Valparaíso supo sorpresivamente la noticia, cuando el *Bolivia* estaba a pocas horas del puerto. Bastaron para una gigantesca recepción oficial y popular, con autoridades, Ejército, milicias, colegios, arcos triunfales, *Te Deum* en los Sagrados Corazones y una muchedumbre delirante. Sucedió esto el 7 de enero de 1880; el 15, los esmeraldinos salieron por tren a Santiago, deteniéndose y almorzando en Llay-Llay entre espléndidos homenajes. Los fundos vecinos de la línea férrea, y las paradas intermedias, habían congregado inmensos gentíos, que vivaban el paso del convoy. Todo el trayecto se veía embanderado. En la Estación Mapocho aguardaban trescientos jinetes huasos con voladores, que de galope acompañaron el tren hasta la Estación Central. Allí -cuando bajaran los ex prisioneros- resonarían salvas de cañón, la música marcial de tres bandas, el himno patrio y las ensordecedoras aclamaciones de seis mil concurrentes. Siguió un lento desfile Alameda arriba, doblando luego hacia la Plaza de Armas, y deteniéndose cada cierto trecho para oír no menos de tres poemas, y un arrebatador discurso final (lo pronunció el literato José Antonio Soffia). El itinerario santiaguino estaba, asimismo, adornado por banderas chilenas, y arcos de arrayán y tules, con leyendas alusivas; de los balcones patricios llovían ramos y coronas sobre el cortejo, que encabezaba Uribe; la multitud hacía casi imposible que avanzara.

Chile se mostró moderadamente generoso con sus héroes. Recibieron pensiones vitalicias las viudas de Prat, Serrano y Aldea; el hijo de este último; las madres de Prat, Serrano, Riquelme y el cirujano Videla; y los parientes próximos de los ingenieros y mecánicos esmeraldinos. Estas pensiones oscilaban entre seis mil pesos anuales, como máximo (la de Carmela Carvajal, que alcanzó esa suma en 1880, primitivamente había sido de magros dos mil cuatrocientos pesos), y doscientos cuarenta pesos al año, como

mínimo. Los restantes muertos de Iquique y Punta Gruesa significaron para sus viudas, madres e hijos un montepío por la tercera parte del sueldo que ellos habían disfrutado en vida.

Los hijos de Arturo Prat fueron agraciados con un complejo sistema de ahorro anual -500 pesos para cada uno, durante quince años- que haría por ellos el Fisco en la Caja del ramo.

El ingeniero Cabrera recibió, por una sola vez, una gratificación de mil pesos.

Los oficiales, marineros y soldados sobrevivientes de la *Esmeralda* tuvieron también gratificaciones, de monto modesto. El cirujano Guzmán fue recompensado con una renta anual de cuatrocientos pesos.

Las rentas periódicas corrieron desde el 21 de mayo de 1879. Su monto no era espléndido, pero tampoco mísero... al comienzo. Luego la violenta inflación del período 1880-1910 las devoró, y ejemplificaron más que adecuadamente el ingrato "pago de Chile."

Los oficiales de la *Esmeralda* continuaron su carrera naval. Varios de ellos fueron balmacedistas durante la Guerra Civil: Uribe, Francisco Sánchez, Wilson... Los dos últimos serían exonerados por los revolucionarios triunfantes; luego, sin embargo, se les reincorporó. Seis sobrevivientes de "la mancarrona" alcanzaron el almirantazgo, según anticipamos: Uribe, Sánchez, Zegers, Fernández, Wilson... y el grumete Wenceslao Vargas, cuya longevidad (murió el año 1958) y el merecido prestigio de haber participado en la hazaña de Prat lo irían ascendiendo, hasta gozar, ya acogido a retiro, de ese grado.

Los sobrevivientes de la *Esmeralda* y *Covadonga* tuvieron, por último, el derecho a usar una medalla (de oro, para los oficiales y el ingeniero Cabrera; de plata, para los demás), que llevaba en el anverso esta leyenda: "Me hallé en el combate de Iquique, el 21 de mayo de 1879," "y en el reverso la imagen de una nave con los nombres de las que sostuvieron el combate..." (Rosales, 1888).[355]

El regreso del héroe. La apoteosis

El mismo 79 hubo correspondencia entre españoles de Santiago y españoles de Iquique -Llanos, uno de estos últimos- sobre la posibilidad de que, con el auspicio de la colonia hispana, pudiesen ser repatriados los restos de Arturo Prat y sus compañeros. Pero esta gestión no cuajó.

El 23 de noviembre de 1879 ocupamos militarmente Iquique, y ya nunca lo dejaríamos. Corriendo diciembre, el diputado Ramón Ricardo Rosas ingresaba un proyecto de ley para traer al país los despojos de los héroes, con los honores del caso. Quedó el proyecto durmiendo en la Cámara, sin hacerse ley. Un año y medio después,

aproximadamente -mayo y junio de 1881-, se exhumaron del cementerio iquiqueño, con mucha solemnidad, los cadáveres de Prat, Serrano y Aldea.[39] Fueron conducidos a la parroquia o iglesia matriz, y resepultados en su nave principal, bajo una capa de arena.

El 10 de marzo de 1883 Iquique presenció un violento incendio, que devoró varias manzanas, dañando diversos edificios públicos, inclusive la estación de ferrocarril y el templo parroquial. Un improvisado grupo de voluntarios, con riesgo de muerte, entró a la iglesia, que las llamas envolvían, y salvó los restos. Algún tiempo estuvieron dispersos: los de Aldea, en la oficina del telégrafo; los de Prat y Serrano, en la jefatura de policía. De aquí pasaron éstos a la bóveda de una casa comercial.

Al mismo tiempo, se reconstruía la iglesia incendiada. Una capilla, que cerraba la nave lateral de la derecha, y que fue erigida adoptando especiales precauciones contra el fuego, recibiría los venerados cadáveres. Su solemne traslación se efectuó el 21 de mayo de 1884, siendo intendente Gonzalo Bulnes. Bulnes, mediante los gratuitos servicios de un experimentado buceador inglés, había conseguido traer hasta la superficie dos cañones amarrados a la cubierta de la hundida *Esmeralda.* Con ellos, aquel 21 de mayo, se dispararon las salvas en homenaje de Prat y sus compañeros.

Paralelamente avanzaba otra idea, que había nacido junto con el sacrificio de Arturo Prat: la de un monumento-mausoleo para los hombres de Iquique y Punta Gruesa. Se discutió si levantarlo en Santiago o Valparaíso y -dado el segundo caso- si miraría hacia la ciudad o hacia el mar. Finalmente se resolvió, como era lógico, que fuese porteño... pero dando la espalda al océano, porque de lo contrario los bajorrelieves hubieran exigido cambios que ya no había tiempo de efectuar.

Una comisión -en la cual figuraban Alberto Blest, Patricio Lynch y Carlos Morla- buscó artistas europeos que realizasen la obra (protestaron los escultores chilenos: Virginio Arias, José Miguel Blanco, Nicanor Plaza, por habérseles excluido). La leyenda dice que un proyecto de Rodin fue rechazado como excesivamente audaz, pero es sólo eso: una leyenda. En conclusión, resultaron elegidos dos jóvenes y prestigiosos artistas franceses, ganadores del premio Roma: el arquitecto Diogene Ulysse Maillard, para el diseño general; y el escultor Denis Pierre Puech, después muy famoso, para las estatuas. Inspector de la obra y su avance sería Virginio Arias. Arias metió cincel, asimismo, en esculpir los bajorrelieves y además, según Joaquín Edwards, las figuras de Serrano y Aldea. Puech proponía que la de Arturo Prat lo mostrara cerniéndose la Gloria sobre él. La tradición afirma que el Gobierno cablegrafió: "Aceptado (el proyecto), suprimiendo Gloria" (Edwards, 1973).356

Las estatuas -Prat, Serrano, Riquelme, Aldea- eran inmensas, tres metros de alto cada una, y cinco la del héroe máximo, colocada unos diecinueve metros por sobre el nivel de la tierra. El costo del monumento sumó 160.000 pesos oro (Rosales), o aún

250.000, según Joaquín Edwards Bello.

Para darle perspectiva, fue expropiado y despejado el terreno entre la Intendencia y el mar, lo cual forzó demoler el antiguo pero elegante edificio de la Bolsa porteña, que se levantaba allí.

La primera piedra del monumento sería colocada el 18 de septiembre de 1885. Entre diciembre siguiente y febrero de 1886, llegaron por mar los diversos elementos de la obra, las estatuas inclusive. El 21 de mayo de 1886 la inauguraba con gran aparato el presidente Santa María.



"Monumento a los héroes de Iquique en Valparaíso"

Mas pasarían dos años sin que llegasen al monumento-mausoleo, su último descanso, los restos mortales que esperaban en la iglesia matriz de Iquique.

¿Por qué tan larga demora? Sólo cabe conjeturarlo, y postergamos estas conjeturas para el Epílogo.

Finalmente, empezando noviembre de 1887, y siendo Supremo Mandatario don José Manuel Balmaceda, hubo un incidente en la Cámara alrededor del tema. Lo provocó nada menos que Jacinto Chacón. Como el ministro de Relaciones Exteriores, Miguel Luis Amunátegui, se mostrara muy vago tocante al retorno de los cadáveres, Chacón le exigiría una respuesta "más categórica... que se fijara (pidió) día para hacer la traslación." Amunátegui repuso: "No puedo fijar día y hora." Pero, agregaba, "esos restos serán trasladados al país tal vez el 21 de mayo próximo."

Chacón: "El patriotismo lo hace todo, señor, y confío en el Gobierno, que es bastante patriota, para que disponga el día y el momento más oportuno en que deba

hacerse esa traslación" (Rosales, 1888).[357]

Desde aquel debate, se sucedieron aceleradamente los preparativos del retomo.

El 5 de mayo de 1888 salió al efecto la escuadra, con destino Iquique. Comandaba Uribe; entre sus oficiales, figuraban Francisco Sánchez y Vicente Zegers. Iban las corbetas *Chacabuco* y *O'Higgins,* el monitor *Huáscar* y el flamante crucero *Esmeralda,* donde enarbolaba Luis Uribe su enseña. Se había designado una comitiva de amplia representación para recibir los venerados despojos... sesenta y ocho personeros del Ejecutivo, las Cámaras, las Cortes, las Fuerzas Armadas, la Universidad, el Instituto Nacional, las municipalidades, la prensa, etc. Se incluían, asimismo, deudos de los héroes: dos hermanos y un cuñado de Serrano; Daniel Riquelme, el conocido escritor, hermano de Ernesto; y por Prat su hermano Ricardo, su cuñado David Carvajal, y el hijo del mismo nombre del glorioso capitán, entonces un niño de diez años sin cumplir. No iban parientes de Aldea. Por último, integraban la comitiva otros dos protagonistas del 21 de mayo: el antes subteniente y ahora mayor de la artillería de marina, Antonio Hurtado, y el contador Enrique Reynolds de la *Covadonga.* Para todos fue habilitado el vapor *Mapocho.*

La escuadra entró a Iquique la tarde del 10 de mayo... nueve años exactos después que Prat hiciese lo mismo mandando la *Covadonga.* Ya esperaba ahí el *Blanco* (el *Cochrane* había viajado a Gran Bretaña, para remozarse).

Iquique preparaba febrilmente la despedida de los héroes. La ciudad erigía arcos, adornados con profusión de ramas y flores, obtenidas quien sabe cómo en aquellos desiertos; también levantaba tribunas y embellecía sus calles. La de Patricio Lynch, por ejemplo, había sido convertida -el largo de una cuadra- en algo así como un túnel de banderas entrecruzadas, de diversos colores.

El 12 fueron reconocidos los restos, en la capilla de la iglesia matriz donde se encontraban, sabemos, desde 1884. Los habían trasladado a sendas cajas de zinc. Estas, concluido el reconocimiento, serían colocadas en los respectivos ataúdes, sobre un alto y ornamentado catafalco: arriba los de Prat y Serrano; abajo el del sargento Aldea. Quedaron cubiertos de coronas; entre ellas, una con la inscripción que sigue: "A la memoria de Arturo Prat, su esposa e hijos." Quienes vieron los cadáveres, confidenciaron que casi nada quedaba de Aldea; mientras Serrano se mantenía bien, hasta identificable, y de Prat sólo restaban "la armazón del cuerpo y algo de facciones y barba" (Rosales, 1888).[358]

Al día siguiente, un inmenso gentío escoltó los carros fúnebres, desde la iglesia hasta la plaza Arturo Prat, y desde la plaza hasta el muelle. En el templo se pronunciaron dos discursos, y otros dos en la plaza. El carro de Aldea, preparado por la compañía de bomberos bautizada con su nombre, simulaba la *Esmeralda;* se distinguían de ésta "todas sus partes y detalles", y también, pintadas, "las olas y

espumas del mar;" el ataúd sobresalía del centro de la corbeta, bajo un dosel. El coche mortuorio de Serrano era el más sencillo. Carecía de dosel; presentaba sólo una cabecera rectangular de terciopelo, con una "hermosa corona", y lo adornaban molduras doradas. Finalmente, el carro de Prat -"elegante," "severo"- tenía un dosel de terciopelo negro y galones dorados, que caía como cascada de una ánfora negra y oro, remate del vehículo; sostenían el dosel cuatro columnas. El ataúd se veía claramente.

En el muelle, el edificio de la Aduana -antigua prisión de los esmeraldinos que sobrevivieron- había sido decorado con guardas, cortinas y cenefas rojas y negras.

¿Qué pensarían Uribe, Sánchez, Wilson y demás sobrevivientes de la epopeya? ¿recordarían los cadáveres de Prat y Serrano, y a su lado un Aldea doliente y lacerado, tendidos todos sobre carritos en la puerta de esa Aduana?

Dos discursos más.

Ahora -pausado cortejo de embarcaciones- los restos de los héroes navegan hacia el *Huáscar*. Los cañones del monitor truenan en homenaje. Todas las banderas de las naves allí surtas, descienden a media asta. "Una gran cantidad de botes particulares, llenos de gente, escoltan y rodean el convoy, presentando la bahía... con tanta animación y movimiento, un aspecto pintoresco...."

Prat, Serrano y Aldea han vuelto al *Huáscar.*

Hay una pequeña capilla ardiente, de madera, en la toldilla, tapizados su suelo y paredes en negro y plata, y el techo como "un sol... de seda, con los colores nacionales a modo de rayos." Las cajas de zinc se extraen de los ataúdes, y se colocan dentro de las urnas metálicas, ya definitivas, que han venido de Santiago. Grandes, pintadas de negro, sus adornos son dorados (Prat), plateados (Serrano) y color cobre (Aldea). Otro discurso y un extenso poema, una oda, que recita su autor, Roberto *Huneeus*.

La ceremonia de Iquique ha terminado.

El 14 de mayo zarpó la escuadra de regreso a Valparaíso. Un fuerte temporal distanció los barcos, pero concluyeron juntándose todos el 19 en Quintero, destino preconvenido. Allí aguardarían hasta el amanecer del 21. Daban las cuatro cuando se pusieron en marcha.

Las 04:00... Nueve años antes, a esa hora precisa, el *Huáscar* y la *Independencia* abandonaban Pisagua con rumbo sur; la *Covadonga* salía de la rada iquiqueña para efectuar una ronda de reconocimiento; Uribe y Wilson abrían la guardia de madrugada en la *Esmeralda...*

Veintiuno de mayo de 1888, 8 horas: la escuadra entra a Valparaíso. El fuerte Bueras saluda su ingreso con una salva.

Nueve años atrás, era el *Huáscar* el que hacía su salva... el primer disparo del

encuentro inmortal, interrumpía y subrayaba el diálogo de los legendarios comandantes:

"¡Cada uno a cumplir con su deber!"
"All right!"

Hoy, la salva del Bueras ha alertado a la población de Valparaíso, que se vuelca masivamente en la playa o se acomoda en el anfiteatro de los cerros. Tal cual hicieran los peruanos de Iquique, para presenciar el combate. ¿Gritarían también los porteños, como aquéllos entonces: "¡Ahora sí, ahora sí!?"

Vienen avanzando hacia los muelles -espectáculo hermoso e impresionante- cinco filas de embarcaciones, tres ocupando el centro: los botes, lanchas y falúas de la Armada; y dos los costados, las de particulares que se incorporan al homenaje. Rigurosamente en el medio de la formación, la falúa presidencial para los restos de Prat, y otra para los de Serrano y Aldea.

Las 11.15 horas: desembarcadas las urnas, se las llevaba a la estación de ferrocarril, y allí eran puestas sobre sendos carros fúnebres, cada uno tirado por tres parejas de soberbios caballos con mandiles negros que rozaban el suelo. Las coronas cubrían completamente los tres carros, y todavía un cuarto, reservado para llevar las que sobrasen. Una decía: "Rosario Chacón de Prat a mi hijo Arturo Prat." Otra: "Recuerdo de su esposa Emilia G. v. de Serrano a Ignacio Serrano." Otra: "A la memoria querida de Arturo Prat, su esposa e hijos."

En el muelle, el huérfano de Condell había esperado al huérfano de Prat para entregarle una corona.

13:00: se pone en movimiento el cortejo. Multitud innumerable lo ve pasar; infantería y caballería forman calle entre la estación y la plaza Sotomayor. Resuenan marchas fúnebres que interpretan múltiples bandas a lo largo del trayecto.

"Ni cuando los funerales de Condell, ni cuando la traslación de los restos del almirante Lynch, ni cuando la entrada del ejército (vencedor en la Guerra del Pacífico), ni cuando la gran fiesta de las escuelas, en tiempo de Echaurren (intendente de Valparaíso), se había visto... una concurrencia parecida siquiera..."

Durante los días anteriores, han llegado más de treinta larguísimos convoyes extraordinarios de ferrocarril, con público de Santiago y el resto del país, unas quince mil personas, dice la prensa. Hoteles y casas particulares se colman; cobran diez, quince pesos por noche de alojamiento.

El funeral se detiene en el puente que cruza el estero, primera paradilla; allí se ha levantado una tribuna. Discursos.

Luego el desfile reinicia la marcha. "Serpiente humana de interminables anillos,"[48] atraviesa los arcos erigidos a su paso. Sesenta mil desfilantes y público, aseguran los

periódicos. Llaman la atención los marinos de la fragata de guerra inglesa *Hyacinth,* de gran parada, con sus uniformes lacres y cascos blancos.

De las ventanas llueven flores, ramos, coronas, papelitos de colores que llevan impresos poemas populares en honor de los héroes... ¡hasta palomas blancas, que se posan brevemente sobre los féretros, para después reemprender el vuelo!

Hemos llegado a la plaza de la Victoria, segunda paradilla. Son las 15:15 horas.

Aguarda aquí otra muchedumbre, que encabezan el Presidente, José Manuel Balmaceda, y el Arzobispo de Santiago, Mariano Casanova.

La plaza está vistosamente adornada, así como los edificios circundantes; destacan la mansión de doña Juana Rosa y su ornamento: palmas y banderas chilenas entrecruzadas.

El jefe del Estado y el jefe de la Iglesia esperan en el pórtico de la parroquia del Espíritu Santo, rodeados por los notables civiles y castrenses... tantos, que les faltan sillas, pese a haberse colocado cuatrocientas o quinientas.

Al oriente de la iglesia, una tribuna para los músicos, que dirige el maestro Cesari: orquesta de cincuenta profesores, y solistas. Aquella ejecutará la *Marcha Fúnebre* de Chopin; éstos -la señora *Rupnik*, el señor Barroteabeña y el señor Ramírez- cantarán la *Plegaria de Moisés,* de Rossini.

Ante el templo se han detenido los carros fúnebres.

...la Iglesia del Espíritu Santo. Hasta ella, desde una casa vecina, había llegado, pisando alfombra roja, la novia Carmela Carvajal; en ese mismo pórtico la aguardaba entonces el gallardo novio, capitán de corbeta graduado Arturo Prat; la fresca penumbra del templo había visto, después, cómo el "clérigo" Salas y otros sacerdotes bautizaban a la fugaz Carmelita, a Blanca Estela, a Arturo hijo...

Y ahora, en la casita de la Calle del Circo, tan próxima, ¿se escucharían los sones marciales y el rumor de multitudes, advirtiendo la presencia cercana de todo lo que quedaba, en este mundo, del jefe de aquel hogar, el padre y marido amante que ya nunca volvería?

"Lo que sucede es lo mejor que puede suceder."

Discursos.

Responsos, bendición, incienso.

El desfile -del cual Balmaceda ha tomado la cabeza- emprende su última etapa, por las calles San Juan de Dios (hoy Condell), Esmeralda y Prat, hasta desembocar en la plaza Sotomayor o de la Intendencia, donde se levanta el monumento-mausoleo. De nuevo, jalonando el lento y multitudinario peregrinaje, arcos, adornos de frontispicios -"parecían un jardín mágico suspendido en el aire"-, el resonar de las marchas

fúnebres, flores...



La plaza Sotomayor... inmediata, la plazuela de la Justicia Nº 15, los altos del Hotel Consolidado, la Comandancia de Marina, donde el héroe ejerció el derecho. Atardece. Cuatro altas teas funerarias en las esquinas del monumento-mausoleo. Espléndida ornamentación de la Intendencia, el *Hotel Inglés,* el Cuartel General de Bomberos. El mástil y algunos cañones de la *Esmeralda;* en el primero, flamea la bandera que enarbolaba la *O'Higgins* el año 1869, cuando repatrió los restos de don Bernardo (presente, entonces, el guardiamarina Prat). Cesari ha llegado con sus músicos, para interpretar, desde tribuna ad hoc, un himno de su propia factura, *Canto a Prat.*

Los carros mortuorios, sofrenados por los palafreneros ante la puerta de la cripta.

Allí están sepultados ya los restos de Condell, fallecido el año precedente.

Discursos: Uribe, José Ignacio Vergara y Balmaceda. En nombre de la Marina, don Luis da el "adiós supremo" a su jefe, compañero y amigo de toda una vida... amigo y compañero de la infancia, la Escuela, el conflicto con España, el juicio de guerra, la rada de Iquique...

"Pues tenlo presente, para que cuando llegue el caso se lo cargues en cuenta al Perú."

Oscurece cuando habla José Manuel Balmaceda.

> "Inclinémonos con profundo recogimiento en presencia de los restos sagrados del primer guerrero de la República."
>
> "...Los que fuimos y los que somos, formamos la corriente misteriosa de afectos que nos hace sentir, desde esta mudable y frágil morada, las emociones, la admiración y el amor por los grandes servidores del Estado."

> "Siento... en mi corazón los latidos de todos los corazones chilenos."
>
> "No lo olvidemos. En la disciplina y el cumplimiento del deber, encontrarán los defensores del orden público y de la honra nacional, la regla de conducta que más ennoblece al soldado, el secreto de la victoria, y, en las horas de prueba, el glorioso sendero que conduce a una vida inmortal."

Las urnas descienden a la cripta. Fuertes y naves de guerra izan hasta el tope sus banderas. Los músicos irrumpen con la Canción Nacional, que corean los alumnos de las escuelas. Desfilan la tropa y la marinería. Dos horas después, la novedosa luz eléctrica ilumina el monumento-mausoleo y sus alrededores, para asombro y alegría de un pueblo boquiabierto de admiración.

Inevitablemente, el Prat-hombre se ha convertido en el Prat-leyenda, el Prat-estatua de cinco metros, a diecinueve metros de altura.

La "Pratmanía" y sus explicaciones

Desde entonces, han coexistido ese Prat oficial, el "semidiós" de Vicuña Mackenna, Rubén Darío y Rodríguez Velasco, el héroe colocado tan alto que es difícil verlo; y el Prat popular, figura de heroísmo y gloria, constante y permanentemente vivo en el corazón de los chilenos, sobre todo de los más pobres.

Historiadores, sociólogos y cientistas políticos le han buscado explicaciones. Estas son interesantes pero -como sucede muchas veces en el caso de Arturo Prat, según ya hemos podido comprobar- adolecen de una excesiva sofisticación; la realidad resulta a la vez más simple y más profunda que semejantes hipótesis.

Por ejemplo, se dice que hay algo necrofílico en los chilenos... una pasión por los personajes muertos, desde Portales hasta Salvador Allende, sin olvidarse de Prat y Balmaceda. En el ataúd, sentencia Mac Iver melancólicamente, no se hace sombra a nadie. Y por ello el connacional es generoso con los difuntos y mezquino con los vivos. A éstos se les envidia, y se intenta detener su encumbramiento -el "chaqueteo"-; a los fallecidos no... ya no son un peligro.

Un norteamericano, sabio conocedor de nuestro pasado, William F. Sater, elaboró otra tesis sobre la "pratmanía." Su punto de partida fue no encontrarle explicación razonable. ¿Por qué Prat y no Condell? -se preguntaba Sater. "Prat -decía- no ganó la batalla en Iquique, porque su barco fue destruido y su tripulación capturada o muerta. La victoria tuvo lugar en Punta Gruesa." No veía como de "gran magnitud," ni los actos de Arturo Prat, ni el sacrificio de su vida. Los primeros, por la razón antedicha; el sacrificio, porque es "el común denominador de la guerra." "Si (morir) ... fuera la única condición para el heroísmo, todos los caídos en la batalla serían héroes."[359]

¿Cuál es la razón, entonces -insiste Sater-, para que Arturo Prat haya "suplantado" a Carlos Condell?

Observa además el norteamericano que la popularidad del primero, la auténtica "pratmanía", fue post-1900. Antes, afirma Sater, el héroe se hallaba semiolvidado.

De todo lo expuesto, deduce que el culto a Prat manifestó y manifiesta la frustración de la sociedad chilena por la pérdida del empuje nacional, de los ideales patrios, en el siglo XX; por el incumplimiento de las halagüeñas perspectivas que se abrían ante el país finalizando el XIX, perspectivas derivadas precisamente de las victorias bélicas cuyo símbolo era el héroe de Iquique. Habríamos hallado en Prat una figura de padre, sustitutiva de los auténticos padres sociales -los conductores de Chile- que no habían estado a la altura de su tarea.

Las argumentaciones que preceden quizás contengan elementos de verdad, pero conviene siempre volver a los hechos fundamentales -los hechos simples y porfiados-, y ellos nos dicen:

-Que los chilenos admiramos, sí, a los muertos, pero sólo cuando mueren por una causa; podemos no creer en ella -o, incluso, considerarla completamente equivocada- pero respetamos la consecuencia y espíritu superior implícitos en rendirle la vida.

-Que es un error completo sostener que el triunfo del 21 de mayo de 1879, se obtuvo en Punta Gruesa y no en Iquique. Iquique y Punta Gruesa son inseparables. Creemos haber demostrado suficientemente que la segunda hubiese sido imposible sin el sacrificio de Prat.

-Que si los grupos superiores pudieron haber olvidado a Prat hasta 1900 -olvido que tampoco fue absoluto, ni mucho menos-, no sucedió nada semejante con los sectores modestos. Prueba: los gigantescos funerales de 1888 que venimos de describir, y que un corresponsal extranjero declaraba sólo comparables a los del Kaiser Guillermo, recién fallecido.

-Que para explicarse la "pratmanía" popular no se necesitan elucubraciones tan complejas. Ellas derivan de una creencia inconfesa pero común en los sectores altos de cualquier época y país: que los pobres carecen de pensamientos y sentimientos nobles y elevados, los cuales serían privilegio de las elites. No es así, por supuesto. El hombre que no ambiciona gloria, riqueza ni poder; que vive una vida modesta y digna, consagrada a su familia y su trabajo; que hace una regla invariable del amor a la patria y el cumplimiento del deber; y que por esta regla sacrifica meditadamente la vida, ese hombre -Arturo Prat- concita de una manera natural la veneración de los humildes. Que tenga o no tenga éxito, es para ellos un punto secundario; no está ahí el nudo de la cuestión. Y la paradoja más fantástica de la "pratmanía" popular resulta justamente ésa: que el héroe logró dicho éxito, no obstante que "su barco fue destruido y su tripulación capturada o muerta," y no obstante su propia muerte; que a la verdad logró la victoria por estas precisas circunstancias, en apariencia tan negativas; que ello mueve la admiración de la sociedad culta, civil o uniformada, que analiza lo sucedido... pero

en nada influye sobre la admiración popular. Pues el pueblo, instintivamente, descarta las exterioridades -la dominación, el dinero, el triunfo humano, la fama- y va al fondo mismo de las cosas, para discernir inapelablemente quiénes merecen ser propuestos como ejemplos éticos a todas las generaciones.

***

EPÍLOGO

La soledad y la esperanza

Carmela Carvajal sobreviviría a su marido cincuenta y dos años.

Atravesó así un medio siglo largo de múltiples y hondos cambios en el mundo y en Chile.

Aquél, v. gr., vio el ascenso de Alemania; su caída con la Primera Guerra Mundial; el melancólico fin que ésta significó, también, para la "*belle époque*" y para el optimismo progresista del siglo XIX; la Revolución Rusa y el Soviet; el avance imperial de los Estados Unidos; los triunfos socialistas; el fascio italiano; la Revolución mexicana; la Gran Crisis Económica que empezó el año 1929; y una serie de inimaginables novedades tecnológicas... la aviación, el cine (desde el mudo hasta el parlante), el automóvil.

Por su parte, Chile presenció la victoria final y total en el Pacífico; la Guerra Civil; el parlamentarismo; la secularización de la sociedad, las leyes y el Estado; la efervescencia de la clase media y el pueblo, los años 20, culminada con Alessandri y el "Cielito Lindo;" el irresistible ascenso mesocrático; los golpes militares de 1924 y 1925; la nueva Constitución; la legislación social; el encumbramiento de Ibáñez, su dictadura, su estrepitosa caída, dos semanas anterior a la muerte de la viuda de Prat…

Todo acompañado por una alteración de las costumbres todavía más radical que los cambios arriba dichos. Pensemos que, cuando Prat murió, solamente existía en Chile el matrimonio religioso, al paso que, cuando murió su mujer, ya se había discurrido incluso la nulidad fraudulenta del enlace civil.

En medio de este torbellino de transformaciones, Carmela Carvajal permaneció inmutable, fijada su personalidad y actitud, para siempre, por el 21 de mayo de 1879. Debió elegir ese día entre dos realidades contradictorias y simultáneas: que era la fecha más cruel de su vida, y a la vez, probablemente, la más gloriosa de nuestra Historia; y que ella, Carmela Carvajal, era una joven de veintiocho años, con dos hijos pequeños, súbita y brutalmente viuda, y a la vez la compañera del héroe inmortal, del "semidiós" que -en la plaza Sotomayor- miraría desde las alturas hacia su propia casita de la Calle del Circo.

La respuesta de Carmela Carvajal resultó sorprendente y original: sin vacilación asumió las dos realidades y las dos personalidades. Fue la mujer desolada, cuyo anhelo supremo -por medio siglo- sería reunirse con su marido. Y fue la viuda de Prat, y por tanto un personaje oficial, histórico, que debía colaborar y efectivamente colaboraría en mantener incólumes -corriendo el mismo medio siglo- el recuerdo de la hazaña de

Iquique y la vitalidad de sus lecciones.

> "(Si) como esposa no puedo dejar de pagar tributo al dolor, como chilena, con lágrimas del corazón, apruebo la conducta del héroe y bendigo su sacrificio" (Anónimo, 1880).[360]

Mantener apartes e igualmente vivas estas dos actitudes, exigió de Carmela Carvajal un carácter férreo, y una energía inflexible.

Su duelo fue absoluto y perpetuo. Nunca dejó el luto, el negro total de la vestimenta. "Usted es la viuda más viuda que he conocido," le bromeaba Antonia ("Antuquita") Arrieta -mujer de David Carvajal-, de humor chispeante y que, junto a su marido, habían estado muy cerca del corazón de Arturo Prat.[361] Nunca, tampoco, Carmela Carvajal asistiría a los actos públicos de homenaje al héroe. No estaba presente, por ejemplo, cuando se inauguró el monumento-mausoleo de la plaza Sotomayor (1886), ni cuando fueron sepultados allí los restos del mismo Prat (1888). Respondió por escrito, larga y meditadamente, todas las condolencias oficiales. Pero no recibió a las autoridades que quisieron presentarlas. Durante su medio siglo de viudez, sólo concurriría a La Moneda dos veces: para la recepción presidencial a Baquedano, triunfador de Chorrillos y Miraflores (1881); y el año 1931, en las dramáticas circunstancias que luego relataremos.

No ocultó jamás que la carrera de Arturo Prat y su glorioso pero terrible fin, tenían para ella una dimensión personal de dolor, e incluso de injusticia. Señalamos ya que declaraba, sin ambages, haber querido apartar al héroe de la Marina, pues "presentía que me sería funesta," y que el aniversario del 21 de mayo era un día "amargo para mi corazón." El año 1884, ante la solicitud de un historiador que inquiría datos relativos a Arturo Prat, la viuda se disculpaba: "Me sería muy doloroso reabrir... una herida no cicatrizada aún... Ruego a Ud., pues, me dispense de hacer este sacrificio."[362]

Sopesaba, igualmente, el espléndido legado moral que dejara Prat a sus hijos, de un lado, y del otro la penosa orfandad en que quedaban:

"(Para ellos) las virtudes... (de Arturo Prat serán) un modelo, y su nombre una herencia. Pero, ¡sólo oirán hablar de su padre!" -indicaba, respondiendo uno de aquellos pésames oficiales.

"Que se haga en todo la voluntad de Dios," concluía, como un eco de su marido: "Dios nos tenga en su mano."[363]

Paralelamente, sin embargo y según anticipábamos, Carmela Carvajal asumió el papel externo que entendió corresponderle: mujer de estricta privacidad, pero viuda de una figura histórica que revestía incalculable importancia ética para los chilenos. Rarísimo fue que abandonara este papel, e interviniese en cuestiones de interés nacional pero ajenas al drama de Iquique. Mas siempre -mediante la correspondencia,

así como recibiendo (sobre todo alrededor de la gloriosa fecha) una continuada romería de visitas, importantes o humildes- estuvo presta para colaborar desde su hogar en los rituales que el Gobierno, la Armada y el pueblo fueron creando para conmemorar la efeméride. Devino así una verdadera encarnación de la epopeya, su símbolo vivo, aunque nunca público. Sólo los últimos años, al organizarse -invariable y espontáneamente- una pequeña manifestación frente a la casa de la viuda, cada 21 de mayo, ella saludaba algunos momentos, con mano trémula de anciana, desde el balcón.

Todo esto lo hacía, eso sí, con entera independencia. Decidió desde un comienzo responder ella sola, sin asesoría de nadie, las cartas que le fueron dirigidas tras el 21 de mayo. Las autoridades políticas se inquietaban por las posibles repercusiones o explotaciones propagandísticas que -en tiempos de guerra- tales respuestas pudieran originar. El tema hizo crisis alrededor de una misiva, la que mandara Grau, cuya contestación era delicadísima. El Gobierno -mediante Eulogio Altamirano (Comandante General de Marina), y éste a través de Jacinto Chacón- quiso "cooperar" en la respuesta de la viuda. Pero Carmela fue terminante: no admitió ninguna interferencia. Pudo así decir al marino peruano, con nobleza y libertad de espíritu.

> "Al proferir la palabra martirio, no crea Ud., señor, que sea mi intento inculpar al jefe del *Huáscar* la muerte de mi esposo. Por el contrario, tengo la conciencia de que el distinguido jefe, arrostrando el furor de innobles pasiones sobreexcitadas por la guerra, tiene hoy el valor, cuando aún palpitan los recuerdos de Iquique, de asociarse a mi duelo y de poner muy en alto el nombre y la conducta de mi esposo en esta jornada..."

Aludía después a otro "raro valor" de Grau: restituirle la espada de Prat, un arma (decía Carmela Carvajal) de "precio extraordinario por el hecho mismo de no haber sido jamás rendida." Estaba cierta, seguía, de que el peruano, de serle posible, hubiese impedido la muerte de Arturo Prat, ahorrando "un sacrificio tan estéril para su patria (la de Grau) como desastroso para mi corazón."

Cerró su respuesta Carmela Carvajal con un párrafo extraordinario, en el cual se colocaba por encima, aun, de la exaltación patriótica que parecía la propia sustancia del 21 de mayo:

> "...Es altamente consolador, en medio de las calamidades que origina la guerra, presenciar el grandioso despliegue de sentimientos magnánimos y luchas inmortales que hacen revivir en esta América las escenas y los hombres de la epopeya antigua." (Ahumada, 1884)364

Procuró la viuda, con un agobiante esfuerzo interior, aceptar que el héroe la hubiese postergado a ella, y a sus hijos, por el servicio de Chile:

> "Mi esposo... en ese supremo instante... comprometidos en la contienda el alto

nombre y los grandes destinos de la república... no se pertenecía ni a su familia ni a sí mismo...". (Anónimo, 1880)[365]

A veces, sin embargo, añoraba que la memoria de Arturo Prat -o por lo menos alguna parte de ella- fuese exclusivamente suya, y no de todos los chilenos.

Así, agradeciendo una joya que en recuerdo de su marido le enviaran varias señoras de jefes navales, Carmela Carvajal les decía aceptarla "no como emblema de victoria, sino como símbolo del triunfo obtenido por Arturo sobre sí mismo en el momento preciso de su inmolación." Retornaba, vemos, el tema desgarrador... que el marido y padre hubiese preferido a la patria, sacrificándole sus mejores afectos humanos. Pero Carmela añadía:

"De este modo, (la joya) me pertenecerá exclusivamente y cobrará para mí un valor inapreciable, pues mientras la corona del triunfo discerniría a mi Arturo una gloria transitoria, la corona del martirio le difiere la gloria infinita de la Eternidad." Esta última era de él y de ellos, los Prat; la otra, pertenecía "a la marina entera, de cuyos triunfos o reveses (expresaba) son solidarios los jefes todos de la Escuadra Chilena."[366]

Las tensiones del doble rol: viuda de un hombre, viuda de un héroe, se evidenciaban constantemente. Por ejemplo, respecto de la espada que Grau había devuelto, Carmela Carvajal comprendía y aceptaba el deber de mostrarla a los chilenos (para quienes, señalamos, devino un objeto de culto), pero aborrecía separarse de ella. Y de esta manera, cuando el año 1880 se inauguró el Asilo de la Patria -que acogía a los huérfanos de los caídos sirviéndola-, Carmela facilitó el arma a través de Vicuña Mackenna, el cual deseaba exhibirla allí durante un corto tiempo. Pero lo hacía, escribió, "confiada en la noble promesa de Ud. (don Benjamín), de cuidarla, y devolvérmela, ya que es para mí la más preciosa reliquia."[367]

En nada se advirtió mejor esta dicotomía de papeles, que en lo relativo a recuperar los restos mortales del héroe.

Miradas hoy las cosas con fría objetividad, no se divisa razón alguna para que, habiendo tomado Chile posesión definitiva de Iquique en 1879 -y pese a la solicitud insistente de Carmela Carvajal, Jacinto Chacón y otros deudos-, sólo se cumpliera con el traslado de los despojos de Prat, como vimos arriba, el año 1888.

El traslado no implicaba el menor peligro para la seguridad de los restos: después de Angamos, el mar era chileno sin contrapeso. Adicionalmente, la paz definitiva con el Perú se firmó en 1884. La conveniencia de una tumba cuya grandeza material fuese apropiada a la hazaña -ésta sería la razón o disculpa más comúnmente aducida-, no obstaculizaba una traslación provisoria, que consolase a la familia, y aplacara sus temores de que los restos se perdiesen. Por lo demás, el monumento-mausoleo quedó listo, y aun fue inaugurado (dijimos) el año 1886. No tiene sentido que Condell, muerto

ocho años después de Prat, descansara sin embargo en la cripta de la plaza Sotomayor con anterioridad a su compañero de gloria.

¿Qué había sucedido? No lo sabemos, pero una explicación posible de los hechos -aparte la desidia burocrática, y ésta, en un asunto tan trascendental, no parece causa suficiente- es que, por algún motivo, se temiera resultasen consecuencias políticas del traslado, y de la conmoción pública que originaría (como efectivamente la originó cuando se hizo, si bien desprovista de todo tinte y efecto partidista).

No olvidemos que, por desgracia, hubo constante explotación de la guerra para fines "gobiernistas" u "opositores..." promover, o defender, o derribar un gabinete; hacer o deshacer alianzas de partidos; impulsar o arruinar candidaturas presidenciales, todo ello usando la prensa y los debates parlamentarios, y con un apasionamiento tan ardoroso como el bélico reinante aquel mismo momento. Una de las principales figuras opositoras -en lo político y en lo militar, inextricablemente enredados- fue Vicuña Mackenna. Ahora bien, don Benjamín, por un impulso patriótico de seguro ajeno a toda intencionalidad política, sería (ya advertimos) el Homero de la Guerra del Pacífico, y muy especialmente del combate de Iquique. Por eso -y quizás por su afinidad ideológica con los Chacón- la familia del héroe y Carmela Carvajal en particular le cobraron gran afecto. Fue el primer y casi único personaje público recibido por la viuda tras el combate. Lo acabamos de ver, adicionalmente, depositario excepcional de la espada de Prat. En un instante, aún, Carmela sugirió que don Jacinto solicitara a Vicuña Mackenna una campaña de prensa para obtener se repatriasen los restos del héroe.

Quizás el Gobierno pensó que, con el traslado, se proporcionaría al opositor don Benjamín un inaceptable pedestal político. Esta pudo constituir la razón de la renuencia o lentitud en traer los despojos de Prat. ¿Razón mezquina? La política suele serlo.

Otra posibilidad es que al Presidente Santa María -en el medio de su feroz pugna con la Iglesia, por las leyes "laicas" y la sucesión del arzobispo Valdivieso- lo alarmase el funeral de Prat. Necesariamente masivo, y necesariamente religioso... ¿no lo aprovecharían los católico-conservadores para manifestarse contra el Mandatario y la política anticlerical que impulsaba? Veremos inmediatamente que el monumento-mausoleo disgustó a Carmela Carvajal, entre varios motivos, por su carácter (según ella) arreligioso.

Carmela sufrió intensamente con el retardo del traslado, multiplicando las gestiones para ponerle término, pero de manera discretísima y sin manifestar nunca molestia, ni permitir que las dificultades traspirasen el conocimiento público. Probablemente fue esta materia la más ardua para Carmela Carvajal, en la autoimpuesta decisión de conciliar siempre el aspecto nacional y el privado de su larga y penosa viudez.

"Cuando tuvimos la desgracia de perderlo (a Arturo Prat) -escribió- lo

> primero que pensamos fue en conseguir sus restos venerados, pero se me contestó que no era posible entonces, y que por otra parte las reliquias no pertenecían a la familia sino a la patria, y que a ésta corresponde hacerlas trasladar a su debido tiempo... Con gran sentimiento tuve que resignarme."

"Pero -añadía, mostrando su dignidad y patriotismo- si no tengo el derecho de disponer de los restos de mi esposo, no se me negará siquiera el de suplicar... que sean trasladados."

La súplica, dijimos, cayó en oídos sordos. Pero esperaba a Carmela Carvajal un nuevo y avieso golpe: el incendio de Iquique. "Noticia fatal para mí," decía; desde entonces "no he tenido tranquilidad." En carta a Hilarión Izquierdo, agradecía con "profundo reconocimiento", el rescate de los restos de Prat, Serrano y Aldea, que habían cumplido Izquierdo y otros vecinos de ese puerto, afrontando el fuego que consumía la iglesia parroquial.

Mas pensó la viuda ver comprobarse ahora el dicho del héroe, "las palabras que me repetía:... lo que sucede es siempre lo mejor que debe suceder." La "desgracia" del incendio podía tornarse la "felicidad" del traslado. El cual, por la situación de la guerra -prácticamente concluida en lo militar-, no significaría un "gran sacrificio." Se impacientaba la viuda con el argumento, ya visto, de que la sepultura exigía un "sitio especial;" decidir esto, replicaba, "corresponde a la familia mientras la nación no disponga otra cosa."

Fue entonces -extrañada, pues la prensa no había reaccionado ante el incendio, y el consiguiente peligro de que desapareciesen los restos de Prat- que Carmela pensó en una campaña pública encabezada por Vicuña Mackenna.

Por otra parte, comisionó a don Jacinto para que hablase con el presidente Santa María. La respuesta del Mandatario fue decidora. Podían volver los despojos del héroe, de inmediato... pero "privadamente." Ninguna molestia expresó la viuda, mas vibra todavía hoy una secreta, soterrada indignación tras su terminante rechazo a la sugerencia presidencial. No quería ni necesitaba honores, pero el retorno privado de los restos, como un "bulto," y sin venir con ellos los de "sus compañeros de martirio," era impensable. "Sería disponer yo de lo que la nación me ha quitado el derecho de disponer."[368]

No insistió, entonces, en el retomo, sino en la seguridad del cadáver. El cementerio de Iquique no le daba confianza; sí la jefatura de policía (donde efectivamente los restos permanecerían un tiempo, según se vio arriba), que era de piedra.

La construcción del monumento-mausoleo porteño le causó, ya anticipamos, cierta tristeza. Que una cripta recibiera los restos del héroe, no había sido lo imaginado... "Lo sentí en el alma... Veía que el lugar no era lo más a propósito, y siendo tan público, no

me sería posible ir a orar sobre su tumba con la frecuencia que mi corazón lo desea y lo necesita, después de esperar por tantos años siquiera ese triste consuelo." Mas luego, continuaba, se había tranquilizado, por el hecho del retomo y "la ilusión de que... (la cripta) sería, o podría convertirse en una pequeña capillita," donde cupiera la oración de los deudos, y los restos se hallaran "bajo el amparo de la Nación y de la Iglesia." Ahora, no obstante, la inquietaba escuchar que la tumba sería "una bóveda húmeda y estrecha," peligrosa de filtraciones, de ingreso difícil y -por la escasez de aire- incómoda para permanecer en ella. Si así fuese, preferiría "renunciar al honor" del monumento-mausoleo, y enterrar los despojos de su marido "donde puedan los suyos, sin testigos indiferentes, tributarles el homenaje de su amor y de sus lágrimas."[369] Luis Uribe, noticiado de estas aprensiones, lograría disiparlas.

Finalmente, llegó el momento del traslado. El excesivo tiempo transcurrido -que tornaba imposible continuar con las dilaciones-; el cambio de Supremo Mandatario, de Santa María a Balmaceda; la muerte de Vicuña Mackenna (1886), y el incidente provocado en la Cámara por Jacinto Chacón, que relatamos páginas atrás, decidieron la ceremonia de 1888. El ministro de Marina, Evaristo Sánchez, la comunicó a la viuda, pidiéndole designase los representantes de la familia en los actos de Iquique y Valparaíso, y viajes entre ambos puertos. Se cumplía, repuso Carmela Carvajal, jubilosa, "el deseo más vehemente de mi corazón." Los voceros familiares, añadió, serían Ricardo Prat, David Carvajal ("mis hermanos," los llamaba) y Arturo Prat Carvajal.[370]

Ella misma no viajó, ni -vimos- estuvo presente en el gigantesco funeral. Sin duda le fue duro y difícil actuar así, mas correspondía con la actitud que hemos explicado ya y que observó, invariable, durante medio siglo de viudez.

Lo que sólo sabemos indirectamente es el dolor experimentado aquellos días por la transitoria ausencia de su hijo. Negras aprensiones la embargaron... que ese mayo le trajera, respecto al niño, una desgracia como la del otro Arturo y el otro mayo. "La supongo, queridísima Carmela, tan triste con la separación de su Arturito," rezaba una carta de Antonia Arrieta. Y Clara Prat le escribía entender la angustia que le producía aquel viaje.[371]

La viuda de Prat mantuvo también los vínculos que su marido hubiese deseado, con los sobrevivientes de la *Esmeralda.* Adelantamos que la situación de éstos se hizo ruinosa, por la vertical caída de nuestra moneda. El año 1906 Zegers señalaba a Arturo Prat Carvajal que sobrevivían alrededor de once marineros esmeraldinos; el que más, agregaba, gana una pensión de cinco pesos mensuales. La viuda sufría con esto, y con la ingratitud nacional hacia los pobres héroes. El año 1886 murió en Valparaíso un fogonero segundo de la nave inmortal, Desiderio Domínguez. La familia quedó indigente. La Intendencia le organizó una colecta pública. Arrojó 113 pesos y 40

centavos... de cuya suma Carmela Carvajal había puesto 40 pesos.

Las montepiadas o pensionadas de los oficiales esmeraldinos no andaban mucho mejor. Serrano, dijimos, había anticipado las estrecheces económicas de su mujer, si él caía. Vicuña Mackenna se indignó: "Os engañábais (lo interpelaría póstumamente) al escribir esas líneas de conmovedor desaliento." Emilia Goycoolea sería "la hija adoptiva de todos los chilenos" (Vicuña Mackenna B. , 1879).[372] Fue más realista Serrano que Vicuña. La viuda de aquél concluyó en la mayor pobreza. Por enfermedad había viajado, el año 1923, de Valdivia a Santiago. En la Estación Central, esperando el tren para regresar -ya desahuciada por la medicina-, la despidió Carmela Carvajal; se dieron -dijo un testigo- un abrazo "prolongado, estrecho, silencioso."[373] Ocho días después murió, desamparada, Emilia Goycoolea... la hija adoptiva de todos los chilenos.

La propia viuda de Prat experimentaba el acoso de la inflación, pero nada reclamó, mientras sus 6.000 pesos de 40 peniques llegaban a ser 6.000 pesos de 10 peniques (1910); prácticamente, la pensión había perdido los tres cuartos de su valor primitivo. Ese 1910, y nuevamente en 1912 se movieron los amigos de Carmela Carvajal, y aquella alcanzó los 18.000 pesos, de todos modos -comparando monedas de igual valor- un 25% menor que la renta inicial.

La familia

En el recuerdo y tradición del héroe, Carmela Carvajal continuó intensamente apegada a la familia, y ésta a ella. Igual que su marido, entendió por "familia" todos los Prat, todos los Carvajal y todos los Chacón. Mantuvo los vínculos con la tía Clara, quien se fue apagando -pobre, enferma y devota- en Santiago; Carmela -afirmaba la misma Clara- era la única pariente que le escribía. Por otra parte, el terrible dolor común hizo que la viuda y la "mamita Rosario," la madre de Arturo Prat, estrecharan todavía más su hondo afecto. Se conserva una nota de Rosario Chacón a Carmela Carvajal (1883):

> "Le mando esas frutitas y esos choclos para que los coman cociditos, están muy fresquitos y muy tiernos. Atala manda los duraznitos y Esilda la mantequilla de San Isidro.[374] Esas brevitas por ser las primeras. Esas jaibas fue lo único que encontramos. Con la Pascua no vinieron pescadores..."[375]

El año 1889 murió "la mamita Rosario;" la sobrevivieron todos sus hijos, excepto el primogénito. Hasta la iglesia del Espíritu Santo -testigo de los dolores y alegrías de los Prat- llegaron no sólo éstos, sino los viejos amigos navales y los compañeros de la epopeya. Flotaba ya en el aire la pasionalidad que dividiría con violencia y sangre a los chilenos -incluso a los presentes aquella triste mañana- dos años después. Pero allí estaban Montt (jefe del *Blanco)*, Francisco Sánchez (jefe del *Huáscar)*, Uribe

(Comandante General de Marina), etc. Una corona tenía la siguiente inscripción: "A mi querida madre": era de Carmela Carvajal.[376]

Pues en sus afectos, como en los de Prat los parientes políticos se habían tornado parientes de sangre... Rosario Chacón era "su madre;" Ricardo Prat (hemos visto), "su hermano."

Conservó también Carmela Carvajal, los apretados nexos que habían unido al matrimonio con Jacinto Chacón. Este ayudó y aconsejó a la viuda en todos los asuntos delicados, con extraordinaria generosidad, si bien la hizo padecer algunos sinsabores económicos. Pues a don Jacinto, hemos dicho, le gustaban los negocios pero carecía de aptitudes para ellos.

Sinsabores vivió Carmela, asimismo, con sus hermanos José Jesús y David, tan próximos a ella y tan entrañablemente amigos de Arturo Prat.

Dolorosa le fue, así, la ruptura sobrevenida entre ambos por (dijimos) asuntos económicos y diferencias de carácter. El padecimiento de la viuda sería intenso. El año 1883, invocando la memoria de su marido -"que fue tu hermano y tu mejor amigo,"-[377] instaba a David a la reconciliación. Reconocía Carmela los arrebatos de ira de José Jesús contra aquél. Pero los explicaba, sin apoyarlos, diciendo que el primero, no obstante sus apremios económicos, había puesto dinero para que el hermano menor realizase ciertos negocios, y no lograba ni retribución ni cuentas claras, pues David no tenía sus papeles en orden.

Originaba los apremios de José Jesús (según parece) una febril actividad agrícola y mercantil, sin suficiente respaldo de capital. Iniciaría por último un negocio grandioso y modernísimo de pasto prensado, en tierras de Pirque, que arrendó a ese efecto. No pudo sostenerlo y quebró; sus bienes fueron liquidados a vil precio; aparentemente, algunos de los pobres haberes de la viuda se perdieron también en la vorágine. No hubo, de su parte, reproche ni lamento alguno, sino al revés: hizo activas gestiones (exitosas hasta cierto punto) no para sí sino para su hermano. Poco después (1896) murió éste, abrumado por tanta desgracia. Fue un nuevo sufrimiento para la viuda de Prat.

Pero, naturalmente, el más íntimo contacto lo tuvo Carmela Carvajal con sus hijos y nietos.

Todo en aquellos le hablaba del ausente. "(Blanca) Estela era la delicia y la pasión de Arturo;" "mi pequeño Arturito," "el retrato vivo de su padre... (y) el encanto de mis largos días," "el tesoro y la esperanza de mi triste vida..." (Anónimo, 1880) (Ahumada, 1884).[378]

Experimentó la obligación imperiosa de transmitirles el ejemplo y las virtudes que marcaran a Arturo Prat, especialmente el sentido del deber. "Cuando lleguen a la edad

madura... -decía- bendecirán la memoria de su padre, que cumpliendo su deber hasta la muerte, supo así merecer el bien de la patria" (Anónimo, 1880).[379] El deber... la "religión" de Prat, "que (éste) ... -afirmaba Carmela- me enseñó para mis hijos" (Vicuña Mackenna B. , 1930).[380] Creía la viuda, firmemente, en la protección extraterrena que los huérfanos recibían del padre; él velaba por ellos, inspirándoles "altos pensamientos;" así podrían ser "dignos del nombre que heredaban y del suelo donde nacieron;"[381] Arturo Prat irradiaría "sobre el porvenir de mis hijitos (terminaba), los esplendores de una gloria inmarcesible" (Anónimo, 1880).[382]

Los hijos se sintieron, también, unidos fuertemente a su admirable madre. Arturo Prat Carvajal, brillante financista y hombre de negocios, hizo una regular fortuna y fue diputado (1915-1921) y dos veces ministro de Hacienda (1917 y 1931). Ambos Prat Carvajal casaron comenzando este siglo -Blanca Estela, con Ramón Undurraga (1905); Arturo, con Blanca Echaurren (1909)- y dieron a la viuda nueve nietos.

Carmela concluyó establecida en Santiago, pues sus descendientes estaban allí y, además, el año 1881 un incendio destruyó la última residencia porteña de la familia, calle San Juan de Dios -hoy Condell- Nº 137. El siniestro significó para la viuda -que por fortuna se encontraba ese día en Curimón, donde José Jesús- perder no sólo la casa misma, sino parte de su pasado, infinitos objetos y recuerdos... muebles, ropa, fotografías, documentos. Apenas salvó un retrato al óleo de Arturo Prat por el pintor Walton (obsequio de los abogados de Valparaíso), que la viuda apreciaba muchísimo; una reliquia de la *Esmeralda:* la gran tapa de bronce de un cabrestante; los uniformes que contenía una caja de hierro; la espada, y las cartas del héroe, que Carmela Carvajal llevaba siempre consigo.

En Santiago, Arturo Prat Carvajal edificó una amplia casa en la calle Alameda esquina de Gálvez, pero su madre viviría con Blanca Estela, cuyo marido falleció prematuramente. Había levantado Ramón Undurraga dos viviendas contiguas, Avenida España esquina de Gay. Se hallaban comunicadas por dentro, y una la ocupó Carmela Carvajal. De tal modo, las dos viudas se apoyaban, pero sin perder la independencia. Por este motivo, los nietos Undurraga Prat convivieron más con la abuela. Pero ella pasó comúnmente los veranos en una casa viñamarina de calle Viana, propiedad de Arturo hijo, y ahí se desquitaban los Prat Echaurren.

Los nietos la recordaban como una persona retraída, culta y lectora, fina de modos, amante del piano. No hablaba, rasgo curioso, de la epopeya que había trastocado tan radicalmente su existencia. Pero tenía siempre cerca, en una cartera, las misivas del héroe -¡hasta los breves y apasionados mensajes que éste le hiciera llegar durante el noviazgo, aprovechando las tertulias de don Pedro Chacón en la quinta de Calle del Circo!-, y las leía emocionada y constantemente.

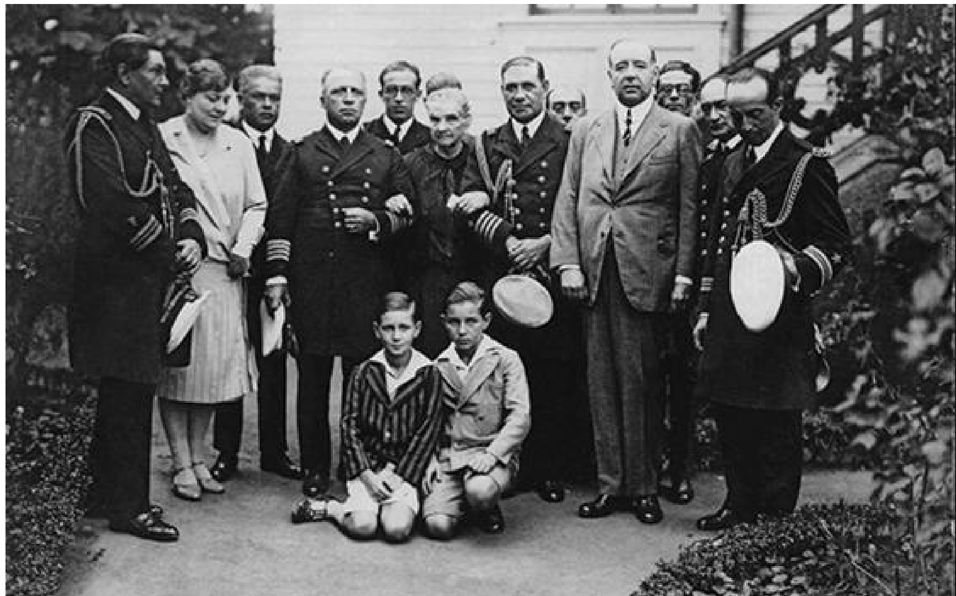
La evocaban sus nietos -diría uno-, "tratando siempre de inculcarnos la corrección

como norma de vida." Era el deber, por el cual ella cargaba su cruz de medio siglo... "Que seas muy cumplido en tus deberes como patriota y buen hijo," escribía la abuela a Horacio Undurraga Prat, cadete de la Naval. Y en otra ocasión:

> "He leído tus cartas a tu mamá, sólo siento lo que cuentas de haber peleado con un compañero. Eso no es conveniente, sobre todo en la Escuela, y es preciso que pongas todo tu empeño en que esas cosas no se repitan, porque es un mal precedente. Si el asunto no valía la pena, haz lo posible por ponerte bien..."[383]

El final

Pero nada sabríamos de Carmela Carvajal si no supiéramos que -durante sus cincuenta y dos años de soledad- vivió solamente para reencontrarse con su marido. Todo lo demás era cumplir el deber... el doble deber de madre viuda y de símbolo nacional.



Los cónyuges habían creído, inconmoviblemente, que les esperaba una eternidad personal y feliz, juntos ellos y su gran familia -la "santa familia" de que hablaba el héroe con afectuosa ironía-, gozando todos de la presencia, la belleza y la bondad divinas, y tras expiar sus faltas terrenas. Tenían tal fe en la misericordia de Dios, que la perennidad de las penas infernales les resultaba (vimos) intolerable.

> "La vida de mi esposo... fue para mí ejemplo y enseñanza constante. Su fe en Dios y en los supremos destinos del alma, fortalecieron desde temprano mi corazón y me prepararon en tiempo para los días de la adversidad. Así que, en estas horas de angustia, he orado a Dios, y Él me ha dado fuerzas para soportar mi orfandad sin sucumbir al dolor" (Anónimo, 1880).[384]

Pero el dolor estaba allí, constante, terrible como sólo podía serlo para la

sobreviviente de un matrimonio tan unido... Dos veces recurrió Carmela a los espíritus, intentando salvar el abismo de la muerte. La primera, apenas pasado un mes desde ésta. Eduardo de la Barra -que actuaba de médium- transmitió un mensaje de Arturo Prat: que Carmela guardara "entereza," como correspondía según "las ideas que tuvimos la suerte de adquirir;" que no se abatiese, pues ello dificultaba la comunicación... "Un recuerdo para mi madre; para Uds., un fuerte apretón de manos." La segunda vez fue el año 1882, la noche del 21 de mayo; una "escritura automática," recibida no sabemos si por Carmela misma o por su hija, refleja la casi insoportable nostalgia de una breve felicidad terrena, irreparablemente terminada: "Estoy contigo, mi dulce compañera de la vida y con mis retoños. No los abandono un solo instante, te sostengo en tu dura prueba... Buenas noches, mi Carmela, descansa confiada en que el espíritu amoroso de tu Arturo vela por ti..."[385]

Así esperó ella. Fueron desapareciendo los demás personajes, grandes y pequeños, de la tragedia. Thomson cayó durante la guerra en Arica (1880), comandando un *Huáscar* ya chileno. Luego murieron Goñi (1886), Condell (1887), Riveros (1892), Francisco Sánchez (1907), Latorre (1912), Uribe (1914), Jorge Montt (1922), Eduardo Llanos (1927) ... ¡incluso uno de los guardiamarinas de la *Esmeralda,* Zegers (1916), a quien Prat confiara su último mensaje para Carmela! Desaparecieron igualmente muchos miembros de la "santa familia," no sólo -como ya vimos- la "mamita Rosario" (1889) y José Jesús Carvajal (1896), sino también don Jacinto Chacón, por los mismos años, David Carvajal en 1905... Y Carmela esperaba.

La fe católica era en ella más fuerte que nunca; iba a misa de 11, diariamente, y se había hecho devota de la Virgen del Carmen.

El 16 de agosto de 1924 fue atropellada por un automóvil; hubo temores de muerte, pero se repuso sin secuelas.

El 16 de julio de 1931 cumplió ochenta años, serenamente. No admitió mayores celebraciones. Su salud parecía buena, no obstante una antigua dolencia cardíaca, a la cual los médicos no daban mayor importancia.

Corrían las semanas finales de la primera presidencia Ibáñez (1927-1931), y el país estaba conmocionado por la Gran Crisis de 1929 -que lo golpeara con fuerza inaudita- y por un confuso pero creciente movimiento de estudiantes y profesionales contra el "tirano." Se hacinaban en Santiago millares de desocupados nortinos; se sucedían continuas manifestaciones callejeras; chocaban los concurrentes con la policía; caían numerosos heridos, y hubo incluso -las últimas semanas de julio- víctimas fatales, entre ellas dos jóvenes de la clase dirigente: un médico y un profesor. Su muerte desató una huelga masiva.

El 25 de julio, algunos jóvenes revoltosos se asilaron en la mansión de Arturo Prat Carvajal, calle Alameda esquina de Gálvez. Desde ella se hizo fuego hacia los

carabineros que resguardaban la Alameda. Estos forzaron las puertas de la residencia, y detuvieron a todos los muchachos. Figuraban entre ellos varios Prat Echaurren, nietos de Carmela Carvajal, uno o dos de los cuales ni siquiera llegaban a la adolescencia.

Carmela, al saberlo, se inquietó muchísimo y -olvidando sus años y la completa inseguridad de las calles- se dirigió de inmediato a La Moneda. Pretendía interceder por los nietos presos con el mismo Ibáñez. Pero el Mandatario no la recibió... ni siquiera supo, en verdad, que había venido, pues contaba sus postreros minutos de poder: al día siguiente entregaría el mando, exiliándose. Entre estallidos de júbilo popular, los Prat Echaurren, y en general todos los detenidos políticos, fueron entonces liberados.[386]

La agitación y temores de este episodio, minaron la salud de la octogenaria viuda de Prat. Guardó cama los días siguientes. El 16 de agosto, sin embargo, insistió en levantarse. Almorzó con sus nietos. Inmediatamente después, sufrió un infarto cardíaco. Alcanzaría a recibir los santos óleos, expirando cuando daban las 14.15 horas.

...Había llegado, para ella, el momento tan esperado, aquel que aguardaba durante ya medio siglo, desde esa tarde lluviosa de mayo en que corrieran por Valparaíso los primeros rumores -grandiosos y terribles- de la gloria y tragedia de Iquique.

A partir de aquel día fatídico, Carmela Carvajal había ansiado otra muerte, la suya propia, puerta al reencuentro definitivo con su marido.

> "...Sólo Dios misericordioso podrá devolverme más tarde al elegido de mi corazón, ya que la muerte es una larga y dolorosa ausencia, pero no una eterna separación."[387]

¿Se cumplirían ahora, 16 de agosto de 1931, los largos y vehementes deseos de la joven viuda, de la mujer madura, de la anciana venerable, deseos empapados en tantas lágrimas, nostalgias tan desgarradoras?¿ vería cómo avanzaban hacia ella, resplandecientes en la perfecta alegría divina, los seres queridos que la muerte se había ido llevando... la cariñosa e impredictible "mamita Rosario"; el irritable pero generoso José Jesús; el amante, alegre e imprevisor David; don Pedro Chacón, el viejo pipiolo; su mujer, la indomable abuela Concepción; don Jacinto, consejero, puntal de sus dolores; los amigos de la Armada... Montt, Latorre, Uribe, Zegers que la visitaba todos los 21 de mayo? ¿vería, por fin, cerrando el compacto grupo de la "santa familia," la cara traviesa y los negros rizos de Carmelita, y el rostro noble y sereno del héroe, del "elegido de su corazón..."?

En este umbral misterioso, se detiene la Historia.

***

Glosario de términos náuticos utilizados en la obra

Este glosario está referido al significado que los términos incluidos tenían, corrientemente, en el último cuarto de siglo XIX.

Aguja náutica: compás.

Aparejo: conjunto de palos, velas y accesorios de un buque.

Babor: lado izquierdo de la embarcación, para el que mira hacia la proa.

Barca: embarcación pequeña, para tráfico de personas o mercaderías en los ríos o costa del mar.

Batería: conjunto de cañones dispuestos de proa a popa en una cubierta o puente del buque de guerra. Hueco o espacio que ocupan los mismos cañones. En los puertos, conjunto de cañones instalados en los fuertes.

Bauprés: palo que avanza desde la proa del buque hacia el mar, y que sirve para afirmar los foques.

Bergantín: buque de dos palos.

Bita: columna de hierro fundido, puesta sobre una base apernada a la cubierta; se utiliza para sujetar los cables que amarran el barco a tierra.

Bitácora (el): libro o diario de navegación que registra todos los acontecimientos ocurridos durante una guardia.

Bitácora (la): armario o caja de madera, de forma cilíndrica, que se fija a la cubierta, y que lleva montado el compás, mediante una suspensión que lo mantiene horizontal durante los cabeceos del buque. Interior y exteriormente de la bitácora, y a fin de compensar los desvíos del compás, se colocan imanes y esferas de hierro dulce.

Blindado: nave de guerra protegida por una coraza.

Botalón: palo colocado a proa y a un costado de la nave para afirmar un torpedo que se quiere lanzar contra una embarcación muy próxima (no más de diez metros). Otras acepciones: percha para atar los botes; palo agregado al bauprés, para amarrar velas adicionales.

Braza: medida de longitud y profundidad, equivalente a 1,678 metros.

Cabrestante: torno vertical, que mueve grandes pesos mediante un cable que se va enrollando a él, a medida que lo hace girar la aplicación de fuerza a unas barras que se le insertan.

Caja de banderas: aquella que contiene las utilizadas para señales.

Cámara alta: parte de la cubierta que tiene por techo la toldilla.

Cañonero (a): cualquier embarcación artillada.

Carroza: ver cubichete.

Castillo: parte de la cubierta alta situada a proa del barco. También se llama así la

superestructura levantada en este lugar.

Chata: lanchón de fondo plano, generalmente sin propulsión propia, para trasladar personas o mercaderías en un puerto o bahía.

Cofa: tablado que se coloca en lo alto de los palos, de proa a popa.

Compás: aguja imantada, que señala siempre el norte magnético.

Corbeta: fragata más pequeña, normalmente de tres palos -trinquete, mayor y mesana-, con velas cuadradas en los mástiles, salvo el de mesana, que la lleva trapezoidal o latina. La *Esmeralda* tenía aparejo de fragata, pero se la consideró corbeta por su tamaño.

Coy: hamaca de lona, propia de todo el personal que no duerme en camarote. De día se guarda enrollada, de noche se cuelga en el entrepuente. Lleva un colchón delgado, sábanas, frazadas y almohada.

Crucetas: maderos que cruzan horizontalmente los palos, en sentido babor-estribor; uno por la cara de proa, otro por la de popa.

Cubichete: en el texto, parece aludir a las "carrozas": armazones de hierro o madera, forradas en lona, que en la cubierta superior protegen del agua y la intemperie las escalas que suben desde el interior de la nave. Otra acepción: cubierta de la bitácora que protege la aguja náutica de la intemperie.

Cubierta: cada uno de los pisos en que la nave está horizontalmente dividida.

Entrepuente: espacio entre la cubierta superior y la inmediatamente inferior. Allí duermen corrientemente los marineros.

Escotilla: abertura generalmente rectangular, que intercomunica las cubiertas.

Espolón: punta o remate de hierro o acero, colocado a proa y que se usa para embestir al barco enemigo. Conocido desde la antigüedad, su empleo revive pasajeramente durante la segunda mitad del siglo XIX.

Estribor: lado derecho del buque para el que mira hacia la proa.

Falúa: embarcación auxiliar destinada al uso de personalidades.

Foque: vela triangular, que va desde el trinquete hacia la proa.

Fragata: barco de tres palos, con velas cuadradas, cofas y vergas en todos ellos.

Goleta: barco más pequeño que la corbeta, de dos u ocasionalmente tres palos, movido sólo por velas trapezoidales que lleva en todos ellos.

Libra: medida de peso, equivalente a 460 gramos.

Mayor (palo): el más alto, y el del medio cuando son tres.

Mesana (palo de): el de menor altura; el más próximo a la popa.

Milla (marina o náutica): medida de velocidad y distancia, equivalente a 1.851'851 metros (un minuto del meridiano terrestre). Cuando se trata de medir la velocidad de un buque, se habla de "nudo," que equivale a la milla.

Norte magnético: dirección que deriva del polo del mismo nombre.

Nudo: ver milla.

Pontón: buque antiguo, en desuso, que se mantiene anclado en puerto y sirve como

almacén, depósito, escuela náutica, etc.

Popa: extremidad posterior del buque.

Portalón: abertura en el costado del buque, para ingreso y salida de personas y cosas.

Proa: parte delantera del buque.

Puente: ver cubierta.

Quilla: pieza de madera o hierro en que se asienta el barco, y que corre por toda su parte inferior, de proa a popa.

Rabiza: mecha o cabo corto para hacer disparar el cañón.

Santabárbara: almacén de explosivos del barco de guerra.

Sentina: parte inferior del barco, donde se depositan las aguas filtradas desde los costados o las cubiertas, que luego son extraídas por las bombas.

Sacatrapos: instrumento utilizado para limpiar el interior (ánima) de un cañón, después del disparo.

Sextante: instrumento portátil de navegación, utilizado para obtener la altura de los astros en la navegación de alta mar.

Toldilla: cubierta situada entre la popa y el palo de mesana, y que techa la cámara alta. También se llama así la superestructura levantada en este mismo lugar.

Trinquete (palo): el de altura intermedia entre el de mayor y el de mesana; es el más próximo a la proa.

Válvula: pieza interpuesta en un conducto, que sirve para interrumpir o restablecer la circulación, por su interior, de un elemento cualquiera. La "válvula de Kingston", en los buques del siglo XIX, permitía que el agua del mar entrase a los fondos de la nave.

Verga: percha que puede girar alrededor de su centro, y va colocada por la cara de proa del mástil; sirve para fijar la vela.

***

Bibliografía

Ahumada, P. (1884). Guerra del Pacífico, tomo I. Valparaíso, Chile: Imprenta del Congreso.

Anónimo. (1880). *Arturo Prat y el combate de Iquique*. Santiago, Chile.

Archivo de Don Bernardo O´higgins. Santiago, tomos VII (1950), XI (1952), XII (1953), XIII (1958), XV (1963), XXII (1960), XXIII (1961) y XXIX (1965)

Bulnes, G. (1955). *Guerra del Pacífico*, tomo I). Santiago, Chile.

Bunster, Enrique; *Chilenos en California.* Santiago, 1954 (crónica "Arturo Prat, abogado", pag 151-160).

Cabrera, Juan Agustín: *El combate naval de Iquique* (21 de mayo 1879), en *Los Tiempos,* de 21 de mayo 1880.

Campos Harriet, Fernando; *La cuna de Prat (El Mercurio,* 20 de mayo de 1979).

Centenario de las Gestas Navales de 1879. Homenaje del club Naval… Valparaíso, 1979.

Cerda, P., & Ferrada, C. (1980). *Arturo Prat estudiante de derecho y abogado*. Santiago, Chile: Andrés Bello.

CON, Deborah: *Carmela Carvajal de Prat a la sombra del héroe (revista Carola, 17 de mayo de 1979).*

Cruchaga, M. (1878). *Estudio sobre la organización económica y la hacienda pública de Chile* (págs. 147 y ss, libro II, cap. II). Santiago, Chile: Imprenta de "Los Tiempos."

Edwards, J. (1973). *Criollos en París*. Santiago, Chile: Quimantu.

Edwards, J. (1973). *Mitópolis*. Santiago, Chile: Nascimento.

Ekdahl, W. (1917). *Historia militar de la Guerra del Pacífico*, tomo I. Santiago, Chile.

El 21 de mayo de 1879. *Homenaje a los héroes de la Esmeralda y la Covadonga en el 1er. aniversario del glorioso combate de Iquique. Valparaíso,1880.*

Encina, F. (1970). *Historia de Chile desde la Prehistoria hasta 1891,* tomo XVI, segunda edición. Santiago, Chile.

Espina, P. (1969). *El monitor Huáscar*. Santiago, Chile: Andrés Bello.

Espinosa, Ó. (1969). *El precio de la paz chileno-argentina,* tres tomos. Santiago, Chile: Nascimento.

Fernández, Silvia: *La familia Zegers en Chile.* Santiago, 1981.

Ferrada, Claudio: ver, Cerda, Pablo de la.

Figueroa, P. (1888). *Diccionario Biográfico General de Chile (1550-1887)*. Santiago, Chile: Imprenta "Victoria" de H. Izquierdo.

Figueroa, V. (Virgilio talquino) (1925-1931). En *Diccionario histórico biográfico y bibliográfico de Chile,* cinco volúmenes. Santiago, Chile: Establecimientos gráficos "Barcells & CO."

Fuenzalida Rodrigo: *Defensa de Uribe sostenida por Arturo Prat en 1875* (en BACHH N° 100, 1989).

Fuenzalida Rodrigo: *Dos estudios con ocasión del centenario del inicio de la Guerra del Pacífico* (en BACHH N° 91, 1979-1980).

Fuenzalida Rodrigo: *El Contralmirante Francisco Segundo Sánchez Alvaradejo* (en RCHHG N° 147, 1979).

Fuenzalida Rodrigo: *Historia de la Marina de Chile.* Santiago, 1974.

Fuenzalida, R. (1974). *Vida de Arturo Prat*. Santiago, Chile: Andrés Bello.

Gajardo, Ismael: *El “Diario de Campaña” del teniente peruano don Jorge F. Velarde, muerto a bordo del Huáscar el 21 de mayo de 1879* (en RCHHG, N° 1, 193).
Gazmuri, Cristian; *El “48” Chileno. Igualitarios, reformistas radicales, masones y bomberos,* Santiago, 1992.
Godoy, Hernán: *El carácter chileno.* Santiago, 1976.
González, Francisco: *Diario* (inédito).
Guarda, Gabriel: *La sociedad en Chile Austral antes de la colonización alemana, 1654-1850.* Santiago, 1979.
Guerrero, Ramón: Ver Medina, J. T.
Guzmán, Cornelio: *Recuerdos del 21 de mayo de 1879,* recogidos por Víctor Noir en revista *Zig-Zag* de mayo de 1906.
Hernández, R. *El centenario del nacimiento de Arturo Prat,* (en BACHH N° 38, primer semestre de 1948).
Hernández, R. *El centenario del nacimiento de Ignacio Serrano,* (en BACHH N° 36, 1er. semestre de 1947).
Hernández, R. (1949). *Una incursión histórica a la comarca de Arturo Prat*. Valparaíso, Chile.
Infante, Florencio: *Carmela Carvajal de Prat.* Santiago, 1980.
Izquierdo, G. (1979). *Eduardo LLanos Y Nava.* (en RCHHG, N° 147). *Informes inéditos de diplomáticos extranjeros durante la Guerra del Pacífico.* Santiago, 1980.
La Esmeralda. *Corona poética de los héroes de Iquique.* Recopilación hecha por Pedro Nolasco Préndez. Santiago, 1879.
Larrain, José Joaquín: *Una visita al gabinete de Arturo Prat* (en la Unión, Valparaíso, 2 de mayo de 1917).
Lastarria. (1958). R. Silva, *Prensa y periodismo en Chile*. Santiago, Chile: Ediciones de la Universidad de Chile.
López, C. (1969). *Historia de la Marina de Chile*. Santiago, Chile: Andrés Bello.
Medina, J., & Guerrero , R. (1952). *El capitán de fragata Arturo Prat*. Valparaíso, Chile.
Montt, M. (1979). Carta de Jacinto Chacón a Luis Montt, 4 de septiembre de 1879. *Revista Chile de Historia y Geografía N° 147*.
Orrego, Augusto: *Conferencia sobre el combate de Iquique. Valparaíso, 1919.*
O´Higgins, B. (s.f.). *Archivo de don Bernardo O´Higgins*, pág. 224, tomo XII, pág. 79, tomo XV.
O´Higgins, B. (s.f.). *Archivo de don Bernardo O´Higgins*, págs 314, 315, tomo XXII.
Peralta, J. (1949). *Arturo Prat Chacón*. Valparaíso, Chile.
Pinochet, Oscar: *Testimonios y recuerdos de la Guerra del Pacífico.* Santiago, 1978.
Prat, Arturo: *Cartas del Capoitán Prat al Almirante Latorre* (en RCH, t. III, 1918).
Prat, A. (1976). *Observaciones a la ley electoral vigente*. Segunda edición. Santiago, Chile.
Prendez, Pedro Nolasco: ver *La Esmeralda…*
Puig y Verdaguer, J. (1910). *Recuerdos del bloqueo de Iquique*. Guayaquil.
Ramírez, Hugo Rodolfo: *Un nuevo documento sobre el héroe de Iquique. Arturo Prat* (en BACHH N° 91, 1979-1980).
Roa y Ursúa, L. (1945). *El Reyno de Chile, 1535-1810*. Valladolid.
Rosales, J. (1888). *La apoteosis de Arturo Prat y de sus compañeros de heroísmo...* Santiago, Chile: imprenta de los Debates.
Rumbold, H. (1977). H. Godoy, *El carácter chileno*. Santiago, Chile: Universitaria.
Ruz, F. (1980). *Rafael Sotomayor Baeza*. Santiago, Chile: Andrés Bello.

Sagredo, Rafael: ver Villalobos Sergio.
Santa María, Domingo: *Cartas de don… a don José Victorino Lastarria* (en *Revista Chilena, tomo VI, 1918).*
Sater, William F.: *Arturo Prat, símblo de ideales nacionales ante la frustración chilena* (en Hernán Godoy, *Estructura social de Chile,* Santiago, 1971).
Silva, Raúl: *Prensa y periodismo en Chile* (1812-1956). Santiago, 1958.
Sociedad Periodística del Sur (SOPESUR): *Homenaje a las glorias navales*, 1879/1979. Santiago, 1979.

AGRADECIMIENTOS

El autor desea expresar los agradecimientos que tiene para las numerosas personas que lo ayudaron a escribir este libro. Le es imposible nombrarlas a todas, pero no puede dejar de mencionar a la Armada de Chile en general, y particularmente a don Mario Duvauchelle; a don Máximo Pacheco; al R. P. Florencio Infante; a don Pablo de la Cerda y a las familias Prat Echaurren y Undurraga Prat. Muy especial gratitud debe el autor a don Roberto Prat Echaurren.

Notas

[←1]

Edwards, J. (1973). En Criollos en París (págs. 58, 135 y 198). Santiago, Chile: Quimantu.

[←2]

Subercaseaux, R. (1936). En Memorias de ochenta años (págs. 198, cap. XXI, págs. 241-242, cap.XXV, tomo I). Santiago, Chile: Nascimento.

[←3]

Vial, G. (1980). En Historia de Chile, 1891-1973: La sociedad chilena en el cambio de siglo, 1891-1920 (vol. I, págs. 36, tomo I, cap. I). Santiago, Chile.

[←4]

Subercaseaux, R. (1936). En Memorias de ochenta años (págs. 360, tomo I). Santiago, Chile: Nascimento.

[←5]

Estas cifras y las que siguen corresponden al Censo de 1875, resumido e interpretado por Miguel Cruchaga, Estudio sobre la organización económica y la hacienda pública de Chile, libro II, cap. II, pp. 147 y ss. Las cifras han sido discutidas por el propio Cruchaga, Encina, etc., que les asignan diversos márgenes de error posible -Cruchaga, v. gr., un 10%-, mas para nuestro propósito, que es muy general y simplemente ilustrativo, el punto carece de mayor importancia.

[←6]

Subercaseaux, R. (1936). En Memorias de ochenta años (págs. 239, tomo I, cap. XXV). Santiago, Chile: Nascimento.

[←7]

Encina, F. (1970). En Historia de Chile desde la Prehistoria hasta 1891 (págs. 447, tomo XV, cap. IX). Santiago, Chile.

[←8]

Rumbold, H. (1977). En H. Godoy, El carácter chileno (págs. 276-277, cap. XI). Santiago, Chile: Universitaria.

[←9]

Edwards, J. (1995). En G. Vial Correa, *Arturo Prat* (pág. 17, introducción). Santiago, Chile: Andrés Bello.

Referencias Capítulo Primero

[←10]

Roa y Ursúa, L. (1945). En El Reyno de Chile, 1535-1810 (págs. 990-991). Valladolid, España: Talleres Tipográficos.

[←11]

O´Higgins, B. (s.f.). Archivo de don Bernardo O´Higgins, págs 314, 315, tomo XXII.

[←12]

Vicuña Mackenna, B. (1930). El veintiuno de mayo de 1879 (pág. 84 y ss). Santiago, Chile: Imprenta del Ministerio de Guerra.

[←13]

O´Higgins, B. (s.f.). Archivo de don Bernardo O´Higgins, pág. 224, tomo XII, pág. 79, tomo XV.

[←14]

Lastarria. (1958). R. Silva, Prensa y periodismo en Chile (pág. 60, cap. II). Santiago, Chile: Ediciones de la Universidad de Chile.

[←15]

Escritura de venta de la chacra a la Casa de Expósitos. Notario Juan Nicolás Silva. Santiago, 2 de noviembre de 1854.

[←16]

Rosario Orrego citada en Medina, J., & Guerrero , R. (1952). En El capitán de fragata Arturo Prat (págs. 19-20). Valparaíso, Chile. Estudio y prólogo de Roberto Hernández, Jacinto Chacón citado por Figueroa, V. (1928). En Diccionario histórico biográfico y bibliográfico de Chile (pág. 518, tomo II). Santiago, Chile: Establecimientos gráficos "Barcells & CO."

Referencias Capítulo Segundo

[←17]

Vicuña Mackenna, B. (1930). *El veintiuno de mayo de 1879* (pág. 84 y ss). Santiago, Chile: Imprenta del Ministerio de Guerra.

[←18]

Hernández, R. (1949). *Una incursión histórica a la comarca de Arturo Prat, III* (págs. 66-67).

[←19]

Op., *loc.* y págs. de referencia Nº 17.

[←20]

La partida de bautismo, de fecha 2 de marzo de 1849, al señalar como edad de Arturo Prat en ese momento los "once meses menos dos días", puede referir el nacimiento indistintamente al 3 o al 4 de abril de 1848, pero Jacinto Chacón siempre insistió en haber sido el 3.

[←21]

De Moya lo afirma Figueroa, P. (1888). En *Diccionario Biográfico General de Chile* (1550-1887) (pág. 371). Santiago, Chile: Imprenta "Victoria" de H. Izquierdo. En cuanto a Sotomayor, hay rastro documental de haber viajado con destino a California cinco hermanos suyos, uno de los cuales fue asesinado allí (Manuel Antonio), y otro (Diego) no llegó, falleciendo insolado durante la navegación, a la altura de Guayaquil. No se da el mismo rastro respecto de don Rafael, pero afirman su estadía en California varios que le conocieron, v. gr., Vicuña Mackenna. Ver Ruz, F. (1980). En *Rafael Sotomayor Baeza* (págs. 32-34, cap. II). Santiago, Chile: Andrés Bello.

[←22]

Jacinto Chacón a Benjamín Vicuña Mackenna, en Peralta, J. (1949). En *Arturo Prat Chacón* (págs. 153-154). Valparaíso, Chile.

[←23]

Carmela Carvajal a Jacinto Chacón, 14 de mayo de 1880, en Fuenzalida, R. (1974). En *Vida de Arturo Prat* (pág. 247 y ss, cap. XVII). Santiago, Chile: Andrés Bello

[←24]

Id., cap. II, pag 28-31. Rosales, J. (1888). *La apoteosis de Arturo Prat y sus compañeros de heroísmo...* (págs. 28, cap. II) (Benjamín Vicuña Mackenna); (pag. 45, cap. III) (José Bernardo Suárez). Santiago, Chile: Imprenta de Los Debates.

[←25]

Rosario Chacón a Benjamín Vicuña Mackenna, en Vicuña Mackenna, B. (1930). *El veintiuno de mayo de 1879* (pág. 84 y ss). Santiago, Chile: Imprenta del Ministerio de Guerra.

[←26]

Op. cit., pág. 123

[←27]

Fuenzalida, R. (1974). *Vida de Arturo Prat* (págs. 28-31). Santiago, Chile: Andrés Bello. Infante, F. (1979). *Prat, el*

héroe (pág. 14).

Referencias Capítulo Tercero

[←28]

Esta expedición, que nunca se realizó, hubiera tenido por objeto neutralizar la que, a su vez, se proponía efectuar el general ecuatoriano Juan José Flores a su patria, desde Norteamérica y el Reino Unido, y a la cual se asignaban propósitos de restauración monárquica en América Hispana, con un príncipe español.

[←29]

Hernández, R. (s.f.). *Centenario del nacimiento de Arturo Prat*, passim.

[←30]

Vicuña Mackenna, B. (1879). *Las dos Esmeraldas* (pág. 79, cap. VIII). Santiago, Chile: Rafael Jover.

[←31]

Op. cit., loc cit., págs. 83-84.

[←32]

Medina, J., & Guerrero, R. (1952). *El capitán de fragata Arturo Prat* (pág. 83). Valparaíso, Chile.

[←33]

Arturo Prat a Rosario Chacón, 7 de noviembre de 1865. Anónimo. (1880). En *Arturo Prat y el combate de Iquique* (págs. 311-312). Santiago, Chile.

[←34]

Id., 28 de noviembre de 1865. Op. cit., págs. 312-313..

[←35]

Vicuña Mackenna, B. (1879). *Las dos Esmeraldas* (pág. 112, cap. XI). Santiago, Chile: Rafael Jover. Dice que la *Covadonga* doblaba el andar de la *Esmeralda*, pero se trata sin duda de un grueso error

[←36]

Op. cit., loc cit., pág. cit. de referencia Nº 34.

[←37]

Datos de Arturo Prat. Otras fuentes dan cifras distintas, siendo en general inconciliables las versiones chilena y española de los diversos sucesos de esta guerra.

[←38]

Según Vicuña Mackenna, B. (1879). *Las dos Esmeraldas* (pág. 112, cap. X). Santiago, Chile: Rafael Jover., la *Covadonga* habría concluido de habilitarse el año 1861; sería, pues, levemente más moderna que la *Esmeralda*

[←39]

En los últimos días de 1866, estalló en Valparaíso un motín a bordo de la *Unión.* "Fui comisionado para sofocarlo, bajo las órdenes del comandante M. J. Thomson", escribió Arturo Prat (apuntes de su puño y letra sobre sus actividades marinas entre 1865 y 1873; Archivo de la Armada de Chile, Museo Naval).

[←40]

rturo Prat a Rosario Chacón, Abtao, 10 de febrero de 1866. Anónimo. (1880). En *Arturo Prat y el combate de Iquique* (págs. 316-319). Santiago, Chile.

[←41]

Arturo Prat a Rosario Chacón, 14 de marzo de 1866. *Op. cit.*, pág. 321.

[←42]

Id., 6 de diciembre de 1866. *Op. cit.*, pág. 314.

[←43]

Archivo de la familia Prat Echaurren.

Referencias Capítulo Cuarto

[←44]

No participó Prat, sin embargo, del viaje de la *Esmeralda* a Pascua y Tahiti (Papeete), el año 1877. La corbeta estaba en Pascua finalizando abril, y en Tahiti comenzando mayo. Salió de regreso a inicios de julio. El 29 de este mes debió afrontar un fuerte huracán. El 12 de agosto pasaba por Juan Fernández; llegó a Valparaíso, concluyendo el periplo, el 17 siguiente. El comandante era Jorge Montt, y Carlos Condell su segundo.

[←45]

Anónimo. (1880). *Arturo Prat y el combate de Iquique* (pág. 323). Santiago, Chile.

[←46]

El "oficial de detall" estaba a cargo de todo lo relacionado con la tripulación, v.gr., disciplina, rancho, bienestar, etc. Generalmente era el segundo comandante de la nave, o el oficial que le seguía en antigüedad. Prat ya había desempeñado este cargo anteriormente en el vapor *Arauco* y la corbeta *O'Higgins.*

[← 47]

Fuenzalida, R. (1974). *Vida de Arturo Prat* (pág. 133 y ss, cap. XIII). Santiago, Chile: Andrés Bello.

[← 48]

Ibíd. Arturo Prat a Comandancia General de Marina, 13 de diciembre de 1872.

[← 49]

Ibíd. Arturo Prat a Comandancia General de Marina, 12 de julio y 14 de septiembre de 1875.

[← 50]

Id., cap. XXXIV, págs. 423 y ss.

Referencias Capítulo Quinto

[← 51]

Carmela Carvajal a Exequiel Pérez Uribe, 8 de julio de 1886. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[← 52]

Vicuña Mackenna, B. (1930). *El veintiuno de mayo de 1879* (pág. 84 y ss). Santiago, Chile: Imprenta del Ministerio de Guerra.

[← 53]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 28 de agosto de 1873. Archivo de la Armada Nacional.

[← 54]

Vicuña Mackenna, B. (1879). *Biografía completa de Arturo Prat* (pág. 20, cap. XII). Valparaíso, Chile: Imprenta del Mercurio.

[← 55]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 12 de febrero de 1873. Archivo de la Armada Nacional. Id., 7 de febrero de 1873. Archivo de la familia Prat Echaurren (Arturo Prat había estado enfermo; de ahí la referencia a "empeorarme").

[←56]

Id., 28 de agosto de 1873, 22 de septiembre de 1873, 15 de septiembre (dice agosto, equivocadamente) de 1874, 7 de noviembre de 1874, 6 de diciembre de 1878. Archivo de la Armada Nacional. Carta desde Montevideo, 1878, sin indicar fecha, citada en Roberto Hernández, *El centenario del nacimiento de Arturo Prat.*

[←57]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 29 de septiembre de 1873, 7 de septiembre de 1874, 21 de diciembre de 1878. Archivo de la Armada Nacional.

[←58]

Id., 9 de septiembre de 1873. Archivo de la Armada Nacional.

[←59]

Id., 2 de septiembre de 1873. Archivo de la Armada Nacional.

[←60]

Carmela Carvajal a Arturo Prat, 22 de julio de 1876. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←61]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 15 de agosto de 1874, 9 de octubre de 1874, 1º de noviembre de 1874 y 30 de marzo de 1879. Archivo de la Armada Nacional.

[←62]

Carmela Carvajal a Arturo Prat, 26 de julio de 1876. Archivo de la familia Prat Echaurren. Arturo Prat a Carmela Carvajal, 12 de diciembre de 1878. Archivo de la Armada Nacional.

[←63]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 15 de julio de 1873, 14 de agosto de 1873, 15 de agosto de 1873, 19 de agosto de 1873, 26 de agosto de 1873, 28 de agosto de 1873, 9 de septiembre de 1873, 16 de septiembre de 1873, 22 de septiembre de 1873. Archivo de la Armada Nacional.

[←64]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 31 de julio de 1873, 12 de agosto de 1873, 21 de agosto de 1873, 29 de septiembre de 1873. Archivo de la Armada Nacional.

[←65]

Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←66]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 15 de agosto de 1874, 29 de septiembre de 1874, sin fecha, pero de octubre de 1874. Archivo de la Armada Nacional.

[←67]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 1º de noviembre de 1874. Archivo de la Armada Nacional.

[←68]

Quizás otra nieta de doña Concepción

[←69]

Carmela Carvajal a Arturo Prat, 17 de enero de 1878. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←70]

Carmela Carvajal a Concepción Chacón de Carvajal, 14 de marzo de 1879. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←71]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 15 de agosto de 1874. Archivo de la Armada Nacional.

[←72]

Id., 21 de septiembre de 1874. Archivo de la Armada Nacional.

[←73]

Id., 9 de octubre de 1874. Archivo de la Armada Nacional.

[←74]

Id., 23 de octubre de 1874. Archivo de la Armada Nacional.

[←75]

Id., 13 de noviembre de 1874 y 27 de noviembre de 1874. Archivo de la Armada Nacional.

[←76]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 4 de diciembre de 1874. Archivo de la Armada Nacional.

[←77]

Carmela Carvajal a Arturo Prat, 2 de diciembre de 1874. Archivo de la familia Prat Echaurren. Arturo Prat a Carmela Carvajal, 6 de diciembre de 1874. Archivo de la Armada Nacional.

[←78]

Carmela Carvajal a Arturo Prat, diciembre (sin día) de 1874. Arturo Prat a Carmela Carvajal, 13 de diciembre de 1874. Arturo Prat a Carmela Carvajal, 18 de enero de 1879. Archivo de la Armada Nacional.

Referencias Capítulo Sexto

[←79]

Arturo Prat a David Carvajal, octubre de 1872, citado en: Apuntes de la señora Carmela Carvajal en lo que se refiere a los estudios de leyes de su esposo. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←80]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 21 de agosto de 1874. Archivo de la Armada Nacional.

[←81]

Carmela Carvajal a Arturo Prat, 27 de julio de 1876. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←82]

Id., 26 de julio de1876. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←83]

Vicuña Mackenna, B. (1879). Biografía completa de Arturo Prat (pág. 19, cap. XII). Valparaíso, Chile: Imprenta del Mercurio. “Una visita al gabinete de Arturo Prat”, La Unión, 21 de mayo de 1917.

[←84]

Fuenzalida, R. (1974). Vida de Arturo Prat (pág. 183 y ss, cap. XV). Santiago, Chile: Andrés Bello

[←85]

Defensa leída ante el Consejo de Guerra de Oficiales Generales... el 1º de abril de 1875, en favor del Teniente Primero Graduado D. Luis Uribe, acusado de desobediencia e insulto a sus superiores, por el Capitán de Corbeta D. Arturo Prat (copia). Archivo de la familia Prat Echaurren. Novedosos datos sobre el proceso Uribe en Cerda, P., & Ferrada, C. (1980). En Arturo Prat estudiante de derecho y abogado (pág. 37 y ss). Santiago, Chile: Andrés Bello.

[←86]

Una visita al gabinete de Arturo Prat. La Unión, Valparaíso, 21 de mayo de 1917.

[←87]

Fuenzalida, R. (1974). Vida de Arturo Prat (pág. 163 y ss, cap. XIV). Santiago, Chile: Andrés Bello.

[←88]

Arturo Prat a Ramón Guerrero, 20 de septiembre de 1878. Archivo de la Armada Nacional

[←89]

Ibíd

[←90]

Fuente de la referencia Nº 57 que precede

Referencias Capítulo Séptimo

[←91]

Fuenzalida, R. (1974). *Vida de Arturo Prat* (pág. 247 y ss, Cap. XVII). Santiago, Chile: Andrés Bello. Puig y Verdaguer, J. (1910). En *Recuerdos del bloqueo de Iquique* (págs. 13-14). Guayaquil.

[←92]

Medina, J., & Guerrero, R. (1952). *El capitán de fragata Arturo Prat* (pág. 99). Valparaíso, Chile.

[←93]

Ibíd. Puig, op. cit., loc. cit. págs. cit. Ahumada, P. (1884). *Guerra del Pacífico* (págs. 300-301, tomo I). Valparaíso, Chile: Imprenta del Congreso. Vicuña Mackenna, B. (1879). En *Las dos Esmeraldas* (pág. 385 en nota, cap. XXX). Santiago, Chile: Rafael Jover.

[←94]

Eduardo de la Barra, *Arturo Prat*, págs. 47-54. Vicuña Mackenna, B. (1879). Las dos Esmeraldas (pág. 217 en nota,

cap. XX). Santiago, Chile: Rafael Jover.

[←95]

Arturo Prat a Clara Prat, 11 de mayo de 1879. Archivo de la Armada Nacional.

[←96]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 22 de noviembre de 1878, Archivo de la Armada Nacional.

[←97]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 6 y 26 de enero de 1879, Archivo de la Armada Nacional.

[←98]

"Ultramontano" en la acepción europea, de católico antiliberal, que no era exactamente la misma del término en Chile estos años.

[←99]

Arturo Prat a Ramón Guerrero, 10 de enero de 1878. Arturo Prat a Clara Prat, 11 de mayo de 1879. Archivo de la Armada Nacional.

[←100]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 20 de noviembre de 1874, Archivo de la Armada Nacional.

[←101]

Carmela Carvajal a Arturo Prat, 27 de julio de 1876, Archivo de la familia Prat Echaurren. Se advertirá que el padre de Arturo Prat, don Agustín, estaba ya muerto, así que sus recados a Carmela debían ser necesariamente de ultratumba, actuando como médium "Conchita" (Concepción Chacón de Carvajal.

[←102]

Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←103]

Carmela Carvajal a Arturo Prat, 22 de julio de 1876, Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←104]

Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←105]

Medina, J., & Guerrero, R. (1952). *El capitán de fragata Arturo Prat* (pág. 100). Valparaíso, Chile.

[←106]

Jacinto Chacón a Carmela Carvajal, 2 de agosto de 1882, Archivo de la familia Prat Echaurren. Apuntes de Carmela Carvajal para Benjamín Vicuña Mackenna, en Vicuña Mackenna, B. (1930). *El veintiuno de mayo de 1879* (pág. 165). Santiago, Chile: imprenta del Ministerio de Guerra.

[←107]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 23 de octubre de 1874, Id. 11 de enero de 1879, Archivo de la Armada Nacional.

[←108]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 23 de octubre de 1874, Archivo de la Armada Nacional.

[←109]

Fuenzalida, R. (1974). *Vida de Arturo Prat* (pág. 247 y ss, cap. XVII). Santiago, Chile: Andrés Bello (Jacinto Chacón a Benjamín Vicuña Mackenna).

[←110]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 23 de octubre de 1874, Id. 11 de enero de 1879, Archivo de la Armada Nacional.

[←111]

Vicuña Mackenna, B. (1930). *El veintiuno de mayo de 1879* (pág. 84 y ss). Santiago, Chile: Imprenta del Ministerio de Guerra.

[←112]

Fuenzalida, R. (1974). *Vida de Arturo Prat* (pág. 423 y ss, cap. XXXIV). Santiago, Chile: Andrés Bello.

[←113]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 7 de septiembre y 1º de noviembre de 1874, Archivo de la Armada Nacional.

[←114]

Id. 11 de enero de 1879, Archivo de la Armada Nacional.

[←115]

Arturo Prat a Ramón Guerrero, 10 de enero de 1878. Archivo de la Armada Nacional.

[←116]

Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←117]

Fuenzalida, R. (1974). En *Vida de Arturo Prat* (pág. 247 y ss, cap. XVII). Santiago, Chile: Andrés Bello. (Carmela Carvajal a Jacinto Chacón).

[←118]

Id. cap. XXXIV, págs. 423 y ss.

[←119]

Vicuña Mackenna, B. (1930). *El veintiuno de mayo de 1879* (pág. 86 y ss). Santiago, Chile: Imprenta del Ministerio de Guerra. (Carmela Carvajal a Benjamín Vicuña Mackenna). Fuenzalida, R. (1974). *Vida de Arturo Prat* (pág. 247 y ss, cap. XVII). Santiago, Chile: Andrés Bello. (Carmela Carvajal a Jacinto Chacón).

[←120]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 23 de febrero de 1878, Archivo de la Armada Nacional.

[←121]

Id. 6 de enero de 1879, Archivo de la Armada Nacional.

[←122]

Ibíd. y 23 de noviembre de 1878, Archivo de la Armada Nacional.

[←123]

Id. 13 de enero de 1879, Archivo de la Armada Nacional.

[←124]

Vicuña Mackenna, B. (1930). *El veintiuno de mayo de 1879* (pág. 84 y ss). Santiago, Chile: Imprenta del Ministerio de Guerra. (Carmela Carvajal a Benjamín Vicuña Mackenna).

[←125]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 16 de septiembre de 1873, Archivo de la Armada Nacional.

[←126]

Id., 22 de noviembre de 1878, Archivo de la Armada Nacional.

[←127]

Id., 29 de noviembre de 1874, 13 de noviembre de 1874, 6 de diciembre de 1878, 21 de diciembre de 1878, 18 de enero de 1879, Archivo de la Armada Nacional.

[←128]

Id., 12 de agosto de 1874, Archivo de la Armada Nacional.

[←129]

Id., 13 de noviembre de 1874, Archivo de la Armada Nacional.

[←130]

Id., 1º de noviembre de 1874, Archivo de la Armada Nacional.

[←131]

Carmela Carvajal a David Carvajal, 13 de mayo de 1883, Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←132]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 23 de noviembre de 1873, Archivo de la Armada Nacional.

[←133]

Id., 28 de diciembre de 1878, Archivo de la Armada Nacional. Carmela Carvajal a Jacinto Chacón, 14 de mayo de 1880, en Fuenzalida, R. (1974). *Vida de Arturo Prat* (pág. 247 y ss, cap. XVII). Santiago, Chile: Andrés Bello.

[←134]

Id., 20 de noviembre de 1874, 23 de febrero de 1878, 6 de diciembre de 1878, Archivo de la Armada Nacional.

[←135]

Id., 15 de septiembre (aunque dice agosto) de 1874 y 21 de septiembre de 1874, Archivo de la Armada Nacional.

[←136]

Id., 21 y 31 de julio de 1873, Archivo de la Armada Nacional.

[←137]

Id., 9 de octubre de 1874 y 20 de noviembre de 1874, Archivo de la Armada Nacional.

[←138]

Arturo Prat a Eulogio Altamirano, 20 de diciembre de 1878. Archivo de la Armada Nacional.

[←139]

Arturo Prat a Jacinto Chacón, 1º de diciembre de 1878. Archivo de la Armada Nacional.

[←140]

Prat, A. (1976). *Observaciones a la ley electoral vigente* (págs. 23-26 y 75. Segunda edición). Santiago, Chile.

[←141]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 6 de diciembre de 1878. Archivo de la Armada Nacional.

[←142]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 14, 15 y 19 de agosto de 1873. Archivo de la Armada Nacional.

[←143]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 9 de abril de 1879. Archivo de la Armada Nacional.

[←144]

Fuente de la referencia Nº 139.

[←145]

El proteccionismo, como idea, había sido bastante común en Chile antes de Courcelle-Seneuil, quizás proveniente de la ilustración dieciochesca o emparentado con ella. Después, prácticamente nadie lo sostuvo en teoría -exceptuados dos autores de escasa importancia y, entonces, de ningún eco: Mauricio Mena (1865) y Domingo Morel (1870)- hasta la segunda mitad de los 80. Los argumentos proteccionistas del héroe en 1878, pues, eran toda una novedad. Cf. el libro de Sergio Villalobos y Rafael Sagredo. El proteccionismo en Chile. Siglo XIX, pássim.

[←146]

Arturo Prat a Ramón Guerrero, 10 de enero de 1878. Archivo de la Armada Nacional.

[←147]

Discurso de Arturo Prat a bordo del Cochrane, Valparaíso, el 18 de febrero de 1876. Recorte de prensa de esa fecha aproximada, pero sin indicación de día ni de periódico. Archivo de la familia Prat Echaurren.

Referencias Capítulo Octavo

[←148]

Anotación de puño y letra de Arturo Prat, antes de partir. Archivo de la Armada Nacional.

[←149]

Fuenzalida, R. (1974). *Vida de Arturo Prat* (pág. 265 y ss, cap. XVIII). Santiago, Chile: Andrés Bello.

[←150]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 7 de noviembre de 1878. Archivo de la Armada Nacional.

[←151]

Id., 22 y 26 de noviembre y 28 de diciembre de 1878. Archivo de la Armada Nacional.

[←152]

Id., 22 de noviembre y 21 de diciembre de 1878, y 26 de enero de 1879. Archivo de la Armada Nacional.

[←153]

Id., 12 y 28 de diciembre de 1878 y 6 de enero de 1879. Arturo Prat a Ministerio de Relaciones Exteriores, 10 de diciembre de 1878. Archivo de la Armada Nacional.

[←154]

Arturo Prat a Ministerio de Relaciones Exteriores, 10 de diciembre de 1878. Archivo de la Armada Nacional.

[←155]

Arturo Prat a Jacinto Chacón, 19 de diciembre de 1878. Archivo de la Armada Nacional.

[←156]

Fuente de la referencia Nº 154. En carta a Carmela Carvajal, 6 de diciembre de 1878 (Archivo de la Armada Nacional), Prat le cuenta haber visitado el blindado *Río de la Plata* "de arriba abajo."

[←157]

Fuente de la referencia Nº 154.

[←158]

Ibíd

[←159]

Fuenzalida, R. (1974). *Vida de Arturo Prat* (pág. 265 y ss, cap. XVIII). Santiago, Chile: Andrés Bello.

[←160]

Fuente de la referencia Nº 154.

[←161]

Arturo Prat a Eulogio Altamirano, 20 de diciembre de 1878. Arturo Prat a Ministerio de Relaciones Exteriores, 6 de enero de 1879. Archivo de la Armada Nacional.

[←162]

Arturo Prat a Ministerio de Relaciones, 10 de diciembre de 1878. Arturo Prat a Jacinto Chacón, 19 de diciembre de 1878. Arturo Prat a Carmela Carvajal, 12 de diciembre de 1878. Archivo de la Armada Nacional.

[←163]

Arturo Prat a Jacinto Chacón, 19 de diciembre de 1878. Arturo Prat a Ministerio de Relaciones Exteriores, 25 de noviembre de 1878. Arturo Prat a Carmela Carvajal, 6 de diciembre de 1878. Archivo de la Armada Nacional, y Fuenzalida, R. (1974). En Vida de Arturo Prat (pág. 265 y ss, cap. XVIII). Santiago, Chile: Andrés Bello.

[←164]

Arturo Prat a Jacinto Chacón, 19 de diciembre de 1878. Archivo de la Armada Nacional.

[←165]

Arturo Prat a Ministerio de Relaciones Exteriores (telegrama), 12 de diciembre de 1878. Fuenzalida, R. (1974). *Vida de Arturo Prat* (pág. 165 y ss., cap. XVIII). Santiago, Chile: Andrés Bello.

[←166]

Espinosa, Ó. (1969). *El precio de la paz chileno-argentina* (págs. 146, tomo I, cap. III). Santiago, Chile: Nascimento.

[←167]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 12 de diciembre de 1878. Arturo Prat a Eulogio Altamirano, 20 de diciembre de 1878. Archivo de la Armada Nacional.

[←168]

Arturo Prat a Jacinto Chacón, 19 de diciembre de 1878. Archivo de la Armada Nacional. Espinosa, Ó. (1969). *El precio de la paz chileno-argentina* (págs. 34, tomo II, cap. VII). Santiago, Chile: Nascimento.

[←169]

Op. cit., loc. cit., pág. 35. Arturo Prat a Jacinto Chacón, 19 de diciembre de 1878. Archivo de la Armada Nacional.

[←170]

Arturo Prat a Ministerio de Relaciones Exteriores, 25 de noviembre de 1878. Fuenzalida, R. (1974). *En Vida de Arturo Prat* (pág. 265 y ss, cap. XVIII). Santiago, Chile: Andrés Bello.

[←171]

Arturo Prat a Jacinto Chacón, 19 de diciembre de 1878. Archivo de la Armada Nacional. Espinosa, Ó. (1969). *El precio de la paz chileno-argentina* (págs. 38, tomo II, cap. VII). Santiago, Chile: Nascimento.

[←172]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 13 de enero de 1879. Archivo de la Armada Nacional.

Referencias Capítulo Noveno

[←173]

Bulnes, G. (1955). *Guerra del Pacífico* (págs. 47, tomo I, cap. I). Santiago, Chile.

[←174]

Otras fuentes, recordemos, aseguran que llegó el 16

[←175]

Fuenzalida, R. (1974). *Vida de Arturo Prat* (pág. 305 y ss, cap. XIX). Santiago, Chile: Andrés Bello. Carmela Carvajal a Concepción Chacón de Carvajal, 14 de marzo de 1879. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←176]

Encina, F. (1970). *Historia de Chile desde la Prehistoria hasta 1891* (págs. 424, tomo XVI, cap. XXVIII). Santiago, Chile.

[←177]

Revista Chilena, marzo-abril de 1924, pág. 414.

[←178]

Vicuña Mackenna, B. (1930). *El veintiuno de mayo de 1879* (pág. 163). Santiago, Chile: Imprenta del Ministerio de Guerra.(apuntes de Carmela Carvajal para Vicuña Mackenna).

[←179]

Carmela Carvajal a Arturo Prat, 22 y 29 de julio de 1876. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←180]

Fuenzalida, R. (1974). *Vida de Arturo Prat* (pág. 247 y ss, cap. XVII). Santiago, Chile: Andrés Bello.

[←181]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 9 de octubre de 1874. Archivo de la Armada Nacional. Aparentemente, Carmela recibió con mucha aflicción estas palabras, por lo cual Prat -confirmando la actitud general de su parte, que el texto indica- se apresuró a escribirle, el 23 siguiente, que ellas debían entenderse "sin perjuicio de vivir tranquila y felizmente al lado de mi Carmela, su retoño y demás miembros de la familia", y que lamentaba haberle dado "un pesar" con la carta anterior. Mas acto seguido reafirmaba lo esencial de ésta, si bien ahora mostrando mayor prudencia (Archivo de la Armada Nacional.

[←182]

Carta de 23 de octubre de 1874, citada en la referencia anterior.

[←183]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 9 de octubre de 1874. Archivo de la Armada Nacional.

[←184]

Id., 30 de marzo de 1879. Archivo de la Armada Nacional.

[←185]

Ruz, F. (1980). *Rafael Sotomayor Baeza* (pág. 117, cap. VIII). Santiago, Chile: Andrés Bello. *Revista Chilena*, marzo-abril de 1924, pag. 414.

[←186]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 6 de abril de 1879. Archivo de la Armada Nacional.

[←187]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 2 de abril de 1879. Archivo de la Armada Nacional.

[←188]

Fuente de la referencia Nº 186.

[←189]

Id. “No la necesito, señor”, en Fuenzalida, R. (1974). En *Vida de Arturo Prat* (pág. 315 y ss, cap. XX). Santiago, Chile: Andrés Bello.

[←190]

Puig y Verdaguer, J. (1910). *Recuerdos del bloqueo de Iquique* (págs. 16-17). Guayaquil.

[←191]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 9 de abril de 1879. Archivo de la Armada Nacional.

[←192]

Vicuña Mackenna, B. (1879). *Las dos Esmeraldas* (págs. 189-191, cap. XVII). Santiago, Chile: Rafael Jover.

[←193]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 6 de abril de 1879. Archivo de la Armada Nacional.

[←194]

López, C. (1969). *Historia de la Marina de Chile* (pág. 236, cap. XII). Santiago, Chile: Andrés Bello.

[←195]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 6 de abril de 1879. Archivo de la Armada Nacional.

[←196]

Ibíd.

[←197]

Estas noticias llegaban a conocimiento del Perú -sin necesidad de especiales proezas de espionaje- por la total inconsciencia nuestra respecto a la reserva que debían guardar las oficinas de correos y telégrafos, los cables y correspondencia -fueren oficiales o particulares-, y hasta la prensa, tocante a informaciones de directo o indirecto valor militar.

[←198]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 12 de abril de 1879. Archivo de la Armada Nacional.

[←199]

Ibíd.

[←200]

Wilson, A. (19 de mayo de 1979). *La Estrella*, Valparaíso. *Recuerdos del combate naval de Iquique*.

[←201]

Arturo Prat a Ramón Guerrero, 12 de mayo de 1879. Archivo de la Armada Nacional.

[←202]

Vicuña Mackenna, B. (1930). *El veintiuno de mayo de 1879* (pág. 64). Santiago, Chile: Imprenta del Ministerio de Guerra.

[←203]

Una visita al gabinete de Arturo Prat. *La Unión,* Valparaíso, 21 de mayo de 1917.

[←204]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 11 de mayo de 1879. Archivo de la Armada Nacional.

[←205]

Fuenzalida, R. (1974). *Vida de Arturo Prat* (pág. 337 y ss, cap. XXI). Santiago, Chile: Andrés Bello.

[←206]

Ibíd.

[←207]

Ver lo dicho en referencia N° 197.

[←208]

Bulnes, G. (1955). *Guerra del Pacífico* (págs. 172, tomo I, cap. VII). Santiago, Chile.

[←209]

El 21 *de mayo de* 1879. *Homenaje a los héroes de la Esmeralda y la Covadonga...* Sotomayor decía del plan: "los detalles son confusos" *(Revista Chilena,* tomo XXIV, págs. 31-32, nota).

[←210]

Vicuña Mackenna, B. (1879). *Las dos Esmeraldas* (pág. 297, cap. XXIV). Santiago, Chile: Rafael Jover.

[←211]

Parte oficial de Moore sobre el combate de Punta Gruesa, en: *El 21 de mayo de 1879. Homenaje a los héroes de la Esmeralda y la Covadonga...*

[←212]

Bulnes, G. (1955). *Guerra del Pacífico* (págs. 135, tomo I, cap. VI). Santiago, Chile.

[←213]

Vicuña Mackenna, B. (1879). *Las dos Esmeraldas* (pág. 327, cap. XXV). Santiago, Chile: Rafael Jover.

[←214]

Arturo Prat a Clara Prat, y Arturo Prat a Carmela Carvajal, ambas de 11 de mayo de 1879. Archivo de la Armada Nacional.

[←215]

Fuenzalida, R. (1974). *Vida de Arturo Prat* (pág. 349 y ss, cap. XXIII). Santiago, Chile: Andrés Bello. Arturo Prat a Carmela Carvajal, 11 de mayo de 1879, Archivo de la Armada Nacional.

[←216]

Vicuña Mackenna, B. (1879). *Las dos Esmeraldas* (págs. 346-347, cap. XXVII). Santiago, Chile: Rafael Jover.

[←217]

Suplemento *El Mercurio. Diario de la Guerra del Pacífico* (1979).

[←218]

Fuenzalida, R. (1974). *Vida de Arturo Prat* (pág. 349 y ss, cap. XXIII). Santiago, Chile: Andrés Bello.

[←219]

Vicuña Mackenna, B. (1879). *Las dos Esmeraldas* (pág. 199, nota, cap. XVIII). Santiago, Chile: Rafael Jover.

[←220]

Vicuña Mackenna, B. (1879). *Biografía completa de Arturo Prat* (pág. 30, cap. XXII). Valparaíso, Chile: Imprenta del Mercurio.

[←221]

Vicuña Mackenna, B. (1930). *El veintiuno de mayo de 1879* (págs. 25-31). Santiago: Imprenta del Ministerio de Guerra.

[←222]

Fuente de la referencia N° 220.

[←223]

Ibíd.

[←224]

Recorte de revista *Zig Zag*, mayo de 1906, no indica día. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←225]

Arturo Prat a Carmela Carvajal, 11 de mayo de 1879. Archivo de la Armada Nacional.

[←226]

Wilson, A. (19 de mayo de 1979). *La Estrella*, Valparaíso. *Recuerdos del combate naval de Iquique*.

[←227]

Id. Juan Agustín Cabrera, *El combate naval de Iquique*. Cornelio Guzmán, *Recuerdos del 21 de mayo de 1879*.

[←228]

Vicente Zegers a Arturo Prat Carvajal, 21 de mayo de 1906. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←229]

Fuentes de la referencia Nº 227.

[←230]

Fuenzalida, R. (1974). *Vida de Arturo Prat* (pág. 315 y ss, cap. XX, pág. 349 y ss, cap. XXIII y pág. 375 y ss, cap. XXIV). Santiago, Chile: Andrés Bello.

Referencias Capítulo Décimo

[←231]

Parte de Moore, 22 de junio de 1879. Anónimo. (1880). *Arturo Prat y el combate de Iquique* (págs. 48-49). Santiago, Chile.

[←232]

"Correspondencia marítima" a la Opinión Nacional; de Lima. Ahumada, P. (1884). *Guerra del Pacífico* (pág. 336, tomo I). Valparaíso, Chile: Imprenta del Progreso.

[←233]

"Canto épico a las glorias de Chile" (Certamen Varela, 1887).

[←234]

Vicuña Mackenna, B. (1930). En *El veintiuno de mayo de 1879* (pág. 66). Santiago, Chile: Imprenta del Ministerio de Guerra.

[←235]

Arturo Wilson, *Recuerdos del combate naval de Iquique* (en adelante. WiIson).

[←236]

Wenceslao Vargas en *La Estrella,* Valparaíso, 19 de mayo de 1979 (en adelante, Vargas).

[←237]

Juan Agustín Cabrera, *El combate naval de Iquique* (21 de mayo de 1879); en adelante, Cabrera. Luis Uribe, *Los combates navales en la Guerra del Pacífico* (en adelante. Uribe-I), cap. III. pág. 28. El texto de la arenga es el que resulta de las versiones de todos cuantos la oyeron. prácticamente sin discrepancias.

[←238]

Uribe-I. cap. cit., pág. Cit.

[←239]

Francisco Segundo Sánchez en Rosales, J. (1888). *La apoteosis de Arturo Prat y de sus compañeros de heroísmo....* (pág. 190 y ss). Santiago, Chile: Imprenta de los Debates. Y en Benjamín Vicuña Mackenna, *Las dos Esmeraldas.* apéndices, carta a su hermano Carlos. 16 de junio de 1879 (en adelante, Sánchez).

[←240]

Sánchez, Cabrera y Vargas. Vicente Zegers a José Zegers, 28 de mayo de 1879, en Benjamín Vicuña Mackenna, *Las dos Esmeraldas.* apéndices (en adelante, Zegers-I).

[←241]

Ahumada, P. (1884). *Guerra del Pacífico* (pág. 336, tomo I). Valparaíso, Chile: Imprenta del Progreso.

[←242]

Carlos Condell a los editores de *La Unión.* Valparaíso, 20 de mayo de 1885. En Rosales, J. (1888). En *La apoteosis de Arturo Prat y sus compañeros de heroísmo...* (pág. 209, cap. XIV, parte segunda). Santiago, Chile: Imprenta de los Debates.

[←243]

Fuente de la referencia Nº 232.

[←244]

Id. Correspondencia de Iquique, Campamento El Molle, a *La Sociedad*, Lima, 22 de mayo de 1879; en Ahumada, P. (1884). *Guerra del Pacífico* (págs. 340-341, tomo I). Valparaíso, Chile: Imprenta del Congreso.

[←245]

Fuente de la referencia Nº 232.

[←246]

Puig y Verdaguer, J. (1910). *Recuerdos del bloqueo de Iquique* (pág. 30, cap. III). Guayaquil.

[←247]

Cabrera.

[←248]

Fuente de la referencia N° 244.

[←249]

Cabrera.

[←250]

Wilson.

[←251]

Uribe-I, cap. cit., pág. 28. Ekdahl afirma, pero sin justificarlo, que Prat intentó imitar a la *Covadonga*, propósito fallido porque la corbeta prácticamente no podía moverse.

[←252]

Wilson.

[←253]

Miguel Grau, parte de 22 de mayo de 1879. Revista *Pacífico Magazine*, N° 77, mayo de 1919.

[←254]

Fuente de la referencia N° 232.

[←255]

Miguel Grau a director de Guerra y Marina, 23 de mayo de 1879. En Ahumada, P. (1884). *Guerra del Pacífico* (pág. 555, Tomo I). Valparaíso, Chile: Imprenta del Congreso.

[←256]

Uribe-I, cap. cit., pág. 29, Zegers-I.

[←257]

Cabrera.

[←258]

Puig y Verdaguer, J. (1910). *Recuerdos del bloqueo de Iquique* (pág. 49, cap. VI). Guayaquil

[←259]

Zegers-I.

[←260]

Luis Uribe a Juan Manuel Uribe, 15 de junio de 1879. Rosales, J. (1888). En *La Apoteosis de Arturo Prat y de sus compañeros de heroísmo...* (págs. 144-146, Cap. V, segunda parte). Santiago, Chile: Imprenta de los Debates. (en adelante, Uribe-II).

[←261]

Zegers-I y Uribe II.

[←262]

Zegers-I y Uribe-I, cap. III, pág. 31.

[←263]

Cabrera.

[←264]

Vicuña Mackenna, B. (1930). *El veintiuno de mayo de 1879* (pág. 155 y 275). Santiago, Chile: Imprenta del Ministerio de Guerra. Los peruanos creyeron que Stanley iba en la *Covadonga* y que, utilizando su conocimiento de la costa, Condell planeó la celada contra la *Independencia;* con ello, el australiano pasó a ser el pararrayos favorito de los inevitables odios y frustraciones que el desastre de Punta Gruesa originó en la vecina República.

[←265]

Relación de Uribe, “Los tres espolonazos”, 20 de mayo de 1885, en Rosales, J. (1888). *La apoteosis de Arturo Prat y*

sus compañeros de heroísmo..., (págs. 170-175, cap. X, parte segunda) Santiago, Chile: Imprenta de los Debates (en adelante, Uribe-III). Cabrera.

[←266]

Sánchez, Zegers-I. Vicente Zegers, "Un episodio íntimo", en Rosales, J. (1888). *La Apoteosis de Arturo Prat y de sus compañeros de heroísmo...* (págs. 203-206, cap. III, segunda parte). Santiago, Chile: Imprenta de los Debates. (en adelante, Zegers-II). Hay una discrepancia de las fuentes respecto del momento en que Prat habría colocado junto al pecho los retratos de sus seres queridos: si al iniciarse el combate, o ahora, como lo insinúa el texto de Zegers-II.

[←267]

Uribe-I, cap. III, pág. 32.

[←268]

Wilson y Zegers.

[←269]

Uribe-I, cap. III, pág. 32.

[←270]

Sánchez.

[←271]

A veces se identifica a este tercer héroe como Luis Ugarte, marinero 2°.

[←272]

Sánchez.

[←273]

Uribe-I.

[←274]

Parece no ser efectivo que Prat haya causado la muerte al teniente Jorge Velarde, del *Huáscar;* éste, como dice nuestro texto, habría caído en el cuerpo a cuerpo originado por el segundo abordaje del monitor.

[←275]

Miguel Grau a Manuela Cabero de Viel, 28 de mayo de 1879. Pedro Espina, *El monitor Huáscar*, págs . 28-29.

[←276]

Uribe-II.

[←277]

Zegers-I.

[←278]

Uribe-II.

[←279]

Sánchez, Zegers-I.

[←280]

Sánchez.

[←281]

Cabrera.

[←282]

Uribe-II, Wilson, Cabrera y Sánchez.

[←283]

Cabrera.

[←284]

Id.

[←285]

Uribe-I, cap. III, págs. 33-34.

[←286]

Sánchez.

[←287]

Cabrera, Vargas, Zegers-I.

[←288]

Sánchez.

[←289]

Dice Sánchez, versión de J. Abel Rosales (ver referencia N9 °). Pero este mismo testigo, en la otra versión, de *Las dos Esmeraldas*, habla de sólo 600 metros.

[←290]

Fuente de la referencia N244 °.

[←291]

Sánchez, Uribe-II y Uribe-III.

[←292]

Uribe-I, cap. III, pág. 35.

[←293]

Zegers-I.

[←294]

Sánchez.

[←295]

Cornelio Guzmán, *Recuerdos del* 21 *de mayo de* 1879 (en adelante, Guzmán). Este guardia, según Guzmán, no dejaba que nadie saliese a cubierta desde el interior del barco sin que el capitán lo autorizase previamente.

[←296]

Uribe-II.

[←297]

Zegers-I.

[←298]

Puig y Verdaguer, J. (1910). *Recuerdos del bloqueo de Iquique* (pág. 43, cap. V). Guayaquil.

[←299]

Fuentes de las referencias N° 232 y 244. Modesto Molina, en *El Comercio,* de Iquique. Ahumada, P. (1884). *Guerra del Pacífico* (pág. 311, tomo I). Valparaíso, Chile: Imprenta del Congreso.

[←300]

Guzmán.

[←301]

Sánchez, Wilson, Uribe-II. Julio Zegers a Arturo Prat Carvajal, 21 de mayo de 1906 (Archivo de la familia Prat Echaurren).

[←302]

Cabrera. Julio Zegers a Arturo Prat Carvajal, 21 de mayo de 1906. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←303]

Guzmán.

[←304]

Cabrera.

[←305]

Cabrera. La prensa peruana agregaba que Serrano pedía a Távara que lo salvase, porque tenía mujer e hijos. No hubiese sido imposible, ni siquiera extraño... salvo en cuanto el matrimonio Serrano-Goycolea carecía de descendencia.

[←306]

Cabrera.

[←307]

Wilson.

[←308]

Id.

[←309]

Ahumada, P. (1884). *Guerra del Pacífico* (págs. 369-370, tomo I). Valparaíso, Chile: Imprenta del Congreso.

[←310]

Guillermo Izquierdo, Eduardo Llanos y Nava (en Revista Chilena de Historia y Geografía, Nº 147, 1979.

[←311]

Ibíd.

[←312]

Ekdahl, W. (1917). *Historia militar de la Guerra del Pacífico* (págs. 233-235, tomo I, cap. XV). Santiago, Chile.

[←313]

Fuente de la referencia Nº 242, págs. 208-209.

[←314]

Sánchez.

[←315]

Jacinto Chacón a Luis Montt, 4 de septiembre de 1879. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Nº 147, 1979.

[←316]

Bulnes, G. (1955). *Guerra del Pacífico* (págs. 161-162, tomo III, cap. VI). Santiago, Chile.

Referencias Capítulo Undécimo

[←317]

Williams, H. (1955). *Verdad, sepultura de la difamación* (págs. 264-265, Tercera Parte). Valparaíso, Chile.

[←318]

Subercaseaux, R. (1936). *Memorias de ochenta años* (págs. 374-375, tomo I, cap. XXXIV). Santiago, Chile: Nascimento.

[←319]

Ahumada, P. (1884). *Guerra del Pacífico* (pág. 286 y ss, tomo I). Valparaíso, Chile: Imprenta del Congreso.

[←320]

Francisco González, *Diario* (inédito).

[←321]

Id., y Ahumada, P. (1884). *Guerra del Pacífico* (pág. 292, tomo I). Valparaíso, Chile: Imprenta del Congreso.

[←322]

Fuente de la referencia N318 °.

[←323]

Fuenzalida, R. (1974). *Vida de Arturo Prat* (pág. 405 y ss, cap. XXXIII). Santiago, Chile: Andrés Bello.

[←324]

Medina, J., & Guerrero, R. (1952). *El capitán de fragata Arturo Prat* (págs. 27-28). Valparaíso, Chile.

[←325]

Fuente de la referencia N320 °.

[←326]

Bulnes, G. (1955). *Guerra del Pacífico* (págs. 187, tomo I, cap. VIII, nota 3). Santiago, Chile.

[←327]

Miguel Grau a Manuela Cabero de Viel, 28 de mayo de 1879, en Espina, P. (1969). *El monitor Huáscar* (págs. 28-29). Santiago, Chile: Andrés Bello.

[←328]

Miguel Grau a Director de Guerra y Marina, 23 de mayo de 1879, en Ahumada, P. (1884). *Guerra del Pacífico* (pág. 555, tomo I). Valparaíso, Chile: Imprenta del Congreso.

[←329]

La carta de Grau a Carmela Carvajal, y la lista de objetos hallados sobre el cadáver de Prat y devueltos a su viuda, han sido publicadas innumerables veces. Pueden verse, por ejemplo, Anónimo. (1880). *Arturo Prat y el combate de Iquique* (págs. 295-297). Santiago, Chile.

[←330]

Fuenzalida, R. (1974). *Vida de Arturo Prat* (pág. 405 y ss, cap. XXXIII). Santiago, Chile: Andrés Bello. *El 21 de mayo de 1879*. *Homenaje a los héroes de la Esmeralda y la Covadonga...*, págs. 74 y 76.

[←331]

Id. y Anónimo. (1880). *Arturo Prat y el combate de Iquique* (pág. 181). Santiago, Chile.

[←332]

Id. referencia N330 °. y Ahumada, P. (1884). *Guerra del Pacífico* (págs. 300-301, tomo I). Valparaíso, Chile: Imprenta del Congreso.

[←333]

Fuente de la referencia N° 320.

[←334]

Fuente de la referencia N° 318.

[←335]

Domingo Santa Mría a José Victorino Lastarria, 2 de junio de 1879, en Domingo Santa María, *Cartas de don... a don José Victorino Lastarria.*

[←336]

Fuente de la referencia N° 316.

[←337]

El 21 de mayo de 1879. Homenaje a los héroes de la Esmeralda y la Covadonga..., pág. 76.

[←338]

Recorte de prensa sin indicación de periódico ni fecha, pero que corresponde a diciembre de 1881. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←339]

Rosales, J. (1888). *La apoteosis de Arturo Prat y de sus compañeros de heroísmo...* (págs. 308, 309). Santiago, Chile: imprenta de los Debates.

[←340]

Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←341]

Benjamín Vicuña Mackenna. el 20 de mayo de 1880. En Rosales, J. (1888). *La Apoteosis de Arturo Prat y de sus compañeros de heroísmo...* (pág. 39). Santiago, Chile: Imprenta de los Debates.

[←342]

La Esmeralda. Corona poética de los héroes de Iquique, y *El 21 de mayo de 1879. Homenaje a los héroes... passim.*

[←343]

Rosales, J. (1888). *La apoteosis de Arturo Prat y de sus compañeros de heroísmo....* (pág. 470). Santiago, Chile: Imprenta de los Debates.

[←344]

Anónimo. (1880). *Arturo Prat y el combate de Iquique* (pág. 253 y ss). Santiago, Chile.

[←345]

“Canto épico a las glorias de Chile.”

[←346]

Juan Uribe, *El 21 de mayo en la poesía popular.*

[←347]

Ibíd.

[←348]

Francisco Sánchez a Carlos Sánchez, 16 de junio de 1879. en Anónimo. (1880). *Arturo Prat y el combate de Iquique* (pág. 115). Santiago, Chile.

[←349]

M. Jewell a J. de V. Drummond Hay, 16 de junio de 1879. Anónimo. (1880). *Arturo Prat y el combate de Iquique* (pág. 118). Santiago, Chile.

[←350]

Id., pág. 117.

[←351]

Arturo Wilson, *Recuerdos del combate naval de Iquique.*

[←352]

El Nacional; Lima. 14 de junio de 1879.

[←353]

Ahumada, P. (1884). *Guerra del Pacífico* (pág. 359, tomo I). Valparaíso, Chile: Imprenta del Congreso.

[←354]

Fuente de la referencia Nº 351.

[←355]

Rosales, J. (1888). *La Apoteosis de Arturo Prat y de sus compañeros de heroísmo...* (págs. 347-348). Santiago, Chile: Imprenta de los Debates.

[←356]

Edwards, J. (1973). Mitópolis (pág. 183). Santiago, Chile: Nascimento.

[←357]

Rosales, J. (1888). *La Apoteosis de Arturo Prat y de sus compañeros de heroísmo...* (págs. 380-381). Santiago, Chile: Imprenta de los Debates.

[←358]

La mayor parte de los datos sobre el traslado de los restos de Arturo Prat a Valparaíso, ha sido tomada de Rosales, J. (1888). *La Apoteosis de Arturo Prat y de sus compañeros de heroísmo...* (págs. 380-469). Santiago, Chile: Imprenta de los Debates.

[←359]

William F. Sater, *Arturo Prat, símbolo de ideales nacionales ante la frustración chilena, passim.*

Referencias Epílogo

[←360]

Carmela Carvajal a Municipalidad de Santiago, 3 de junio de 1879. En Anónimo. (1880). Arturo Prat y el combate de Iquique (pág. 310). Santiago, Chile.

[←361]

Tradición de la familia.

[←362]

Carmela Carvajal a Pedro Pablo Figueroa, 13 de mayo de 1884. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←363]

Fuente de la referencia Nº 360.

[←364]

Carmela Carvajal a Miguel Grau, 1º de agosto de 1879. Ahumada, P. (1884). En Guerra del Pacífico (págs. 305-306, tomo I). Valparaíso, Chile: Imprenta del Congreso.

[←365]

Carmela Carvajal a Basilio Urrutia, 1º de junio de 1879. Arturo Prat y el Combate de Iquique, pág. 300.

[←366]

Carmela Carvajal a varias señoras de jefes navales, 1º de julio de 1879.

[←367]

Citado por Florencia Infante, Carmela Carvajal de Prat, 8, págs. 23-24.

[←368]

Borradores de cartas a Jacinto Chacón, marzo y abril de 1883. Carmela Carvajal a Hilarión C. Izquierdo, 18 de marzo de 1883. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←369]

Carmela Carvajal a Luis Uribe, 24 de marzo de 1888. Florencia Infante, Carmela Carvajal de Prat, 9, págs. 34-35.

[←370]

Carmela Carvajal a Evaristo Sánchez, 29 de abril de 1888. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←371]

Antonia Arrieta a Carmela Carvajal, 7 de mayo de 1888, y correspondencia Carmela Carvajal-Clara Prat. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←372]

Vicuña Mackenna, B. (1879). Las dos Esmeraldas (págs. 370-371, Cap. XXIX). Santiago, Chile: Rafael Jover.

[←373]

Carolina Silva, en El Mercurio de 12 de junio de 1923.

[←374]

Atala y Esilda, hermanas de Arturo Prat

[←375]

Rosario Chacón a Carmela Carvajal, 28 de diciembre de 1883. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←376]

Recorte de prensa sin fecha, pero que por el contexto es de 1889. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←377]

Carmela Carvajal a David Carvajal, 13 de mayo de 1883. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←378]

Carmela Carvajal a Francisco de Paula Taforó, 17 de junio de 1879. En Anónimo. (1880). Arturo Prat y el combate de Iquique (pág. 304). Santiago, Chile. Carmela Carvajal a Municipalidad de Caldera, 30 de agosto de 1879. Ahumada, P. (1884). Guerra del Pacífico (pág. 322, tomo I). Valparaíso, Chile: Imprenta del Congreso.

[←379]

Carmela Carvajal al Presidente de la Cámara de Diputados, 9 de julio de 1879. Anónimo. (1880). Arturo Prat y el combate de Iquique (pág. 306). Santiago, Chile.

[←380]

Citado por Vicuña Mackenna, B. (1930). El veintiuno de mayo de 1879 (pág. 84 y ss). Santiago, Chile: Imprenta del Ministerio de Guerra.

[←381]

Carmela Carvajal a la Municipalidad de Concepción, 14 de junio de 1879. En Florencio Infante, Carmela Carvajal de Prat, 8, págs. 27-28.

[←382]

Carmela Carvajal a Eulogio Altamirano, 1º de junio de 1879. Anónimo. (1880). Arturo Prat y el combate de Iquique (pág. 308). Santiago, Chile.

[←383]

Archivo de la familia Undurraga Prat.

[←384]

Carmela Carvajal a Francisco de Paula Taforó. Anónimo. (1880). Arturo Prat y el combate de Iquique (págs. 302-303). Santiago, Chile.

[←385]

Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←386]

Carlos Ibáñez era amigo de Arturo Prat Carvajal desde la juventud. Este había sido uno de los impulsores de su candidatura presidencial el año 1927. Don Carlos se hallaba agradecido, además, de la recepción afectuosa que Carmela Carvajal le había hecho en su hogar, cuando era un teniente desconocido y de modestos recursos. Quedó, pues, afligido por el episodio -involuntario de su parte-, y así lo escribió a Prat Carvajal. Carta de pésame fechada en Buenos Aires el 19 de agosto de 1931. Archivo de la familia Prat Echaurren.

[←387]

Fuente de la referencia Nº 381.



Gonzalo Vial Correa (1930 -1989), abogado, periodista e historiador chileno, escribió Arturo Prat, a solicitud de la Armada de Chile en 1995. Autor de la mayor obra de Historia de Chile del Siglo XX, incluyendo su obra póstuma Chile Cinco Siglos de Historia, así como prolífico periodista, fundador y primer director de las revistas Portada y Qué Pasa. Fundador, junto a su mujer, de la Fundación Educacional Barnechea, que hasta hoy da educación gratuita y de calidad. Esta biografía de Arturo Prat, su libro más querido, era muy importante para él. Lo hizo para que los chilenos lo conozcan, pues Prat es "nuestra gran figura histórica, más que ningún otro," "una figura moralmente que no hay otra en Chile de su talla."



La figura de Prat no genera dos opiniones: fue un hombre cabal y un héroe. El abogado e historiador Gonzalo Vial, luego de una acuciosa investigación, escribió una obra que es fundamental para quien quiera entender con precisión el legado que dejó Arturo Prat, tanto para la Armada como para Chile. Fue el comandante de la Esmeralda un hombre de familia, humilde, sobrio, valiente, con una vocación de servicio inquebrantable, que la supo encauzar vistiendo y honrando el uniforme de Oficial de Marina. Este libro nos permite recorrer su vida en su totalidad, en sus distintas facetas, como marino, como esposo y padre y, obviamente, como aboga- do, entendiendo el por qué lo ocurrido ese 21 de mayo de 1879 no fue una casualidad, sino el final obvio de una vida dedicada al servicio de la Patria.

Julio Leiva Molina
Almirante
Comandante en Jefe de la Armada

"Gonzalo Vial (29 ago 1930 - 30 oct 2009), abogado, historiador y periodista, desarrolló este profundo y acucioso trabajo de investigación, sobre la vida de un hombre, Arturo Prat, que él mismo describe como ejemplar y virtuoso, y cuyo epílogo de vida no podía ser otro que convertirse en el héroe más admirado de nuestro país y en una verdadera leyenda.

Esta reedición bibliográfica, recrea con el particular estilo del autor, el mundo que le tocó vivir a Prat, la entonces composición de la sociedad nacional, su infancia, su adolescencia, su integración a la marina y con ésta última, nos va relatando su actividad embarcado, su vida personal (matrimonio e hijos), el enorme esfuerzo desarrollado para convertirse en el primer abogado de la Armada de Chile y por último, el sacrificio y con ello el salto a la gloria"



Editado por Revista de Marina